

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO



**FUJIMORI, LA CRISIS DE LOS REHENES DEL MRTA
Y LA DISTINCIÓN AMIGO-ENEMIGO**

La conducta presidencial y la operación militar Chavín de Huántar,
bajo la perspectiva conservadora de Carl Schmitt.

TESIS PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE MAGÍSTER EN
CIENCIA POLÍTICA Y GOBIERNO, CON MENCIÓN EN
INSTITUCIONES POLÍTICAS.

AUTOR:

ORAZIO MARCELO POTESTÁ ZAPATA

ASESOR:

FERNANDO TUESTA SOLDEVILLA

Mayo del 2016

RESUMEN

Esta tesis relaciona la conducta antagónica que el ex jefe de Estado, Alberto Fujimori, mantuvo con el MRTA durante la crisis de los rehenes, ocurrida entre el 17 de diciembre de 1996 y el 22 de abril de 1997, con algunos conceptos del jurista y filósofo conservador alemán Carl Schmitt, particularmente el de la distinción amigo-enemigo. Si bien Fujimori no fue precisamente cultor de las ideas schmittianas, sí lo fueron muchos de sus colaboradores en el poder, entre políticos, militares y miembros de los servicios de inteligencia. El desconocimiento de Fujimori no sería una desventaja: el sociólogo francés Julien Freund, en su obra *La esencia de lo político*, señala que la decisión del gobernante y la distinción amigo-enemigo de Schmitt se miden por sus resultados. Así, Fujimori entorpeció la labor de los garantes y de los organismos nacionales e internacionales que apostaban por una solución pacífica. Además, ideó operativos armados que no se ejecutaron, construyó los túneles que después posibilitaron el rescate, y en todo momento hostigó militarmente al MRTA, antes de formalizar el diálogo con ese grupo terrorista. El MRTA era un enemigo al que había que derrotar y eliminar, y no un equivalente con el que se podía dialogar, negociar o eventualmente transar. Las acciones de Fujimori tejieron un tropismo hacia la solución violenta, y eso quedó evidenciado públicamente. Este trabajo se justifica en la trascendencia histórica y política del suceso, y porque en el Perú, las acciones militares siempre son debatidas bajo perspectivas liberales y no conservadoras. Metodológicamente se recurrió a la revisión histórica de prensa y literatura sobre el secuestro, y también a entrevistas a filósofos, politólogos y juristas, con el fin de identificar rasgos schmittianos en las acciones que Fujimori desarrolló contra el MRTA. Basado en la distinción amigo-enemigo de Schmitt, podría afirmarse que la enemistad entre el Estado y el MRTA se fue agravando con el tiempo, y que el punto más alto de esa conflictividad fue la operación militar Chavín de Huántar, diseñada desde Palacio de Gobierno con la directiva de no dejar sobrevivientes. Esta tesis sostiene que el gobierno (o Fujimori) jamás deseó una salida pacífica, sino la eliminación total del enemigo. Dentro de esa lógica, la orden de ejecutar extrajudicialmente a los emerretistas rendidos fue perfectamente posible, tal como se determinó en las investigaciones del Ministerio Público y de la policía. Ciertamente, el pensamiento schmittiano podría justificar una decisión tan radical como esa, siempre y cuando el soldado que tomó la decisión de jalar el gatillo, haya afrontado un contexto excepcional de apremio que pusiera en riesgo su vida, la de sus compañeros o la de los reales objetivos del rescate: los rehenes.

ÍNDICE

Introducción

Capítulo 1

1. El pensamiento teológico y político de Carl Schmitt	14
1.1. Introducción	15
1.2. Teología política	17
1.3. Soberanía política	22
1.4. Estado de excepción	28
1.5. Distinción amigo-enemigo	33

Capítulo 2

2. Crisis de rehenes en el mundo: Distinción amigo-enemigo y decisión presidencial	47
2.1. Introducción	48
2.2. El rescate de Entebbe (Uganda, 1976)	50
2.3. La operación Chanchera (Nicaragua, 1978)	56
2.4. El plan Garra de Águila (Irán, 1979)	65
2.5. La operación Nimrod (Reino Unido, 1980)	73

Capítulo 3

3. La construcción de la personalidad política de Alberto Fujimori	81
3.1. Introducción	82

3.2. El pragmatismo en la niñez y en la adolescencia	84
3.3. Época universitaria: Viviendo y fortaleciendo la soledad	94
3.4. La matemática y el cálculo político en la adultez	98
3.5. Amigo-enemigo: Candidato y la llegada al poder	114

Capítulo 4

4. La crisis de los rehenes del MRTA y la conducta schmittiana de Fujimori	143
4.1. Introducción	144
4.2. El secuestro en la residencia del embajador de Japón	147
4.3. La distinción amigo-enemigo en el accionar presidencial	158
4.3.1. Fujimori y el uso del silencio, del secreto y del tiempo	161
4.3.2. El apoyo mundial y el refuerzo de la ‘mano dura’	172
4.3.3. La obstrucción del diálogo entre Cerpa y los garantes	184
4.3.3.1. Provocaciones y tiroteos frente a la residencia	191
4.3.3.2. El túnel y el doble discurso de Fujimori	205
4.3.3.3. El regreso al diálogo y el desplante del gobierno	212
4.3.4. Las demandas del MRTA contra las políticas de Estado	225
4.3.5. El mensaje presidencial y la mirada “nosotros” y “ellos”	230
4.3.6. El maltrato a embajadores y autoridades extranjeras	239
4.3.6.1. Los ‘garantes’ de Cerpa y Fernando Henrique Cardoso	240
4.3.6.2. Conflictos con la Cruz Roja y Jean-Pierre Schaerer	245

Capítulo 5

5. La distinción amigo-enemigo y la decisión presidencial de ejecutar la operación militar Chavín de Huántar	254
5.1. Introducción	255
5.2. La agudización del conflicto y el develamiento militar	260
5.2.1. La suspensión de la atención médica a los rehenes	265
5.2.2. Las amenazas y los maltratos del MRTA contra los cautivos	269
5.2.3. La posibilidad de amotinamiento y fuga de los rehenes	273
5.3. Sorpresa, contundencia y eficacia en el rescate	276

Capítulo 6

6. La presunta ejecución extrajudicial de integrantes del MRTA	283
6.1. Introducción	284
6.2. Fundamentos schmittianos para eliminar al enemigo	287
6.2.1. El “Razonamiento circunstancial de la necesidad”	291
6.3. Plan Chavín de Huántar: Fujimori tenía el control total	302
6.3.1. Ensayos militares sin sobrevivientes ni rendidos	308
6.4. El devenir de los terroristas <i>Tito</i> , <i>Cynthia</i> y <i>Peceros</i>	314
6.5. Corolario judicial	318

Conclusiones

Bibliografía



Dedico esta tesis a Marcela.
Por su ejemplo, por su paciencia
y por sus enseñanzas.
Gracias.

INTRODUCCIÓN

La noche del martes 17 de diciembre de 1996 era particularmente fresca en Lima. En polo y con ligeros jeans, la gente caminaba por el frontis de una bella propiedad neoclásica ubicada en la calle Tomás Alva Edison 210, en San Isidro. Otras personas también lo hacían, pero en traje y acompañadas por sus parejas. Los guardaespaldas pasaban desapercibidos frente a la casa del embajador de Japón, Morihisa Aoki. Era el onomástico del emperador Akihito, y Aoki recibía a centenares de invitados para la celebración.

A las 8:20 de la noche, una tremenda explosión puso a merced del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) a más de 600 personas, convertidas ahora en rehenes de ese grupo terrorista. Entre peruanos y extranjeros, había políticos, diplomáticos, empresarios, militares, policías y funcionarios estatales. Todo era descontrol. Había balazos al aire, gritos y humo de bombas lacrimógenas.

Definida la situación, el líder de la acción terrorista, Néstor Cerpa Cartolini, solicitó la presencia en el lugar del mandatario Alberto Fujimori, para exigirle la liberación de 450 emerretistas presos y el pago de un millonario cupo de guerra, pero el jefe del Estado ignoró el pedido y se mantuvo en silencio. Fujimori fue requerido por Cerpa en dos o tres ocasiones más, por medio de un megáfono y con declaraciones a estaciones de radio, pero el mutismo presidencial prosiguió.

Al día siguiente, cuando eran las 11:40 de la mañana, un desconcertado Cerpa anunció el fusilamiento en 20 minutos del ministro de Relaciones Exteriores, Francisco Tudela, si es que el gobierno –es decir, Fujimori– seguía sin pronunciarse. Nadie respondió, y menos el presidente.

Pasado el mediodía y vencido el plazo, Cerpa pospuso la ejecución del canciller para la una de la tarde. Llegada la hora y sin respuestas de Palacio de

Gobierno, el cabecilla emerretista pidió a través de los medios de comunicación la mediación del Defensor del Pueblo, Jorge Santisteban de Noriega, y del sacerdote recoletano Hubert Lanssiers, reconocido por su trabajo pastoral en las cárceles del país. Pero nadie hizo el contacto.

Cerpa parpadeó varias veces y no cumplió sus amenazas. Tiempo después, Fujimori declaró a la prensa que tras analizar el problema, calculó que Cerpa no mataría a ningún rehén porque eso hubiera significado la inmediata intervención de las fuerzas de seguridad y la cancelación de los objetivos políticos y económicos que el MRTA se había trazado con la toma.

Fujimori nunca se contactó con Cerpa, y tampoco hizo caso a las demandas y a los amedrentamientos del cabecilla terrorista. Más bien, desarrolló un antagonismo constante y calculado, orientado a mermar con dilaciones y ataques verbales las fortalezas de Cerpa y del MRTA, aunque eso implicase un boicot a los esfuerzos de la comisión de garantes, cuyos miembros fueron nombrados por él para encontrar una salida pacífica al problema.

Además, según las evidencias periodísticas y bibliográficas encontradas, el nombramiento del ministro de Educación, Domingo Palermo, como interlocutor del gobierno ante el MRTA, medida que trajo la esperanza de una solución sin violencia, se hizo paralelamente a la concepción de un plan militar para rescatar a los rehenes. A lo anterior se añaden los constantes hostigamientos de efectivos policiales y militares contra el MRTA, realizados en los alrededores del recinto y con la autorización de Palacio de Gobierno, para provocar y enervar a los terroristas. En cierta ocasión, un emerretista hizo un disparo de fusil y por poco mata a un uniformado. De haber ocurrido una tragedia, nada hubiera evitado una incursión armada.

Estas y otras actitudes confrontacionales sugieren que para Fujimori, Cerpa y los emerretistas nunca dejaron de ser los enemigos del Estado, y que por eso no eran actores con los que el gobierno debía dialogar y eventualmente transar. Este singular manejo de la crisis siempre colocó a Fujimori un paso

adelante en las negociaciones, mientras que su implacabilidad fue determinante en la posterior eliminación de Cerpa y de sus cómplices.

Ahora bien, el gobierno desarrolló gestos y acciones presuntamente conducentes al diálogo y que pusieron en duda la pretensión de Fujimori de enfrentarse a nivel militar con el MRTA. ¿Qué ocurrió realmente?.

Esta tesis contempla la idea de que Fujimori siempre prefirió la solución violenta, y que los esfuerzos de los garantes fueron ilusorios: si Cerpa y sus secuaces se rendían y liberaban a los rehenes, en buena hora. Eso sí, nada alteraba el objetivo central del régimen, planteado apenas ocurrió la asonada: irrumpir y rescatar a los cautivos, venciendo y eliminando a los emerretistas, para reforzar y guardar coherencia con la exitosa política antiterrorista del fujimorato.

Tal antagonismo encuentra correspondencia en la distinción amigo-enemigo del jurista y filósofo alemán Carl Schmitt, planteada en 1932 para proteger al Estado y al sistema político de cualquier enemigo que atente contra su subsistencia. En esa tarea, la labor del gobernante es fundamental porque simboliza y ejecuta la soberanía política que será necesaria para actuar en situaciones de excepción, con la probable eliminación del enemigo que ponga en riesgo el proyecto político. La distinción amigo-enemigo puede entenderse como una actitud defensiva, pero podría tener consecuencias letales si se desatase el combate.

Este trabajo identifica rasgos de la distinción amigo-enemigo en la conducta que Fujimori empleó en diferentes etapas de la crisis de los rehenes: durante las negociaciones con el MRTA, al planificar la operación militar Chavín de Huántar, y al presuntamente ordenar el asesinato de los emerretistas rendidos. Para el análisis se recurrió a artículos periodísticos y a publicaciones bibliográficas que consignaron los actos y las declaraciones del presidente, así como a los trascendidos surgidos del núcleo castrense y gubernamental.

Otra de las ideas de Schmitt es que la enemistad entre dos o más bandos se construye en el tiempo y por contraposición identitaria y política. No existe desde siempre, tampoco se forma de súbito, y es probable que no dure eternamente. Los enemigos toman conciencia de su posición existencial, y es el combate –con la probable neutralización o eliminación de uno de ellos– el punto más alto del antagonismo.

Siguiendo esa lógica, aquí se plantea que la enemistad entre el Estado y el MRTA se originó con la aparición del grupo terrorista en 1984, y que poco a poco fue incrementándose con la ejecución de atentados, secuestros y asesinatos de autoridades a nivel nacional. La oposición llegó a su clímax en 1996, con el secuestro masivo del MRTA, y finalizó con la contundente respuesta estatal materializada en la operación militar Chavín de Huántar, ejecutada por 140 comandos que enfrentaron y aniquilaron a los 14 emerretistas. Teniendo en cuenta los quinquenios de enemistad, y el agravamiento que significó la toma de rehenes, el Estado –personificado por Fujimori– no dudó en ser letal.

El operativo castrense trajo consigo complejos procesos judiciales contra sus autores y sus ejecutores. El meollo fue la presunta ejecución extrajudicial de algunos elementos del MRTA, aparentemente rendidos y desarmados, denunciada a partir de testimonios e investigaciones policiales y fiscales. Tales ajusticiamientos también podrían ser analizados desde el “razonamiento circunstancial de la necesidad” de Schmitt, componente existencial del contraste amigo-enemigo. De acuerdo con Schmitt, un soldado podría eliminar al enemigo, incluso bajo la condición de rendido, si considera –durante un combate o en el desarrollo de un operativo– que su vida, la de terceros o la de sus propios compañeros, corre peligro.

Es claro que los derechos humanos deben respetarse y cumplirse, pero esa premisa no debe nublar el objetivo de intentar comprender el razonamiento de un militar en un momento de sumo apremio, en el que la existencia de un sometido puede tornarse relativa. Esta tesis también apunta a eso, y más si la

teoría de Schmitt puede eximir al soldado de ciertas responsabilidades judiciales tras haber tomado esa excepcional decisión.

Además, en el rescate del 22 de abril de 1997, la ausencia de claros protocolos de combate entre los comandos y los emerretistas pudo suponer la existencia de una circunstancia de indefinición que justificaría la eliminación de uno o más rendidos. Se trata de una zona gris que vulnera el Estado de derecho y los derechos humanos, pero que se amolda perfectamente al accionar militar porque “protege” al soldado y “salvaguarda” al sistema.

Según la evidencia encontrada, todo parece indicar que la operación militar Chavín de Huántar buscó no dejar sobrevivientes, y que la presunta ejecución extrajudicial de elementos del MRTA fue decidida desde las más altas instancias del poder. En ese contexto, conviene aplicar una mirada schmittiana al proceder de Fujimori y al de las Fuerzas Armadas en la crisis y en la posterior solución violenta, con relación al respeto estatal de los derechos humanos. Es decir, evaluar el problema desde categorías conservadoras y no solamente liberales, como se ha venido haciendo hasta ahora, con el fin de equilibrar el debate entre los que propugnan el orden y los que defienden la legalidad.

No se negará que los razonamientos de Schmitt transitaron el siglo 20 sometidos a polémicas y a críticas de índole moral. A favor de la distinción amigo-enemigo se manifestaron dictadores mesiánicos como Augusto Pinochet en Chile o Jorge Rafael Videla en Argentina, quienes malinterpretando o manipulando a Schmitt, se sintieron predestinados y justificados en sus actos. Además, la teoría schmittiana –básicamente la situación de excepción– es utilizada por sectores del fujimorismo para respaldar el autogolpe del 5 de abril de 1992, y algunas etapas de la lucha contraterrorista en las que el Estado vulneró los derechos humanos.

Esta tesis se divide en seis capítulos:

- 1) El pensamiento teológico y político de Carl Schmitt.

- 2) Crisis de rehenes en el mundo: Distinción amigo-enemigo y decisión presidencial.
- 3) La construcción de la personalidad política de Alberto Fujimori.
- 4) La crisis de los rehenes del MRTA y la conducta schmittiana de Fujimori.
- 5) La distinción amigo-enemigo y la decisión presidencial de ejecutar la operación militar Chavín de Huántar.
- 6) La presunta ejecución extrajudicial de integrantes del MRTA.

En el primer capítulo se profundizan los conceptos schmittianos de teología política, soberanía política y estado de excepción, como antecedentes para la aplicación de la distinción amigo-enemigo.

En el segundo se describen algunos de los secuestros masivos más relevantes de las últimas décadas en el mundo, con el fin de conocer la capacidad estatal y la fuerza decisional de los gobernantes respecto al enemigo que puso en peligro el orden y la seguridad en sus territorios.

El tercer capítulo aborda diversos periodos de la vida pública y personal de Alberto Fujimori, para intentar encontrar el origen del estilo político antagónico y radical que aplicó contra sus adversarios, sin ofrecer posibilidades de consenso o debate.

El abordaje de la crisis de los rehenes del MRTA empieza en el cuarto apartado, al repasar los principales hitos en las negociaciones con el grupo terrorista, buscando reconocer algunas de las características de la distinción amigo-enemigo de Schmitt en el accionar presidencial y gubernamental.

En el quinto capítulo se examina la operación militar Chavín de Huántar en varios niveles –la planificación y la participación de Fujimori, los hechos que apuraron el develamiento y la contundencia castrense de la arremetida– para conocer cómo el Estado zanjó el antagonismo con el MRTA.

Y en el sexto y último se analiza la presunta ejecución extrajudicial de emerretistas rendidos, para conocer si esa tan controvertida acción puede explicarse o justificarse bajo la perspectiva schmittiana.

Finalmente, se debe resaltar que la evaluación de la actuación de Fujimori y del gobierno en la crisis de los rehenes del MRTA siempre es positiva porque está condicionada por el resultado final del rescate, exitoso numéricamente por la muerte de solamente un rehén y de dos comandos. El panorama hubiera sido muy distinto con más cautivos o militares abatidos, algo que pudo haber sido muy factible, según otros develamientos ocurridos en el mundo. En ese sentido, el proceder de Fujimori no podría ser tomado como un modelo a seguir en secuestros que afecten la estabilidad de un Estado, debido a que las circunstancias y los contextos que determinan la victoria o el fracaso de una acción castrense son únicos y distintos en cada país.

Orazio Potestá

Lima, 10 de mayo del 2016.

CAPÍTULO 1

EL PENSAMIENTO TEOLÓGICO Y POLÍTICO
DE CARL SCHMITT



1.1. INTRODUCCIÓN

La distinción amigo-enemigo de Carl Schmitt tiene profundas reminiscencias en los conceptos de teología política, soberanía política y estado de excepción. La teología política de Schmitt asocia al gobernante o soberano con Dios, y le hace capaz de resolver cualquier problema en el territorio. Así como Dios recurre al milagro, la autoridad apela a la decisión sin restricción.

Teóricos conservadores señalan que el gobernante o soberano es además el legislador omnipotente que resuelve los vacíos que la ley no puede llenar, y que generan pugnas y desórdenes que alteran el orden público. Interpretando a Schmitt, si Dios protege al mundo y a los hombres, la autoridad hace lo propio con el Estado y sus ciudadanos.

Asociado el gobernante o soberano con Dios, se desprende que sus decisiones son infalibles e irrefutables. Esto construye una soberanía política que le permite decidir sobre el conflicto, y resolverlo en bien de la tranquilidad social, incluso pasando por alto la legalidad. Para Schmitt, el orden jurídico no descansa en la Constitución, sino en la decisión de la autoridad. El líder ejerce una soberanía personificada, y aplica el decisionismo para lograr la paz y el orden.

La soberanía política hace posible o determina el estado de excepción en un contexto caótico. La situación excepcional es impredecible, incontrolable y peligrosa, y no existe una ley que la anticipe y la resuelva inmediatamente. La autoridad asume poderes absolutos y la legalidad pasa a un segundo plano, porque el fin es la tranquilidad. Según Schmitt, el estado de excepción es análogo al milagro en la teología.

Schmitt es el teórico de la excepcionalidad, y siempre pone a prueba la juridicidad en momentos de peligro estatal. Cuando el gobernante o soberano es infalible e irrefutable, y si además tiene la última decisión sobre lo excepcional ubicándose por encima de las normas, es perfectamente capaz de

neutralizar o eliminar al enemigo que amenace al Estado. De ese modo, la distinción amigo-enemigo posibilita la sobrevivencia estatal y asegura la tranquilidad pública.

La autoridad combate al enemigo porque responde a los intereses del pueblo, construyendo una legitimidad absoluta que apelará al “Estado fuerte”. Opina Schmitt que la diferenciación amigo-enemigo es inherente a las sociedades humanas, y consecuentemente el cimiento de “lo político”. Es decir, el escenario de la lucha contra el oponente. Además, frente al antagonista, un Estado mantiene su “unidad política” a través del criterio amigo-enemigo.

Para los teóricos schmittianos, el terrorismo no escapa al contraste amigo-enemigo y menos a “lo político”. La oposición que la subversión hace a un Estado es política porque hay una ideología y hombres dispuestos a aniquilar al sistema y a sus representantes. Por lo demás, un Estado debe defenderse del terrorismo y de los que lo aplican, y en esa tarea la distinción amigo-enemigo resguarda la subsistencia estatal y clarifica el interés nacional y el orden público. En ese contexto, según Schmitt, la distinción amigo-enemigo debe ser aplicada sin ataduras por la autoridad.

Este capítulo brinda algunas reflexiones sobre los conceptos de teología política, soberanía política, estado de excepción y la distinción amigo-enemigo, con la finalidad de reconocer el comportamiento schmittiano –representado por el contraste amigo-enemigo– que el presidente Alberto Fujimori aplicó en la crisis de los rehenes del MRTA, ocurrida entre el 17 de diciembre de 1996 y el 22 de abril de 1997, en la ciudad de Lima.

1.2. TEOLOGÍA POLÍTICA

En su obra Teología Política, Schmitt afirma que “todos los conceptos sobresalientes de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados” (1998a: 54). Un ejemplo es el teísmo. Presente desde épocas muy antiguas, el teísmo sostiene la existencia de un Dios que interviene en el mundo para gobernarlo y conservarlo.

Al momento de la creación, según el Génesis 1, Dios encontró “confusión” y “tinieblas” en la tierra, pero pronto tomó la decisión de aliviar el caos e hizo la luz:

En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra, todo era confusión y no había nada en la tierra. Las tinieblas cubrían los abismos, mientras que el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas.

Dijo Dios: “Haya luz” y hubo luz. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. Dios llamó a la luz “Día” y a las tinieblas “Noche”. Atardeció y amaneció: fue el día Primero. (Biblia Latinoamericana 2011: 1-5)

Schmitt señala que así como a Dios se le atribuye teológicamente la capacidad del milagro para resolver problemas excepcionales en la tierra, al gobernante o soberano se le concede secularmente el estado de excepción para solucionar las crisis que pongan en riesgo a la sociedad, al orden público y al sistema político. Así, Schmitt afirma que “el estado excepcional tiene en la Jurisprudencia, análoga significación que el milagro en la Teología” (1998a: 54).

No obstante, la oposición entre el teísmo y el deísmo (corriente que admite la existencia de Dios como creador del universo, pero que niega la intervención divina en el mundo) fue visible en la época de la Ilustración. Schmitt señala que la construcción del moderno Estado de derecho “se afirmó a la par del deísmo, con una teología y una metafísica que destierran del mundo el milagro” (1998a: 54) y que “tampoco admite la intervención directa del soberano en el orden jurídico vigente” (1998a: 55). Añade que el racionalismo

de la Ilustración no admitía la excepcionalidad de Dios en ninguna de sus formas.

Para el pensamiento moderno, la naturaleza está regida por leyes regulares y no por obra divina. Se empieza a creer que la naturaleza es una máquina capaz de andar por sus propias fuerzas. Dios deja de ser personal para dar lugar al deísmo y a una visión impersonal de lo divino y de “lo político” (Luna: Blog Vacío, 2012).

Pero Schmitt se nutre de los filósofos conservadores y contrarrevolucionarios De Bonald, De Maistre y Donoso Cortés, quienes en el siglo XIX afirmaron que el Estado y el soberano asumían una función análoga a la de Dios, al resolver disputas entre los ciudadanos que la ley no llegaba a aclarar, además de ser la fuente de dicha norma¹. Es decir, el gobernante o soberano era un legislador omnipotente. Schmitt señala:

Verá que el Estado interviene en todas partes, ora como *Deus ex machina*, decidiendo por medio de la legislación positiva una controversia que el acto libre del conocimiento jurídico no acertó a resolver claramente, ora como Dios, bueno y misericordioso, mostrando en las amnistías e indultos señorío de sus propias leyes; bajo la figura del legislador, como Poder Ejecutivo o Poder de Policía, ejerciendo el ministerio de la gracia o de la asistencia, siempre la misma identidad inexplicable. En tal manera, que si alguien se cuidase de mirar a cierta distancia el espectáculo actual de la Jurisprudencia, creería estar viendo una comedia de capa y espada, en donde el Estado, bajo diferentes disfraces, entra siempre en escena como la misma persona invisible. (1998a: 56-57)

Citado por Schmitt para reafirmar la antigüedad del precepto, Atger sostiene que “en la teoría del Estado del siglo XVII, el monarca se identificaba con Dios, y que el Estado ocupaba análoga posición a la atribuida a Dios dentro del mundo del sistema cartesiano” (1998a: 66-67). Schmitt explica: “Le

¹ Hernando señala: “El primer interés que mostró Schmitt en el campo de la Teoría Política fue hacia los teóricos llamados decisionistas o realistas, siendo los más relevantes Maquiavelo, Hobbes y Donoso Cortés. Todos tenían un factor en común: una pesimista apreciación de la naturaleza humana, según la cual ningún hombre podría comportarse de modo solidario a menos que existiesen incentivos para eso, o en su defecto, se tuviese que recurrir a la coerción para obligarlos a comportarse como tendrían que hacerlo” (2002a: 126-127).

Prince développe toutes les virtualités de l'Etat par une sorte de création continue. Le Prince est le Dieu cartésien transposé dans le monde politique"² (1998a: 66-67).

Esta equivalencia es relativizada por Hernando, quien señala que el soberano schmittiano no es exactamente análogo al Dios que crea al mundo, sino simplemente el hombre que al seguir la voluntad de Dios, actúa y genera mandatos imperativos en un orden conmocionado que trata de evitar su disolución. No obstante, afirma que la relación con la divinidad no se diluye (Hernando 2002b: 104).

El fundamento de la Teología Política de Schmitt se centra en la decisión. Es la decisión del gobernante la que salva al Estado o al sistema político de su destrucción, valorando su fortaleza, su indefectibilidad y su infalibilidad en la acción, porque eso le asemeja a Dios. Existe la decisión de Dios (el milagro) para mantener el orden natural del mundo, así como la decisión del gobernante (estado de excepción) para resguardar el régimen o iniciar uno nuevo.

Pérez Crespo señala que para Schmitt, el estado de excepción del gobernante o soberano no es una simple ordenanza legal (2008: 20). Al ser equivalente con el milagro en la Teología, lo excepcional posee un carácter impredecible pero de gran poder. El milagro probaría la existencia de Dios, y la excepción, la soberanía estatal (Pérez Crespo 2008: 20). Schmitt dice: "La decisión sobre lo excepcional es la decisión por antonomasia" (1998a: 15).

Parte sustancial del pensamiento schmittiano proviene de Hobbes, quien para evitar el llamado "estado de naturaleza" –o caos general– propuso un contrato entre los individuos para entregarle el poder absoluto al soberano, pero a cambio de decisiones que traigan orden y paz, requisitos sobre los que

² Traducción de diversos autores en internet: "El Príncipe desarrolla todas las virtualidades del Estado por una suerte de creación continua. El Príncipe es el Dios cartesiano trasladado al mundo político".

se construye la sobrevivencia estatal y social. Hobbes colocó esos valores como fin esencial de cualquier Estado.

Según Pérez Crespo, el pensamiento de Donoso Cortés, De Bonald y De Maistre incidió en la importancia de la decisión para preservar al Estado frente a situaciones excepcionales que las normas o las Constituciones no podían prevenir, definir y menos resolver (2008:19). Añade que “siguiendo esa tradición, Schmitt propone la idea de instaurar nuevamente el componente personal que caracterizó a la soberanía en las monarquías absolutas de los siglos XVI y XVII, pero no por una nostalgia hacia el pasado, sino porque para él la soberanía ‘hecha persona’ es central para la obtención del orden y de la legitimidad política del Estado constitucional moderno” (2008: 19).

Ante los vacíos de la ley, debe surgir el gobernante o soberano para decidir si aplica o no el estado de excepción. Hernando dice:

De acuerdo con Schmitt, cada norma presuponía una situación normal, pero devenía en inútil en una situación en la que dejaba de existir normalidad, y por ende, se podía colegir que el orden legal no descansaba en una norma, sino en una decisión.

De hecho, la excepción no podía incluirse en la norma ni ser codificada previamente en una ley, pese a referirse a algo concreto como un caso de extremo peligro. De allí que fuese la excepción la que hiciese relevante la figura del soberano (para precisar cuándo nos encontramos en ese estado) y que además el propio concepto de soberanía existiese mientras la figura de la excepción perdurase. (2002a: 130)

Schmitt refuta a Locke por señalar que la ley otorga autoridad. Para Schmitt, las leyes solamente especifican cómo se debe decidir, pero no quién ejerce la autoridad para hacerlo. Así, la legitimidad política del soberano y del Estado no se sustenta en la Constitución o en el monopolio legítimo de la fuerza, sino en algo tan determinante como el decisionismo. Hernando señala:

Esta posición decisionista se debía fundamentalmente al talante teológico de las tesis schmittianas, al rol que jugaba Dios como soberano del mundo, y a su acción directa y constante sobre su creación. El mundo no podía convertirse en una máquina perfecta que marchaba por su cuenta y se autorregulaba, lo cual

ciertamente perfilaba la figura de un Dios despreocupado de su creación, sino que requería constantemente de su presencia, ora a través del milagro en el plano propiamente teológico, ora por la excepción en el plano político o en el plano legal. (2002a: 130)

Schwab afirma que el decisionismo es la capacidad individual para restablecer la paz y la seguridad en una situación caótica, y la responsabilidad personal para salvaguardar la creación de una situación inestable (1989: 45). Según Pérez Crespo, eso significa que “si la situación lo amerita y la gente está de acuerdo, el soberano puede suspender el pacto inicial de respeto a la Constitución, en nombre de la excepcionalidad de la situación política y de la necesidad de la población” (2008: 21). Por lo demás, Schmitt señala que “el príncipe solamente está obligado frente al pueblo y los estamentos cuando el interés de la sociedad exige el cumplimiento de la promesa, pero no lo está si la necesidad es urgente” (1998a: 18-19).

El estado de excepción abre paso al decisionismo para imponer el orden. Y a través de los siglos, el decisionismo se ha retroalimentado con el mesianismo, el caudillismo y el autoritarismo, fenómenos persistentes en sistemas políticos plebiscitarios o delegativos, colapsados o en riesgo, urgidos de un “salvador”. Dios rompe las leyes naturales de la tierra cuando hay perturbación, y el gobernante o soberano pasa por alto la legalidad para buscar la paz y la seguridad en su territorio.

Para Schmitt, un gobernante es soberano cuando “decide sobre el estado de excepción” (1998a: 15) y sin restricción legal, política, social o religiosa, siendo su decisión incuestionable y categórica. Lo anterior genera una soberanía hecha persona y revestida de un factor decisonal que será utilizado en casos excepcionales y no cotidianos para fundar (de ser necesario) un nuevo orden.

Schwab complementa la idea al afirmar que Schmitt propone un orden político con una soberanía personificada en el gobernante, y cuya finalidad es proteger al Estado decidiendo sobre la excepcionalidad, según la necesidad del momento y del pueblo: el soberano podría estar adormecido en los tiempos de

normalidad, pero despierto en el estado de excepción (1989: 50).

Ahora bien, la decisión con rotundidad necesita de la soberanía política, otro de los conceptos fundamentales de Schmitt.

1.3. SOBERANÍA POLÍTICA

Para Hernando, la definición que Schmitt hace de la soberanía política conduce decididamente al tema del poder, considerándolo por alguna razón particular “como algo esencial para el desarrollo de la teología política” (2002b: 102). Agrega que la tradición de la teología política de Schmitt y la decisión del gobernante o soberano se contraponen directamente al pensamiento liberal, caracterizado por llevar la política a un plano discursivo o deliberativo, sin llegar a una decisión final sobre algún problema (2002b: 104).

Ante una crisis extraordinaria, la decisión del gobernante es fundamental porque la ley no anticipa, no define y tampoco resuelve el caos. La ley muestra todas sus limitaciones y debilidades, y por eso la situación de excepción es necesaria para aplacar la inseguridad y los riesgos contra el Estado y la sociedad. Schmitt dice que “el caso excepcional, el que no está previsto en el orden jurídico vigente, puede ser tal vez calificado como caso de extrema necesidad, de peligro para el Estado o de otra manera análoga, pero no se puede delimitar rigurosamente” (1998a: 16-17).

La siguiente frase de Schmitt resuelve el desconcierto de la normatividad ante lo insospechado: “Soberano es aquel que decide sobre el estado de excepción” (1998a: 15). Tal concepto abre paso al decisionismo, uno de los recursos más controversiales que una autoridad puede utilizar para lograr la paz y el orden.

Para Schmitt, la soberanía “es el poder supremo, originario y jurídicamente independiente” (1998a: 30). Lo importante es la decisión y cómo

el gobernante o soberano es el Estado en persona. En 1651, Hobbes había resaltado esa conjunción:

Una persona de cuyos actos, por mutuo acuerdo entre la multitud, cada componente de ésta se hace responsable, a fin de que dicha persona pueda utilizar los medios y la fuerza particular de cada uno como mejor le parezca, para lograr la paz y la seguridad de todos.

Esta persona del Estado está encarnada en lo que se llama el SOBERANO, de quien se dice que posee un *poder soberano*; y cada uno de los demás es su SÚBDITO. (2011: 157)

Schmitt aclara: “La decisión se libera de todas las trabas normativas y se torna absoluta, en sentido propio. Ante un caso excepcional, el Estado suspende el Derecho en virtud del derecho a la propia conservación” (1998a: 24). De ese modo, el Estado subsiste y el orden jurídico se repliega para que el mandato del soberano se ejecute sin impedimentos, tal como podría hacerlo Dios.

Según Luna, si quien debe decidir es “alguien que no está controlado por otro, o si la decisión no está dividida en poderes que le hacen contrapeso como en las democracias liberales, entonces tenemos un soberano” (Blog Vacío, 2009a). Es la decisión, particularmente el monopolio de la decisión, lo esencial en la soberanía del gobernante: “Él decide si el caso propuesto es o no de necesidad, y qué conviene hacer para dominar la situación. Cae entonces fuera del orden jurídico normalmente vigente, sin dejar por ello de pertenecer a él, puesto que tiene competencia para decidir si la Constitución puede ser suspendida ‘in toto’ o totalmente” (Schmitt 1998a: 17).

Desde esa perspectiva, y en contra de lo que pensaba Kelsen, Derecho y Estado no son equiparables ni inigualables porque el gobernante, debido a una soberanía con capacidad de decisión ilimitada, tiene la facultad de suspender el orden jurídico para que el Estado o el sistema político siga en pie (Luna: Blog Vacío, 2009a). Refutando a Kelsen, Schmitt dice: “Bajo esa identificación del Estado y del orden jurídico, típica del Estado de derecho, se

alienta una metafísica que identifica las leyes con la legalidad normativa. Brote de un pensamiento científico naturalista que condena el 'arbitrio' y que quiere eliminar del dominio del espíritu humano lo excepcional" (1998a: 60).

Para Kelsen, la competencia suprema la tiene el orden jurídico. Cada norma reposa en otra, se fundamenta en varias y así el sistema legal descansa en una ley unitaria y sustantiva por antonomasia: la Constitución (Luna: Blog Vacío, 2009b). Esta tesis es cuestionada por Schmitt, quien le inquiriere por el fundamento de las normas: el mandato. Al no poder explicar dicha positividad, Kelsen elimina el concepto de soberanía para mantener su formalismo jurídico de manera unitaria y sistemática (Luna: Blog Vacío, 2009b). Según Luna, Schmitt supone que el margen no estipulado en una norma requiere de la decisión del gobernante (Blog Vacío, 2009b).

Schmitt cuestiona que la jurisprudencia, al enfocarse en los problemas y en los negocios cotidianos, no le haya construido un interés práctico a la soberanía, quedándose inmóvil ante el caos: "En su concepto, solamente lo normal es cognoscible: todo lo demás constituye una 'perturbación'. Frente al caso extremo, se encuentra sin saber qué hacer" (1998a: 23). Hace lo propio con el comunismo, el socialismo y el anarquismo, pero es más corrosivo con el liberalismo, porque éste reprime y posterga la decisión. Schmitt observa que para Donoso Cortés resulta "consustancial al liberalismo burgués no decidirse por uno ni por otro en la contienda, y en su lugar tratar de entablar una discusión" (1998a: 81). El jurista alemán recalca que Donoso Cortés califica a la burguesía liberal como la "clase discutidora" (1998a: 81).

Para Schmitt, Donoso Cortés y De Maistre, la ausencia de decisión es el problema central del pensamiento liberal y de la modernidad ilustrada.

De ese modo, Schmitt sostiene que el liberalismo elude la decisión y despliega su actividad política en discursos en el Parlamento y ante la prensa, siendo incapaz de afrontar contextos conflictivos. Sin embargo, lo más grave es su contradicción: "Su constitucionalismo liberal pretende paralizar al Rey por medio del Parlamento, pero sin quitarle del trono. La misma inconsecuencia

comete el deísmo, cuando tras quitar del mundo a Dios, quiere mantener su existencia” (Schmitt 1998a: 81-82). Schmitt agrega que “la burguesía liberal quiere un Dios, pero un Dios que no sea activo. Quiere un monarca, pero impotente” (1998a: 82).

Para Schmitt y Donoso Cortés, la decisión debe tener primacía sobre la discusión. Schmitt señala que la esencia del liberalismo “consiste en negociar, en las medias tintas, con la esperanza de que el encuentro definitivo, la cruenta y decisiva batalla, pueda quizá transformarse en un debate parlamentario y suspenderse eternamente gracias a una discusión eterna” (1998a: 86). Schmitt resalta la figura del líder, quien deberá ser el responsable de decidir sobre la situación extrema, función que apenas podría estar tipificada en una Constitución.

Algo que marcó a Schmitt fue la indecisión gubernamental y estatal durante la grave crisis de la República de Weimar y del Estado de derecho en Alemania, ocurrida entre 1919 y 1933, y que al final propició la llegada de Adolf Hitler y del nacionalsocialismo al poder³. Los problemas apuntan al artículo 48 de la Constitución de Weimar, que le otorgaba al presidente del Reich la capacidad de declarar el estado de excepción, pero brindando paralelamente al Reichstag (el Parlamento) la desestabilizadora posibilidad de levantarlo (Luna: Blog Vacío, 2009a). El gobernante estaba debilitado y maniatado por la ley, y no podía quebrantarla para instaurar el orden a través de medidas excepcionales.

Desde su cátedra universitaria, Schmitt demandó la superación total del racionalismo jurídico hasta el término del estado de emergencia en Weimar, mientras que los representantes de la Escuela de Frankfurt apuntaban a la mejora del Estado de derecho para “superar las contradicciones y las

³ Los conceptos jurídicos y filosóficos de Schmitt surgieron en el contexto de la crisis del liberalismo político europeo, ocurrido en la primera posguerra y como consecuencia de la incapacidad institucional para brindar respuestas y soluciones a los cambios estructurales de la Segunda Revolución Industrial que se desarrolló entre 1870 y 1914. La debacle de la República de Weimar fue el corolario de ese horizonte histórico, y que finalmente catapultó al nacionalsocialismo en Alemania.

desigualdades que venía produciendo” al no satisfacer las demandas políticas y sociales de la población (Hernando 2002a: 122-123).

Algo similar experimentaron De Bonald, De Maistre y Donoso Cortés, quienes en una época marcada por las revoluciones de 1789 y 1848 en Francia, demandaron que el cuidado del Estado y del sistema político requiera de una decisión⁴.

Para De Maistre, la decisión tiene una característica: es infalible, en tanto que el soberano es inapelable, pues soberanía e infalibilidad son sinónimos (Luna: Blog Vacío, 2012). La soberanía opera siempre como si fuera infalible, haciendo que el gobierno sea absoluto. Según Luna, lo importante para De Maistre no es que la decisión siempre acierte, sino que sea inapelable, porque a partir de ese rasgo, la decisión configura su infalibilidad (Blog Vacío, 2012). Schmitt dice: “Y esto por la sencilla razón de que en la mera existencia de una autoridad va implícita una decisión, y la decisión tiene valor en sí misma, dado que en las cosas de mayor cuantía importa más decidir que el modo cómo se decide” (1998a: 77).

La soberanía implica la capacidad de decidir sin restricción, lo que genera una soberanía hecha persona, confluencia que implica *ipso facto* la presencia de un factor decisional que “no puede referirse a un caso normal, sino extremo” (Schmitt 1998a: 15). Luna opina que a Schmitt le preocupa saber si el gobernante está limitado por alguien o algo, si debe rendirle cuentas a entidades, burocracias o poderes estatales, o si está por encima del Derecho y de la ley, porque ahí reside la soberanía (Blog Vacío, 2009a). Por eso se pregunta: “¿Hasta qué punto está el soberano sujeto a las leyes y obligado frente a los estamentos sociales?” (Schmitt 1998a: 18).

⁴ Dos episodios marcaron el pensamiento conservador: la histórica Revolución Francesa de 1789 y la no menos importante Revolución de la Primavera de los Pueblos de 1848. Dos alzamientos contra el poder absolutista y conservador en Europa, ambas iniciadas en Francia y motivadas por sectores burgueses, nacionalistas y obreros. El alzamiento de 1848 se propagó por todo el Viejo Continente, en rechazo al Congreso de Viena (1814-1815) que demandaba volver al *statu quo* previo a la Revolución Francesa.

La legitimidad de un Estado se fundamenta en el decisionismo y no en las leyes. Schmitt afirma que la soberanía –o el Estado mismo– “consiste en decidir la contienda, o sea en determinar con carácter definitivo qué son el orden y la seguridad pública y cuándo se han violado” (1998a: 20). Luego resume lo fundamental del concepto: “El orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión, no en una norma” (1998a: 20-21). Esta idea, según Schmitt, debe entenderse en toda su radicalidad, porque hasta el mismo sistema jurídico dependería de una decisión y no de una norma o Constitución, como podría pensarlo Kelsen (Luna: Blog Vacío, 2009a). Para Schmitt es fundamental quién decide.

Como se dijo antes, Schwab vincula al decisionismo con la capacidad del líder para instaurar el orden en una situación caótica, y con su habilidad para mantener la estabilidad. La confianza en el gobernante o soberano es total, sea para dictar el estado de excepción o para decretar la condición de normalidad. Schmitt explica:

Menester es que el orden sea restablecido, si el orden jurídico ha de tener sentido. Es necesario desde todo punto de vista implantar una situación normal, y soberano es quien con carácter definitivo decide si la situación, en efecto, es normal. El Derecho es siempre “Derecho de una situación determinada”. El soberano crea esa situación y la garantiza en su totalidad. Él asume el monopolio de la última decisión. En lo cual estriba precisamente la esencia de la soberanía del Estado, que más que monopolio de la coacción o del mando, es el monopolio de la decisión, dando al vocablo el sentido general que luego tendremos ocasión de precisar. El caso excepcional transparenta de la manera más luminosa la esencia de la autoridad del Estado. (1998a: 25)

Hernando coincide con Schwab al manifestar que el decisionismo es la capacidad del soberano para mantener la paz y el orden en un contexto desordenado (2002a: 130). Añade que esa premisa es inconcebible para los legalistas, quienes dejan todo en manos de la ley. Hernando señala que para Schmitt, cada norma presupone una situación normal, volviéndose inútil en una situación anormal o excepcional (2002a: 130). Lo anterior evidencia que el orden jurídico no depende de una ley, sino de la decisión del gobernante

(Hernando 2002a: 130).

Schmitt afirma que la legitimidad del Estado no reside estrictamente en las normas constitucionales ni en el monopolio de la coacción física legítima, sino en una acción tan concreta como el decisionismo (Pérez Crespo 2008: 19). Según el jurista alemán, la decisión se separa de la norma jurídica y hace que el soberano demuestre de que “para crear Derecho, no necesita tener Derecho” (Schmitt 1998a: 25).

El soberano ejerce su soberanía a través de la decisión. La decisión le hace determinante y capaz de resolver circunstancias de caos. Para Schmitt, el instrumento más absoluto para la obtención del orden es el estado de excepción.

1.4. ESTADO DE EXCEPCIÓN

La declaratoria de estado de excepción no es para Schmitt una simple ordenanza legal. En el pensamiento schmittiano, como se afirmó anteriormente, el estado de excepción tiene en el Derecho un significado análogo al del milagro en la teología: “Es decir, lo excepcional posee un carácter impredecible pero de gran poder: el milagro probaría la existencia de Dios, y la excepción, la soberanía estatal” (Pérez Crespo 2008: 20).

Según Hernando, la figura de Dios es omnipotente y ninguna norma lo obliga a hacer algo o a ir contra su voluntad, pudiendo ejercerla –su voluntad– en cualquier momento, configurando una intervención que será una excepción a la regla (2002a: 128-129). Entonces, lo que caracteriza a la excepción “es principalmente su ilimitada autoridad, que significa la suspensión de todo orden existente” (Hernando 2002a: 129).

Lo más interesante es comprobar cómo Schmitt evalúa la excepcionalidad y su misterio. La excepción no solamente es análoga al milagro en la teología, sino que muestra nítidamente la presencia de la

incertidumbre y del peligro respecto a la supervivencia del Estado y de la propia creación (Hernando 2002b: 103). La estatalidad subsiste, pero la Constitución y los derechos pasan a un segundo plano: el fin es el orden y la seguridad, presupuestos esenciales para la legitimidad política del Estado (Pérez Crespo 2008: 27). Lo anterior reincorpora a la política moderna la idea hobbesiana de que es “el legislador el que hace la ley” y no la verdad (Hobbes 2011: 232).

La valoración del orden y de la seguridad nace con el Estado moderno, entre los siglos XVI y XVII, pero pronto el liberalismo relativizará y combatirá esos conceptos en favor de la legalidad.

En un símil con Dios, el gobernante decide y aplica el estado de excepción para componer el desorden, lo que en términos schmittianos es la prueba más absoluta de soberanía. Por esa razón, Schmitt afirma que “lo excepcional es lo que no se puede subsumir: escapa a toda determinación general, y al mismo tiempo pone al descubierto y en toda su pureza un elemento específicamente jurídico: la decisión” (1998a: 24). El jurista alemán agrega que el caso excepcional “transparenta de la manera más luminosa” (1998a: 24) la esencia de la autoridad del Estado, abriéndole paso al decisionismo.

El estado de excepción es una prerrogativa necesaria y determinante, de acuerdo con Mc Cormick, porque “siempre e inexorablemente existirá un acontecimiento inevitable e impredecible para el que no existirá ningún plan: la excepción no puede ser circunscripta fácticamente y tampoco se le puede hacer coincidir con la norma previa” (1997: 224). Hernando agrega:

De hecho, la excepción no podía incluirse en la norma ni ser codificada previamente en una ley, pese a referirse a algo concreto como un caso de extremo peligro. De ahí que fuese la excepción la que hiciese relevante la figura del soberano (para precisar con detalle cuándo nos encontrábamos en ese estado) y que además el propio concepto de soberanía existiese mientras la figura de la excepción perdurase. (2002a: 130)

La tesis del estado de excepción es rebatida con vehemencia por liberales, positivistas y racionalistas, para quienes la obtención del orden siempre debe situarse dentro del respeto de la ley y de los derechos. Schmitt dice comprender que un neokantiano como Kelsen no apruebe el estado excepcional, pero recalca que los racionalistas y sus allegados ideológicos deberían reconocer que el orden jurídico que defienden también puede “suspenderse a sí mismo” (1998a: 26).

Schmitt sostiene que lo excepcional “puede ser calificado como algo de extrema necesidad, de peligro para el Estado o de otra manera análoga, pero no se puede delimitar rigurosamente” (1998a: 16-17). Afirmo que ninguna norma del Derecho podría anticipar o presentir la excepcionalidad, porque carece además del criterio decisorio para determinar si algo calza en esa definición. Es una situación tan extrema que no puede ser definida, precisada o aprehendida jurídicamente (Luna: Blog Vacío, 2009a). Schmitt dice: “En efecto, una norma general: la representada, por ejemplo, en un concepto normal y cualquiera del Derecho vigente, nunca puede prever una excepción absoluta ni dar fundamento cierto a una decisión que zanje si un caso es o no verdaderamente excepcional” (1998a: 16).

Para Schmitt, la excepción es más importante y decisiva que la regla, porque la determina y la contrasta con la rutina de lo general o cotidiano. Dice que “la regla no prueba nada y que la excepción lo prueba todo” (1998b: 15). La excepción no solamente confirma la regla, sino que la regla vive de la excepción. Schmitt añade: “En la excepción, el poder de la vida real irrumpe tras la corteza de un mecanismo que ha devenido entorpecido por su pura repetición” (1998b: 15).

Lo excepcional es lo no subsumible o indeterminado. Las normas necesitan de ciertas condiciones para aplicarse con efectividad, y si en un estado de excepción se disuelven esas condiciones, la suspensión de dichas normas puede ser decidida (Luna: Blog Vacío, 2009a). Sobre las normas, Schmitt dice: “No existe una que fuera aplicable a un caos. Menester es que el orden sea restablecido, si el orden jurídico ha de tener sentido. Es necesario

implantar una situación normal, y soberano es quien con carácter definitivo decide si la situación es normal” (1998a: 25). El Derecho es siempre el “Derecho de una situación determinada” (Schmitt 1998a: 25). Para Schmitt, el soberano “crea esa situación y la garantiza en su totalidad. Él asume el monopolio de la última decisión” (1998a: 25).

Schmitt no considera que el estado de excepción deba mantenerse de manera continua o permanente, pues de esa forma la excepcionalidad se convertiría en lo normal (1998b: 15). Ocurre que “en un estado de normalidad, la autonomía de la decisión es contraída al mínimo, pero en un estado de excepción, es la norma la que debe ser reducida” (Luna: Blog Vacío, 2009a).

El gobernante ejecuta el estado de excepción para reinstalar la tranquilidad pública, aun por encima del sistema legal, y para fundar –de ser necesario– un nuevo orden. Galli sostiene que la excepción precede lógicamente y gnoseológicamente a la norma, siendo un conflicto que al ser “contingencia insuperable, es inicio absoluto y origen de la forma política jurídica, así como de la norma regular y eficaz” (2011: 66).

Esta determinación contrasta con la incertidumbre de Weimar. Tal como se explicó anteriormente, el artículo 48 de su Constitución otorgaba al presidente –elegido por voto popular– la facultad de declarar el estado de excepción, pero bajo la supervisión del Parlamento, cuyos miembros podían dejarlo sin efecto.

Se debe tener claro que en términos políticos, la excepción schmittiana no es anarquista ni tampoco nihilista. Busca proteger al Estado y al orden social, y por lo tanto no puede ser igual al caos o a la anarquía. Y si la excepción carece de reglas, el mejor modo de enfrentarla será empleando la prudencia (Hirst 1999: 12).

El concepto de estado de excepción de Schmitt es utilizado para analizar golpes de Estado y la decisión que los ejecutó, haciendo foco en “las dificultades y en los desafíos de la democracia liberal para responder a las

demandas de orden político en situaciones excepcionales” (Pérez Crespo 2008: 7). Y también para preguntarse si “las fórmulas del autoritarismo se muestran más atractivas para resolver esos problemas” (Pérez Crespo 2008: 7).

Según Pérez Crespo, Huntington abrió esa discusión “hace 40 años, al mencionar que a pesar de que la Unión Soviética y la China eran dictaduras, mantenían niveles aceptables de gobernabilidad” en sus territorios, mientras que “países democráticos en procesos de modernización eran afectados por el caos y el desorden político” (2008: 7). Bajo ese marco, Huntington sostuvo que “el problema principal no es la libertad, sino la creación de un orden público legítimo. Puede haber orden sin libertad, por supuesto, pero no libertad sin orden” (1990: 19).

El razonamiento de Huntington sigue el camino de Maquiavelo y de Hobbes, quienes concibieron que el orden público era fundamental para la subsistencia del Estado. Citado por Pérez Crespo, Skinner afirma que Hobbes –en la Inglaterra del siglo 17– calificó a la comunidad política como un “estado de naturaleza” de guerra constante entre todos los hombres, por lo que propuso un contrato en el que los individuos le entregaban el poder a un soberano a cambio de protección y seguridad (2008: 16).

Luego aparecieron Locke, Montesquieu y Stuart Mill, representantes de una corriente liberal que exigía que el orden público debía “someterse a la legalidad constitucional y a derechos del individuo como la vida, la libertad individual y la propiedad privada” (Pérez Crespo 2008: 16). Sin embargo, Pérez Crespo opina que los liberales “relegaron la maquiaveliana y hobbesiana pregunta de cómo preservar la paz y la seguridad en situaciones en las que el Estado se encuentra en peligro, o en las que simplemente ha dejado de existir como institución soberana” (2008: 16).

Como se ha visto, para preservar la paz y la seguridad, Schmitt construyó desde la teología los conceptos de soberanía política y de estado de excepción, para fortalecer la decisión de los gobernantes frente a situaciones

de turbación que pongan en riesgo al Estado y a la sociedad. La soberanía política nutre la decisión, mientras que el estado de excepción determina la solución.

El punto culminante es el “Estado fuerte” de Schmitt, construido para enfrentar y neutralizar a todo aquello que represente un peligro, según la circunstancia o el contexto. El proceder es señalado por Schmitt en su dramática y categórica distinción amigo-enemigo.

1.5. DISTINCIÓN AMIGO-ENEMIGO

Para Schmitt, la soberanía política y el estado de excepción son fundamentales para el orden público, junto con la distinción amigo-enemigo que planteó en 1932 y que justifica la neutralización –o eliminación, incluso– de cualquier grupo que ponga en peligro la subsistencia del Estado, siendo latente en su núcleo la posibilidad de una guerra. Esta diferenciación amigo-enemigo es el cimiento de lo que Schmitt denomina “lo político”. Es decir, el espacio de poder, conflicto y antagonismo, constitutivo de las sociedades humanas (Mouffe 2011: 16) y escenario de una posibilidad real de lucha que privilegia la decisión y no la libre discusión.

El enemigo es un “conjunto de hombres” que eventualmente y en un contexto innegable, se opone *combativamente* a otro análogo (Schmitt 2005: 58). Schmitt destaca la existencia de enemigos internos y externos. Con los primeros se desataría básicamente una guerra civil. Con los segundos, una conflagración contra Estados cercanos, lejanos o limítrofes.

La distinción amigo-enemigo es probablemente el concepto más radical de Schmitt, pero también uno de los más profundos y enigmáticos. Una frase escrita por él en 1939 aún no ha podido ser interpretada y contextualizada por los que estudian su obra: “Allí donde la diferenciación de los espíritus

comienza, se encuentra el punto extremo de la distinción del amigo y del enemigo”⁵.

Como ocurre con la mayoría de conceptos schmittianos, la categórica distinción amigo-enemigo tiene reminiscencias bíblicas y teológicas. Según Hernando, en el Génesis 3 aparece una revelación que coloca a Dios frente a Satán, estableciendo la dicotomía esencial de la teología y que sintetiza el antagonismo entre el Creador y el Demonio, el bien y el mal o el amigo y el enemigo (2002b: 99). La Biblia dice: “Entonces Dios dijo a la serpiente: por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás tierra por todos los días de tu vida. Haré que haya enemistad entre tú y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella te pisará la cabeza, mientras tú herirás su talón” (Biblia Latinoamericana 2011: 14-15).

Así, enfrentados Dios y Satanás, ambos protagonizan una batalla decisionista –y en un momento excepcional– que terminará con la victoria de Dios (el amigo) y con la derrota de Satán (el enemigo). Ciertamente, los enemigos también pueden ser personas, pueblos o representaciones contrarias a Dios o a sus preceptos, para quienes habrá castigos como sequías, hambrunas, guerras e incluso el exterminio. En 1 Samuel 23, Dios le pide a David que busque y mate a los filisteos que habían invadido la ciudad de Queilá, ubicada en Judá, pues deseaba rescatarla y protegerla de los enemigos. Como soberano absoluto y letal, Dios le aseguró a David la victoria en la batalla:

Le llevaron esta noticia a David: “Los filisteos llegaron para atacar Queilá y se apoderaron de las eras”. Entonces David consultó a Yavé, preguntándole: “¿Debo marchar contra los filisteos?”. Yavé respondió a David: “Anda, derrotarás a los

⁵ Enunciado del prólogo que Schmitt redactó para su ensayo *La época de la neutralidad*, culminado en 1929 y publicado en España en 1941. El texto también dice: “Todos los pueblos europeos están hoy empeñados en un torneo espiritual de signo universal, en el que tal vez caben algunos cambios tácticos y de situación, pero no una neutralidad espiritual. El que quiere permanecer neutral se excluye a sí mismo”. Algunos historiadores sugieren que es una crítica de Schmitt al dictador español Francisco Franco, por su ambigüedad e indecisión en la Segunda Guerra Mundial. Como se sabe, Franco gobernó España entre 1936 y 1975.

filisteos y librarás a Queilá”. Pero los hombres de David le dijeron: “¿No tenemos acaso bastante que temer aquí en Judá, como para que vayamos ahora a buscar a los filisteos a Queilá?”. David consultó de nuevo a Yavé, quien le respondió: “Levántate y baja a Queilá, porque he entregado a los filisteos en tus manos”. Partió pues David para Queilá con sus hombres y se trabó en combate con los filisteos. Les quitó sus rebaños y les infligió una gran derrota. Así fue como David libró a los habitantes de Queilá. (Biblia Latinoamericana 2011: 1-5)

El tropismo de Schmitt hacia Maquiavelo, Hobbes y Donoso Cortés tuvo como móvil la teología política y la desconfianza que esos pensadores tenían hacia el hombre y su conducta, siempre utilitaria, egoísta y hasta fratricida, y que solamente podía ser modificada con incentivos, castigos o medidas coercitivas.

Según Hernando, tales pensadores “resultaban interesantes porque introducían un elemento determinante en el debate político y jurídico, vinculado con la relatividad que acompañaba a cualquier definición de verdad dentro de un orden imperfecto y mutable” (2002a: 127). Para Maquiavelo, Hobbes y Donoso Cortés, ese “orden imperfecto y mutable” era consecuencia del pecado original y del derrumbe del hombre, en tanto unidad inmaculada y libre del mal, haciendo relativa cualquier certeza (Hernando 2002a: 127).

De ese modo, la enemistad y el conflicto se vuelven algo natural, tanto que Schmitt escribió: “Pobre de quien no tenga *amigos*, porque sus enemigos le harán justicia. Pobre de aquel que no tenga *enemigos*, pues el mismo Dios será su enemigo en el Juicio Final” (2010: 78).

La detección del amigo en desmedro del enemigo origina un “Estado fuerte” capaz de garantizar su existencia y su autonomía política y económica, pudiendo a partir de esa diferenciación segregar o eliminar a sus opositores. Según Schmitt, el Estado es el único que puede hacer la distinción amigo-enemigo porque tiene el monopolio de la decisión, considerando que “en su condición de unidad esencialmente política, le es atribución inherente el *ius belli* o derecho de guerra: es decir, la posibilidad real de determinar por propia

decisión quién es el enemigo y combatirlo” (2005: 74).

Como se dijo antes, la distinción amigo-enemigo es un concepto radical y natural por la esencia humana y de las sociedades, según Maquiavelo, Hobbes y Donoso Cortés. Kennedy detalla sus elementos centrales:

- a) Es abierta y pública.
- b) Es colectiva y basada en la identidad.
- c) Involucra la soberanía.
- d) Es una lucha real.
- e) Implica el combate y la muerte.
- f) Es una posibilidad constante, no un caso constante (2012: 172).

Kennedy afirma que entre 1927 y 1932, Schmitt presentó “lo político” como un criterio existencial que consideraba “la posibilidad real de asesinato” (2012: 172). Añade que Schmitt consideraba que un “Estado fuerte” mantenía su “unidad política” a través del criterio amigo-enemigo, fundamento de una respuesta constitucional y política a la “posibilidad real de conflicto” (2012: 174).

Para Schmitt, el pensamiento e instinto político “se avalan teórica y prácticamente en la facultad de distinguir entre el amigo y el enemigo” (2005: 95-96). Además, sostiene que los puntos álgidos de la gran política “son al mismo tiempo los momentos en los que el enemigo es contemplado como tal en la mayor y más completa claridad” (2005: 95-96).

La distinción amigo-enemigo tiene una etapa previa: la construcción de una identificación colectiva para la formación de un “nosotros” como oposición a un “ellos”. Según Mouffe, hasta ahí no habría una relación antagónica, salvo que el “ellos” le cuestione la identidad al “nosotros” y sea una amenaza para su existencia (2011: 22-23). La enemistad es latente e inevitable:

Podemos afirmar que la distinción nosotros/ellos, condición para la formación de identidades políticas, puede convertirse siempre en el *locus* del antagonismo. Puesto que todas las formas de

identidad política implican una distinción nosotros/ellos, la posibilidad de emergencia de un antagonismo nunca puede ser eliminada. Por tanto, sería una ilusión creer en el advenimiento de una sociedad en la que pudiera haberse erradicado el antagonismo. Como afirma Schmitt, el antagonismo es una posibilidad siempre presente en el mundo: “lo político” pertenece a nuestra condición ontológica. (Mouffe 2011: 23)

Schmitt sostiene que los pueblos –y los Estados– se agrupan en función de identidades comunes, formando un “nosotros” que marca un contraste con un “ellos”. Un pueblo siempre tendrá que determinar por sí mismo quién es el amigo y quién es el enemigo, pues en eso radica la esencia de su existencia política (Schmitt 2005: 79). Si un pueblo o un Estado rehuyese a esa función, sería vulnerable e incapaz de ofrecer orden y seguridad en su territorio. Si se colocase aquel discernimiento en manos de un extraño, ambos dejarían de ser políticamente libres, integrándose o sometiéndose a otro sistema político (Schmitt 2005: 79). Kennedy afirma:

Este mandato es *independiente* de aquello que afecta a otros Estados: se fundamenta en una decisión independiente sobre una amenaza existencial al Estado, en tanto es una realidad constituida, y no puede ser delegado a otro Estado o a una organización supranacional. Cuando se produce tal delegación, ese Estado cesa de ser Estado y se convierte en apoderado del poder de otro Estado, que vendría a ser un Estado real. (2012: 174-175)

Los pueblos se identifican y diferencian entre sí, y deben estar atados a un proyecto político que los agrupe, pues la noción de conjunto lleva en su interior la semilla de “lo político” (Duque 2008: 13). Según Duque, esa relación construye un sentido de pertenencia y la posibilidad de reconocer al enemigo. La mutua necesidad de ambos preceptos es elevado: “Si para un grupo no es posible reconocer al enemigo, no puede hablarse de una identificación con un proyecto político” (Duque 2008: 11). Son amigos los que se adhieren a él, y enemigos los que se oponen. Duque sostiene: “Hay que reconocer claramente que no es la diferenciación amigo-enemigo la que define la identidad, sino que es la identidad la que permite esa distinción. Solamente así puede responderse a la pregunta acerca de quién es el enemigo: el enemigo simplemente es el

otro. Es decir, el que no está de acuerdo con la voluntad expresada en el proyecto político” (2008: 12). Y agrega: “¿En qué consiste un proyecto político?... La pregunta de fondo es si hay proyecto político antes de que haya hombres dispuestos a matarse con tal de lograr su ejecución. El contenido en sí es diferente bajo la luz de este criterio, pues lo importante es su capacidad para la movilización hacia la muerte” (2008: 39-40).

Así, Duque afirma que “no puede pensarse un proyecto político sin enemigos o sin oponentes. En caso faltara el oponente, la agrupación resultante no sería política: por definición no podría serlo. Necesita de otra agrupación situada frente a ella (y dispuesta en caso extremo a morir) para poder ser reconocida como tal” (2008: 40).

La idea de proyecto político es relevante. ¿La razón? La decisión moral no es detectar quiénes son los enemigos, sino definir el valor o proyecto político desde el cual se les identificará y combatirá (Duque 2008: 38). Es decir, el valor en cuya defensa se estaría dispuesto a matar o a morir (Duque 2008: 38). En ese sentido, Schmitt sostiene que el riesgo sobre la identidad y el rechazo al proyecto político son el origen de la enemistad traducida en comunidades o naciones enfrentadas, o en un conjunto de hombres al interior de un país poniendo en jaque la estabilidad del Estado (Duque 2008: 35).

Schmitt reconoce que el sentido de una guerra no radica en que responda a ideales o a normas jurídicas, sino en que sea ejecutada contra un enemigo concreto, porque “los conceptos de amigo, enemigo y lucha, adquieren su sentido real por el hecho de que están y se mantienen en conexión con la posibilidad de matar físicamente” (2005: 63). Todo enturbiamiento de la categoría amigo-enemigo es “resultado de haberla confundido con abstracciones o normas de algún tipo” (Schmitt 2005: 79).

Ciertamente, la necesidad de paz de un Estado hace que al atravesar por una situación crítica, se encuentre capacitado para determinar por sí mismo al “enemigo interior”. Ello implica que “la distinción amigo-enemigo establece un punto máximo de tensión y de conflicto en el que el Estado, como soberano y unidad política central, decide quiénes son los enemigos que ponen en peligro

su existencia, más aún en tiempos de excepción” (Pérez Crespo 2008: 26).

Según Pérez Crespo, la legitimidad estatal “estaría en capacidad de tomar decisiones para imponer el orden, situando quiénes son los enemigos externos e internos, lo que implica el *statu quo* del Estado como agente principal del poder político, con la diferenciación entre un ‘nosotros’ y un ‘ellos’ en su territorio, pues esa dinámica sería esencial para su fortaleza política” (2008: 26).

La idea es que el Estado pacifique su territorio y establezca una situación de normalidad para que la legalidad vuelva a tener vigencia, pues ninguna ley es efectiva en una situación totalmente anómala, debido a que siempre es pensada para tiempos de tranquilidad (Schmitt 2005: 75). Para lograr ese objetivo, Schmitt señala que el Estado posee ejércitos y burocracias para defenderse contra los que considera sus enemigos internos o externos, por lo que “concentra en sí una competencia aterradora: la posibilidad de declarar la guerra, y en consecuencia, la de disponer abiertamente de la vida de las personas” (2005: 75).

Kennedy añade que “el Estado es la ‘unidad decisiva’ en la que se ordena a sus miembros a que maten y mueran” (2012: 174). Schmitt señala: “Pues el *ius belli* o derecho de guerra implica tal capacidad de disposición: significa la doble posibilidad de requerir, por una parte, de los miembros del propio pueblo la disponibilidad para matar y ser muertos, y por la otra, la de matar a las personas que se encuentran del lado enemigo” (2005: 75).

Una guerra posee un sentido existencial y circunstancial, y no normativo. Matar y morir son los mayores episodios existenciales del ser humano, porque denotan un escenario incontrastable basado en una guerra contra un enemigo real, y no en ideales o estructuras normativas (Schmitt 2005: 78). Si bien Schmitt señala que no existe objetivo tan racional, legal o hermoso que justifique que determinados hombres se maten entre sí, plantea una inquietante salvedad: “La destrucción de la vida humana no tiene justificación posible, salvo que se produzca, en el estricto plano del ser, como afirmación de la

propia forma de existencia, contra una negación igualmente óptica de esa forma” (2005: 78).

Hay quienes acusan a la teoría schmittiana de ser bélica y violenta. No obstante, Kennedy afirma que Schmitt nunca idealizó la guerra y que el combate nunca fue una virtud en su obra, siendo falso que un pueblo tenga que plantearse constantemente la distinción amigo-enemigo, y que la política sea siempre una “guerra sangrienta” (2012: 170). Schmitt dice: “La guerra no es sino la realización extrema de la enemistad. No necesita ser nada cotidiano ni normal, ni hace falta sentirlo como algo ideal o deseable, pero tiene desde luego que estar dado como posibilidad efectiva, si es que el concepto del enemigo ha de tener algún sentido” (2005: 63). Y además de ser infrecuente, Kennedy sostiene que el contraste amigo-enemigo no debe proponerse en cualquier época, y que no tiene sentido que una nación sea enemiga eterna de otra, pensando en la experiencia entre Francia y Alemania, como consecuencia de las dos guerras mundiales (2012: 172).

Por lo demás, Duque sostiene que la distinción amigo-enemigo no solamente puede ser ofensiva, sino también defensiva para “proteger los valores nacionales” contra ese “otro” que busca destruir el “ordenamiento estatal en un momento histórico dado” (2008: 10). La esencia de la confrontación subyace, pero Schmitt jamás la justifica. Duque añade con agudeza: “Y aunque sea injustificable, es un hecho: en el mundo se libran guerras” (2008: 10).

Cuatro preguntas inquietan a los académicos que estudian a Schmitt: ¿Cómo es el enemigo? ¿El Estado puede equivocarse al señalarlo? ¿Cuándo se llega a una guerra con él? ¿Cómo puede presentarse?.

Schmitt contempla que “el enemigo no necesita ser moralmente malo ni estéticamente feo” al momento de la disputa, y que tampoco hace falta que sea un competidor económico, siendo incluso beneficioso tener negocios con él (2005: 57). Precisa que tampoco es “cualquier competidor o adversario” y menos el sujeto o grupo privado al que se le detesta por celos o antipatías

(2005: 58). Schmitt dice: “Simplemente es el otro o el desconocido, y para determinar su esencia, basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo” (2005: 57).

Tras señalar que el enemigo no nace de la subjetividad y que tampoco opera en lo privado, Schmitt hace una aclaración: “Solamente es enemigo el enemigo público” (2005: 58-59). ¿La causa? Todo lo referente a un pueblo o a un conjunto de personas adquiere automáticamente un carácter público (Schmitt 2005: 59). Serrano destaca que lo público y un intenso antagonismo que pueda culminar en una guerra son vitales para que el contraste amigo-enemigo sea algo distintivo de “lo político” (2002: 23).

Para Duque, la enemistad pública es impersonal. Y la enemistad es la consideración política por excelencia, siendo el problema central de “lo político” (Duque 2008: 18). Y respecto a que si el Estado puede errar al escoger, enfrentar o eliminar al enemigo, Schmitt dice que la decisión que proviene del Estado o del gobernante o soberano es infalible e inapelable.

Sobre el inicio de la guerra, Pérez Crespo afirma que “Schmitt reconoce que cuando las diferencias políticas entre partidos se convierten en diferencias políticas a secas, es que la relación amigo-enemigo de la política exterior del Estado ha pasado a un lado y se origina una guerra civil” (2008: 26).

Citado por Pérez Crespo, Saint-Pierre explica que el enemigo interno puede presentarse de tres modos:

- a) El enemigo de la resistencia: Cuando un Estado invade un territorio e identifica a su enemigo interno.
- b) El enemigo infiltrado: Proveniente de un país extranjero que arremete con convulsión social, terrorismo y otros.
- c) El enemigo interno: Teniendo la misma nacionalidad, desafía el monopolio legítimo de la violencia del Estado (2008: 26).

Esto todo caso, si bien Schmitt señala que los mejores Estados son aquellos que carecen de conflictos internos, nadie puede asegurar que esa tranquilidad se proyecte al exterior, cuando hay naciones buscando satisfacer sus intereses y ejerciendo cada una su propia soberanía. No obstante, el jurista alemán observa que el mejor escenario para la aplicación del contraste amigo-enemigo está precisamente en la confrontación entre países. Todos los Estados tienen el derecho de protegerse y de proclamar la guerra, manejan una identidad y un proyecto político que pueden verse amenazados, y sus soldados son diferenciables y ejecutores de una enemistad pública.

A Schmitt le interesa mucho que el Estado detecte al enemigo, y por eso critica a los pacifistas porque niegan cualquier posibilidad de antagonismo. Según Duque, es peligroso ignorar al enemigo porque ello no garantiza que en algún momento aparezca y desencadene el combate, aprovechando la desprotección causada por la negligencia (2008: 14). Que no se identifique al enemigo no significa que no exista, debido a que su existencia puede producirse aun cuando no se tengan noticias de sus actividades (Duque 2008: 13). Por lo demás, Duque sostiene que es indiferente si el "otro" quiere ser reconocido o no como enemigo (2008: 13).

Schmitt resalta que el pacifismo entra en problemas cuando aparece una fuerza contraria buscando la guerra. Afirma que el Estado pacifista debe recurrir a la guerra para traer de regreso la paz.

Ahora bien, los liberales siempre rechazaron "lo político" en favor del individualismo y del debilitamiento estatal. Desde el racionalismo liberal no es posible la formación de identidades colectivas, la ejecución de la distinción amigo-enemigo y el predominio del "Estado fuerte". Decía Schmitt que el liberalismo de los siglos 19 y 20 trajo consigo una singular y sistemática transformación y desnaturalización de las ideas y representaciones de "lo político" (2005: 97). Veamos: "La teoría sistemática del liberalismo se refiere casi en exclusiva a la lucha política interna contra el poder del Estado, y aporta toda una serie de métodos para inhibir y controlar ese poder al servicio de la

protección de la libertad individual y de la propiedad privada” (Schmitt 2005: 98). Y agrega: “Toda constricción o amenaza a la libertad individual, por principio ilimitada, o a la propiedad privada o a la libre competencia, es ‘violencia’ y por lo tanto *eo ipso* malo. Lo que el liberalismo deja en pie del Estado y de la política es únicamente el cometido de garantizar las condiciones de la libertad y de apartar todo aquello que pueda estorbarla” (2005: 99).

Según Schmitt, por influencia del liberalismo se edificó “un sistema de conceptos desmilitarizados y despolitizados” que se mueve siempre entre la ética (“espiritualidad”) y la economía (los negocios) para aniquilar “lo político” como esfera de la “violencia invasora” (2005: 99). El pensamiento liberal convirtió el concepto político de lucha en dos vertientes: en *competencia* por el lado económico, y en *discusión* por el bando de la “espiritualidad” (Schmitt 2005: 99). De ese modo, Schmitt afirma que la dinámica de la *competencia eterna* y de la *inacabable discusión* tomó el lugar de la distinción “guerra” y “paz” en la política (2005: 99-100).

Para Schmitt queda claro que esas transformaciones buscan “del modo más certero” someter al Estado y a la política a una moral individualista y a categorías económicas que los despoje de su soberanía y de su capacidad decisoria (2005: 100). Él recalca: “Desde sus comienzos, el pensamiento liberal utilizó contra el Estado y la política el reproche de la ‘violencia’. Esto no habría pasado de ser uno de esos insultos más o menos inocuos y propios de la lucha política, si su imbricación en una gran construcción metafísica y la correspondiente interpretación de la historia, no le hubiesen conferido un horizonte más vasto y una mayor fuerza de convicción” (2005: 101).

Así, Mouffe manifiesta que “para los liberales, un adversario es simplemente un competidor” en la sociedad, y que “la política es un terreno neutral en el que diferentes grupos rivalizan para tomar las posiciones de poder: su objetivo es meramente desplazar a otros con el fin de ocupar su lugar” (2011: 28). Además, Mouffe resalta una característica del enfoque schmittiano: dado que todo consenso se basa en actos de exclusión, demuestra la imposibilidad de que “lo político” lleve a un “consenso *racional*”

totalmente inclusivo” (2011: 18). Ello contrasta con el pensamiento liberal, creyente en la posibilidad de llegar a un “consenso universal basado en la razón” (Mouffe 2011: 18).

Lo cierto es que “lo político” no puede ser comprendido por el racionalismo liberal, debido a que todo racionalismo necesita negar la irreductibilidad del antagonismo (Mouffe 2011: 18-19). Ocurre que en el momento ineludible de la decisión, en un contexto indefinible e inenarrable, el antagonismo revela los límites del consenso racional (Mouffe 2011: 19).

Por esos y otros argumentos, Schmitt advierte que los esfuerzos del liberalismo para eliminar “lo político” serán infructuosos. Afirma que “lo político” puede generarse a partir de cualquier actividad humana, incluso nutriéndose de ellas. No obstante, parafraseando a Balthus, Kennedy aclara que “ninguna de las esferas de la vida está vinculada necesariamente con otra, pero todas pueden estarlo de manera contingente” (2012: 169).

Habermas es uno de los principales defensores del modelo deliberativo y racional. Tras reconocer que el pensamiento schmittiano es un desafío para la concepción liberal de la política, asegura que aquellos que cuestionan la posibilidad del consenso racional y que defienden que la política es un terreno en el que siempre existirá la discordia y la enemistad, socavan finalmente la democracia (Mouffe 2011: 20). Habermas hace el siguiente análisis: “Si las cuestiones de justicia no pueden trascender la auto comprensión ética de formas de vida enfrentadas, y si los valores, conflictos y oposiciones existencialmente relevantes deben introducirse en todas las cuestiones controversiales, entonces, en un análisis final, terminaremos en algo semejante a la concepción de la política de Schmitt” (Citado por Mouffe 2011: 20).

Mouffe discrepa con la reflexión de Habermas respecto a que “lo político” es contrario a lo democrático, pues sostiene que el énfasis de Schmitt en la distinción amigo-enemigo y en la naturaleza conflictual de la política debe entenderse como el punto de partida necesario para concebir los objetivos de la política en democracia (2011: 21).

Pocos teóricos han sido tan escudriñados y cuestionados como Schmitt. Su pensamiento no solamente causó intensos debates académicos en la primera mitad del siglo 20, sino también posteriormente y hasta hoy. ¿La razón? Haber elaborado pautas que permiten reflexionar sobre los enemigos de los Estados contemporáneos: el terrorismo, el crimen organizado, el narcotráfico y otros. La ecuación es simple: si los Estados buscan proteger a sus ciudadanos, los principales adversarios serán los que se oponen a la ley.

Según Schmitt, una agrupación terrorista se convierte en “unidad política” cuando las motivaciones ideológicas, económicas y religiosas que sustentan su existencia, encuentran oposición en la ley. Como “unidad política” vigente, esa agrupación subversiva es capaz de enviar a sus hombres a una guerra contra el Estado y de lograr que sus integrantes mueran por sus objetivos, considerando que también podría apropiarse de un territorio e impartir sus propias normas, socavando la soberanía estatal.

El principio también es aplicable a las mafias del narcotráfico, aun cuando sus fines no sean políticos o se encuentren lejos de proteger una identidad o un interés grupal, pues las motivaciones no necesariamente determinan “lo político”. Lo confirma Schmitt al señalar que “todo antagonismo u oposición moral, religiosa, económica, étnica o de cualquier clase, se transforma en oposición política cuando gana la fuerza suficiente como para agrupar de un modo efectivo a los hombres en amigos y en enemigos” (2005: 67). Duque responde que una organización del tráfico de drogas también posee “unidad política” y soberanía para discriminar y combatir al oponente: “Una organización de narcotraficantes tiene una estructura de poder. Algún nivel de aquella estructura será soberana en el sentido de ser la que establece quién es el enemigo. Y el enemigo será consecuentemente todo aquel que atente contra ‘el negocio’. También tiene un carácter público al oponerse con sus prácticas al orden establecido, cuya legitimidad no reconoce” (2008: 68).

Duque añade que el sicariato, la delincuencia común y el pandillaje tampoco escapan a la diferenciación amigo-enemigo y menos a “lo político”.

Manifiesta que esas actividades delictivas son políticas porque poseen hombres “dispuestos a aniquilar” a sus antagonistas: es decir, a los representantes de la legalidad y del Estado, y a los que sean distintos de ellos (2008: 90).



CAPÍTULO 2

CRISIS DE REHENES EN EL MUNDO:
DISTINCIÓN AMIGO-ENEMIGO Y DECISIÓN
PRESIDENCIAL



2.1. INTRODUCCIÓN

Este capítulo describirá algunas de las operaciones de rescate de rehenes más resonantes de las últimas décadas, y cuyo éxito o fracaso dependió de la postura del gobernante frente al enemigo, y del entendimiento de que “lo político” debía guiar la acción estatal, privilegiando la decisión y no la deliberación. En ese escenario de combate, las miradas comprensivas no tienen lugar. Si la enemistad es constitutiva de las sociedades, la eliminación del antagonista también lo es. A Schmitt le interesa que un Estado reconozca al enemigo, porque eso le convertirá en un “Estado fuerte” capaz de ganar la contienda, siendo portador de una “unidad política” que facilitará la movilización de sus capacidades bélicas y coercitivas.

Ahora bien, la “unidad política” no es privilegio de los Estados: también puede existir en los grupos terroristas. Según Schmitt, una agrupación subversiva se convierte en una “unidad política” cuando sus intereses encuentran oposición en la ley. Ese grupo terrorista será capaz de atacar al Estado y de lograr que sus integrantes mueran por sus objetivos. Las tomas de rehenes afectan la soberanía y la identidad, y ambas definiciones fundamentan la enemistad entre dos o más grupos. Para el pensamiento schmittiano, la autoridad no tiene otra alternativa que neutralizar o eliminar al rival. Montero afirma:

La dinámica de una toma de rehenes está marcada desde el principio por la conflictividad política. No hay chance de comprender el complejo trasfondo de cada experiencia, sin profundizar primero la mirada sobre un pasado que ha marcado con fuego la historia de los pueblos y de las sociedades en beligerancia. Es una historia que los enfrenta y que los diferencia, cargándolos de resentimiento y desesperación, y que los empuja al abismo de medidas extremas cuando dejan de haber otras opciones. (2013: 11)

La determinación y la ambigüedad frente al enemigo siempre generan resultados opuestos en el combate. Las operaciones de rescate que ayudarán a confirmar ese precepto son las siguientes:

- a) El rescate de Entebbe (Uganda, 1976)
- b) La operación Chanchera (Nicaragua, 1978)
- c) El plan Garra de Águila (Irán, 1979)
- d) La operación Nimrod (Reino Unido, 1980)

Las operaciones Entebbe y Nimrod fueron sobresalientes porque hubo decisión (soberanía política) y resolución en el contraste amigo-enemigo. No ocurrió lo mismo con los planes Garra de Águila y Chanchera, ejecutados por gobiernos y autoridades sin firmeza decisonal ante el terrorismo, sin cohesión en sus regímenes –carencia de “unidad política”– o que no contaban con el respaldo de la población ante el problema. En Estados Unidos y en Nicaragua, las consecuencias políticas fueron enormes: Jimmy Carter no pudo reelegirse en 1980, y la dinastía de los Somoza llegó a su fin en 1979.



2.2. EL RESCATE DE ENTEBBE (Uganda, 1976)

CONTEXTO

En la década del setenta, Israel mantenía una extrema beligerancia con Egipto, Jordania, Irak y Siria, como consecuencia de las guerras de los Seis Días y del Yom Kipur, desatadas en 1967 y en 1973, respectivamente. En la segunda conflagración, Egipto y Siria, con apoyo de Jordania, invadieron en forma sorpresiva a Israel para recuperar los Altos del Golán y sectores del Sinaí, perdidos en 1967, pero sin éxito. Otro país enemigo era el Líbano, cuyo territorio servía de escondite para que árabes y palestinos ejecutaran bombardeos hacia Tel Aviv.

Algo característico de la época fue el constante secuestro de aviones comerciales a manos de terroristas, y también la blandura de los gobiernos y Estados que solían ceder a las exigencias de los captores. Los objetivos eran las naves que salían o se dirigían a Israel, desde cualquier ciudad de Europa. Los protocolos de seguridad eran muy deficientes.

HECHOS

La misión de rescate de rehenes de Entebbe, también llamada Operación Trueno, se ejecutó el 4 de julio de 1976, una semana después de que el vuelo 139 de Air France, un Airbus A-300 con 244 pasajeros y 12 tripulantes que iba de Atenas a París, procedente de Israel, fuera secuestrado por dos terroristas del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) y dos alemanes pertenecientes a las llamadas Células Revolucionarias⁶.

Los secuestradores desviaron la nave hacia Bengasi, en Libia, ciudad en la que permanecieron siete horas. Tras cargar combustible y medicinas partieron rumbo a Entebbe, con la anuencia del dictador ugandés Idi Amín,

⁶ El secuestro de la nave de Air France ocurrió el 27 de junio al mediodía. Los terroristas alemanes fueron identificados como Wilfried Böse y Brigitte Kuhlmann.

quien además ordenó que cuatro integrantes de las fuerzas pro-palestinas de su gobierno se unieran a los terroristas⁷.

La toma del Air France fue un tremendo golpe propagandístico en favor de la causa palestina. Fortalecidos por el apoyo árabe y africano, y tras protagonizar los despachos de las principales agencias noticiosas del mundo, los secuestradores amenazaron con matar a los 103 rehenes judíos si es que Tel Aviv no liberaba a 40 terroristas palestinos presos en Israel, y a otros 13 detenidos en Kenia, Francia, Suiza y Alemania⁸. Se afirma también que solicitaban la excarcelación de dos terroristas alemanes, detenidos en Kenia por intentar derribar un vuelo de El Al –línea aérea oficial israelí– que despegaba del aeropuerto de Nairobi.

Horas antes, los terroristas habían dejado en libertad a los pasajeros de otras nacionalidades, tras revisar sus pasaportes y especialmente sus apellidos, focalizando la presión hacia el gobierno de Israel, encabezado por el primer ministro Isaac Rabin.

NEGOCIACIONES INFORMALES Y DIPLOMÁTICAS

Israel activó la vía diplomática con rapidez, apelando a canales oficiales y no oficiales, y solamente se decidió por la operación militar una vez que se agotaron las posibilidades pacíficas para liberar a los rehenes. También apeló a métodos no formales, por medio de contactos vinculados con Uganda y con el presidente Amín. Se sabría posteriormente que el gobierno israelí no descartó soltar a los prisioneros palestinos, si la acción de rescate fracasaba o era imposible de ejecutar.

El gabinete de emergencia montado por Rabin buscó a Baruch Bar-Lev, militar retirado de las Fuerzas de Defensa de Israel, quien aparentemente tenía

⁷ El aparato llegó a Entebbe el 28 de junio a las 3:15 de la tarde, más de 24 horas después de ejecutado el secuestro.

⁸ Gordon Thomas, en su libro *Mossad: La historia secreta*, señala que “los secuestradores anunciaron que el avión sería dinamitado con todos sus pasajeros a bordo si no se cumplían sus exigencias” (2006: 165). Según Thomas, el plazo vencía el 30 de junio.

relaciones amicales con Amín, para que llamara por teléfono al dictador y lo instara a liberar a los rehenes. Los timbrazos desde Tel Aviv a Kampala, capital de Uganda, sumaron una veintena, pero Amín jamás se puso en la línea.

Rabin recurrió a Washington para interceder en ese objetivo, utilizando las gestiones del presidente egipcio Anwar el-Sadat, cercano a Amín y a varios funcionarios ugandeses. Apelando a mecanismos diplomáticos más formales, Sadat envió a un emisario (Hanni al Hassan) para negociar con la OLP y con el gobierno de Uganda, pero no hubo suerte.

Thomas sostiene que hubo otro acercamiento con Amín, y que el autócrata se mostró favorable a escuchar las propuestas de Tel Aviv. El cambio se produjo luego de que Simón Peres, ministro de Defensa israelí, le prometiera el Premio Nobel de la Paz si mediaba en favor de los rehenes. Todo era un engaño para ganar tiempo:

En el transcurso de varias conversaciones telefónicas con el palacio de Amín, los negociadores de Tel Aviv dejaron en claro que su Gobierno estaba dispuesto a aceptar los términos de los secuestradores. Un diplomático de un consulado europeo en Uganda fue utilizado para añadir credibilidad a esta rendición aparente. Lo llamaron “confidencialmente” para ver si podía negociar unos términos aceptables para los terroristas. Kimche⁹ dijo al emisario: “Debe ser algo no demasiado humillante para Israel, pero al mismo tiempo no demasiado inaceptable para los secuestradores”. El diplomático corrió hacia el aeropuerto de Entebbe con las noticias y empezó a redactar las frases adecuadas. Todavía lo estaba haciendo cuando la Operación Trueno comenzó su última etapa. (Thomas 2006: 167)

Los avances del plan militar y el errático comportamiento de Amín hicieron que Rabin se inclinara por el uso de la fuerza. Otros factores influyeron en la decisión: la salud de los cautivos, la presión de las familias, las críticas de la oposición a su gobierno, y evitar que se tejiera un aura de debilidad sobre Israel. Sobre el último punto, Rabin fue tajante al señalar que los enemigos de

⁹ David Kimche (1928-2010) fue uno de los más brillantes espías y analistas del Mossad. Era además diplomático, periodista y consultor en temas de seguridad.

Israel debían conocer que ante un ataque o abuso, ellos iban a tener una respuesta brutal y contundente.

CRISIS Y DECISIÓN DE AUTORIDAD

Minutos después de ocurrido el secuestro del vuelo 139, Rabin convocó con urgencia y en forma permanente a su gabinete y al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas israelíes. Al principio hubo desazón. Thomas señala que “en las sesiones secretas del Gabinete en Tel Aviv, la jactanciosa imagen pública de no rendirse ante el terrorismo comenzó a marchitarse. Los ministros se ponían a favor de liberar a los prisioneros palestinos” (2006: 165). Incluso, el propio Rabin flaqueó y mostró un informe del Shin Bet, el servicio de inteligencia y de seguridad interna de Israel, referente a la existencia de un precedente para liberar a criminales convictos (Thomas 2006: 165).

La principal dificultad para la aprobación del rescate era que Tel Aviv no contaba con información de inteligencia sobre el secuestro, y por eso, Mordechai Gur, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas israelíes, recomendó descartar la idea. Pero todo se resolvió apenas los captores liberaron a los pasajeros no judíos, quienes fueron interrogados por el Mossad en París.

La lucha de Rabin contra el terrorismo había sido ardua y sostenida por los constantes ataques sufridos por Israel y sus ciudadanos a lo largo de décadas. No negociar con terroristas era una política de Estado, y al final ese principio se mantuvo al afrontar el secuestro de la nave de Air France. Yitzhak Hafi, director del Mossad, le dijo a Rabin y a sus ministros: “Si dejamos que nuestra gente muera, se abrirán las compuertas. Ningún judío estará a salvo en alguna parte del mundo. Hitler obtendría una victoria desde la tumba” (Thomas 2006: 165). Según Thomas, Rabin contestó: “Muy bien. Lo intentaremos” (2006: 165).

Rabin poseía un espíritu fuerte y templado. Pese a sus responsabilidades de Estado, se daba el tiempo de asistir a los funerales de

muchos israelíes víctimas del terrorismo. Caminaba detrás de los ataúdes, sin guardaespaldas, y escuchaba el lamento de las madres, viudas e hijos, mientras se rezaba la plegaria final. En esos trances, Thomas señala que Rabin solía leer una frase del profeta Ezequiel: “Y los enemigos sabrán que soy el Señor cuando haga caer mi venganza sobre ellos” (2006: 129).

Rabin ordenó a su ministro de Defensa, Simón Peres, la planificación de un operativo de rescate a partir de las indagaciones del Mossad¹⁰. Para Rabin, el plan debía sostenerse en tres conceptos: sorpresa, eficacia y letalidad, variables que se tornaban difíciles de cumplir por los 4.000 kilómetros que separaban a Tel Aviv de Uganda. El mando de la misión recayó en el mayor general Yekutiel Adam, quien fue secundado por el oficial Matan Vilnai. La acción en tierra fue encomendada al brigadier general Dan Shomron.

El plazo que los secuestradores otorgaron a Israel para el cumplimiento de sus demandas culminaba el 1 de julio. Rabin comunicó a los terroristas su intención de negociar, pero con la condición de extender la fecha hasta el 4 de ese mes. Amín aceptó la postergación por una frivolidad: viajar a las Islas Mauricio para entregar la presidencia de la Organización para la Unidad Africana a su sucesor, y ser aplaudido y ensalzado por sus simpatizantes. Esta ampliación resultó fundamental para perfeccionar la táctica militar, acondicionar la logística y llegar a tiempo a Entebbe.

¹⁰ En el 2012, Peres sostuvo que fue él quien convenció a Rabin de ejecutar el rescate de Entebbe: *“The conclusion was that we should comply with the demands to release the terrorists, but I thought this should not be done and was sure there was a way to get them home”*. Luego dijo: *“The primer minister was of the opinion that the chances of a rescue operation were not high, that it was irresponsible to wait and that the terrorist demands should be met”*. No obstante, según las leyes israelíes, la decisión final sobre las operaciones especiales –en el país o en el extranjero– corresponde únicamente al primer ministro. Diario digital YNET. “Peres: I convinced Rabin to launch Operation Entebbe”. Tel Aviv, Israel. Fecha de publicación: 1 de octubre del 2012. Fecha de consulta: 3 de junio del 2015. Disponible en: <http://goo.gl/Q99dtP>

RESULTADO

Tras un viaje de siete horas en aviones Hércules C-130, más de un centenar de comandos de élite llegaron al aeropuerto de Entebbe y tomaron la torre de control, el terminal y otros espacios estratégicos, aprovechando la noche y el sobresalto. Liberaron a todos los cautivos, pero tres murieron durante el fuego cruzado. Horas después del rescate, la rehén Dora Bloch sería asesinada en represalia y por órdenes de Amín. Había sido evacuada por los captores a un hospital de Uganda, antes de la arremetida israelí. Ella fue la cuarta víctima entre los secuestrados.

Los israelíes asesinaron a los 13 terroristas –seis palestinos y siete alemanes– y a 45 soldados ugandeses que resguardaban las edificaciones. Las fuerzas israelíes tuvieron una baja: Yonatan Netanyahu, comandante del equipo de asalto. En homenaje a él, la proeza de Entebbe es conocida también como Operación Yonatan.

El soldado con heridas más graves fue Surin Hershko, quien a los 21 años quedó tetrapléjico por un impacto de bala en las vértebras cervicales. En el 2006, tres décadas después y dedicado a la programación de computadoras en Jerusalén, justificó el uso de la fuerza contra el enemigo y la necesidad de no negociar con él: “Siempre se discute de cuándo está justificado o no utilizar medios militares en una determinada situación. Creo que el rescate de Entebbe fue un ejemplo clásico de uso muy justificado. Estaba absolutamente claro quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos de la historia” (Blog Espacio Latino: 2006)¹¹. Y agrega: “A raíz del éxito del operativo, hubo un impulso muy grande, especialmente en países de Europa Occidental y también en Estados Unidos, para combatir al terrorismo. Hasta ese momento, el enfoque era transar para que los dejen tranquilos. Después de Entebbe, las cosas cambiaron” (Blog Espacio Latino: 2006)¹².

¹¹ Fecha de consulta: 17 de junio del 2017. Disponible en: <https://goo.gl/KJjCTK>

¹² Fecha de consulta: 17 de junio del 2017. Disponible en: <https://goo.gl/KJjCTK>

Hasta hoy y a nivel mundial, el rescate de Entebbe es considerado como un ejemplo de planificación y de eficacia militar. La decisión de Isaac Rabin fue clara e inapelable, y eso permitió que la acción de los destacamentos castrenses fuera sorpresiva, rápida y contundente.

2.3. LA OPERACIÓN CHANCHERA (Nicaragua, 1978)

CONTEXTO

Para 1978, la dinastía dictatorial de los Somoza en Nicaragua se encontraba en su peor crisis de legitimidad debido a la corrupción, la ineficiencia estatal y las violaciones contra los derechos humanos. Se inició en 1934 con Anastasio Somoza García, y prosiguió con sus hijos José y Anastasio Somoza Debayle, quienes sumaron más de 40 años en el poder y al servicio de los intereses estadounidenses.

Si bien la estabilidad somocista produjo un gran desarrollo económico en las décadas del cincuenta y del sesenta, los beneficios no llegaron a los sectores pobres del país. En ese tiempo se agudizó la persecución a los opositores y se multiplicaron los asesinatos, las torturas y las deportaciones.

Cuando en 1979 la revolución sandinista derrocó a Anastasio Somoza Debayle, el último representante del clan, la pobreza en Nicaragua llegaba al 70% de la población, el analfabetismo al 60% y el desempleo al 40%. La deuda externa sumaba 1.600 millones de dólares y la guerra contra el somocismo había ocasionado 50.000 muertos y decenas de miles de desaparecidos y desplazados.

En foros internacionales, países como la Unión Soviética, Cuba, México, Bulgaria y Suecia, entre otros, mostraron su inconformidad con los Somoza y buscaron sanciones económicas que encontraron rechazo en Washington.

Los Somoza configuraron una mafia que se apoderó del Estado, de los servicios públicos y de las actividades productivas del país, cobrando además cupos a organizaciones criminales y a inversionistas para beneficiar a sus socios, amigos y familiares. Se calcula que amasaron una de las fortunas más grandes de América Latina con 5.000 millones de dólares, y que se apropiaron de la quinta parte de las tierras cultivables del país, explotándolas y abusando de los campesinos, por medio de testaferros o empresas de fachada.

En 1972, Nicaragua sufrió un terremoto de 6,2 grados que causó más de 30.000 muertes. La ayuda internacional fue manejada por los Somoza, y poco llegó a los heridos y damnificados.

El presidente Jimmy Carter, sin embargo, felicitó en 1978 a los Somoza por promover los derechos humanos y autorizó préstamos por varios millones de dólares para aliviar la crisis económica nicaragüense, ayudándolos a continuar en el poder, causando gran malestar en Managua y en diversos sectores políticos norteamericanos¹³.

A finales de la década del setenta se produjo un distanciamiento entre los líderes eclesiásticos y empresariales con el somocismo, lo que dio lugar a la formación de un frente opositor liderado por Pedro Joaquín Chamorro, dueño del diario *La Prensa*, el más grande de Nicaragua, y apoyado por el Partido Demócrata norteamericano. Por su parte, y en medio del descontento, sectores de las Fuerzas Armadas también marcaron distancias con la dictadura, lo cual complicaba la estabilidad de Somoza y abría el camino a una guerra civil. Atento a esos cambios, Carter reorientó sus políticas hacia ese país.

El asesinato de Chamorro, ordenado por Somoza, y el secuestro de centenares de políticos del régimen a manos de un comando del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) que había tomado por asalto el Congreso, profundizaron el caos y la polarización en Nicaragua. Se produjo un

¹³ GONZÁLEZ YUSTE, Juan. "Carter felicita a Somoza por su política sobre derechos humanos". Diario *El País*. Madrid, España. Fecha de publicación: 2 de agosto de 1978. Fecha de consulta: 15 de junio del 2015. Disponible en: <http://goo.gl/XElvJr>

ambiente caótico que posibilitó el triunfo de la revolución del FSLN y el cambio del modelo político y económico en ese país.

HECHOS

El 22 de agosto de 1978, dos columnas compuestas por 15 guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) asaltaron el Congreso de Nicaragua y tomaron como rehenes a casi 3.000 personas, entre senadores, diputados, funcionarios, periodistas y civiles, en protesta por los abusos de la dinastía de los Somoza, vigente desde 1934 con el apoyo norteamericano. Gobernaba tiránicamente Anastasio Somoza Debayle, hijo de Anastasio Somoza García y hermano de Luis, quienes también sometieron a ese país en diferentes momentos del siglo 20.

El nombre del plan era *Muerte al Somocismo: Carlos Fonseca Amador*, pero el jefe guerrillero Edén Pastora (a) *Comandante Cero*, decidió rebautizarlo como Operación Chanchera, debido a que el Parlamento nicaragüense era considerado despectivamente como un corral de cerdos. La acción armada iba a ejecutarse en 1970, pero los líderes del FSLN determinaron que no tenían la logística ni el dinero para hacerlo:

En realidad, el plan lo había concebido y propuesto desde 1970 el veterano militante Edén Pastora, pero solamente se puso en práctica cuando se hizo demasiado evidente que Estados Unidos había resuelto ayudar a Somoza a quedarse en el trono de sangre hasta 1981.

Tres empréstitos de cuarenta, cincuenta y sesenta millones de dólares se anunciaron poco después. Por último, el propio presidente Carter, de su puño y letra, rebasó la copa con una carta a Somoza en la que lo felicitaba por una pretendida mejoría de los derechos humanos en Nicaragua. La Dirección Nacional del FSLN, estimulada por el ascenso notable de la agitación popular, consideró entonces que era urgente una réplica determinante, y ordenó que se pusiera en práctica el plan congelado y tantas veces aplazado durante ocho años¹⁴.

¹⁴ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. "Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua". Diario ABC. Madrid, 5 de setiembre de 1978. Página 73.

Todo empezó a las 12:15 del mediodía, cuando guerrilleros del FSLN, cubiertos con pañuelos rojinegros en sus rostros, ingresaron al Palacio Nacional (que albergaba a la Cámara de Diputados) lanzando consignas contra Somoza y disparando a las paredes del recinto. Tirados en el piso, los congresistas se mostraron amenazados y aterrorizados, pero sobre todo confundidos porque los atacantes llevaban trajes de la Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería (EEBI) de la Guardia Nacional, ciertamente falsos. Apenas los guerrilleros controlaron el caos, se apoderaron del edificio y ataron de pies y manos a los diputados, tras identificarlos. Todos pertenecían al somocista Partido Liberal Nacionalista (PLN) y al opositor Partido Conservador de Nicaragua (PCN).

Los atacantes eran casi unos adolescentes, con excepción de Pastora, quien superaba los 40 años. Como integrantes del denominado Comando Rigoberto López Pérez, contaban con dos subametralladoras UZI, fusiles automáticos G3, G2, M2 y Garand, varias pistolas Browning y 50 granadas. Cada uno disponía de 300 tiros¹⁵. García Márquez recuerda: “La Dirección del FSLN los escogió con mucho rigor entre los combatientes más resueltos y probados en acciones de guerra de todos los comités regionales de Nicaragua, pero lo que más sorprende en ellos es su juventud. Omitiendo a Pastora, la edad promedio del comando era de veinte años. Tres de sus miembros tenían dieciocho”¹⁶.

Entre los rehenes se encontraba el presidente del Congreso, Luis Pallais, primo de Somoza, quien fue obligado a llamar telefónicamente al dictador para iniciar las negociaciones e imponer como mediador al arzobispo de Managua, Miguel Obando, y a otras autoridades eclesiásticas y diplomáticas.

¹⁵ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua”. Diario ABC. Madrid, 6 de setiembre de 1978. Página 65.

¹⁶ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua”. Diario ABC. Madrid, 5 de setiembre de 1978. Página 75.

Como los disparos desde el exterior no cesaban, y al existir la posibilidad de un develamiento, el FSLN amenazó con matar al diputado Francisco Argeñal si es que las fuerzas militares y policiales no se retiraban a una distancia de 300 metros del Congreso. Lo mismo ocurrió con el cubano Luis Manuel Martínez, periodista del diario somocista *Novedades* y vinculado con el dictador Fulgencio Batista. El político se comunicó con Somoza, quien ordenó el cese del fuego y el cumplimiento de las exigencias del FSLN. Minutos después, decenas de rehenes fueron liberados: mujeres y aquellos con problemas de salud.

Durante el asalto y el tiroteo hubo un muerto de la Guardia Nacional y varios heridos, entre guerrilleros y cautivos. Por ejemplo, el periodista Rafael Báez perdió varios dedos de una mano.

A las tres de la tarde, Obando y otros prelados llegaron al Congreso para dialogar con los secuestradores. Se entrevistaron con Pastora y con la guerrillera Dora María Téllez (a) *Comandante Dos*, quien les entregó un documento con las siguientes demandas: la liberación de 50 presos políticos del FSLN, entre ellos Tomás Borge, la difusión de sus comunicados en radios y estaciones de televisión, la entrega de 10 millones de dólares y un avión para salir del país.

NEGOCIACIONES INFORMALES Y DIPLOMÁTICAS

En las 45 horas que duró el secuestro, Obando y los demás mediadores sostuvieron cinco intensas reuniones con los guerrilleros en el Congreso, y otras nueve con Somoza en el Palacio Presidencial de Managua. A solicitud de las partes, se sumaron los embajadores de Costa Rica y de Panamá, Virgilio Chaverri y Carlos Boyd, respectivamente.

Al inicio, Somoza no brindó respuestas concretas a los mediadores, buscando el agotamiento físico y psicológico del FSLN. Consideraba inaceptable que los comunicados de los guerrilleros, extensos y agraviantes contra su régimen, fueran leídos por radio y televisión. Además, con relación a

la exigencia del FSLN de liberar a sus presos, el dictador fue avergonzado públicamente: los captores incluyeron en la lista a 20 compañeros de armas que habían muerto en las cárceles por torturas o ejecuciones sumarias, y que “el gobierno se negaba a reconocer”¹⁷. Ese detalle puso en mayores aprietos al gobierno somocista.

Somoza envió a Pastora tres impecables documentos hechos en máquina eléctrica, pero sin firmas ni sellos, con respuestas informales y astutamente ambiguas. Según García Márquez, el gobernante no hacía contrapropuestas y eludía las demandas del FSLN: “Desde el primer mensaje, fue evidente que quería ganar tiempo, convencido de que 25 adolescentes no serían capaces de mantener a raya por mucho tiempo a más de dos mil personas acosadas por la ansiedad, el hambre y el sueño. Por eso, su primera respuesta a las 9 de la noche del martes fue un desplante olímpico porque pedía veinticuatro horas para pensar”¹⁸.

Pastora supuso que el ataque del Ejército era inminente, y por eso ordenó la ejecución de los rehenes. A través de Obando, le dijo a Somoza que habría un baño de sangre si no cedía a las demandas. Le dio un plazo de 30 minutos para tomar una decisión.

Alertado, Somoza cambió la arrogancia por las amenazas, y comenzó a digerir las demandas de los guerrilleros. Tal vez hubo otra razón: los mediadores le habrían dicho que sus cálculos eran equivocados. Los sandinistas estaban con la moral al tope, serenos y bien físicamente. Y por si fuera poco, algunos cautivos habían mostrado su solidaridad con los secuestradores e incluso solicitaron permanecer en el edificio como rehenes voluntarios¹⁹.

¹⁷ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua”. Diario *ABC*. Madrid, 7 de setiembre de 1978. Página 79.

¹⁸ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua”. Diario *ABC*. Madrid, 7 de setiembre de 1978. Página 79.

¹⁹ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua”. Diario *ABC*. Madrid, 5 de setiembre de 1978. Página 79.

Debilitado políticamente por la repercusión internacional del secuestro, y porque había perdido el apoyo popular de antaño, Somoza claudicó rápidamente ante el FSLN, lo que causó el asombro de Pastora. Ciertamente, el fin de su régimen estaba cerca. Sería derrocado el 17 de julio de 1979: “Después de una tensa noche de negociaciones, el presidente Somoza había decidido atender la mayoría de las peticiones formuladas por los guerrilleros sandinistas. Un portavoz del Gobierno nicaragüense explicó que se había conseguido ‘un acuerdo razonable’ entre las autoridades y el comando, y admitió que había habido ‘concesiones’ por ambas partes”²⁰. García Márquez afirma:

La verdad parece ser que Somoza estaba dispuesto a capitular desde el mediodía del miércoles. En efecto, a esa hora los presos políticos de Managua habían recibido órdenes de preparar sus maletas para viajar. La mayoría estaba enterada de la acción por los propios guardianes, y muchos de ellos, en distintas cárceles, les expresaron sus simpatías secretas. En el interior del país, los detenidos del FSLN estaban siendo conducidos a Managua desde mucho antes de que vislumbrara un acuerdo²¹.

El miércoles 23, casi 24 horas después de la incursión, los guerrilleros lograron la entrega de medio millón de dólares, la liberación de decenas de compañeros de armas, la difusión de sus comunicados en la prensa y la llegada a Managua de dos aviones para escapar con algunos rehenes, en calidad de garantía: un Hércules C-130 procedente de Venezuela y un Electra de la aerolínea Copa, enviado por el régimen de Panamá.

Al día siguiente, ante la sorpresa mundial, el FSLN realizó una sesión especial en el Congreso en la que Pastora y Dora María Téllez justificaron el secuestro, denunciando la grave crisis económica del país y las constantes violaciones a los derechos humanos de la familia Somoza. Se dice que Pastora

²⁰ Diario El País. “Llegan a Panamá los presos políticos nicaragüenses y el comando sandinista”. Madrid, España. Fecha de publicación: 25 de agosto de 1978. Fecha de consulta: 14 de junio del 2015. Disponible en: <http://goo.gl/muINpE>

²¹ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua”. Diario ABC. Madrid, 8 de setiembre de 1978. Página 73.

tomó la bandera de Nicaragua y dijo que “el régimen somocista solamente entendía el lenguaje de las armas”. Añadió que devolvería el emblema patrio cuando Nicaragua fuera libre²².

CRISIS Y DECISIÓN DE AUTORIDAD

En el palacio presidencial, Somoza se alistaba para almorzar cuando fue informado del secuestro del FSLN. Encolerizado, ordenó disparar sin discriminación contra el Congreso, pero las patrullas militares fueron repelidas por el gran poder de fuego de los guerrilleros. Durante 15 minutos, un helicóptero sobrevoló el recinto descargando ráfagas de metralla contra las ventanas, sin reparar en la seguridad de los rehenes²³.

Los ánimos de Somoza se calmaron cuando los sandinistas propusieron el uso de mediadores. Muchos secuaces y familiares del dictador eran rehenes del FSLN, y por eso trascendió que no quiso recuperar el Congreso por temor de que murieran en el rescate. Además, supo que la acción había generado expectativa y apoyo en la gente, y temió una insurrección popular en caso de que autorizase un develamiento. Los servicios de inteligencia habían detectado focos de descontento organizado a lo largo del territorio nicaragüense.

El miércoles 23, Somoza permitió la más amarga de las condiciones: la lectura de los comunicados del FSLN en los principales medios de comunicación del país. La transmisión empezó a las cuatro de la tarde y acabó dos horas y media después²⁴.

El dictador careció de decisión y prefirió transar por cálculo político.

²² SÁNCHEZ RAMÍREZ, Roberto. “La sesión especial de 1978 en el Palacio Nacional”. Diario *La Prensa*. Managua, Nicaragua. Fecha de consulta: 14 de junio del 2015. Disponible en: <http://goo.gl/DFihHs>

²³ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua”. Diario *ABC*. Madrid, 7 de setiembre de 1978. Página 79.

²⁴ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua”. Diario *ABC*. Madrid, 8 de setiembre de 1978. Página 73.

RESULTADO

El jueves 24, los guerrilleros iniciaron su escape a Panamá y a Venezuela, llevándose a cinco rehenes. Uno de ellos era José Somoza Abrego, diputado y sobrino del dictador, quien fue subido al avión en el último momento. La crisis se había resuelto a las cuatro de la tarde del día anterior, y Somoza les dio a los guerrilleros un plazo de tres horas para abandonar el país. Pastora no aceptó porque eso hubiera implicado salir de noche y bajo la amenaza de una emboscada. Prefirieron esperar a que amanezca.

Dos buses escolares llegaron hasta el Congreso, los cuales fueron abordados por los guerrilleros y los cautivos, con la garantía de los mediadores y de la Cruz Roja. Los vehículos se dirigieron al aeropuerto internacional de Las Mercedes, en Managua, por una carretera colmada de gente que aplaudía y que no pudo ser desalojada por el Ejército. El diario *El País* informó:

Una despedida de héroes tributó el pueblo de Managua al comando guerrillero del Frente Sandinista (FSLN) que viajó a Panamá y a Venezuela, después de casi 48 horas de iniciarse la operación armada que les permitió apoderarse del Palacio Nacional de Managua.

Unas 8.000 personas se congregaron en las instalaciones del aeropuerto internacional de Las Mercedes y sus alrededores, para dar vivas al grupo insurgente, autor del más espectacular golpe que se haya infligido al gobierno de Anastasio Somoza²⁵.

Pasados casi 40 años del secuestro sandinista, es relativamente simple detectar algunas variables que imposibilitaron el éxito de Somoza en el manejo del problema. A diferencia de Fujimori en la crisis de los rehenes del MRTA, no contó con una corriente de opinión pública favorable que le permitiera ejecutar un rescate y asumir los costos del desenlace. Además, teniendo distanciados al clero y al empresariado, poderes fácticos muy idiosincrásicos en América Latina, el régimen careció de margen de maniobra. Somoza no era un líder –o

²⁵ Diario El País. “Llegan a Panamá los presos políticos nicaragüenses y el comando sandinista”. Madrid, España. Fecha de publicación: 25 de agosto de 1978. Fecha de consulta: 14 de junio del 2015. Disponible en: <http://goo.gl/muINpE>

un soberano, en términos schmittianos– que aglutinara al pueblo en la lucha contra un enemigo. Por el contrario, él era el enemigo para muchos de los nicaragüenses. Finalmente, teniendo a las Fuerzas Armadas resquebrajadas y al oficialismo debilitado por diversos actos de disidencia, el régimen somocista adoleció de “unidad política” para enfrentarse a cualquier adversario que pusiera en riesgo el orden interno del país.

2.4. EL PLAN GARRA DE ÁGUILA (Irán, 1979)

CONTEXTO

En 1979 nadie hubiera podido presagiar que el comunismo caería diez años después con el Muro de Berlín. Se vivía la Guerra Fría y la Unión Soviética era una potencia temible para Estados Unidos, con intereses políticos y militares en Asia y en el Medio Oriente. Ese año, la URSS invadió Afganistán y la revolución fundamentalista del Ayatollah Jomeini triunfó en Irán, lo que limitó la capacidad de maniobra norteamericana en esas regiones.

La bullente revolución iraní se hizo notar en el mundo con la toma de la embajada de Estados Unidos en Teherán. Cualquier respuesta militar podía provocar la reacción soviética, con el riesgo de una guerra sin precedentes en la era nuclear. El pacifismo del presidente Jimmy Carter complicó la posición estadounidense y trajo consigo un peligroso inmovilismo en Washington, que ocasionó una sensación de debilidad nunca antes vista en el siglo 20.

Aún estaba cerca la derrota en Vietnam, y la colaboración de Washington en el golpe de Estado de Augusto Pinochet contra Salvador Allende en 1973. Y pese a que Carter era opuesto al viejo imperialismo norteamericano, el mundo fue muy crítico con su gestión. Incluso, no recibió el apoyo de la izquierda estadounidense durante la crisis de Irán, aun cuando el régimen de Jomeini violó flagrantemente los derechos humanos de los cautivos.

Al derrocar al monarca Mohamed Reza Pahleví, conocido como el Sha de Irán, Jomeini dejó a Estados Unidos sin uno de sus principales aliados en Asia. Pero hubo más. En plena pugna entre el capitalismo y el comunismo, la Casa Blanca también perdió en Centroamérica a otro de sus colaboradores, cuando la revolución sandinista en Nicaragua depuso al dictador Anastasio Somoza. No corrían buenos vientos para Estados Unidos.

HECHOS

El 4 de noviembre de 1979, cerca de 2.000 estudiantes y partidarios de la revolución del Ayatollah Jomeini ocuparon la embajada de Estados Unidos en Irán, y tomaron como rehenes a 66 personas, entre diplomáticos, funcionarios y ciudadanos norteamericanos. Se iniciaba uno de los secuestros más largos y caóticos de la historia, con una duración de 444 días, al prolongarse hasta el 20 de enero de 1981²⁶. Tres días antes del rapto, Jomeini había derrocado a Mohamed Reza Pahleví, dictador iraní, para instalar una república islámica, teocrática y fundamentalista, contraria a los intereses occidentales y sobre todo estadounidenses.

El gobierno de Carter y la sociedad norteamericana se vieron duramente afectados, pues en una época caracterizada por el desarrollo satelital, los iraníes supieron sacar el máximo provecho de las imágenes televisivas que dieron la vuelta al mundo mostrando a los cautivos atados de manos, golpeados y con los ojos vendados, como si fueran trofeos de guerra. Los captores informaron a Washington que los rehenes solamente serían liberados si Estados Unidos entregaba al Sha a la revolución iraní para ser juzgado por crímenes contra el pueblo y la religión cometidos por el Savak²⁷.

²⁶ Si bien la toma de la embajada de Estados Unidos fue ejecutada por jóvenes seguidores de la revolución islámica iraní, pronto el régimen de Jomeini asumió la conducción del secuestro, reemplazando a los novatos por fuerzas regulares que respondían directamente al poder político de Teherán. De esa forma, fue Jomeini quien finalmente impuso a Estados Unidos las condiciones y las exigencias para liberar los rehenes.

²⁷ El Savak fue el servicio de inteligencia y de seguridad interior de Irán, y cuya estructura respondía a las órdenes de Mohamed Reza Pahleví. Entre 1957 y 1979, el Savak persiguió y desapareció a centenares de opositores al régimen del Sha. Sus integrantes fueron entrenados y asesorados por la CIA.

La crisis causada por el secuestro en Teherán también puso en aprietos a la diplomacia estadounidense, a la CIA y al Pentágono, debido a la confiscación de miles de documentos secretos que revelaban las actividades de espionaje y de boicot de Washington contra Jomeini y otros líderes de Asia y del Medio Oriente.

La imposibilidad de Estados Unidos de entregar al Sha paralizó a la Casa Blanca, si bien algunos expertos y asesores buscaban una salida alternativa e ingeniosa que pudiera satisfacer a Jomeini. La muerte del Sha, ocurrida en Egipto el 27 de julio de 1980, en pleno secuestro iraní, fue una válvula de escape que condujo a otro tipo de exigencias, y que Washington sí estuvo en condiciones de cumplir. Pero el camino fue arduo y muy destructivo para Carter, pues de por medio hubo un intento de rescate que resultó fallido y que tuvo consecuencias catastróficas para su gobierno y las Fuerzas Armadas estadounidenses.

NEGOCIACIONES INFORMALES Y DIPLOMÁTICAS

Si bien el escenario era muy complejo para Estados Unidos, Carter no cedió ante los secuestradores, quienes acusaron a Washington de ser cómplice del Sha por haberle otorgado asilo político. Fuerte y enérgico al inicio de la crisis, Carter tuvo posteriormente serias dubitaciones políticas, militares y diplomáticas que le costaron en 1980 la reelección presidencial frente a Ronald Reagan. El más beneficiado fue Jomeini, quien ganó peso internacional y mayor fuerza al interior de Irán al debilitar a los sectores moderados de su régimen.

Con ayuda del Congreso, Carter congeló 8.000 millones de dólares en fondos iraníes para entregarlos como indemnización a los rehenes y a las empresas que hubieran resultado afectadas por el atentado, y expulsó a decenas de iraníes del territorio norteamericano. No obstante, demoró 24 semanas en romper relaciones diplomáticas con Irán, como si la toma de una embajada no fuera una razón grave y suficiente, según el derecho

internacional. También fue lento en ordenar un embargo comercial y en suspender la importación de petróleo iraní a Estados Unidos, lo que le valió el calificativo de débil e incompetente ante la opinión pública, los republicanos y la prensa²⁸.

Una frase de Reagan, publicada en toda la prensa, caló en la gente: “Los rehenes no debieron estar cautivos seis días, y mucho menos seis meses”.

CRISIS Y DECISIÓN DE AUTORIDAD

El 9 de noviembre, apenas cinco días después de iniciado el secuestro, Carter ordenó a su consejo de seguridad concebir un plan militar para extraer a los cautivos. Uno de ellos era contundente: bombardeos a refinerías petroleras, bloqueos por mar y ataques aéreos que permitieran el ingreso de las unidades de élite. Pero la estrategia fue descartada, pues la reciente invasión de la URSS a Afganistán también tenía como objetivo rechazar militarmente cualquier intervención norteamericana en Irán.

A pocas horas del ataque, los captores liberaron a 13 rehenes (mujeres y afroamericanos, por representar a sectores débiles y minoritarios, según los revolucionarios) que de inmediato fueron interrogados por la CIA y el FBI, debido a la valiosa información que podían brindar sobre los iraníes y lo que ocurría en el recinto. Luego, un diplomático con esclerosis múltiple fue entregado a la Cruz Roja, y otros seis funcionarios llegaron a Estados Unidos con ayuda del embajador de Canadá, Ken Taylor, quien los escondió por varios meses en su residencia. Ellos habían logrado huir en el momento de la toma.

En la primera quincena de enero, y con mayores precisiones sobre el secuestro, Carter autorizó a la unidad antiterrorista Luz Azul iniciar los preparativos para una operación militar, pese a haber señalado el 8 de ese mes que cualquier intervención era imposible por la probable muerte de muchos rehenes y militares, por lo que era fundamental continuar con las

²⁸ En el marco de su política en favor de los derechos humanos, Carter exigió que ese embargo comercial no afectase el flujo de medicinas y alimentos a Irán.

negociaciones. Para los demócratas, el doble discurso de Carter fue una maniobra desinformativa dirigida a los captores. No obstante, los republicanos lamentaron la conducta errática del mandatario.

Recién el 11 de abril, cuestionado por su demora y debilidad, Carter dio luz verde a la misión de rescate Garra de Águila, al mando del coronel de las fuerzas especiales, Charles Beckwith. Participarían las cuatro instituciones militares estadounidenses: el Ejército, la Fuerza Aérea, la Marina y la Infantería de Marina²⁹.

Pese a sus cinco meses de planificación, la operación fue un completo fracaso. El objetivo (Teherán) era muy lejano, los pilotos no habían sido bien entrenados, y los aviones y helicópteros no eran los adecuados para volar a baja altura en zonas desérticas, por lo que varios aparatos sufrieron fallas mecánicas durante el desarrollo del plan, debilitándolo por completo al perder eficacia y contundencia.

La noche del 24 de abril, ocho helicópteros Sikorsky RH-53Ds despegaron del portaviones Nimitz, ubicado a 60 millas de la costa iraní, en el Golfo Pérsico. Detrás iban dos naves reaprovisionadoras de combustible Hércules EC-130 y tres Lockheed MC-130 que traían de Omán a 93 miembros de la Fuerza Delta y a otros 37 efectivos. Todas las naves se dirigían a un punto del territorio iraní denominado Desierto Uno y ubicado a 490 kilómetros al sur de Teherán.

Transcurrían dos horas cuando uno de los RH-53Ds presentó una rajadura en el rotor principal que lo obligó a aterrizar y a abandonar el objetivo. La acción para liberar a los cautivos contaba ahora con siete helicópteros rumbo a Desierto Uno. Pero los problemas no acabaron allí: los aviones EC-130 y MC-130 tropezaron con dos tormentas de arena que dificultaron la visión de los pilotos, y que los llevó a romper su formación lineal para evitar un choque.

²⁹ Dada su complejidad, la Casa Blanca logró que la intervención armada tuviera el apoyo de Egipto, Turquía, Israel, Omán y Baréin.

Los pilotos de los RH-53Ds desconocían la existencia de las tormentas de arena y sus efectos en las naves que iban a baja altura. Cuando parecía que todo volvía a la normalidad, otro RH-53Ds tuvo fallas en el suministro de energía eléctrica, por lo que tuvo que regresar al Nimitz. Ahora quedaban solamente seis helicópteros rumbo a Desierto Uno, y como el plan ordenaba no comunicarse por radio para evitar interceptaciones, nadie del convoy sabía de las bajas.

Los EC-130 y MC-130 no tuvieron inconvenientes técnicos. Después de cruzar la frontera iraní volando a una altura de 120 metros, llegaron a la medianoche a Desierto Uno, tal como se había previsto. Los RH-53Ds tardaron una hora, lo que causó tensión en el equipo de la Fuerza Delta. La idea era que al amanecer, los comandos partieran hacia la embajada norteamericana en camiones con falsos emblemas del ejército iraní, y que además fueran utilizados para derribar las puertas del recinto diplomático con apoyo de los marines. Entretanto, los RH-53Ds disponibles se trasladarían a un campo de fútbol para esperar a los rescatados y llevarlos al Nimitz.

Cuando era abastecido de combustible en Desierto Uno, un tercer RH-53Ds fue descartado por problemas en el sistema hidráulico. No podía ser reparado en el momento, y usarlo en el operativo podía ser muy peligroso. Quedaban cinco helicópteros para la tarea, cuando se necesitaban por lo menos seis para extraer con relativo éxito a los rehenes. Carter se enteró del hecho y canceló la operación, pese a que algunos comandantes de la Fuerza Delta deseaban continuar.

Además, apenas llegaron a Desierto Uno, los comandos afrontaron dos altercados que pudieron alertar a la inteligencia iraní: la detención de 43 personas que iban en un bus que apareció súbitamente y muy cerca del perímetro de seguridad, y la destrucción –con un misil antitanque– de un camión que trasladaba combustible y que desobedeció las órdenes de alto. Sorprendentemente, el conductor logró escapar en un vehículo particular.

Pero las complicaciones continuaron aun con el plan abortado. Al alzar vuelo en Desierto Uno, uno de los RH-53Ds que había cargado combustible se topó con una nube de arena que le hizo perder estabilidad. Con escasa visión, el piloto no pudo evitar que las palas del rotor principal impactaran en el fuselaje de un EC-130, lo que ocasionó una gran explosión que destruyó las dos naves. Murieron tres marines en el helicóptero y cinco tripulantes en el EC-130, mientras que otros cuatro militares sufrieron graves quemaduras. Los cuerpos fueron abandonados al aparecer una turba de iraníes armados.

Los marines y los miembros de la Fuerza Delta escaparon en los Hércules EC-130, apiñados y atemorizados, abandonando vehículos, armas y helicópteros que no pudieron ser incendiados porque los aviones tanqueros carecían de combustible. Trascendió que material clasificado con las identidades de los iraníes que espiaban para Estados Unidos cayó en poder del régimen de Jomeini, por lo que la CIA tuvo que desarticular la red. Los militares norteamericanos regresaron a Omán y luego partieron hacia la entonces Alemania Occidental.

Los fundamentalistas recogieron los cadáveres de los norteamericanos en Desierto Uno, y los exhibieron como trofeos de guerra en Teherán, entre una multitud de gente y frente a la prensa mundial. Lo mismo ocurrió con las naves que fueron dejadas en ese lugar. Tras el estropicio de la operación Garra de Águila, los captores distribuyeron a los rehenes en diversos escondites de Teherán para dificultar cualquier nueva acción militar.

Carter no demoró en aparecer en televisión para decir: “Fue mi decisión intentar la misión de rescate. Y fue mi decisión cancelarla cuando surgieron los problemas”³⁰.

Lo sorprendente es que la Casa Blanca autorizó el planeamiento de otra intervención militar, más ambiciosa y con abundante presupuesto, pero que no se llevó a cabo porque un Hércules YMC-130 se precipitó a tierra durante un

³⁰ En la mayoría de diarios norteamericanos.

ensayo realizado en Florida. Fue el 29 de octubre de 1980. Afortunadamente nadie murió.

RESULTADO

La operación Garra de Águila no solamente fracasó en su intento de recuperar a los rehenes norteamericanos en Irán: trajo además una crisis devastadora para la imagen de Carter y su administración. En los comicios de 1980, Carter perdió la reelección presidencial en favor de Reagan, quien supo capitalizar en su campaña los errores estratégicos y decisionales de su antecesor.

El 20 de agosto del 2015, 36 años después del asalto a la embajada estadounidense en Teherán, Carter convocó a una conferencia de prensa para anunciar que iba a someterse a un tratamiento contra el cáncer. Al hacer un balance de su gestión como jefe de Estado, señaló: “Desearía haber enviado un helicóptero más para traer a los rehenes. Los hubiésemos rescatado y hubiera sido reelecto”³¹.

El mandato de Reagan empezó el 20 de enero de 1981. Con funcionarios y consejeros republicanos en la Casa Blanca, Reagan asumió una postura realista para resolver el trance, y la Cámara de Representantes le pidió a Jomeini reconsiderar el tema de los rehenes. La muerte del Sha, ocurrida seis meses después de la llegada de Reagan al poder, aligeró las pretensiones iraníes. El mismo efecto pudo haber tenido la guerra que Irak iniciaba contra Irán.

Jomeini exigió a Washington varias cosas: honrar el dinero que el Sha despilfarró en décadas de reinado, entregar las millonarias cuentas que la monarquía guardaba en bancos norteamericanos, y retirar las demandas judiciales y comerciales contra Teherán. También solicitó suspender la

³¹ Diario digital INFOBAE. “Jimmy Carter dio detalles de su cáncer y reveló qué le gustaría haber hecho con Irán”. Buenos Aires, Argentina. Fecha de publicación: 20 de agosto del 2015. Fecha de consulta: 24 de agosto del 2015. Disponible en: <http://goo.gl/swcAgu>

prohibición de las importaciones petroleras, y no desestabilizar políticamente a su régimen. Reagan aceptó la mayoría de las exigencias, pero dejó que los tribunales decidieran el destino de la fortuna del Sha.

El 12 de junio de 1981, con la firma de los Acuerdos de Argelia, Irán aceptó liberar a los últimos 52 rehenes, quienes fueron enviados a Frankfurt (Alemania Occidental) para ser recibidos por Carter, como emisario honorífico de Reagan. Washington los acogió como héroes.

2.5. LA OPERACIÓN NIMROD (Reino Unido, 1980)

CONTEXTO

Los conflictos entre Occidente y el Medio Oriente continuaron en la década de los ochentas. Era una época de atentados, secuestros de aviones y toma de rehenes. La intervención militar Nimrod se efectuó el 30 de abril de 1980, cuando aún continuaba el rapto en la embajada norteamericana en Teherán. La toma de recintos diplomáticos fue un modelo que se inició en Irán, y que luego se replicó en varios países del mundo, entre ellos, el Reino Unido.

En 1979, la invasión de la Unión Soviética a Afganistán obligó a los británicos a replantear sus relaciones con el bloque comunista. La arremetida de la URSS alteró el equilibrio geopolítico en Asia y en el Medio Oriente, particularmente en Irán, China y Pakistán. Buscando recomponer el mapa de poder, Washington y Londres intentaron acercamientos económicos y militares con Israel y otros países, avivando aún más el conflicto en la región.

Londres afrontaba otro foco de tensión con los palestinos. La comunidad europea debatía si la OLP debía participar en las conversaciones de paz en el Medio Oriente, sin haber hecho antes un deslinde total con el terrorismo, algo que el Reino Unido demandaba con energía.

Este frente de inestabilidad obligó a los ingleses a comprometerse con la seguridad del Medio Oriente, buscando el apoyo de más potencias occidentales, pero no hubo mayor éxito.

De igual modo, la diplomacia británica temía que las escaramuzas entre Irán e Irak pudieran extenderse al Golfo Pérsico, lo que afectaría a Estados petroleros como Kuwait, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos, vinculados históricamente con Londres. Como se preveía, Irak atacó a Irán, iniciándose una guerra que duró casi una década, y que tuvo consecuencias geopolíticas muy graves hasta hoy.

HECHOS

El 30 de abril de 1980, explosiones cerradas y sonidos de vidrios rotos alteraron la tranquilidad de la embajada iraní en Londres. Seis encapuchados invadieron ese recinto diplomático, ubicado en el número 16 de la calle Prince's Gate, y tras reducir al oficial de policía que resguardaba la entrada, tomaron como rehenes a 26 personas, entre ellos, 19 iraníes y dos periodistas de la cadena noticiosa *BBC*.

Los captores pertenecían al Movimiento Democrático Revolucionario para la Liberación de Arabistán (MDRLA) o Grupo de los Mártires, entrenado en Irak y contrario al despótico régimen del Ayatollah Jomeini³² y a la dominación iraní del Khuzistán, zona rica en petróleo y gas. Tras ocupar la sede a las 11:35 de la mañana, expusieron sus demandas exactamente tres horas después: el respeto a sus derechos humanos, la excarcelación de 91 “presos políticos” en Irán, la mediación de un embajador árabe y un avión para escapar del Reino Unido. Señalaron que si sus exigencias no se cumplían hasta la medianoche del 1 de mayo, asesinarían a los cautivos y volarían el local con explosivos.

³² El Ayatollah Jomeini había llegado al poder en 1979, como consecuencia de una revolución que dio origen a la República Islámica de Irán, y que lo convirtió en autócrata al concentrar la autoridad política y religiosa. Es considerado el último gran conductor de masas del siglo 20.

Al lugar llegaron unidades antiterroristas y de los Boinas Azules, junto con francotiradores y especialistas en inteligencia electrónica. No obstante, el operativo militar sería encomendado al Special Air Service (SAS) del Ejército, fundado en 1945 y con gran prestigio en el mundo. Pasado el plazo impuesto por los rehenes, nada ocurrió: empezaron las negociaciones y los captores flexibilizaron sus posturas.

El 2 de mayo, uno de los periodistas de la *BBC* –Chris Cramer– fue liberado por “consideraciones humanitarias”. Interrogado por los servicios de seguridad, brindó valiosa información sobre lo que ocurría en el interior de la sede diplomática. Además, acciones de inteligencia determinaron que los terroristas contaban con dos subfusiles M2 de nueve milímetros, varias pistolas Browning y un revólver calibre 38, así como granadas de fabricación rusa. Se supo que el líder se llamaba Oan, y que sus secuaces respondían a los nombres de Hassan, Fowzi, Makki, Shai y Alí.

La crisis no varió el 3 y el 4 de mayo. Por su supuesta incapacidad en resguardar la seguridad interna, las críticas al gobierno de Margaret Thatcher fueron constantes y abrumadoras. La opinión pública se puso en contra y la oposición exigió la renuncia de varios miembros del gabinete.

NEGOCIACIONES INFORMALES Y DIPLOMÁTICAS

Nada se sabía del MDRLA o Grupo de los Mártires. Además, las posibilidades de comunicación eran limitadas debido a que solamente uno de los terroristas –Oan– hablaba inglés. Tampoco había *beepers* o teléfonos celulares en esa época. Ellos también eran unos completos desconocidos para la inteligencia británica y mundial. En sus memorias, la propia Thatcher dijo: “Yo era consciente de que aunque el grupo implicado era diferente, era un intento más de aprovecharse de la aparente debilidad occidental, al igual que en la toma de rehenes en la embajada norteamericana en Teherán” (2012: 91).

Las negociaciones desarrolladas entre el 1 y el 5 de mayo fracasaron por la dureza de la primera ministra, y porque Irán se mostró reacio a excarcelar a los terroristas del grupo. Pero hubo otros detalles, según Thatcher:

La Policía Metropolitana se mantuvo al habla con los terroristas por una línea telefónica especial. También nos pusimos en contacto con quienes pudieran ejercer alguna influencia sobre los pistoleros. Estos últimos querían que el embajador de algún país árabe actuara como intermediario. Pero teníamos grandes dudas al respecto: corríamos el riesgo de que un intermediario de ese tipo no compartiera nuestros objetivos. Además, los jordanos, en los que sí estábamos dispuestos a confiar, se negaron a verse implicados. Un imán musulmán habló con los terroristas, pero sin resultados. Habíamos alcanzado un punto muerto. (2012: 91)

Para bajar la tensión, las autoridades permitieron a Oan transmitir sus peticiones a través de la *BBC*. El mensaje fue cortado al aire y eso provocó la ira del cabecilla terrorista. Más calmado, Oan acudió a una ventana y lo hizo a voz en cuello. Eso fue el 2 de mayo.

Se afirma que los captores llegaron a renunciar a su principal demanda (la liberación de sus 91 compinches en Irán) a cambio de salir de Gran Bretaña, llevándose a un grupo de cautivos como garantía. Sin embargo, Thatcher se mantuvo firme al no permitir la entrega de salvoconductos:

Con Willie Whitelaw [ministro del Interior] estaba completamente de acuerdo en la estrategia a seguir. Intentaríamos una paciente y prudente negociación, pero si cualquiera de los rehenes resultaba herido, estudiaríamos un ataque a la Embajada, y si mataban a un rehén, sin duda recurriríamos al Servicio Aéreo Especial (SAS). Había que ser flexibles, pero hasta cierto punto. Pero desde un principio quedó descartada la posibilidad de permitir que los terroristas abandonaran el país, con o sin rehenes. (2012: 91)

CRISIS Y DECISIÓN DE AUTORIDAD

La ubicación de los rehenes era un enigma, y en eso ayudó la construcción laberíntica del edificio, cuyos planos nunca estuvieron disponibles para las autoridades. La situación mejoró cuando el Scotland Yard y el MI6 instalaron cámaras y micrófonos en chimeneas y en construcciones cercanas, para establecer el uso de inteligencia electrónica, infiltrar a sus miembros y distraer a los terroristas con “cortinas de ruido”. Por ejemplo, se montó una falsa reparación de tuberías de gas, en la que se perforaron pistas y veredas en coordinación con la empresa proveedora y con funcionarios municipales. También fueron derivados a la zona algunos vuelos comerciales que iban al aeropuerto de Heathrow, para incrementar el bullicio.

Además, el sonido y las vibraciones posibilitaron que la policía rompiera una pared contigua a la embajada y dejara solamente el cascarón de yeso, con el objetivo de que los comandos del SAS pudieran ingresar con facilidad.

Mientras las autoridades buscaban un arreglo con los terroristas, el SAS inició la planificación del rescate. A través de los testimonios de empleados y diplomáticos, agentes de inteligencia lograron construir una réplica de la embajada iraní en el cuartel general del SAS, ubicado en Kensington, en Londres, para que 60 efectivos de ese regimiento pudieran familiarizarse con cada detalle y ser eficaces ante una probable incursión. Según Thatcher, solamente la muerte de un rehén quebraría las conversaciones de manera irremediable.

El 4 de mayo, las autoridades británicas comprendieron que no había solución a la vista. Los negociadores no lograron llegar a un punto medio y ningún país aliado al Reino Unido quiso involucrarse como mediador. Información de inteligencia obtenida por medios electrónicos confirmaba que los delincuentes iban a cambiar de estrategia, presionando al gobierno a través del daño físico a los rehenes. Thatcher se impacientaba:

La situación empezó a deteriorarse el domingo por la tarde. Recibí una llamada en Chequers³³ para que regresara antes de lo planeado, y en el camino de vuelta a Londres, recibí un nuevo mensaje por el teléfono móvil. Había demasiada interferencia en la línea como para poder hablar inteligiblemente, de manera que le pedí a mi chofer que detuviera el coche. Aparentemente, la información indicaba que en esos momentos la vida de los rehenes corría peligro. Willie Whitelaw [ministro del Interior] quería mi autorización para recurrir al SAS. (2012: 91-92)

El momento tan temido por Thatcher llegó en la mañana del 5 de mayo, cuando uno de los cautivos, el policía Trevor Lock, informó desde una ventana que los captores empezarían a asesinarlos si es que en 30 minutos no era nombrado un embajador árabe como mediador.

A las 13:30 de la tarde se escucharon tres disparos en el interior del local. Horas después, otras detonaciones sorprendieron a la policía y al SAS. Los secuestradores habían ejecutado a Abbas Lavasani, secretario de prensa de la embajada iraní, y cuyo cuerpo fue lanzado al exterior por la puerta principal. Eran las 18:50 de la tarde. Audaz y enérgico, Oan lanzó un nuevo mensaje: "Mataré a un rehén cada 45 minutos. La próxima vez que suene el teléfono espero escuchar que un embajador árabe vendrá para acá. No quiero otro mensaje más que ese". Esta advertencia fue difundida por toda la prensa.

Luego de algunas liberaciones hechas anteriormente, en ese momento los captores tenían 20 rehenes: 16 hombres y cuatro mujeres.

Minutos después del asesinato de Lavasani, el ministro del Interior, William Whitelaw, recibió de Thatcher la orden de que el SAS irrumpa y salve a los rehenes. El mensaje de la primera ministra, brindado por teléfono, fue escueto: "Sí, que entren" (Thatcher 2012: 92).

³³ Chequers es la casa de campo que el Estado le designa al primer ministro de Gran Bretaña. Su construcción se remonta al siglo 12.

RESULTADO

La operación de militar Nimrod empezó a las 19:23 de la noche. Vestidos de negro, con fusiles HK, máscaras antigás y granadas de aturdimiento, una veintena de miembros del SAS ingresaron a la sede diplomática desde tres flancos, deslizándose a rapel y detonando explosivos en ventanas y paredes.

Se produjo un violento fuego cruzado en medio del humo, explosiones de granadas y gritos de los rehenes. Luego de 17 minutos, el SAS confirmó la muerte de cinco de los seis terroristas, con impactos en el rostro y en el pecho. El sobreviviente, Fowzi Nejad, fue condenado a cadena perpetua.

Hubo múltiples versiones para explicar cómo Nejad pudo salir con vida, pero tres son las más consistentes. Según la primera, tres secuestradores soltaron sus armas y gritaron su rendición, y aunque fueron igualmente abaleados por el SAS, quedó vivo él. La segunda dice que esos mismos terroristas, tras disparar contra varios rehenes, intentaron mezclarse entre los civiles tirados en el piso para pasar desapercibidos: el SAS les disparó y mató solamente a dos. Y de acuerdo con la tercera, Nejad sobrevivió –o se salvó de ser ejecutado extrajudicialmente– debido a la presencia de los medios de comunicación en el lugar:

Una vez que fueron esposados, se les sacó al jardín para hacer un rápido recuento. No cuadraban los números, y Sim Harris, el periodista de la *BBC* que se quedó hasta el final, señaló al último terrorista que se encontraba oculto entre los rehenes. Se dice que un miembro del SAS lo condujo de nuevo a la embajada, supuestamente para acabar con él. Afortunadamente, sus compañeros mantuvieron la sangre fría y viendo que la prensa se encontraba presente, se lo impidieron³⁴.

No hubo bajas militares. Diecinueve de los 20 cautivos salieron con vida. Tras el operativo, Thatcher acudió a la sede del SAS para felicitar a sus miembros, especialmente a Peter de la Billière, comandante de esa unidad.

³⁴ Blog LA ÚLTIMA BATALLA. “La operación Nimrod”. Fecha de consulta: 6 de junio de 2015. Disponible en: <https://goo.gl/iO0nC1>

Durante los saludos, la primera ministra fue abordada por un miembro del SAS, quien le dijo: “Nunca pensamos que usted nos iba a dejar hacerlo” (Thatcher 2012: 92).

Según Thatcher, Gran Bretaña no iba a “permitir que los terroristas se salieran con la suya en un intento de secuestro” (2012: 91). Ella creía en la idea de “garantizar que el terrorismo sufriera una derrota, y que sea de una manera visible” (Thatcher 2012: 91).



CAPÍTULO 3

LA CONSTRUCCIÓN DE LA PERSONALIDAD POLÍTICA
DE ALBERTO FUJIMORI



3.1. INTRODUCCIÓN

Nadie podría negar que Alberto Fujimori es producto de sus circunstancias, pero también de sus actos reprobables y graves, de sus errores y omisiones. Hasta el 24 de diciembre del 2017, fecha en la que recibió el indulto humanitario del presidente Pedro Pablo Kuczynski, el otrora jefe de Estado purgaba diversas condenas en la base policial de la DINOES, ubicada en el periférico distrito limeño de Ate, siendo la más relevante la de 25 años por violaciones a los derechos humanos y “crímenes contra la Humanidad”³⁵. Según la sentencia dictada el 2009 por el juez César San Martín, Fujimori fue “el autor mediato de la comisión de los delitos de homicidio calificado-asesinato, bajo la circunstancia agravante de alevosía, y el de lesiones graves, en agravio de los nueve estudiantes y un profesor de La Cantuta, y en el caso Barrios Altos”³⁶. Y también del “secuestro agravado, bajo la circunstancia agravante de trato cruel, contra el periodista Gustavo Gorriti y el empresario Samuel Dyer”³⁷.

Ese fue el corolario de una conducta fría, radical y maniquea, forjada desde su infancia, su juventud y su adultez, y exacerbada a partir de la relación cómplice y funcional que tejió con sectores cuestionados de las Fuerzas Armadas y de los servicios de inteligencia. Según diversos autores, Fujimori perfeccionaría su estilo político de ataque y demolición contra sus opositores, cuando decidió ir a vivir al Círculo Militar de Jesús María, semanas antes de asumir la presidencia. Luego sería huésped permanente y despacharía asuntos de Estado en el Pentagonito y en el SIN, rodeado de generales y de espías.

³⁵ Alberto Fujimori, encarcelado desde el 2005 por diversos crímenes y delitos, recibió el “indulto y el derecho de gracia por razones humanitarias” del presidente Pedro Pablo Kuczynski, respecto de “las condenas y procesos penales que a la fecha se encuentran vigentes”. Según la Resolución Suprema 281-2017-JUS, Fujimori padecía una “enfermedad progresiva, degenerativa e incurable” que podía agravarse bajo condiciones de carcelería. El anuncio se hizo a través de un comunicado de Palacio de Gobierno emitido a las 18:00 horas de la víspera de Navidad.

³⁶ En la mayoría de diarios de Lima.

³⁷ En la mayoría de diarios de Lima.

En un contexto excepcional por la lucha contra el terrorismo, Fujimori asumió en esas instalaciones castrenses y de inteligencia, la postura amigo-enemigo, natural en la estrategia y en la táctica militar, pero contraproducente y polarizadora en una democracia.

Este capítulo repasa los principales momentos privados, públicos y profesionales de Fujimori, en un intento de confirmar que la dualidad amigo-enemigo siempre fue una constante tácita y explícita en su vida, presente en sus decisiones, gestos y ambiciones. Pero también asoman otros hábitos como el pragmatismo, el utilitarismo y el escepticismo, moldeables según los contextos y las necesidades del momento.

Se afirma que Fujimori es un sobreviviente, debido a la persecución que los japoneses sufrieron en el Perú durante la Segunda Guerra Mundial, y a las iniciales carencias económicas de su hogar. Y también porque el ambiente limeño de las décadas del cuarenta y del cincuenta podía ser hostil y desconcertante para un reverencioso nisei que hablaba mal el castellano, debido a que su lengua materna era el japonés. Ahí podría estar el germen del secreto y del silencio, armas que Fujimori también utilizó en los momentos de crisis, con el fin de sorprender y anticipar al rival.

¿Ese es el origen de sus desconfianzas y antagonismos? ¿De su nula capacidad de diálogo y concertación?. Con el tiempo, Fujimori se adaptaría a los contextos que tendría que afrontar y asumiría una conducta “criolla” que le acompañaría para siempre. Según Murakami, ese “criollismo” le serviría para vencer apremios y sacar ventaja en las calles del Centro de Lima y de La Victoria, epicentros de su infancia. Para Jochamowitz, el cálculo y la cautela caracterizarían su adultez académica y profesional. Años después, el Poder Judicial determinaría que en sus tres mandatos (1990-2000) hubo violaciones a los derechos humanos, probablemente por haber llevado al extremo la oposición contra el enemigo.

3.2. EL PRAGMATISMO EN LA NIÑEZ Y EN LA ADOLESCENCIA

Cuando las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki fueron destruidas por las bombas nucleares norteamericanas en 1945, Alberto Kenya Fujimori tenía siete años de edad y era un aprovechado lector de periódicos³⁸. Terminaba la Segunda Guerra Mundial y se reducía la fabricación de ataúdes y de municiones, pero se mantenía el rechazo a la comunidad nipona en el Perú.

Para los Fujimori empezaba una época de sobrevivencia, cálculo y desconfianza. Naoichi y Matsue, padres de Alberto, habían llegado al Perú en 1934 para realizar tareas agrícolas en Huacho, tentando suerte además en una sastrería de esa ciudad. No obstante, la falta de ingresos los obligó a instalarse en Lima, sin contactos ni amigos, lejos de la familia y con un castellano casi incomprensible.

Murakami cuenta que en la capital, los Fujimori abrieron una sastrería en un pequeño local del Centro de Lima, zona en la que recalaron para vivir. En 1936, Naoichi y Matsue se mudaron a la hacienda La Calera, en Miraflores: alquilaron un terreno para cultivar algodón, pero sin técnicas agrícolas, dinero o mercados potenciales, el negocio fracasó rápidamente, por lo que tuvieron que ir a La Victoria para invertirlo todo en una reencauchadora de llantas (Murakami 2012: 183). Era 1938 y Alberto estaba próximo a nacer. Además de Alberto, Naoichi y Matsue tuvieron cuatro hijos: Juana, Pedro, Rosa y Santiago, nacidos en 1935, 1940, 1942 y 1946, respectivamente.

Junto con estrecheces y soledades, Alberto fue un niño que supo abrirse paso. Cincuenta años después, en la campaña de 1990, se ufanaría de haber nacido “con estrella”:

³⁸ Según el *Koseki* o registro de familias japonesas, Alberto Fujimori nació el 26 de julio de 1938, en la hacienda La Calera de Miraflores. Sin embargo, en los registros peruanos aparece la fecha 28 de julio. La familia Fujimori explicó que el cambio se debió a la recomendación de un viejo amigo de Naoichi: colocar el día del aniversario patrio en señal de agradecimiento a la tierra que los acogió.

En 1940, cuando Alberto era todavía un pequeño, hubo un fuerte terremoto en Lima. Él se escondió en el baño de su casa para protegerse, pero su madre lo sacó de ese lugar justo antes de que se cayeran las paredes. En otra oportunidad, Alberto contrajo difteria, una enfermedad mortal para los niños de entonces, y aunque su estado empeoró y llegó a estar entre la vida y la muerte, el hijo de los inmigrantes japoneses se recuperó gracias a la colaboración de diversas personas. Ambos episodios se cuentan con frecuencia para sugerir que Alberto tuvo mucha suerte durante su infancia. (Murakami 2012: 184)

En 1941, y en apoyo a Estados Unidos, el Perú rompió relaciones con Japón tras el ataque a Pearl Harbor, ocurrido el 7 de diciembre de ese año. Se desarrollaba la Segunda Guerra Mundial, y con ella vendrían años muy duros para los japoneses en América del Sur. Bowen relata que cuando los asiáticos ocuparon las Filipinas, Washington empezó a “presionar a los gobiernos latinoamericanos para deportar a los ciudadanos japoneses que podían ser utilizados por Estados Unidos para el canje de prisioneros de guerra” (2000:5). Manuel Prado, en ese entonces presidente del Perú, envió a cerca de 1.800 japoneses y peruanos descendientes de nipones a campos de concentración ubicados en territorio norteamericano (Bowen 2000: 5). Milagrosamente, Alberto y su familia no subieron a ninguno de esos buques con destino a Los Ángeles o a cualquier otro lugar de California.

Eso sí, el negocio de vulcanizado de llantas de los Fujimori, ubicado en la avenida Grau, fue saqueado y quemado. Se perdió todo lo que había (Daeschner 1993: 152). También es probable que Naoichi y Matsue “hayan sido objeto de los métodos usuales: listas negras, visitas de la policía y pago a interventores designados por el gobierno, llegando a la venta forzosa de bienes a un nacional bajo condiciones de estafa” (Jochamowitz 1997: 115). Lo vivido fue difícil:

La confiscación de miles de pequeños negocios de japoneses fue un gran negocio. Tramado fría y subrepticamente, amparado por leyes y decretos. Así, la Ley 9592 (del 26 de junio de 1942) imponía el traspaso obligatorio de establecimientos comerciales, encargando el asunto a una Superintendencia de Economía. En mayo de 1943, el gobierno ordenó la confiscación de establecimientos, bienes raíces y propiedades pertenecientes a

súbditos japoneses y ciudadanos alemanes. La liquidación debía quedar concluida en enero de 1944, pero el plazo se alargó varias veces para hacer más incierto todo el proceso. (Jochamowitz 1997: 115-116)

Daeschner detalla que “la creciente envidia del éxito de los inmigrantes japoneses fue llevando al gobierno peruano de los años 30 una serie de medidas nacionalistas” (1993: 152). Y añade que “ese sentimiento antijaponés llegó a su punto crítico durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las autoridades clausuraron escuelas y fueron saqueados negocios y hogares de japoneses. Los Fujimori lo perdieron todo cuando el negocio del padre fue destruido y quemado” (1993: 152).

Si los abusos eran “legales” e institucionalizados, poco quedaba para la defensa. Jochamowitz refiere: “Finalmente, en eso consistían las batallas libradas por los japoneses en el Perú durante la Gran Guerra. Escaramuzas de papeles, extorsiones, coimas y trampas. Los que vivieron ese tiempo no lo han olvidado, aunque prefieran callar. Es el caso de Alberto Fujimori, quien a la edad de la razón observó los hechos descritos sin poder intervenir” (1997: 116). Décadas después, siendo candidato a Palacio de Gobierno, la prensa interrogaría a Fujimori sobre esos hechos. Las imágenes eran las mismas: muecas de disgusto, devaneos y frases cortantes.

Durante el conflicto, Naoichi pasó por diferentes negocios, probando suerte: levantó una ferretería, una proveedora de materiales de construcción, una tienda de jugos y hasta una florería (Murakami 2012: 183). Alberto y sus hermanos dejaron de ir al colegio, y los juegos entre ellos se volvieron calculadamente silenciosos y espaciados para no llamar la atención de los vecinos y de los soplones del gobierno³⁹. Pese a que los hijos se educaron en español, Naoichi y Matsue solamente hablaron japonés en casa: producto de la desconfianza, poco socializaron en su nueva patria. En el 2013, el adulto

³⁹ En el Perú, la Segunda Guerra Mundial (iniciada el 1 de setiembre de 1939 y finalizada el 2 de setiembre de 1945) abarcó los gobiernos de Óscar R. Benavides, Manuel Prado Ugarteche y José Luis Bustamante y Rivero.

Alberto recordó la pesadilla de aquel momento y su periplo colegial por causa de la persecución:

A raíz de la Segunda Guerra Mundial, las familias japonesas sufren restricciones y vejámenes que obligan a sus hijos a abandonar sus estudios en japonés. Fue así como inicié mi educación primaria en el Colegio Nuestra Señora de La Merced, en el jirón de La Unión, al costado de la Basílica del mismo nombre. En tercero de primaria me trasladé a la Escuela Fiscal # 405, La Rectora, en el Cercado de Lima. De allí paso en 1952 a la Gran Unidad Escolar Alfonso Ugarte, ubicada en San Isidro. (Página web: Soy Alberto Fujimori-Biografía: 2013)

Según diversos autores, es probable que el negocio familiar de la venta de flores haya generado otro ejercicio de sencillez y discreción. Alberto, como hijo mayor, era el encargado de entregarlas a domicilio montando una bicicleta Monark que su padre le había comprado para ir también al colegio. Era de segunda y muy grande para su talla, al igual que los zapatos que usaba y que generaban las bromas de sus compañeros de clase. Una de las primeras lecciones de Naoichi fue la optimización de las cosas. Una bicicleta para transportarse, trabajar y recrearse. Y un calzado que trascienda los años escolares y que pueda ser usado para las matines, aunque pocas, pero siempre posibles. Su famoso pragmatismo tuvo esos comienzos modestos, siempre buscando lo útil, lo preciso y lo múltiple (Jochamowitz 1997: 140).

En la niñez y en la adolescencia, la inteligencia de Alberto se manifestó en dos ámbitos. En el hogar, como el hijo que participaba en los negocios de sus padres, que reparaba objetos (muebles, artefactos o ropa) y que cuidaba a sus hermanos menores. En el colegio, como alguien casi infalible en cualquier materia: letras o números.

No se sabe cuándo logró vencer el trauma del destino trunco. Hasta los siete años, Alberto había estudiado en una escuela japonesa en Lima, matriculado por Naoichi para aprender el idioma y las tradiciones del sol naciente, pues la esperanza familiar era regresar a Japón (Murakami 2012: 184). No obstante, hay biógrafos que señalan que el plan original de Naoichi

era llegar a California, por lo que el Perú era solamente una sala de embarque. Como se dijo antes, la Segunda Guerra Mundial trajo abajo ese y otros planes: además de clausurar las escuelas niponas, el gobierno evitó que los súbditos de Hirohito viajen al exterior, salvo en calidad de deportados a los campos de concentración norteamericanos.

El futuro presidente acabó siendo enviado a una escuela local: “Alberto fue a una escuela en el Centro de Lima. Según sus memorias, no le gustó el estudio hasta el primer semestre del quinto año de primaria. En el segundo, conoció a una profesora que le ayudó a estudiar. Alberto se entregó a sus deberes escolares, empezó a frecuentar la Biblioteca Nacional (que estaba cerca de su colegio) y acabó convirtiéndose en un alumno brillante” (Murakami 2012: 184). Sus padres supieron que era el momento de buscar un colegio mejor y más competitivo.

La criollada y el sentido fraterno de la juventud no fueron sus principales rasgos al ingresar al emblemático Colegio Nacional Alfonso Ugarte, tras ocupar el primer puesto entre todos los postulantes⁴⁰. Era muy delgado, usaba lentes y estaba atormentado por el acné. Además, solía vestir ropa ancha y no conocía la jerigonza de moda. No le gustaba la música ni el fútbol, según Jochamowitz:

En apariencia, el espíritu ugartino y la cultura nacional y criolla eran algo bastante extraño para el muchacho que comenzaba su primera incursión significativa fuera del hogar. Cuando entró al colegio, era un chico retraído, torpe para los ejercicios físicos y extremadamente dedicado a los estudios. Jamás tuvo dificultades de rendimiento, al contrario, pronto se hizo fama de ser muy capaz, pero en la relación con los demás y en el deporte –la otra forma de convivencia– era sumamente incompetente. (1997: 123)

Murakami se pregunta si la criollada (llamada “criollismo” por él) fue relevante en el joven Fujimori. Al ser el Centro de Lima y La Victoria epicentros

⁴⁰ Fundado en 1927 por el presidente Augusto B. Leguía, el Colegio Nacional Alfonso Ugarte empezó como un anexo del Instituto Pedagógico de Varones. En 1937 recibió el nombre que actualmente lleva, y en 1952 fue trasladado a San Isidro y convertido en Gran Unidad Escolar por el presidente Manuel A. Odría.

de esa manifestación, Fujimori necesitó ser criollo para adaptarse a esa cultura de sabiduría popular, sagacidad y supervivencia. Vivió en ambos lugares hasta culminar su educación primaria, y no pasó precisamente momentos de holgura o felicidad: “Fujimori necesitaba del criollismo para encarar cualquier situación inestable que experimentara cualquier negocio de su padre, así como para abrirse un nuevo horizonte de vida” (Murakami 2012: 188). Y si bien Fujimori negó ser “tan criollo” y avisado en la adultez, no pocos amigos y colegas lo reconocían como un “nisei acriollado” al que le incomodaba la solemnidad y la resistencia al cambio de los más de 60.000 descendientes de japoneses afincados en el Perú (Daeschner 1993: 153).

Como alumno del Alfonso Ugarte, sus excelentes calificaciones y sus cuadernos perfectamente escritos fueron los puentes para la integración escolar y la asimilación de códigos grupales. Copiaba todo lo que decían los profesores y hasta las buenas participaciones de sus compañeros de clase. Empezó a ser requerido para que prestase sus apuntes, y al hacerlo adquiría popularidad y cierto aire de dominio. Lo comprendió y pronto aprendió taquigrafía en una academia nocturna de Lima, por lo que tener su cuaderno se hizo inútil. Los interesados en aprobar matemática o historia tenían que hablarle y pedirle el favor de traducir esos enigmáticos signos. Jochamowitz cuenta:

Más que un alumno estudioso, parecía un especialista que se había creado una aureola de perfección. Sus cuadernos, por ejemplo, eran la más codiciada fuente sobre algo tan fugaz como la última lección. Él tomaba apuntes de principio a fin. Memorizar un párrafo de su cuaderno era equivalente a repetir las palabras del profesor. Pero, además, sus papeles eran obras caligráficas, muy pulcras y ventiladas. Los cuadernos de Fujimori se volvieron objetos preciados en el salón, y prestarlos o no, una prerrogativa de su dueño. (1997: 135)

Si bien Alberto no salía a los recreos para hacer en el aula las tareas de física y matemática, eso no lo alejó de sus compañeros. Se relacionaba hasta con los más revoltosos, atendiendo sus consultas y brindándoles consejos para los exámenes. Tras rendir una prueba, era común verlo resolviendo en la

pizarra las preguntas, una por una, con total seguridad y concreción, y bajo cinco métodos diferentes (Jochamowitz 1997: 135).

Así, reservadísimo y aislado, Alberto “logró ganarse un lugar, algo remoto pero propio, entre sus compañeros” (Jochamowitz 1997: 123). Gracias a su rendimiento académico se ganó el respeto de la clase y se alejó del maltrato de aquellos estudiantes que detectaron sus defectos e inseguridades. Queriéndolo o no, perfiló una estrategia que le ayudó a lograr posiciones expectantes en su carrera escolar, universitaria, profesional y política: del ostracismo a la integración, para llegar finalmente al sorpresivo y completo liderazgo (Jochamowitz 1997: 123). Fujimori no solamente aprendió a sobrevivir. También a destacar y a contraatacar.

La apariencia siempre fue engañosa en Fujimori. No hablaba lisuras, no tomaba licor y tampoco se escapaba de su casa para ir a las fiestas. Y menos fumaba. Sin embargo, algunos autores señalan que alguna vez demostró mucha sangre fría en un examen de Anatomía, cuando levantó la hoja para mostrar las respuestas correctas a sus angustiados compañeros.

El proceso de adaptación colegial y social fue complejo, y desafortunadamente siempre fue agravado por los conflictos internacionales. Tenía 12 años cuando la Guerra de Corea (1950-1953) trajo del pasado el racismo y la hostilidad de la Segunda Guerra Mundial, pero con una diferencia: él ahora era consciente. Décadas después, Fujimori recordaría que la gente lo trataba como “coreano y no como peruano”⁴¹.

En la etapa temprana, Fujimori también aprendió a dominar el arte del secreto, algo que probablemente perfeccionó en las aulas. Su silencio no era ausencia. Tampoco inacción. Era tener información para sacarle ventaja al resto. Y si no había malicia en sus acciones, saber lo que otros ignoraban era fundamental en el ajedrez de sus relaciones con los demás, con el fin de atenuar su dificultosa inserción grupal. Sus compañeros del Alfonso Ugarte

⁴¹ BALBI, Mariella y SAKUDA, Alejandro. “Constituyente es una posibilidad para Fujimori”. Diario *La República*. Lima, 2 de mayo de 1992. Sección Entrevista, página 16.

guardan una imagen recurrente suya: sentado en su carpeta, mirando inescrutablemente hacia la pizarra, tal vez haciendo un balance de lo que sabía y de lo que le faltaba saber del resto. Jochamowitz afirma que la información que Fujimori guardaba lo hacía indispensable para sus compañeros. También dice:

El sigilo era una actitud que percibió durante sus primeros 7 años, que coincidieron con la etapa final y la peor época de acosamiento a la colonia japonesa. Las familias se encerraron en sí mismas. Si antes parecían moverse de manera discreta, durante la guerra tuvieron que protegerse en grado sumo. El padre, la madre y los hermanos eran la célula básica del primer secreto, rigurosamente guardado contra el mundo exterior. Cuando el muchacho salió de la casa para ir al colegio, llevó consigo ese mecanismo del que no se desprendería jamás. (1997: 136-137)

Fujimori usaba el secreto para sorprender y nunca dejó esa costumbre, menos como presidente. Entre 1990 y 1995, el abogado Augusto Antonioli fue uno de sus más cercanos colaboradores, al ocupar las carteras de Justicia, Educación, y Trabajo y Promoción Social. Según él, el secretismo de Fujimori se evidenció con el autogolpe de Estado del 5 de abril de 1992.

Cuenta Antonioli que a las cinco de la tarde de ese día, su jefe de seguridad le informó que debía comunicarse urgentemente con Palacio de Gobierno. No logró hacerlo, pues pocos usaban celular en ese tiempo, pero a las ocho de la noche estuvo en el Pentagonito con todos los ministros. Nadie conocía el propósito de la cita, aunque algunos notaron cierta rigidez en el ambiente. Militares y funcionarios corrían de un lado a otro por los pasillos, como robots. La noticia fue tremenda: “Al ingresar a la reunión, el Presidente soltó la bomba. Nos dejó un video con un mensaje al país que se transmitiría a las diez de la noche, y abandonó la sala de reuniones, pues había convocado a una conferencia de prensa. Nos encontrábamos desorientados. En una primera apreciación de la situación, me pareció que aparte de los ministros militares, nadie más conocía del autogolpe” (Antonioli 2003: 147).

Tras hablar con la prensa, Fujimori volvió con los ministros. Pidió que lo apoyen en su decisión de cerrar el Congreso y de intervenir otras instituciones estatales. Dijo que “era la única solución para cambiar las cosas y salir del hoyo en el que nos hundíamos” (Antonioli 2003: 147). Les pidió meditar el resto de la noche y que le dieran una respuesta a la mañana siguiente. Segundos después, frío y confiado, se retiró de la reunión y dejó a su gabinete, cuyos miembros empezaron a debatir la medida. En medio del alboroto, Antonioli recordaría una frase que Fujimori solía repetir en las reuniones de gobierno: “Primero haga, después hable” (Antonioli 2003: 222).

Otra experiencia ocurrió tras un viaje al distrito de Uchiza, bastión del narcotráfico y del terrorismo en las décadas de los ochentas y noventas, ubicado en la provincia de Tocache, en la región San Martín⁴². Como ministro de Educación, Antonioli fue invitado a inaugurar un centro de capacitación pedagógica, construido con fondos públicos y que siempre estaba resguardado por policías debido a las constantes amenazas que sufrían sus encargados. Consultó con Fujimori la pertinencia del viaje, y recibió luz verde: “Vaya, pero tenga cuidado. Es zona una peligrosa” (Antonioli 2003: 128). Antonioli fue recibido en el aeropuerto por decenas de soldados en tanquetas, quienes luego lo trasladaron al municipio de Uchiza y a la Plaza de Armas para ser homenajeado y proceder con la apertura del local.

Al regresar a Lima, Antonioli informó a Fujimori sobre la visita, incidiendo en la pobreza de la zona y en el daño que el narcotráfico ocasionaba al medio ambiente. Fujimori le preguntó qué opinión le había generado el alcalde. Antonioli le dijo: “Buena gente, señor Presidente”. Al instante vino el desconcierto:

⁴² Desde 1980 y parte de los noventas, Uchiza fue el epicentro del tráfico de drogas en el Perú. Debido a la ausencia del Estado y a la presencia de mafias del narcotráfico, grandes extensiones de tierra fueron utilizadas para la siembra de hoja de coca y la instalación de laboratorios de PBC y de cocaína. Su economía se dolarizó y fue escenario de una bonanza económica ficticia. En 1989, Sendero Luminoso, otro actor en la zona junto con el MRTA, atacó la delegación PNP de Uchiza, asesinando a diez policías y luego a otros tres en un ‘juicio popular’. El panorama empezó a cambiar en los noventas con la erradicación de cocal, acciones de desarrollo social y operativos de interdicción policial.

- **Fujimori:** Es uno de los líderes del narcotráfico...
- **Antonioli:** ¿Por qué no me avisó? Nos hemos tomado varias fotos y en mi discurso le ofrecí el apoyo del Gobierno.
- **Fujimori:** Si lo pongo de sobre aviso, usted no va. Quería conocer de primera mano la situación de ese pueblo. (Antonioli 2003: 129)

Ese era Fujimori manejando el secreto como arma personal. Para sus fines y utilizando a un ministro de Estado.

Antonioli supuso que Fujimori guardaba algún sentimiento de culpa por la calculada omisión, y por eso le lanzó una audaz propuesta para golpear al narcotráfico en Uchiza. Esperaba una rápida aprobación, pero no. Fujimori lo miró, apuntó la idea en uno de sus cuadernos y no dijo más.

Esa conducta era usual en él: romper el diálogo con desconcertantes silencios, ante cualquier idea que le llegase de sorpresa y sobre la que no tenía algún antecedente o comentario inmediato. No preguntaba, no concertaba y no intercambiaba pareceres. Todo pasaba a formar parte de su íntimo y particular manejo, y a sus funcionarios o asesores no les quedaba más que esperar su decisión. Alguna vez, el diario *La República* informaría lo siguiente: “El presidente Fujimori tiene una personalidad dominante y fuerte. Sentado detrás del escritorio del despacho, sus respuestas tienen un claro matiz de autoridad y no permite que sus labios y sus ojos demuestren qué piensa”⁴³.

Una vivencia similar le ocurrió a Fernando de Trazegnies, ministro de Relaciones Exteriores entre 1998 y el 2000, y quien firmó la histórica paz con Ecuador tras la Guerra del Cenepa⁴⁴. Recuerda a Fujimori como un personaje

⁴³ Diario La República. “Las cartas vaticinaron su triunfo”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 19.

⁴⁴ La Guerra del Cenepa se desarrolló entre el 26 de enero y el 28 de febrero de 1995. Según el diario *El Universo* y la revista *Caretas*, el conflicto tuvo un costo de US\$250 millones para Ecuador, y de US\$400 millones para el Perú. La *BBC Mundo* informó que las bajas peruanas sumaron 60, mientras que las ecuatorianas 33. El Acta de Brasilia se oficializó el 26 de octubre de 1998, en el Palacio de Itamaraty, en Brasil.

audaz que movía sus piezas con reserva y que maquinaba soluciones al margen de sus colaboradores. De Trazegnies, al igual que Antonioli, fue parte del ajedrez político del presidente:

Un día, Fujimori me telefona y me dice: ‘Dígame, doctor... ¿Qué diferencia hay entre propiedad y soberanía?’. Hay una diferencia enorme, le dije, aún sin saber a qué se refería. Lo primero es un problema de derecho civil, y lo segundo es ceder parte del país. Al instante me dijo: ‘Mañana va a viajar a Ecuador con un mensaje secreto para el presidente Mahuad’. Así era Fujimori⁴⁵.

De Trazegnies llegó a Quito y congenió de inmediato con el presidente ecuatoriano, Jamil Mahuad. Reunidos en el Palacio de Carondelet, Mahuad le expresó que el Perú debía entregar Tiwinza en soberanía, bajo el argumento de que había que “darle algo” a sus compatriotas⁴⁶. Después de una larga pulseada, De Trazegnies le lanzó una contrapropuesta que había sido coordinada con Fujimori: “¿Y por qué no hacemos un cementerio de guerra ecuatoriano?... Francia tiene varios camposantos alemanes, y son simplemente propiedades que se reconocen y se honran como tales”⁴⁷.

Días después, autoridades peruanas y ecuatorianas suscribieron el Acta de Brasilia, que ratificó el Protocolo de Paz, Amistad y Límites de Río de Janeiro de 1942, y que cerró definitivamente la frontera entre ambos países.

3.3. ÉPOCA UNIVERSITARIA: VIVIENDO Y FORTALECIENDO LA SOLEDAD

Alberto inició su vida universitaria en 1957, en los inicios del segundo gobierno de Manuel Prado. Tenía 19 años, seguía parco y concentrado en sí mismo, y nadie hubiera podido asegurar que abrigara una verdadera vocación

⁴⁵ CAVERO ALVA, Alejandro. “Los títulos nobiliarios son una obligación, no un beneficio”. Diario *El Comercio*. Lima, 1 de julio del 2015. Sección Posdata, página 22.

⁴⁶ CAVERO ALVA, Alejandro. “Los títulos nobiliarios son una obligación, no un beneficio”. Diario *El Comercio*. Lima, 1 de julio del 2015. Sección Posdata, página 22.

⁴⁷ CAVERO ALVA, Alejandro. “Los títulos nobiliarios son una obligación, no un beneficio”. Diario *El Comercio*. Lima, 1 de julio del 2015. Sección Posdata, página 22.

por la ingeniería agrónoma, más allá de la relación que tenía con las flores que su familia cultivaba y vendía para sobrevivir desde los difíciles tiempos de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra de Corea. El negocio trascendió esas beligerancias, y se calcula que llegaron a tener aproximadamente tres mil rosales. Incluso se comenta que los Fujimori adquirieron una parcela en Vitarte para dedicarse a fondo a esa tarea. ¿Quién más podía encargarse de ese pedazo de tierra?.

En lo que habría sido un ejercicio más de pragmatismo y optimización, Alberto postuló a la Universidad Nacional Agraria (UNA) de La Molina, pensando en seguir una carrera que priorice el trabajo de campo. La otra posibilidad era dedicar su vida a la confección de sacos y pantalones, dado que Naoichi y Matsue tenían (o habían tenido) también una sastrería, pero esa idea no logró cautivarlo.

Las condiciones económicas de los Fujimori eran más estables, pero no tanto como para brindarle una educación privada a su primogénito. Se habían mudado a una casita de San Isidro, en la avenida Camino Real, tal vez en 1951, pero Alberto seguía usando su viejo uniforme caqui del colegio, signo inequívoco de pobreza o de estricto ahorro. Educación pública para el colegio, educación pública para la carrera universitaria. También había realismo en la familia.

Décadas atrás, los “bautizos” eran muy comunes en las universidades del Perú. Se les daba la bienvenida a los *cachimbos* o *perros* y se festejaba su primer día de clases, aunque en la práctica ellos vivieran un carrusel de crueldad. No solamente era el rapado de cabello o el reventón de huevos en el cráneo: los castigos variaban según la inventiva, los traumas, los hobbies y la historia familiar de los estudiantes de los ciclos superiores. Había muchos hijos de hacendados y gamonales, quienes no tenían piedad con los cobrizos o andinos. Un cachimbo de 1957, promocional de Alberto, recuerda:

“No sé cómo fui a parar con tres o cuatro compañeros al corral de las vacas. Había por lo menos veinte vacas y el suelo tenía

una capa gruesa de estiércol fresco. Nos metieron ahí y nos obligaron a pelear entre nosotros. El estiércol estaba caliente. Cuando estábamos totalmente embarrados, escuché que alguien decía a mis espaldas: 'A ese chino no lo toquen porque sufre del corazón'. Yo volteo y veo a un japonesito con uniforme caqui, que miraba la escena horrorizado y con cara de cardíaco". (Jochamowitz 1997: 156)

Fujimori había sido un sobreviviente en el Alfonso Ugarte, y ahora repetía esa historia en la UNA. La enfermedad coronaria era falsa.

En el campus de La Molina, Fujimori se incorporó a una muestra real y ampliada del Perú: estudiantes de estratos populares, medios y pudientes, con conductas sencillas, pujantes y petulantes, según sea el caso. La experiencia le resultaba conocida al provenir de un colegio con todas las sangres como el Alfonso Ugarte, ubicado paradójicamente en San Isidro. No obstante, ahora en la universidad todos competían por un prestigio estudiantil que sería fundamental para la posterior obtención de un buen puesto de trabajo. Alberto lo entendió a la perfección, aun cuando su familia esperaba que potenciara el negocio de las flores, y continuó con la racha infalible del colegio: ocupó los primeros lugares en la UNA, en todos los ciclos.

Algunos compañeros recuerdan aún su rutina de acero, sistemática y exacta: llegaba primero al salón, y no solamente se sentaba en la primera fila: escogía la mejor carpeta y el microscopio más confiable. Apuntaba con pulcritud todo lo que saliera de la boca del docente, y consultaba con el diccionario cualquier concepto extraño. Terminaba la clase y salía al comedor. Caminaba un poco e iba a la biblioteca, para luego ir a su casa. Alberto personificaba el detalle y la maximización del tiempo.

Con los meses, Alberto tejió amistad con los estudiantes Manuel Forero, Jacques Franco y Humberto Gamonal, pero eso fue obra del destino: las primeras letras de sus apellidos iban de corrido en el abecedario, y por eso realizaban juntos las labores en las chacras (Jochamowitz 1997: 170).

Antes, la UNA era bastión de terratenientes y hacendados, y hasta la malla curricular se orientaba a sus intereses, enfocándose en la productividad del algodón y del azúcar. Cuando Fujimori se hizo estudiante, eso había cambiado, tanto que en las aulas y en los auditorios empezaba a hablarse de la necesidad de una reforma agraria en el país (Jochamowitz 1997: 166). Igual, en la UNA había ricos y muy ricos, con tierras y ganado en demasía. ¿Frente a eso, qué significaba una pequeña parcela en Vitarte?. Jochamowitz dice:

No hay duda de que él se sentía más cómodo entre los de abajo, es decir, con los cholos. Forero, el aristócrata arruinado, era una excepción. Fujimori se juntaba con los provincianos pobres como Humberto Gamonal, que eran más de la mitad de la promoción. Probablemente, su familia tenía una mejor posición económica que la de estos migrantes solitarios, pero encontraba en ellos una atmósfera de trabajo, cierta frugalidad y hasta modales menores que le eran más afines. (1997: 167)

Aun con lo anterior, Fujimori no dejó de reafirmar su desapego y su desconfianza hacia el resto, y jamás se le vio en alguna fiesta o reunión de camaradería, y menos contando un chiste o dialogando con una chica, salvo por cuestiones académicas. Mostraba modales fríos y “su presencia silenciosa era como una constante llamada a la tarea” (Jochamowitz 1997: 174). Así estuvo hasta que egresó:

Para la Promoción 1961, incluso para quienes creían conocerlo mejor, Alberto Fujimori era un personaje imprecisable. Casi mudo, rara vez visible. Alguien que podría confundirse con los demás y parecer borroso, si no fuera por un detalle: destacaba nítidamente en los estudios. En realidad, seguía siendo el primero de la promoción, como en el Alfonso Ugarte. La universidad, con su libertad y amplitud, le permitía pasar desapercibido con más comodidad que nunca. El alto rendimiento era un logro individual que había dejado de reportar los reconocimientos públicos del colegio. Lo notable no era que Alberto Fujimori fuera un estudiante destacado, lo curioso era que solamente fuera eso. (Jochamowitz 1997: 174)

3.4. LA MATEMÁTICA Y EL CÁLCULO POLÍTICO EN LA ADULTEZ

Después de cinco años, Fujimori culminó la carrera de Ingeniería Agrícola en 1961, ocupando el primer lugar de su promoción. Si bien muchos egresados volvían a las haciendas de sus padres y otros eran contratados en fundos y en empresas del sector, el hijo de Naoichi prefirió la seguridad del claustro universitario al ocupar una jefatura de prácticas en el Departamento Académico de Matemática y Estadística de la Facultad de Ciencias de la UNA. Era 1962.

Alberto, serísimo y con apenas 23 años, ejecutaba la decisión más importante de su vida, pragmática y racional frente al temor de enfrentarse a un mundo que le causaba desconfianza. Los sueldos eran bajos, pero no se arredró. Según Jochamowitz, los negocios cautivaban a los niseis de su generación, pero no al futuro presidente:

Quedarse en la universidad para iniciar una carrera dentro de ella era la continuación de esa especie de cátedra de alumno que había dictado desde el colegio. En casa, su trabajo se contabilizaba en tareas prácticas, pero en el mundo exterior, que cada vez se volvía más complejo y absorbente, toda su trayectoria se desarrollaba en un marco académico irremediamente teórico. Especializarse en matemáticas fue reforzar ese destino. (1997: 181)

Convertida ahora en presidenta del Congreso por el fujimorismo, Luz Salgado Rubianes⁴⁸ conoció a su líder cuando era trabajadora administrativa de la UNA. Recuerda que Fujimori era un catedrático “serio” y “parco” con sus colegas, pero a la vez muy “eficiente” y requerido por los alumnos, pese a manejar una de las tasas más altas de desaprobados (Daeschner 1993: 153). No obstante, el férreo desenvolvimiento de Fujimori se diluiría con el tiempo, debido a sus ambiciones de poder al interior de ese claustro universitario.

⁴⁸ Ejerció la titularidad del Parlamento del 26 de julio del 2016 al 26 de julio del 2017, durante el gobierno de Pedro Pablo Kuczynski.

En 1965 pasó de ser profesor contratado a nombrado, y en 1966 se convirtió en docente auxiliar a tiempo completo, enseñando los cursos más complejos que venían a ser certeros procesos de depuración: Análisis y Álgebra II y III. Luego, en los albores de la década de los setentas, transitaría hacia los cursos elementales.

Sí, Alberto olvidó la promesa familiar de potenciar la floristería y de cultivar la parcela de La Molina y la granja de Vitarte, pero sobre todo rompió la tradición de siete generaciones de campesinos de su madre. Era el hijo mayor de los varones, y en buena medida allanó el camino a sus hermanos Pedro y Santiago para que puedan dedicarse a la abogacía. Fujimori fue paradójicamente práctico al escoger una carrera vinculada con el cálculo y las abstracciones, representadas por números, figuras geométricas y símbolos.

Durante al menos diez años, Alberto tuvo que acostarse a las ocho de la noche para levantarse a las dos de la madrugada, con el fin de ir a La Parada y aprovisionarse de flores y de menajes, pues en ocasiones el negocio de Naoichi no cubría la demanda. Compraba al por mayor y regresaba a su casa cuatro horas después para desayunar, teniendo que tomar el tranvía antes de las siete de la mañana rumbo a la Plaza Grau. Allí abordaba el bus de la UNA hacia el campus. No deseaba seguir en lo mismo. Jochamowitz refiere:

Un viejo compañero del colegio Alfonso Ugarte recuerda haber coincidido por casualidad con Alberto en algún lugar a fines de los setentas. Le sorprendió encontrarlo convertido en profesor del departamento de matemáticas de La Molina. El amigo sabía que la familia Fujimori era dueña de una granja en las afueras de Lima:

- ¿Por qué no te dedicas a la granja?
- Alberto contestó con tono malicioso: "Mucho trabajo". (1997: 164)

Para no desentonar con sus colegas matemáticos, Fujimori se matriculó en cursos de cálculo y de álgebra en la UNI y en San Marcos, buscando hablar y competir con ellos en igualdad de condiciones, aunque al final logró

superarlos con los estudios de posgrado que hizo en Estados Unidos y en Europa. Iba configurando sin quererlo un perfil de político muy particular en el Perú, mezclando las particularidades del raciocinio con la búsqueda y la gestión del poder. El resultado fue un “jugador de ajedrez” en la política: un hombre exacto entre demagogos y cuenteros. De esa forma fue derrotando a todos sus enemigos, entre abogados y humanistas proclives a “discursos de gran frondosidad y fofos, con poco piso y poco fondo”⁴⁹.

Incluía en ese grupo de demagogos, cuenteros y humanistas al escritor Mario Vargas Llosa, el popularísimo candidato del Fredemo a quien le arrebató la presidencia en 1990. A Fujimori le gusta recordar su artimaña más notable y efectista, aplicada bajo la lógica amigo-enemigo en el debate presidencial del 3 de junio de ese año, en el hotel Sheraton:

Fui al Sheraton, directo al sótano. Me dirijo a la salita de espera. En el pasadizo veo con asombro, solitario y de pie, a mi eventual rival. ¿Por qué ahí?... Él parecía nervioso. Lo saludo y me responde –me pareció– glacialmente.

¿Habría querido menoscabarme? No creo. Me hace sentir con medio punto a favor. Me lo regala generosamente.

Guido Lombardi era el moderador, siempre ecuánime, objetivo y neutral.

Golpes van y golpes vienen.

Me dirijo a él, respetuosamente como Dr. Mario Vargas (sin el Llosa del apellido materno). Recibe inesperadamente una llave distractiva de judo.

Trastabilla ligeramente. ¡El match es desigual entre un maestro del idioma y un peruano cuyo castellano era su segunda lengua!⁵⁰.

Y ensalzando su posterior triunfo electoral, concluye: “Como cualquier tsunami, arrasé con todo: con la izquierda, con la derecha y con el ilustre

⁴⁹ Diario La República. “Habrá más Fujimoris”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 21.

⁵⁰ “Predicciones de un debate electoral: Ganador MVLL”. Carta pública de Alberto Fujimori. Fecha de publicación: 3 de junio del 2014. Disponible en: <https://goo.gl/SHPJ9U>

escritor Dr. Vargas, pese a su enorme edificio del Fredemo. Comprendo por qué no pueden perdonarme”⁵¹. Este comportamiento antagónico siempre se relacionó con el permanente uso de astutas exageraciones y falacias: en la campaña de 1990, montado en un tractor prestado, se vendió como un experimentado y sabio agricultor, pese a que jamás había ejercido su profesión en el campo. Y luego de ser fotografiado vistiendo un kimono y alzando una espada japonesa, sugirió que era descendiente de samuráis y que por eso Tokio donaría al Perú la exorbitante suma de US\$4.000 millones. Finalmente, al aparecer partiendo ladrillos en televisión, hizo creer que era un consumado deportista y un cinturón negro de karate. Después se supo que las baldosas estaban rotas de antemano, y que era Kenji el verdadero cultor de las artes marciales, tanto que llegó a ser subcampeón mundial de karate en 1991⁵².

En esa lid electoral, Fujimori brindó color, frescura y sorpresa al elector, mientras reforzaba la idea de que era un político diferente al resto. Jochamowitz resume:

Existe el consenso más o menos imparcial de que Fujimori es un político más riguroso y sistemático que sus adversarios. Las matemáticas le dieron un entrenamiento mental, una metodología interiorizada que se complementa con sus herencias. Pero el papel de científico o de ajedrecista de la política sería básicamente otra de esas imágenes propicias y diseñadas para ser propaladas por los medios de comunicación. (1997: 183)

El efecto de Fujimori en la televisión fue notable. Rápidamente captó el manejo del medio de comunicación más complejo del siglo 20 y supo usarlo en bien de su carrera política. Según Salcedo, para la campaña de 1990, el semanario *Sí* calculó que el Fredemo había invertido US\$12 millones de dólares en *spots* televisivos, mientras que Cambio 90 apenas US\$200.000 (1995: 42). Analizando los resultados electorales, el costo de cada punto

⁵¹ “Ocho de abril de 1990: El tsunami para la reconstrucción”. Carta pública de Alberto Fujimori. Fecha de publicación: 8 de abril del 2014. Disponible en: <https://goo.gl/g4oo7U>

⁵² Diario Correo. “Kenji Fujimori confiesa que sufrió *bullying* en el colegio”. Lima, Perú. Fecha de publicación: 27 de julio del 2013. Fecha de consulta: 4 de julio del 2015. Disponible en: <http://goo.gl/rbiCAe>

porcentual del Fredemo fue de US\$379.212, mientras que Fujimori apenas gastó US\$6.801 (Salcedo 1995: 42). Salcedo añade que “en términos de eficiencia de inversión, la relación entre el Fredemo y Cambio 90 fue de 1 a 56” (1995: 42). Es decir, cada dólar invertido por Fujimori y Cambio 90 “llegó a ser 56 veces más eficientemente utilizado que el Fredemo” (Salcedo 1995: 42).

Si bien las matemáticas fueron inicialmente un escape, quienes conocieron a Fujimori en las décadas del sesenta y del setenta, durante su etapa de profesor en la UNA, sostienen que con el tiempo él pudo haberse sentido encarcelado por la rutina y el letargo de las aulas. No escribió jamás un artículo académico y tampoco hizo un doctorado, aunque sí estuvo entre 1970 y 1972 en Estados Unidos, cursando una maestría en Ciencias por la Universidad de Wisconsin, y que resultó ser una motivación fugaz⁵³. Los bajos salarios y el escaso prestigio de la carrera docente ahondaron el largo proceso de decepción que llevó a Alberto a buscar el poder académico y el mando total: primero en los ochentas como rector de La Agraria, y luego en los noventas poniéndose la banda presidencial.

Pero nadie lo hubiera predicho. No mostraba interés en la política y nadie recuerda haberlo visto con una novela bajo el brazo, salvo algún texto de álgebra. Según Bowen, cierta vez Fujimori “confesó que ningún libro le había impresionado y que no había estadista o figura internacional que le haya inspirado admiración, y que tampoco sentía alguna veneración por un héroe” (2000: 11). Solamente leía libros de estadística o manuales técnicos: “Le era fácil adaptarse: aprendía rápido y siempre guardaba una carta bajo la manga” (Bowen 2000: 11). Si Alberto vivía en los sesentas una etapa abstracta y numérica, en los setentas afloró el pragmatismo mezclado con el realismo que fue incubando desde su niñez:

Su seriedad y constancia en los estudios hizo que las ciencias, antes que una profesión con futuro, se convirtieran efectivamente en un entrenamiento para el futuro. Los cursos de

⁵³ Entre abril de 1964 y julio de 1965, Fujimori accedió a una beca del gobierno francés para llevar un posgrado en Física y en Matemática en la Universidad de Estrasburgo. Tenía 26 años y era la primera vez que salía del Perú.

especialización y las becas en el extranjero mantuvieron con vida su ilusión intelectual durante más de una década. Finalmente, la larga estadía de dos años en la Universidad de Wisconsin, al comenzar los años 70, consumó la edad ingenua o matemática. Al regresar al Perú, Fujimori era un pragmático y estaba en vísperas de convertirse en un político. (Jochamowitz 1997: 184-185)

La maestría en Wisconsin, lograda por una beca de la Fundación Ford, fue relevante para la formación concentrada y silenciosa de un método racional que Fujimori aplicó posteriormente al análisis de escenarios conflictivos y a la toma de decisiones en contextos adversos, sobre todo entre 1990 y el 2000. Fujimori resalta la reestructuración de su pensamiento y del alma, templo desde el que se ganan las guerras, según Sun Tzu: “Fue una de las experiencias más gratificantes de mi vida. De manera especial porque me permitió ahondar en las matemáticas con un rigor que templaron mi mente y mi espíritu. Mi lógica se enriqueció con la premisa matemática de que cada problema tiene una solución científica y racional”⁵⁴.

Décadas después, en plena crisis de los rehenes del MRTA, Montesinos señalaría que ese razonamiento tan particular de Fujimori sería fundamental para ordenar el operativo militar en plena diligencia en el Poder Judicial, debido a un proceso entablado por Susana Higushi: “No obstante dicha situación, que producía una dicotomía en su línea de pensamiento, como buen matemático y hombre familiarizado con la implacable lógica, tuvo la capacidad de responder las preguntas del juzgado, y de reojo, mirar la hora, pues era consciente de que muy pronto empezaría el partido de fútbol que a las 15:00 horas siempre jugaban los terroristas del MRTA, con Cerpa a la cabeza” (2016: Tomo 2, 817).

Esos tres años de estudio en Estados Unidos evitaron que sea testigo de los más trascendentales cambios impulsados por el velascato, proceso iniciado en 1968 y en medio de una de las crisis más grandes de la historia del país. En primer lugar, un hecho vinculado con su profesión: la reforma agraria. Si bien

⁵⁴ Revista The North-South: The Magazine of the Américas. Estados Unidos: Universidad de Miami, volumen 2, número 1. Página 47.

nunca se arrepintió, algo sí le martilleó la cabeza por mucho tiempo: la muerte de su padre Naoichi, acontecida en 1971, cuando estaba en Japón, en un viaje que hizo para conocer la tierra de sus ancestros, aprovechando un receso académico en Wisconsin (Salcedo 1990: 17). Le dolió no haber estado en Lima, y también que su familia le haya ocultado el deceso. Fue una corazonada la que le hizo llamar a casa y preguntar de inmediato por su progenitor. La pena en el extranjero fue doblemente grande.

Ahora bien, su paso por Wisconsin implicó que Fujimori fuera más pragmático que nunca. Había egresado ocho años atrás y no tenía licenciatura, requisito para postular a esa beca. El hombre que ahora estaba sumergido en las abstracciones numéricas recuperó del pasado un tema de tesis muy fácil de hacer y estudiado en demasía: el cultivo del camote. Tampoco fue compleja la locación del problema: La Molina. Fujimori cerró su etapa universitaria con una investigación denominada “Estudio comparativo de rendimiento de trece variedades de camote (ocho clones locales y cinco introducciones) en Lima-La Molina” (Jochamowitz 1997: 192).

En su conducta confluía la cultura japonesa y el cálculo matemático, y el meollo resultante lo aplicaba también a la vida familiar. Ahora mandaba en casa por la arterioesclerosis de Naoichi, quien murió en 1971, y evidenciaba su pragmatismo al mejorar la productividad de los conejos y del vivero de flores. Aquí aparecería en su total dimensión: era protector con su madre y sus hermanas, pero riguroso y hasta despótico con Pedro y Santiago. A Pedro, cuatro años menor, usualmente “lo encerraba a estudiar en su despacho de la universidad y vigilaba muy de cerca sus notas” (Jochamowitz 1997: 186).

Precisamente, teniendo a Pedro como protagonista, Fujimori demostró lustros después su particular capacidad de cálculo. Hasta el 22 de abril de 1997, fecha en la se ejecutó la operación militar Chavín de Huántar, Pedro fue uno de los últimos rehenes del MRTA, y fue utilizado por Alberto para alargar ampliamente las negociaciones con ese grupo terrorista, buscando agotar y

desesperar a Néstor Cerpa y a sus 13 compinches⁵⁵. Cuando en tensas reuniones en Palacio de Gobierno, las esposas y los familiares de los cautivos le exigían ceder a las demandas de los terroristas para llegar a una solución pacífica, Fujimori les decía que él también era un familiar atormentado y afectado por la crisis.

Según Michael Radu, miembro del *Foreign Policy Research Institute* (FPRI) de Filadelfia, Fujimori sacó provecho del drama de su hermano: “The most difficult problem facing any government in a hostage situation is the pressure from relatives of the kidnapped”. Y agregó: “Fujimori didn’t have to face that pressure because his brother was one of the hostages. He could tell them: ‘If I can wait, so can you’. That allows freedom of maneuver on part of the government”⁵⁶.

Pero la retención de Pedro tuvo otro efecto. Cerpa pensó que teniéndolo consigo, Fujimori iba a ceder a las exigencias y a cualquier costo. No fue así y eso desesperó y desmoralizó al cabecilla terrorista, situación que hizo que los roles se invirtieran: “President Fujimori was certain the guerrillas made a fatal miscalculation: ‘They thought I was going to give in because my brother was in there’. They failed”⁵⁷.

Tras una reunión en La Paz con su homólogo de Bolivia, Gonzalo Sánchez de Lozada, Fujimori afirmaría: “Mi paciencia oriental me permitirá agotar todos los medios posibles para lograr una salida pacífica a la crisis” (Montesinos 2016: Tomo 1, 368)⁵⁸. Si bien la salida pacífica nunca se produjo, la terquedad y el aguante del hijo de Naoichi pusieron a prueba a todos los

⁵⁵ Según la prensa internacional, los cuatro meses y seis días de negociaciones entre el gobierno y el MRTA, superaron en dos meses el promedio habido en cualquier otra crisis de rehenes en América Latina.

⁵⁶ Diario The Wall Street Journal. “Fujimori’s Secret Weapon: His Brother, the Hostage”. Nueva York, Estados Unidos. Fecha de publicación: 28 de abril de 1997. Fecha de consulta: 1 de enero del 2016. Disponible en: <http://goo.gl/MDb7Ve>

⁵⁷ Diario The Wall Street Journal. “Fujimori’s Secret Weapon: His Brother, the Hostage”. Nueva York, Estados Unidos. Fecha de publicación: 28 de abril de 1997. Fecha de consulta: 1 de enero del 2016. Disponible en: <http://goo.gl/MDb7Ve>

⁵⁸ La cita con Sánchez de Lozada se produjo el 23 de enero de 1997.

involucrados en la crisis, sean malhechores, víctimas o mediadores, y también a su familia.

En 1974, su matrimonio con Susana Higushi fue un punto de quiebre. Ella era ingeniera civil, tenía 24 años y provenía de una familia adinerada, con empresas en diferentes ramos y supervisadas con rigor por sus progenitores. Alberto, con un sueldo discreto, era además doce años mayor. Las matemáticas no generaban mejoras en lo personal, y menos en lo profesional. Además, Susana había sido amenazada por Koshio, su inflexible padre y dueño de una cadena de tiendas de neumáticos muy conocida en Lima, con desheredarla y excluirla de la familia si contraía matrimonio con un hombre sin futuro en los negocios. Así, Daeschner señala que “Fujimori no venía de una familia acomodada, y que era visto con desdén por la élite de la comunidad nikkei” (1993: 154). Cuentan diversos autores que debido a esa discriminación, Fujimori construyó un gran resentimiento hacia la comunidad nipona en el Perú, por lo que tejió mejores lazos con los peruanos, entre ellos los criollos de su barrio y sus colegas de La Agraria.

Dos caminos estaban a la vista: mantener la cátedra y seguir siendo reconocido por su método riguroso en las aulas, o tentar algún cargo directivo en la UNA, lo que implicaba ingresar a la política universitaria. Una tercera vía se incorporaría entre ambas, luego de que Fujimori sufriera un apagón académico por causa de su desgano y ostracismo, y la idea de hacer política en La Agraria aún no apareciera con peso propio en su horizonte: generar negocios con el capital Fujimori-Higushi, en rubros como la construcción de casas y la educación preuniversitaria. Eso ocurriría a finales de los setentas. La edificación inmobiliaria llegaría por obra del destino:

El fuerte terremoto que azotó Lima en octubre de 1974 fue para el profesor Fujimori la oportunidad de hacer conocer su nombre en la Universidad Nacional Agraria. Debido al terremoto, casi todos los edificios de la universidad cayeron destruidos. Entonces, Fujimori propuso al rector construir aulas provisionales para reanudar las clases lo antes posible. Luego de que Fujimori preparase algunos salones con dinero de su propio bolsillo, el profesor de origen japonés, con la venia de las autoridades, dirigió personalmente la construcción de las instalaciones

provisionales, cuyos fondos provinieron de Defensa Civil, la entidad gubernamental encargada de prevenir desastres naturales, así como de realizar la reconstrucción en las zonas afectadas. Después de tres meses, la construcción de las aulas provisionales acabó. Sobre la base de esa experiencia, Fujimori fundó junto con su esposa una compañía constructora en 1976 y se embarcó en el negocio de vender casas construidas. El profesor universitario continuó en ese negocio hasta 1982, más o menos. (Murakami 2012: 185)

La empresa familiar se denominó Construcciones Fuji, y sería el sustento de la mediana fortuna que hizo posible la campaña de 1990. Al describir a Fujimori, Daeschner afirma que sus pasatiempos –las matemáticas y la construcción de casas y edificios– le enseñaron “la necesidad de establecer objetivos claros y de alcanzarlos de manera disciplinada” (1993: 154).

Un poco antes, Fujimori había empezado a plasmar su interés en los temas administrativos, y buscó obtener algún cargo en la Facultad de Ciencias. Tejió alianzas y se acercó a personajes que bajo condiciones normales nunca hubieran llamado su atención: las responsabilidades llegaron al igual que los fondos y las oficinas más grandes. A los meses de haberse unido a Susana, obtuvo su primer puesto de jerarquía: director del Programa Académico de Ciencias. Luego, una tarde confesaría a un reducido grupo de amigos que deseaba ser rector de La Agraria, lo que causó risas y bromas. Él se molestó mucho.

Quienes notaron sus ambiciones de poder señalan que Fujimori hizo una gran jugada estratégica al solicitar el dictado de los cursos elementales de Cálculo II y III. Era 1973 y recibía a centenares de alumnos por ciclo, incluidos los *perros* o recién ingresantes, haciéndose popular con sus excelentes clases y una bajísima tasa de desaprobados. Creando bases o uniéndose a ellas, Fujimori armaba su colchón de simpatizantes para facilitar su carrera hacia el poder en la UNA.

Entre 1968 y 1975, debido a la crisis y a las torpezas de la dictadura velasquista, las huelgas y los tumultos se hicieron frecuentes en los campus del país, y La Agraria no fue ajena a ese fenómeno. Atento, Fujimori observaba los movimientos. Bowen manifiesta que el silencioso profesor de matemática supo mantener “una cuidadosa distancia entre las facciones de extrema izquierda y de extrema derecha” (2000: 8).

No obstante, algo que sorprende fue el repentino viaje que hizo a Cuba, en 1978, para dictar clases de matemática en la provincia de Matanzas. Según Bowen, la revolución de Fidel Castro lo dejó impresionado y entusiasmado, pero no tanto por su sentido de solidaridad o de justicia, sino por el orden y la disciplina impuesta en el territorio (2000: 10). Esa experiencia le habría ayudado a Fujimori a confirmar su pragmatismo, pues “la eficiencia era más importante que la justicia, y los resultados más relevantes que la ideología” (Bowen 2000: 11). Era un tiempo en el que la mayoría de estudiantes de La Molina era de izquierda. Y no pocos sindicaban a Fujimori como un profesor “zurdo” o “fidelista”.

Fujimori postuló por primera vez a un cargo administrativo en 1977. No se sentía seguro tentando el rectorado, pero sí se veía como vicerrector. Muy a su estilo, empezó su campaña con discreción y de menos a más, agrupando fuerzas y hablando directamente con colegas y alumnos. Dicen que por esas fechas, Fujimori saludaba hasta a los encargados de limpieza.

Muy pronto Alberto elaboraría una estrategia y una táctica: como el rector no podía salir de la Facultad de Ciencias por ser más pequeña que las de Agronomía y de Zootecnia, decidió ofrecer a los candidatos fuertes un bolsón de votos coordinado por él y que sería decisivo en la elección. Claro, antes debían asegurarle el vicerrectorado: “Con esa base de votantes, se presentó ante el candidato que juzgó con más posibilidades, el agrónomo Mario Zapata, de tendencia conservadora. Hizo sus reflexiones en voz alta y negoció el apoyo de Ciencias a cambio de una vicerrectoría. Convenció a Zapata sin dificultades. Las elecciones se acercaban, y entonces inició su campaña pública” (Jochamowitz 1997: 215-216).

Hubo ensayos de votación y se confirmaba la victoria de Zapata. Todo estaba calculado. El día de los comicios, al menos 50 personas se reunieron en la sala de grados y títulos de la UNA, y eligieron a Zapata como rector. Y cuando le tocaba a Fujimori, un docente de Zootecnia solicitó un extraño intermedio que fue autorizado rápidamente por la mesa directiva. Jochamowitz narra: “No lo había considerado en sus planes. De inmediato olfateó el peligro: trató de reagrupar sus fuerzas y citó a los de Ciencias a un rincón de la sala, mientras despachaba emisarios a todas las esquinas para averiguar qué diablos estaba sucediendo. La interrupción lo descolocó. Era lo único en lo que no había pensado” (1997: 216).

La asamblea se reunió nuevamente, pero ahora las correlaciones de fuerzas eran distintas. Fujimori había sido traicionado y muchos votos fueron endosados a la competencia. Si bien ganó en primera vuelta, no pudo evitar que en el repechaje se impusiera el zootecnista Guillermo Parodi. Este último era el nuevo vicerrector, casi por casualidad, y no él. Estaba avergonzado y rojo de ira. No esperó a que acabara la sesión y abandonó el recinto sin despedirse: “Los cálculos se deshacían frente a sus ojos. Había caído como un ingenuo: lo utilizaron, le extrajeron los votos y después lo desecharon como a un tonto que deja de ser útil” (Jochamowitz 1997: 216).

Fujimori pidió una licencia sin goce de haber y desapareció durante dos meses. Fue una experiencia que marcó su carrera política universitaria y nacional. De nada valía concertar y confiar, y para evitar el riesgo de cualquier felonía, supo que era necesario tener el control total. Murakami afirma que más de 20 años después, Fujimori contó que el suceso le hizo darse cuenta de “lo sucia que era la política” (2012: 189).

Después de múltiples pactos, negociaciones y broncas, Fujimori recién se convertiría en rector de la UNA en 1984, para lo cual aplicó una estrategia que luego sería su sello en la presidencia: corroyó a los principales candidatos, y luego dividió las preferencias enfrentando y enfrentándose con sus rivales,

captando los votos de los caídos. Duraría en el cargo hasta 1989. Lo recuerda así, planteando claramente una visión amigo-enemigo:

1984 fue un año decisivo en mi vida profesional porque con el apoyo de profesores marginados por la elite de la universidad, y el apoyo total del tercio estudiantil, fui contra todo pronóstico elegido rector de la UNA. Esa misma elite trató en múltiples formas de obstaculizar mi gestión rectoral, buscando mi vacancia, pero gracias al apoyo de sectores progresistas de los docentes de la universidad y de una abrumadora mayoría de estudiantes y trabajadores, culminó exitosamente mi gestión en 1989. En ese periodo rectoral se reconstruyeron totalmente las edificaciones caídas y dañadas durante el terremoto de 1974, después de 12 años de abandono. (Página web: Soy Alberto Fujimori-Biografía: 2013)

No obstante, Fujimori diría en 1990 que “no estaba interesado en el cargo de rector” por sus múltiples ocupaciones comerciales, familiares y privadas⁵⁹. Contradicciones y simulaciones como esa caracterizarían la vida pública del hijo de Naoichi.

Lo cierto es que profesores y trabajadores de la UNA lo recuerdan como un rector autoritario y hermético que jamás presentó alguna memoria anual en cinco años, pese a estar obligado por el estatuto universitario, y que tomaba decisiones sin consultar con las instancias respectivas, comportamiento que Murakami relacionaría con el “criollismo” adquirido en su juventud (2012: 188). Y tal como ocurriría un lustro después, Fujimori construyó una relación populista y clientelista con los estudiantes, y descuidó su relación con las autoridades académicas y administrativas, consideradas por él como ineptas y holgazanas. Haciendo un símil, el alumnado era análogo al “pueblo” en la política macro, y las autoridades académicas y administrativas eran las instituciones que luego se encargaría de destruir desde la presidencia.

Para escalar al rectorado, Fujimori comprendió que lo fundamental era llegar a las fuentes directas de legitimación (profesores y estudiantes) y pasar

⁵⁹ Diario La República. “Las cartas vaticinaron su triunfo”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 21.

por alto a los representantes de las facciones si deseaba negociar votos o alguna alianza. Y para fortalecerse en el cargo, hizo algo similar. Tejió vínculos con docentes, trabajadores y alumnos, ignorando las estructuras burocráticas de la UNA, que por reglamento debían ser las intermediarias en la toma de decisiones. Bajo esa lógica, su relación con autoridades y dependencias fue nula. Lo demostraba en las huelgas, cuando iba directamente al lugar para dialogar con los protagonistas, y no con los líderes del reclamo. Daeschner relata:

Para neutralizar la potencial oposición de los trabajadores, Fujimori pasó por encima de la Asamblea Universitaria y promovió a los obreros a la categoría de empleados. La nueva situación les trajo mayores beneficios y un horario semanal fijo en lugar de los turnos rotativos. Los sindicatos de empleados y de obreros se unieron para formar una federación que agrupó a antiguos trabajadores que le debían sus ascensos a Fujimori. De esa forma, Fujimori evitó las huelgas en La Molina.

Fujimori consolidó aquel apoyo pasando sobre los reglamentos de la Facultad y de la Universidad. Los catedráticos se oponían a Fujimori porque no luchaba por aumentarles sus ingresos o por conseguirles los recursos necesarios para el aula. Por temporadas faltaban equipos de computación, lápices y papel. También cuestionaban su constante violación al estatuto de la universidad. (1993: 161)

Para Fujimori, según Jochamowitz, Murakami y Bowen, el establecimiento de relaciones directas y utilitarias sería un elemento esencial en su proceder como candidato y posterior jefe del Estado. Algunos docentes de la UNA recuerdan que Fujimori, tras decidir su postulación a Palacio de Gobierno, hacía campaña electoral en los salones de clase, en donde resaltaba sus credenciales como ingeniero agrícola y rector. Fue una mezcla interesada y poco elegante que llegó a ser objetada por el cuerpo docente de La Agraria (Daeschner 1993: 163).

Según Bowen, Fujimori encontró su destino en el rectorado, al alcanzar y ejercer el máximo poder, derrotando a sus enemigos y contraponiéndolos y dividiéndolos para reinar: “Lejos de evitar las confrontaciones, él las encontró estimulantes” (2000: 12). Diversas crónicas señalan que el futuro presidente

andaba rodeado de colaboradores obsecuentes y temerosos que no le refutaban nada, y que más bien fortalecían su perfil autoritario y caudillista⁶⁰.

Como rector de la UNA, Fujimori buscó relacionarse con el poder. Asistió varias veces a Palacio de Gobierno y conoció a los presidentes Fernando Belaúnde y Alan García, invitándolos al campus y ofreciéndoles consejos sobre riego y agricultura. Lo mismo hacía con embajadores, ministros y parlamentarios.

Ahora bien, Murakami afirma que la gestión de Fujimori en el rectorado fue positiva y ordenada, y que por eso fue voceado para asumir otros encargos fuera del campus (2012: 186). Por ejemplo, la presidencia de la Asamblea Nacional de Rectores (ANR) en 1987, y en la que fue elegido por dos periodos hasta 1989. Este microclima universitario confirmó y validó un estilo de hacer política que luego aplicaría como jefe de Estado: desconfiar siempre y actuar en solitario. La consecuencia era mirar a los otros como adversarios. Murakami agrega:

Lo importante de la experiencia de Fujimori en las elecciones universitarias es que al aprender del fracaso del primer intento, y lograr después ganar las elecciones para el rectorado, fue formulando un estilo propio de hacer política, y al mismo tiempo, ganando confianza en aquel. En la primera experiencia fue traicionado en el último momento por un candidato para el rectorado. Fue la víctima de un patrón de conducta "criolla". Después de esa experiencia, Fujimori sintió de nuevo lo difícil que era confiar en otros, e intensificó la cautela contra la idea de hacer alianzas, en medio de una situación creciente del "criollismo". (2012: 190)

⁶⁰ No obstante lo anterior, Murakami señala que en 1989, faltando poco para dejar el rectorado de La Agraria, Fujimori rechazó el consejo de sus asesores de cerrar la Asamblea Universitaria, debido a que iba contra el reglamento (2012: 191-192). El futuro jefe de Estado deseaba colocar como rector a uno de sus delfines, pero la Asamblea Universitaria se lo impedía, frustrándolo y haciéndole perder mucha influencia en el centro de estudios. Murakami relaciona esa experiencia con el cierre del Congreso de 1992, medida que se ejecutó por ser igualmente opositor y fiscalizador: para tener el control total, Fujimori comprendió que siempre había que ejecutar decisiones contundentes y por encima de la legalidad (2012: 191-192).

Paralelamente a sus funciones en la ANR, llegó otro reto: conducir el programa televisivo *Concertando*, por las ondas de canal 7, luego de ser recomendado por el entonces presidente Alan García. Entre 1987 y 1988, un almidonado y parco hombre de números analizaba temas de coyuntura con ayuda de políticos y expertos: economía, agricultura, inundaciones y deuda externa. No fue una experiencia más: “Según Fujimori, la experiencia de moderar un programa televisivo le sirvió para formar su estilo de tener un juicio propio, después de escuchar las opiniones de especialistas y de protagonistas, así como utilizar esos debates para adquirir conocimientos especializados” (Murakami 2012: 186). Este talento sería reconocido por muchos colaboradores que lo acompañarían en sus tres mandatos: escuchar y captar para decidir en silencio.

Algo que Fujimori siempre notó fue que la gente normalmente lo subestimaba. Ocurría en ámbitos ajenos a lo académico, en los que la matemática y el cálculo no podían lucirse como talentos individuales para la buena gestión y el impacto personal. Tras ser elegido jefe del Estado en 1990 luego de vencer a Vargas Llosa, García reconoció que había sido mezquino con su recomendado en dos momentos: cuando pensó que no iba a durar más de tres meses en la televisión, y al creer que su postulación a la presidencia era una empresa de locos.

El alcance nacional de la estación televisiva estatal hizo que Fujimori fuera conocido en Lima y en provincias, por lo que pronto fue invitado a brindar charlas y ponencias en el Perú y en el extranjero. En 1988, Fujimori y García protagonizaron una portada de la revista *Oiga*, en la que aparecían en una actividad aprista en la Universidad Nacional Federico Villarreal, y mostrando cierta empatía. Por esa época, el premier Armando Villanueva del Campo le ofreció el Ministerio de Agricultura, pero Fujimori no aceptó: probablemente le seducía más la presidencia.

En 1990 recordaría los efectos de esa trascendental decisión, consecuencia de un envidiable pragmatismo: “En esos momentos conducía el programa *Concertando* en canal 7, y entre el Ministerio de Agricultura y la

televisión, preferí lo segundo. Por eso ahora soy presidente, porque si hubiera aceptado el cargo, no hubiera tenido ninguna oportunidad”⁶¹.

Se cree que la política que se desarrolla en los campus es insípida y tersa. No: la política en ese ámbito puede ser tan sucia y viciosa como la nacional. Jochamowitz lo explica:

Es curioso que generalmente se considere a Alberto Fujimori como un hombre sin pasado político. El hecho solamente revela su eficacia para proyectar imágenes adecuadas, y lo poco que saben los peruanos de sí mismos. Las universidades del país son como pequeños países que funcionan de lunes a viernes, y de 8 de la mañana a 5 de la tarde. Tienen presidentes, parlamentos y turbas. Regularmente hay elecciones y no faltan los golpes de Estado, las guerras civiles y las ocupaciones territoriales. Realmente es un reino liliputiense medido a escala nacional, en el que los acontecimientos suceden verdaderamente, y que para los protagonistas toda la realidad. Cuando Fujimori comenzó la campaña electoral de 1990, ya era un político maduro formado en la adversidad. (1997: 194-195)

Fujimori sabía que el Perú estaba destruido y desmoralizado. Al menos desde 1985 y con un claro interés político, se lo comentaba a sus alumnos, familiares y colegas, siendo un permanente y utilitario profesor en campaña. Acostumbrado a decidir, comenzó a imaginarse en Palacio de Gobierno.

3.5. AMIGO-ENEMIGO: CANDIDATO Y LA LLEGADA AL PODER

Fujimori ha contado a la prensa que la idea de ser presidente nació en 1988, cuando era rector de La Agraria y titular de la ANR. Estaba a poco tiempo de dejar ambas responsabilidades y atravesaba un momento de reflexión personal y profesional. Había visto a su amigo Alan García disponer del poder y esa experiencia la quería para él. No era un hombre que rehuía a las decisiones, si bien gobernar desde Palacio de Gobierno no podía

⁶¹ Diario La República. “Las cartas vaticinaron su triunfo”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 20.

compararse con nada. Salvo las tormentas y los huracanes, todos los problemas del mundo estaban en el Perú.

Casi creyéndose un iluminado, diseñó sin ayuda profesional el logotipo de Cambio 90 y los afiches de campaña. También el slogan (“Honradez, tecnología y trabajo”) y el famoso Fujimóvil, compuesto por una plataforma metálica jalada por un tractor, y en la que podía treparse para improvisar mítines relámpagos en la paupérrima periferia de Lima. Poco después diría: “Todo eso lo creé yo mismo, personalmente. Todo. La idea de ingresar a los mítines a bordo de un tractor y los spots calificados de artesanales. Todo”⁶².

Algunos amigos dijeron haber sentido cierta conmiseración por el trabajo artesanal, poco estético y soñador del otrora profesor y rector de la UNA. Se preguntaban si había perdido el juicio. Salían los volantes, las banderolas y los carteles hacia Comas, San Juan de Lurigancho y Villa El Salvador, y ese material era cuidadosamente entregado en la mano a los activistas para no desperdiciarlo. El dinero escaseaba y se iba rápido, y la optimización de recursos fue uno de los pilares que Fujimori impuso en su campaña.

Bowen detalla que Fujimori contrató a un agente publicitario para que le ayude a mover la campaña: es decir, aparecer en medios de comunicación, colocar propaganda en las principales avenidas y mostrar la adhesión de algunas figuras de la televisión. El experto le dijo al futuro presidente que no tenía posibilidades de nada, ni siquiera de alcanzar un escaño en el Senado. Fujimori lo despidió en el acto: “Obviamente no escuché sus consejos: los ignoré completamente” (Bowen 2000: 13).

Por esas fechas, Fujimori también acudió a una empresa de comunicaciones para que le hicieran algunos cartelones publicitarios. Los encargados le dijeron: “Ingeniero, usted necesita una fotografía” (Daeschner 1993: 138). Fujimori sacó una a color, tamaño pasaporte. Hubo sonrisas: “No... No esa clase de foto. Debe hacerse una fotografía de campaña. Una fotografía

⁶² Diario La República. “Habrán más Fujimoris”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 21.

profesional” (Daeschner 1993: 138). Daeschner relata que luego de una resistencia inicial, el hijo de Naoichi aceptó pagar US\$150 por la imagen de campaña, y US\$30.000 por 30 pancartas (1993: 138). Posteriormente, Fujimori diría que para costear esas facturas tuvo que recurrir a sus ahorros personales, y también a la venta de dos tractores y de una camioneta por US\$25.000 (Daeschner 1993: 139).

La lid electoral de 1990 pondría a prueba el estilo político de Fujimori, forjado entre silencios y disputas en las aulas de La Agraria.

Como se dijo antes, 1988 fue clave: Fujimori convocó a ocho colegas de La Agraria para contarles su intención de embarcarse en la política, poniendo en marcha un movimiento propio. Según Murakami, en lugar de ir formando una agrupación con doctrina y espacios para la discusión de ideas, Fujimori buscaba con firmeza “excluir el partidismo y la ideología” porque lo urgente era convocar profesionales y tecnócratas que resuelvan los grandes y añejos problemas del país (2012: 186). Es decir, pragmatismo puro.

Como líder partidario, Fujimori aplicaba dos rasgos muy suyos: el silencio y la desconfianza, formados a partir de las complejas experiencias vividas desde su niñez. Murakami cuenta que “Fujimori avanzó en la preparación de su propio movimiento político, dividiendo a sus colaboradores de La Agraria en tres grupos: los empleados, los estudiantes y los profesores, celebrando por separado reuniones secretas con cada grupo, y sin avisar ni informar a los otros” (2012: 187). Una vez que Fujimori se aseguró de la lealtad total de los miembros de cada equipo, les propuso fundar lo que sería Cambio 90⁶³.

Algo que favoreció mucho al hijo de Matsue fue su acercamiento con la Iglesia Evangélica, logrado con la ayuda de algunos dirigentes de la pequeña empresa. Fue así que en 1989, Fujimori conoció al pastor Carlos García, presidente del Consejo Nacional Evangélico del Perú, cuyos fieles estaban

⁶³ En un nivel más íntimo también colaboraban familiares y amigos como Rosa Fujimori, Víctor Aritomi, Absalón Vásquez, Víctor Paredes, Andrés Reggiardo y Víctor Honma.

presentes en la costa, en la sierra y en la selva, y superaban en cantidad y en organización a partidos históricos como Acción Popular y el APRA, perfil estratégico que fue tremendamente aprovechado por Cambio 90.

Aparecería otra “virtud” de Fujimori: el descarnado utilitarismo. Era católico, sus hijos estudiaban en el colegio La Recoleta y se había casado bajo los cánones romanos, pero no tenía mayor problema en codearse con líderes evangélicos y seguidores de base. Bowen afirma que al principio, el futuro mandatario despertó las sospechas de los apostólicos, pero que pronto esa sensación se diluyó al notarlo más pragmático que otros candidatos: ofrecía soluciones técnicas y no políticas al caos de ese entonces (2000: 18). Otro punto a favor se derivaba de ese mismo pragmatismo: Fujimori iba a estar con el credo que le apoyase, y ellos habían ganado ese sitio por puesta de mano.

Fujimori acabó de convencer a los evangelistas cuando les aseguró que tendrían una posición de liderazgo en la campaña, y que podían alcanzar muchos escaños en el Congreso para impulsar los cambios constitucionales que se requerían para equiparar el estatus de los credos religiosos en el Perú.

Gracias a la gran capacidad movilizadora de ese grupo religioso, el rostro y las propuestas de Fujimori (llamado a secas “El Chino”) empezaron a conocerse en asentamientos humanos y en distritos pobres de Lima y de todo el territorio, por medio de estaciones radiales, visitas a domicilios y del poderoso “boca a boca”.

Fujimori empató perfectamente con las masas guiadas espiritualmente por los evangélicos, compuestas por personas en extrema pobreza y que no dominaban los secretos del español, y que eran ignoradas por los candidatos de los partidos tradicionales que provenían de capas sociales acomodadas y que no comprendían su idiosincrasia, por más que pusieran caras de preocupación. “El Chino” era igual que ellos: poseía un razonamiento sencillo, hacía uso de un lenguaje raso, no se mostraba distante y estaba lejos de ser un “pituco”.

También en 1989, Fujimori fue presentado con Máximo San Román, un pujante y exitoso empresario cusqueño que fabricaba cocinas y hornos de panadería, y con amplia ascendencia entre los pequeños y medianos emprendedores del país.

Según Bowen, San Román diría tiempo después que Fujimori, García y él, integrantes de la plancha de Cambio 90, representaban la diversidad racial del Perú: “Éramos el chino, el negro y el cholo” (2000: 18). Una idea muy buena, considerando la emotividad del elector peruano. Si bien podría pensarse que la elección de San Román y de García fue producto del azar, restando mérito al raciocinio y al utilitarismo de Fujimori, algo desbarataría esa idea: ellos no querían nada con la política, y el futuro presidente les insistió en repetidas ocasiones para que aceptasen acompañarlo en la aventura electoral. En realidad, dudaban mucho de que Fujimori llegara lejos en la campaña.

Se ha comentado largamente que el secretismo y la desconfianza siempre impregnaron los actos de Fujimori, y que ese comportamiento alcanzó niveles sorprendentes en la carrera a Palacio de Gobierno, incluso en el seno familiar. A fines de 1989, el futuro presidente invitó a su casa a San Román y a otros colaboradores para celebrar con tragos y una ligera comida la inscripción de la plancha ante el Jurado Nacional de Elecciones. Bowen relata que pasadas algunas horas, Susana Higushi llegó del trabajo y se extrañó por la presencia de gente en la sala: campechano como siempre, San Román le comentó que “estaban celebrando la inscripción electoral” (2000: 19). Susana le contestó: “¿Qué inscripción?” (Bowen 2000: 19). San Román quedó pasmado: Fujimori no le había contado a su esposa de sus ambiciones políticas (Bowen 2000: 19).

Poco tiempo antes, una carta elaborada por evangélicos descontentos con la política acusó a Fujimori de ser un “inmoral” y de solicitar “favores sexuales” a estudiantes mujeres que buscaban aprobar las materias que impartía en La Agraria. El futuro presidente buscó al líder religioso puneño Mario Soto Godoy, militante de Cambio 90 y docente universitario como él, para impedir que ese documento llegase a la prensa y al público, objetivo que

finalmente logró al apelar a la buena fe de algunos jefes de ese movimiento (Daeschner 1993: 143).

Años después, un dirigente de Cambio 90 le contaría a Murakami que el 80% de las actividades de campaña fueron decididas por Fujimori, mientras que solamente el 20% tuvo origen en las asambleas de dirigentes (Murakami 2012: 222). A ello se debería que sus vicepresidentes San Román y García se mantuvieran inmóviles durante la campaña, y más cuando su líder compuso personalmente las listas al Congreso, sin aceptar sus objeciones o comentarios. Podía avizorarse el tono autoritario que se vería posteriormente en Palacio de Gobierno. Al poco tiempo y sin mostrar mayor alarma, Esteban Hnyilicza, uno de los principales asesores del plan de gobierno de Cambio 90, afirmó que Fujimori no siempre seguía las recomendaciones que le daban, porque al final “él siempre tomaba sus propias decisiones”⁶⁴. Además, calificó con jactancia al presidente electo como el “conductor supremo del equipo”⁶⁵.

La falta de comunicación y la verticalidad no constituyeron un problema para el otrora profesor de matemática. La dificultad era la falta de recursos.

De acuerdo con Daeschner, Fujimori y San Román discrepaban seriamente respecto a la estructura organizativa de Cambio 90. Fujimori prefería improvisar soluciones a medida que iban surgiendo los problemas, mientras que San Román criticaba el “tremendo desorden” del partido (Daeschner 1993: 167). Citado por Daeschner, el empresario dijo: “El que creaba el caos era Fujimori, pues no delegaba nada y tomaba sus decisiones solo” (1993: 167). Bajo ese esquema, Cambio 90 funcionaba como dos partidos diferentes. Por un lado, Fujimori y los evangélicos, y por otro, San Román y los informales (Daeschner 1993: 167-168). Era el adagio “divide y vencerás” en su mayor esplendor.

⁶⁴ Diario La República. “Fujimori ha demostrado que es el conductor supremo del equipo”. Lima, 28 de julio de 1990. Sección Política, página 8.

⁶⁵ Diario La República. “Fujimori ha demostrado que es el conductor supremo del equipo”. Lima, 28 de julio de 1990. Sección Política, página 8.

Bowen refiere que Fujimori “se despertaba a las 4 de la madrugada para hablar en una radio que llegaba a las pequeñas comunidades campesinas del interior” y que “cosía semillas en pequeñas bolsas para donarlas como árboles” (2000: 20).

Los electores latinoamericanos suelen identificarse con los candidatos que son similares a ellos, pero admiran y apoyan en las urnas a aquellos que exhiben éxito y dinero. Fujimori no podía exhibir riqueza, y por eso sacó de la manga una carta muy efectista: que su candidatura contaba con el apoyo económico del Japón, la segunda potencia mundial de la época, y que el dinero iba a llegar en abundancia y fácilmente al Perú si ganaba la presidencia. Aprovechando su ascendencia japonesa, no tuvo escrúpulos en montar una falacia que disgustó a los niseis y al mismo gobierno de Tokio⁶⁶.

Fujimori anunciaba una bonanza futura, pero el presente era demasiado precario: “Cambio 90 fijó su sede en un viejo edificio de tres pisos en la avenida Grau, una sucia y congestionada calle principal ubicada no muy lejos del antiguo taller de llantas de Naoichi Fujimori. Era de propiedad de la familia de Susana. La campaña era una operación típicamente informal: las oficinas tenían un solo teléfono y el único baño era desagradable” (Bowen 2000: 20).

Varias fueron las muestras de esa estrechez de recursos. Jóvenes colaboradores hacían pintas en paredes y plazas, sin orden ni pautas uniformes. Ellos mismos imprimían los volantes de Cambio 90 para repartirlos en las combis y en los micros que pasaban por el Centro de Lima, así como en los terminales de los buses interprovinciales. Ablandados por la pujanza de aquel frágil aparato partidario, no pocos transportistas empezaron a colocar fotos de Fujimori en sus camiones, listos para ir a los confines más remotos del país. Ellos eran el blanco preferido de Sendero Luminoso, cada vez que se realizaba un paro armado: además de perder dinero por la paralización,

⁶⁶ La idea tampoco fue del agrado de Estados Unidos. Dada la competencia global entre ambos países, analistas de Washington se preguntaron si Japón pretendía utilizar al Perú como plataforma para extender su poder político y económico en Sudamérica. No obstante, Murakami señala que Tokio nunca examinó esa posibilidad geopolítica.

quemaban sus buses y en ocasiones los asesinaban. Cambio 90 fue el único partido que ofreció protegerlos, y por eso colaboraban con devoción en la campaña. Además, sin ser un experto en estadística, el futuro presidente diseñó un sistema de encuestas que fue aplicado por decenas de universitarios en los barrios populares de la capital, y que fue significativamente acertado.

En enero de 1990, y ante la falta de dinero para anunciar en los medios de comunicación, Fujimori planificó una treta publicitaria a expensas del Fredemo. A poco tiempo de la inscripción electoral ante el JNE, Cambio 90 acusó al movimiento de Vargas Llosa de haberse apropiado de su membrete en la consigna fredemista “Vota por el gran cambio”. La palabra de la discordia era “cambio”. Ninguna autoridad tomó en serio la denuncia, si bien Fujimori logró que algunos periódicos y noticieros le dedicaran algunas líneas y minutos a su candidatura (Daeschner 1993: 170)⁶⁷.

Con los medios masivos el resultado fue discreto, aunque efectivo. Se produjo un único *spot* televisivo con imágenes de escasa calidad y en el que el audio no coincidía con el movimiento de los labios de los protagonistas, pero que igual pudo abrirse paso entre la millonaria y glamorosa propaganda del Fredemo. Las polladas bailables también serían parte del ‘recurseo’. La primera de ellas generó una significativa ganancia, y se hizo un caluroso domingo de febrero de 1990, en un terreno eriazos del barrio industrial de Campoy, en las afueras de Lima.

Tal vez esas carencias pudieron haberse resuelto con un aparato partidario que albergara gente con ganas de intercambiar ideas, brindar contactos y facilitar la logística, pero eso no le importaba a Fujimori. Él quería una maquina partidaria que le ayudara a superar el 5% en la intención de voto

⁶⁷ Según Daeschner, otra argucia de campaña fue ejecutada en el departamento de San Martín. Fujimori y San Román habían llegado a Tarapoto, seguros de que iban a ser recibidos por centenares de simpatizantes. Nadie hubo en el aeropuerto y tampoco en las calles. Frente a la desazón, el camarógrafo de Cambio 90 le pidió al corresponsal de un canal de TV de alcance nacional que filmara a Fujimori en el balcón de un hotel, ofreciendo carreteras, hospitales y ferrocarriles a un público inexistente. El representante de Cambio 90 le hablaba al viento, eufórico y con gran poder de convicción. El video se difundió en todo el país, y sin haber invertido un sol en la organización de un mitin (Daeschner 1993: 202-203).

para salir del rubro “otros” y ser tomado en cuenta por la prensa, y que finalmente lo coloque en el Senado o en la presidencia, en el mejor de los casos.

Bajo su lógica racional, su escaño en la cámara alta estaba asegurado. Sabía que siendo además candidato presidencial, la prensa iba a estar más tiempo con él, lo que le daba una mayor ventaja sobre sus competidores.

La agrupación Cambio 90 no era formal ni organizada. Hasta octubre de 1989, el propio Fujimori dudaba en conseguir las 100.000 firmas que necesitaba para que el JNE le permitiera participar en los comicios. Tal urgencia ocasionaría el primer acto corruptor de los fujimoristas hacia el Estado: el tiempo se hacía corto y dos dirigentes de Cambio 90 acudieron al JNE para pedirle a un funcionario que no fuera “riguroso” con la verificación de las rúbricas. Tras algunas negativas iniciales del burócrata, los de Cambio 90 le entregaron un paquete que contenía una moderna calculadora solar japonesa, obsequio que era todo un lujo en el país. Al final, el alivio fue supremo: milagrosamente, el JNE validó 107.000 firmas, declarando nulas una cifra similar (Murakami 2012: 203).

Así era Cambio 90: un partido adolescente al que Fujimori nunca le prestó la debida atención. No moldeó su estructura, relegó la ideología y tampoco formó dirigentes, maniobras que le valieron el resentimiento de las bases. Instalado en el poder, Fujimori no promovió a nadie de esa agrupación para cargos de gobierno, y ello fue cuestionado por la prensa. Según él, sus seguidores no eran competitivos: “Esa es una crítica que es cierta. No han participado ni participan, sobre todo en los niveles superiores, porque en el actual momento no hay personas disponibles. Bueno, existen, pero no están aptas para cargos importantes. Para ser ministro de Estado u ocupar un viceministerio, priman los méritos”⁶⁸.

⁶⁸ Diario La República. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento Domingo, página 14.

El cumplimiento de sus objetivos era lo prioritario, y su táctica siempre fue agudizar el contraste o la diferencia. Aplicaba el “nosotros” contra “ellos” cuando decía ser opuesto a los políticos tradicionales y a las instituciones estatales que habían ocasionado la crisis en el país, lanzándoles insultos y críticas feroces. Mirando el pasado, el intenso jaleo político y académico sobre la aplicación o no del *shock* (llamado formalmente “Programa de Estabilización Económica”) también le permitió a Fujimori utilizar la distinción amigo-enemigo públicamente y a su favor. Esta forma de hacer política por oposición se manifestaba en todo espacio y circunstancia.

En 1991 brindó una amplia entrevista a Marlene Macedo, periodista del diario *La República*. Dijo: “La oposición es poco seria e irresponsable. Ellos, los que tuvieron la oportunidad de corregir los problemas del país, son los que más me critican. Ellos no obtuvieron absolutamente ningún resultado, y eso los descalifica moralmente. La ciudadanía los conoce y por eso no me preocupa darles respuesta”⁶⁹. En sus declaraciones o comentarios, Fujimori siempre entonó la palabra “ellos” con particular encono y rivalidad. En su texto, Macedo resaltó que “el presidente pronuncia la palabra ‘ellos’ levantando la voz, como cuando en sus agresivos discursos acusa a alguien”⁷⁰.

En las hemerotecas se lee que desde finales de 1989 y durante el primer trimestre de 1990, los candidatos de izquierda Henry Pease y Alfonso Barrantes⁷¹ centraron sus campañas en acusar al Fredemo de querer empobrecer a la población con la aplicación del *shock*. La aparición de Fujimori en las encuestas fue consecuencia de ese contexto demagógico y manipulador, debido al hartazgo del votante hacia la política tradicional. Murakami señala:

⁶⁹ Diario La República. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 12.

⁷⁰ Diario La República. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 12.

⁷¹ Henry Pease postulaba por la Izquierda Unida, mientras que Alfonso Barrantes lo hacía por la Izquierda Socialista.

Los medios de comunicación nacionales y extranjeros empezaron a enfocar su interés en el desconocido candidato de origen japonés y en su curiosa campaña electoral. De repente, Fujimori constituyó un tema “fresco” en las noticias electorales, debido a que la lid por la presidencia había venido tomando un cariz de vilipendio en torno a la aplicabilidad o no de las “políticas de choque” en la economía, y reflejando esa situación, las notas informativas eran monótonas y anodinas. (2012: 203)

Desde una posición expectante y convertido en el principal rival de Vargas Llosa, el candidato de Cambio 90 utilizó el miedo al *shock* para plantear un “nosotros” versus “ellos” que funcionó perfectamente en un auditorio polarizado y presionado por la cercanía de los comicios⁷². El “nosotros” agrupaba a los opositores al ajuste, representados oportunamente por él, mientras que el “ellos” concentraba a los ricos e insensibles que no se solidarizaban con los pobres. Desde la primera quincena de marzo y con la ayuda del APRA⁷³, Fujimori dividió al electorado y atrajo los votos de los sectores medios y bajos que al final le dieron la victoria.

Que 12 días después de juramentar como presidente, Fujimori haya aplicado el *shock* de la manera más radical y sin un programa de apoyo social en favor de los más necesitados, constituyó uno de los engaños más grandes de la historia de la política peruana. Incluso, apenas 24 horas después de colocarse la banda presidencial, reafirmó en una rueda de prensa con medios de comunicación nacionales y extranjeros que el *shock* era inexistente e inviable. Y puso como “garante” al premier Juan Carlos Hurtado Miller, quien ciertamente no estaba entre los presentes: “Ya el primer ministro ha dicho que hay que borrar del diccionario la palabra *shock*. Pero parece que pasarán algunos años para que ello ocurra”⁷⁴.

⁷² La revista *Caretas* recién publicaría el primer informe sobre Fujimori el 19 de marzo de 1990.

⁷³ Para dañar la candidatura de Mario Vargas Llosa, el equipo de campaña del APRA, encabezado por Hugo Otero, elaboró el famoso “*Spot del shock*” que generó desconcierto y temor en la población, pues utilizaba las grotescas imágenes de un video de la banda de rock *Pink Floyd*, para anticipar una supuesta situación de caos y de hambruna en el país. Descartado Alva Castro de la contienda electoral, esa pieza televisiva tuvo la intención de favorecer a Fujimori.

⁷⁴ Diario La República. “Fujimori decreta feriado bancario hoy y mañana para aplicar medidas”. Lima, 30 de julio de 1990. Sección Política, página 3.

Lo cierto es que en las dos primeras semanas de marzo, el candidato de Cambio 90 subió del 3% al 9% en la intención de voto, igualando a Pease y colocándose muy cerca de Barrantes, el político más experimentado de los comicios. A fines de ese mes, Fujimori sobrepasó en Lima a Luis Alva Castro del APRA, quien tenía 15% y estaba tercero en el podio, como parte de un fenómeno que llegó a ser identificado por la consultora norteamericana Sawyer-Miller de Nueva York, en los sofisticados estudios que realizaba para el Fredemo. Crecía el temor de Vargas Llosa, al igual que el cinismo de Fujimori:

Los frenéticos *focus groups* del Frente Democrático (Fredemo) confirmaban el alza de “El Chino”. Vargas Llosa se lanzó a una desesperada ronda de visitas a los asentamientos humanos, pero los votos se perdían inexorablemente. Al mismo tiempo, Fujimori ganaba confianza. Llevaba a cabo manifestaciones con relativo éxito en Arequipa y Cusco, hablando con sencillez pero con calma y optimismo. Sin un programa desarrollado, utilizaba generalizaciones y evitaba referirse a compromisos políticos específicos –salvo sobre asuntos controvertidos como la erradicación de la corrupción. Pero, consistentemente, prometió no imponer ningún *shock* económico. (Bowen 2000: 23-24)

El 6 de abril, 48 horas antes de la primera vuelta, muchos periodistas extranjeros aún no conocían al postulante de Cambio 90. Apenas confirmaron su crecida, lo apodaron “terremoto” o “tsunami” Fujimori. Si bien se vivía una cierta serenidad en Lima, los aparatos partidarios de Fujimori y de Vargas Llosa afrontaban una guerra, estableciendo sus puestos de comando en hoteles del centro de la capital. El Fredemo separó varios pisos del Sheraton, mientras que Cambio 90 apenas pudo alquilar una suite y una sala de conferencias en el Crillón.

A las cuatro de la tarde del domingo 8 de abril, los resultados a boca de urna reflejaron el desastre: 32,6% para el Fredemo, y 29,1% para Cambio 90⁷⁵. En la segunda vuelta del 10 de junio, el terremoto y el tsunami llegarían juntos:

⁷⁵ Según cifras del Jurado Nacional de Elecciones (JNE).

Fujimori obtuvo el 62,4% de los votos, y el laureado escritor el 37,6% restante. Fujimori sería el nuevo presidente⁷⁶.

Ahora bien, entre la primera y la segunda vuelta se produjeron hechos que confirmarían el ánimo confrontacional de Fujimori respecto a sus rivales, aunque ahora solamente quedara uno: Mario Vargas Llosa⁷⁷. Pero los ataques no solamente venían del lado fujimorista. Sobre el candidato de Cambio 90, los fredemistas despreciaban su origen japonés, se burlaban de su forma de hablar y demonizaban su ateísmo.

Sin embargo, Vargas Llosa nunca se contagió con esa virulencia. Lanzó críticas y acusaciones, pero siempre dentro de los cánones normales de una contienda electoral en democracia. Era un “nosotros” y “ellos” que Fujimori interpretó de la peor manera. Para él, la campaña jamás dejó de ser una pugna marcada por la distinción amigo-enemigo. Aun así, los acercamientos entre ambos candidatos sugirieron que esa ‘enemistad’ podía tener treguas.

El 9 de abril, apenas 24 horas después de la primera vuelta, Vargas Llosa tuvo una reunión con Fujimori en una de las propiedades de Susana Higushi. La cita había sido solicitada con urgencia por el escritor. Después de algunas frases abochornadas por la seriedad del interlocutor, Vargas Llosa le explicó al líder de Cambio 90 que dos tercios del electorado había votado por un giro económico moderado y no radical como lo proponía el Fredemo, y que podía dejarle libre el camino a la presidencia si es que asumía su plan de gobierno. Le comentó que había preparado un discurso anunciando esa decisión a sus partidarios, y que su propuesta incluía la cesión de su equipo de

⁷⁶ Según cifras del Jurado Nacional de Elecciones (JNE).

⁷⁷ A esas alturas de la campaña, Fujimori había apartado a los evangélicos y a los pequeños y medianos empresarios de las grandes decisiones de Cambio 90. Para ambos casos, la causa fue la misma: el autoritarismo y la desconfianza. La ruptura con los evangélicos fue evidente tras la segunda vuelta, cuando Fujimori se negó a colocarlos en puestos importantes del aparato estatal, especialmente en el Ministerio de Educación. Según Murakami, la molestia hizo que los religiosos convocaran a una asamblea general para discutir la conducta del “aliado” Fujimori (2012: 233). En rechazo a la medida, el electo presidente del Perú expulsó de Cambio 90 a todos los evangélicos que lo cuestionaban y plantó como secretario general a un viejo amigo de La Agraria: el zootecnista Andrés Reggiardo (Murakami 2012: 233).

trabajo (se comentaba que el de Cambio 90 era inexperto y precario) para ayudarle a resolver cualquier aprieto técnico.

El ofrecimiento de Vargas Llosa no tuvo fondo ni sustento, pues fue rechazado por su plancha y hasta por su propio equipo de trabajo. Además, era un gesto demasiado generoso hacia un personaje formado en la desconfianza y en la reticencia, calculador y egoísta en extremo. Frente al escritor, Fujimori analizó la propuesta mentalmente, y en segundos se convenció de que aceptarla sería un grave error. Pero igual, siguiendo su lógica secretista y proclive al suspenso, le pidió un par de días para brindarle una respuesta oficial.

Transcurrido el plazo, Fujimori llegó al domicilio de Vargas Llosa en Barranco con una idea fija: por nada iba a aceptar ser presidente sin una segunda vuelta. Debía ser testarudo, pues en su cancha Vargas Llosa estaría rodeado de asesores y con seguridad lanzaría sus mejores argumentos. Fujimori habló tenso y poco, lo necesario para decir que no quería ser jefe de Estado de manera automática, y contando solamente con el apoyo del 25% de la población. Necesitaba legitimidad y una buena bancada congresal, y para eso era fundamental una segunda vuelta. Pero hubo otra razón que no dijo: temía el rechazo de los militares.

Aupado por sus simpatizantes, presionado por sus colaboradores y animado por el arzobispo de Lima, Augusto Vargas Alzamora, el líder del Fredemo se mantuvo en la contienda electoral contra Fujimori, lo que fomentó la creación de nuevos y diversos escenarios de confrontación bajo la lógica amigo-enemigo y que Fujimori supo avivar y aprovechar. A saber: los “pobres” contra los “pitucos” y los “blancos” versus los “cholos”. Los “peruanos” frente a los “japoneses” y los “católicos” versus los “evangélicos”. Y finalmente, los que tenían plan de gobierno contra aquellos improvisados que no lo habían confeccionado. Bowen lo cuenta:

Para complicar las cosas, la raza y la clase social se convirtieron de pronto en puntos importantes de la campaña. La clase alta y

media alta de Lima, los “blancos” e ilustrados, estaban irritados con la perspectiva de tener a un “chino” –un peruano de primera generación, como presidente. Docenas de peruanos prominentes, desde intelectuales hasta personajes públicos, respaldaban públicamente a Vargas Llosa y urgían a sus compatriotas a votar por él. Desesperado, el equipo de Sawyer-Miller buscaba formas de atacar a Fujimori, e inició una guerra sucia utilizando como argumento la capacidad de Fujimori para gobernar. (2000: 26)

Por esas fechas, Enrique Chirinos Soto, consejero del Fredemo, declaró a la prensa que los peruanos “no elegirían presidente a un japonés de primera generación, y cuya madre no hablaba el castellano”⁷⁸. Entretanto, el ex jefe de Estado, Fernando Belaúnde Terry, sostenía: “Fujimori no es peruano, es japonés. Su esposa, sus padres, sus hijos... Todos son japoneses”⁷⁹. El 5 de mayo, Fujimori le respondería a Chirinos Soto: “Se ha dicho que ‘El Chino’ es peruano de primera generación y que por eso no puede ser presidente. Yo le digo que peruano es el que conoce el Perú y que ha sufrido, vivido y trabajado por más de 50 años en sus tierras”⁸⁰.

Daeschner recalca que Fujimori dirigió contra Vargas Llosa un gran caudal de “resentimientos de clase y de raza” (1993: 253) y que “entre las casas de adobe y de esteras, el candidato de Cambio 90 habló desdeñosamente de los ricos residentes de Miraflores y de San Isidro” (1993: 153). En mayo de 1990, Fujimori volvería a la carga al señalar que un hipotético gobierno de Vargas Llosa estaría formado por los “blanquitos” de Lima, mientras que el de Cambio 90 tendría a un “chinito con cuatro cholitos” (Daeschner 1993: 153). Además, les pidió a los habitantes de las barriadas que voten así: “Por un presidente como tú” (Daeschner 1993: 153).

Con cinismo y oportunismo, Fujimori aparentaba querer sofocar la guerra, pero la avivaba más. Aparecían denuncias de discriminación racial contra los nikkeis en diversos colegios de Lima, y su respuesta fue beligerante:

⁷⁸ En la mayoría de diarios de Lima.

⁷⁹ En la mayoría de diarios de Lima.

⁸⁰ Diario La República. “Políticos y clases pudientes nos han dejado solamente miseria y olvido”. Lima, 6 de mayo de 1990. Sección Política, página 2.

“Es lamentable. Espero que la serenidad retorne a los jóvenes, que básicamente son de Miraflores, San Isidro y Las Casuarinas. Ellos han perdido la ocasión de gobernar. Han perdido la oportunidad de hacerse, legalmente, de grandes propiedades del Estado”⁸¹. El 6 de mayo, utilizando irresponsablemente palabras y conceptos del nazismo, aseveraría que sus seguidores eran víctimas de “una minoría que pretende tener la pureza de la raza blanca”⁸².

El Perú estaba polarizado y los altos jerarcas católicos contribuyeron a eso. Dos semanas antes de la segunda vuelta, el cardenal Vargas Alzamora, consejero del Fredemo y guía espiritual del escritor, ordenó que la imagen del Señor de Los Milagros fuera sacada en procesión, cuando históricamente ese acto de fe se realizaba en octubre y desde siglos atrás.

Esta especie de ‘guerra santa’ se convirtió “en una batalla entre los dos candidatos presidenciales para demostrar cuál era el más santo” (Daeschner 1993: 260-261). Daeschner comenta: “Ambos eran improbables defensores de la verdadera fe. Fujimori era un católico hijo de budistas apoyado por cristianos. Y por su parte, Vargas Llosa era agnóstico e hijo de católicos que recibía la bendición de Iglesia Católica” (1993: 260-261).

Por ese tiempo, Francisco Loayza, sociólogo y funcionario del SIN, llevaría a Vladimiro Montesinos ante Fujimori para que le “resuelva” en la Fiscalía y en el Poder Judicial una denuncia por la subvaluación de varias casas vendidas por su empresa constructora, y por la que podía ser encarcelado y privado de postular a Palacio de Gobierno. Aquel apretón de manos entre Montesinos y el futuro presidente sería decisivo no solamente para el triunfo electoral final, sino también para la historia reciente del país.

⁸¹ Diario La República. “Fujimori emplaza a Vargas Llosa a justificar los gastos de campaña”. Lima, 3 de mayo de 1990. Sección Política, página 3.

⁸² Diario La República. “Fujimori reafirma que su gobierno defenderá la estabilidad laboral”. Lima, 7 de mayo de 1990. Sección Política, página 5.

Algo que pone en riesgo la creencia generalizada de que Fujimori era un hombre determinado y con agallas ocurrió después de la Semana Santa de 1990, cuando incumplió su promesa de presentar en una conferencia de prensa el plan de gobierno de Cambio 90, algo urgente y necesario por la proximidad de la segunda vuelta. Ante los periodistas nacionales y extranjeros que esperaban a su esposo, Susana Higushi dijo que Alberto no asistiría por razones médicas, pues se había intoxicado por comer bacalao. Frente a las burlas y dudas sobre el temple de su marido, respondió que él no se había corrido porque “conocía a su esposo y él era un hombre valiente” (Bowen 2000: 28). El episodio del bacalao dio la vuelta al mundo en pocos minutos, y confirmó que el cinismo de Fujimori no tenía límites al momento de esquivar una responsabilidad para sacar ventaja, exponiendo incluso a miembros de su familia.

Fujimori recién mostraría su plan de gobierno faltando dos semanas para la segunda vuelta. El resumen tenía solamente cinco páginas y mostraba faltas ortográficas y serias contradicciones. Por ejemplo, resaltaba el papel del Estado en la economía, para luego volverlo invisible en beneficio del libre mercado⁸³. Si bien el jerarca de Cambio 90 dijo que el documento completo estuvo listo desde el año anterior, se excusó de brindar copias a los periodistas porque “un apagón había interrumpido la impresión de sus 45 páginas” (Daeschner 1993: 250).

Casi todos los medios de comunicación estaban con Vargas Llosa, y por eso las críticas contra Fujimori fueron brutales. Golpeado en su amor propio, el hijo de Naoichi sorprendió al cambiar de estrategia. Ahora atacaba sin

⁸³ El analista político Juan de la Puente sostiene que el electorado sospechaba de la debilidad programática y técnica de Cambio 90, y particularmente de que su equipo de trabajo no era tan profesional y preparado, pese a haber sido calificado por la prensa como los “siete samuráis”. Por lo demás, lo más grave era que posiblemente el mismo Fujimori no tuviera una clara idea de los problemas centrales del país: “Más allá de la promesa del no *shock*, todo indicaba que no dominaba los puntos de su plan de gobierno”. Agrega que la prensa denunció que la intoxicación por bacalao era una mentira: “No se tragó el cuento. Fue casi inmediato. Hubo informaciones que indicaban que él nunca se enfermó”. Diario La República. “El viernes nada ‘santo’ de Alberto Fujimori y la importancia de los planes de gobierno”. Lima, Perú. Fecha de publicación: 23 de abril del 2011. Fecha de consulta: 28 de junio del 2017. Disponible en: <http://goo.gl/4cU3hA>

miramientos al líder del Fredemo, retándolo a revelar sus gastos de campaña y acusándolo de representar al empresariado abusivo y explotador. Por esas fechas, Fujimori empezó con la rara costumbre de hablar de sí mismo y en tercera persona, para cincelarse en el imaginario popular, llamándose “El Chino” y reforzando las virtudes orientales que supuestamente estaban presentes en él: en los mítines decía que “El Chino” era trabajador y honrado, y la gente lo repetía.

Como se afirmó anteriormente, una de las distinciones más relevantes de la campaña fue la del “japonés frente al peruano”. El “japonés” era hábil y esforzado, mientras que el “peruano” era ocioso y aprovechador. Y dada la procedencia de nuestros políticos, la razón de la pobreza y del atraso era lógica.

El evento central del periodo habido entre la primera y la segunda vuelta fue el debate presidencial, calificado como decisivo porque definiría el resultado electoral. Más allá de ser un espectáculo político y televisivo, fue el momento en el que Fujimori exhibió y desarrolló su lógica amigo-enemigo. A esas alturas, Fujimori vivía en el Círculo Militar, tras ser llevado con argucias e intrigas por Montesinos, quien le dijo que había detectado serias amenazas contra su vida⁸⁴. Si es que no se quedaba a dormir, el futuro jefe de Estado llegaba al Círculo Militar a las 7 de la mañana y se retiraba a la medianoche⁸⁵. Atenazado por el sector castrense, el líder de Cambio 90 fue adoctrinado y entrenado para hacerle daño a Vargas Llosa, desinformando y manipulando a través de los medios de comunicación.

⁸⁴ A inicios de julio de 1990, semanas antes de la toma de mando, casi 50 integrantes del MRTA fugaron del penal de máxima seguridad Miguel Castro Castro, aprovechando una presunta complicidad con el gobierno aprista. Según Murakami, el suceso fue utilizado por Montesinos para atemorizar a Fujimori y convencerlo de ir a vivir al Círculo Militar (2012: 237). El electo jefe del Estado acababa de llegar de Estados Unidos y de Japón, y se encontraba vulnerable y desorientado. A partir de ese momento, Montesinos se ganaría la confianza de Fujimori y pasaría a ser el jefe fáctico del SIN, así como el enlace entre el Ejecutivo y las Fuerzas Armadas y policiales (Murakami 2012: 237).

⁸⁵ Diario La República. “Fujimori ha demostrado que es el conductor supremo del equipo”. Lima, 28 de julio de 1990. Sección Política, página 8.

Pero la rivalidad no empezó recién en las pantallas que transmitieron el debate. La negociación para escoger el lugar y la modalidad le permitió a Fujimori zarandear y arrinconar a Vargas Llosa: nunca antes la planificación de una cita como esa fue tan compleja, con trampas y emboscadas para dañar al Fredemo.

El 11 de mayo, pese a que ambos grupos venían negociando los términos de la contienda, Fujimori retó innecesariamente a Vargas Llosa a debatir el 22 de mayo en San Marcos. Además de la interrupción, hubo un arranque autoritario. Según la prensa, Fujimori “dijo que la fecha para el debate y la confrontación de los planes de gobierno estaba señalada, al haber aceptado él la invitación del rector de San Marcos”⁸⁶. La invitación sanmarquina había sido hecha días atrás, y como el escritor no confirmaba o negaba su participación, el candidato de Cambio 90 soltó frases para la plaza: “¿Qué pasa con Vargas Llosa? ¿Acaso no quiere volver a su claustro universitario?”⁸⁷.

El 22 de mayo, tras acaloradas y tensas reuniones, los representantes de Cambio 90 y del Fredemo acordaron la fecha, el lugar y la hora del encuentro: el domingo 3 de junio, en el Centro Cívico y a las siete de la noche. Iba a realizarse un único y gran debate, y eso molestó mucho a Fujimori. Dijo que de todas maneras iría a San Marcos, y que esperaría a Vargas Llosa en el auditorio. Al día siguiente, sintonizados con la bravata del hijo de Naoichi, los fujimoristas abandonaron la conferencia de prensa en el Hotel Country Club de San Isidro, acordada con el Fredemo para brindar detalles del debate.

El traspie de haber transado solamente un debate hizo que Fujimori tomara venganza contra Alfonso Klauer, su principal representante en las negociaciones con el Fredemo. El líder de Cambio 90 demostró no tener

⁸⁶ Diario La República. “Fujimori reta a Vargas Llosa a debatir en claustros de San Marcos”. Lima, 12 de mayo de 1990. Sección Política, página 2.

⁸⁷ Los medios de comunicación opositores al Fredemo informaron que Vargas Llosa no recibió al rector de San Marcos, Wilson Reátegui, quien había ido a visitarlo a su casa de Barranco para extenderle personalmente la invitación al debate. Este supuesto desplante al representante de la universidad más antigua del Perú y de América fue aprovechado por Fujimori para atacar a su rival.

contemplaciones con quienes se equivocan, pasándolos a la condición de “enemigos”. A Klauer lo castigó con la indiferencia, y de inmediato lo apartó de la campaña:

Suele ser duro con quienes lo decepcionan. Alfonso Klauer es testigo de ese rasgo del carácter de Fujimori. El asunto se remonta a las discusiones sobre el debate para la segunda vuelta, que por pedido de Fujimori debía pactarse en no menos de dos encuentros públicos con Vargas Llosa.

La idea de Fujimori era llevar la discusión a los asuntos técnicos, cosa que no podría hacer en una sola confrontación. Y cuando Klauer firmó el acuerdo para solamente un debate, Fujimori pensó que lo había traicionado⁸⁸.

En una conversación privada con Klauer, Fujimori le dijo: “Me has fallado”⁸⁹. Y no le dejó otras opciones de colaboración, por lo que se vio obligado a renunciar. Fujimori comentaría a sus allegados que Klauer, con 43 años en ese tiempo, era un muchacho bueno y responsable, pero que “no podía confiar nuevamente en él” porque había mostrado debilidad en una circunstancia decisiva⁹⁰.

Quien pronto sería jefe del Estado también era implacable con la gente que no era de su entorno, y esperaba el momento justo para cobrar venganza. Según el diario *La República*, en plena campaña para la segunda vuelta, el entonces candidato Fujimori fue a un canal de televisión para solicitar un crédito en publicidad, pero fue rechazado de plano. Apenas Fujimori fue investido con la banda presidencial, el propietario de ese medio de comunicación fue a visitarlo a Palacio de Gobierno. Pese al gesto, el mandatario le negó el ingreso⁹¹. La misma fuente dice: “Así como es de leal

⁸⁸ Diario La República. “Fujimori ha demostrado que es el conductor supremo del equipo”. Lima, 28 de julio de 1990. Sección Política, página 9.

⁸⁹ Diario La República. “Fujimori ha demostrado que es el conductor supremo del equipo”. Lima, 28 de julio de 1990. Sección Política, página 9.

⁹⁰ Diario La República. “Fujimori ha demostrado que es el conductor supremo del equipo”. Lima, 28 de julio de 1990. Sección Política, página 9.

⁹¹ Diario La República. “Las cartas vaticinaron su triunfo”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 19.

con sus amigos, es muy severo con quienes lo defraudan. Dado el caso, conocerán al implacable, al hombre que no perdona”⁹².

Pues bien, frustrado el evento en San Marcos, Fujimori atacó: “Como saben, lamentablemente el debate se frustró no por responsabilidad nuestra, sino por la posición intransigente de mi distinguido contendor”⁹³. Emplazó a Vargas Llosa para que acepte un mínimo de dos confrontaciones, porque el “clamor popular” exigía conocer los planes de gobierno. Esto ocurrió el 25 de mayo. Y lo hizo llamándolo nuevamente “Mario Vargas” ante la prensa: “Lo que le pido encarecidamente al doctor ‘Mario Vargas’ es que participe en otros debates conmigo. Con eso no estoy eliminando el debate del 3 de junio en el Centro Cívico, pero creo que todo el pueblo peruano entiende la gravísima crisis que vivimos, por lo que es imprescindible definir cuáles son las propuestas de gobierno que ambos pondríamos en práctica desde el 28 de julio”⁹⁴.

Pasaron 48 horas y el tema del debate se volvió delirante. El hombre del tractor empezó a exigirle a Vargas Llosa tres encuentros: primero en Cusco para polemizar sobre el agro y la alimentación, luego en Lima para analizar la crisis económica, y finalmente en Ayacucho para replicar sobre la pacificación.

También aparecieron invitaciones de *RPP*, del Colegio de Periodistas del Perú y hasta de la Federación de Ambulantes de Lima. Fujimori aceptaba todas las solicitudes, y de inmediato emplazaba al escritor. Según el taimado pensamiento de los asesores de Cambio 90, bastaba la aceptación del candidato nisei para oficializar cualquier propuesta o lo que fuera. El Fredemo no salía de su sorpresa, y Fujimori aprovechaba ese silencio.

⁹² Diario La República. “Las cartas vaticinaron su triunfo””. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 19.

⁹³ Diario La República. “Fujimori emplaza a Vargas Llosa que acepte un mínimo de dos debates”. Lima, 26 de mayo de 1990. Sección Política, página 4.

⁹⁴ Diario La República. “Fujimori emplaza a Vargas Llosa que acepte un mínimo de dos debates”. Lima, 26 de mayo de 1990. Sección Política, página 4.

Después de varios ataques en su contra, Vargas Llosa por fin habló. Defendió la idea de un solitario debate porque no deseaba “convertir la campaña electoral en un torneo ininterrumpido de controversias”⁹⁵. Era una posición muy lógica, pero era tarde: para la gente, el candidato con agallas y “con barrio” era Fujimori.

Daeschner dice: “Fujimori cambió repetidas veces a los integrantes de su delegación, con el objetivo de enredar las negociaciones” (1993: 256). Y añade: “Los de Cambio 90 proponían cuatro debates, previos al encuentro único que pedía el Fredemo. El planeamiento de varios debates empantanaría los preparativos logísticos, dejando muy poco tiempo entre la discusión y las elecciones. También hubiera reducido la posibilidad de Vargas Llosa de obtener una victoria decisiva en solamente un debate: una larga serie de encuentros hubiera agotado la paciencia de los electores” (1993: 256).

Hasta que llegó el debate del 3 de junio. Pocos debates habían sido tan esperados por el electorado nacional. Para enfrentar a su enemigo, Fujimori no rechazó el apoyo del SIN, enviado por el presidente García para destruir al Fredemo y a su opositor Vargas Llosa. Agentes entrenados para proteger al Estado ante amenazas internas y externas, ahora realizaban interceptaciones telefónicas, seguimientos y guerra sucia contra Vargas Llosa y sus estrategias. También sembraban rumores y buscaban información personal y pública, sin importar si era manipulada, falsa o exagerada, para destruir al escritor durante el debate. Bowen señala:

A esas alturas, Fujimori recibía ayuda y asiduo asesoramiento del SIN. El espionaje telefónico a altos dirigentes del Fredemo previno a los novatos de Cambio 90 sobre los planes de sus más preparados rivales. El SIN también rebuscó material vergonzoso que Fujimori podría utilizar durante el debate para poner en aprietos a su opositor: por ejemplo, una confesión de Vargas Llosa en la que reconocía haber experimentado con marihuana de joven, o su apoyo público en 1970 al ahora vilipendiado general Juan Velasco Alvarado. (2000: 28)

⁹⁵ En la mayoría de diarios de Lima.

Como era de esperarse, Vargas Llosa comenzó su exposición con una pulcra descripción de las ideas de su programa de gobierno. Las referencias al rival eran agudas y críticas, pero respetuosas y serenas. Según Daeschner, Fujimori fue el primero en sacar la daga al felicitar a su oponente por no haber renunciado a la competencia electoral con la finalidad de “retirarse a su soledad londinense” (1993: 263). Bajo los consejos de Alan García y del SIN, Fujimori fue incrementando su agresividad y su desprecio contra el escritor: empezó a llamarlo “señor Mario Vargas” y a confrontarlo con una experiencia de consumo de drogas ocurrida décadas atrás, colocándolo como un mal ejemplo para la juventud. Lo acusó de ser un extranjero, y que debido a su falta de contacto con la idiosincrasia nacional, buscaba convertir al Perú en una Suiza latinoamericana. Exageró y demonizó los efectos del *shock*, y sostuvo que iba a traer hambrunas y muerte. Fujimori fue con todo:

Contra lo que le decían algunos asesores, él quería ir de entrada al ataque para desinflar al escritor. Quería provocarlo y hacer que pierda los papeles. Lo había estudiado y creía que Vargas Llosa era emocionalmente débil. Hablaba siempre de las renunciaciones del escritor: una el año pasado (1989) y otra después de la primera vuelta, aunque no confirmada. En una oportunidad se le escuchó decir que “un hombre fuerte no anda renunciando a lo que hace”. Y pedía sesiones de estudio con sus economistas y con algunos periodistas que le dieron documentos sobre sucesos recientes de la política peruana⁹⁶.

Los asesores del SIN buscaron dañar a Vargas Llosa en todos los aspectos, y por eso tuvieron torcida la idea de sentar en primera fila a tres viudas de las víctimas de Uchuraccay. Todas vestían un luto estricto y portaban carteles con mensajes contra el escritor. Eso fue aprovechado por el líder de Cambio 90, quien luego de ofrecer el mayor e irrestricto respeto a los derechos humanos en la lucha contraterrorista, señaló: “Doctor Mario Vargas: no más ‘uchuraccays’ en el Perú” (Daeschner 1993: 263).

En el plano económico, Fujimori pisoteó el *shock* de Vargas Llosa y aseguró que un gobierno de Cambio 90 fomentaría un “crecimiento económico

⁹⁶ Diario La República. “Fujimori ha demostrado que es el conductor supremo del equipo”. Lima, 28 de julio de 1990. Sección Política, página 9.

con equidad” y sin despidos masivos contra los pobres del país⁹⁷. Cuesta arriba, el escritor respondió que el *shock* era lo que el gobierno del APRA estaba dejando, y que los costos de esa “estabilización” serían pagados solamente por los ricos⁹⁸. Cuando el candidato del Fredemo resaltó su carrera como catedrático en Cambridge, La Sorbona, Princeton y Columbia, para señalar que esa experiencia le permitió identificar la grave crisis de las universidades en el Perú, Fujimori agriamente lo dejó sin piso: “El doctor Mario Vargas ha enseñado en varios claustros de fama mundial, pero nunca en uno del país. Se precia de haber trabajado en Yale, en Estados Unidos, pero le falta la experiencia de conocer de cerca la realidad de nuestros centros de estudio” (Daeschner 1993: 265).

Los ataques continuaron hasta el final. Mientras Vargas Llosa planteaba propuestas muy razonables para modernizar la economía, Fujimori volvía a las enfermizas y constantes referencias al temido ajuste económico: “El Fredemo es el *shock*, y Cambio 90 es el no *shock*. Cambio 90 es la estabilización económica con creación de empleos. Doctor Vargas, en caso de que el pueblo elija a Cambio 90, espero tenerlo aquí en el Perú y no en Londres” (Daeschner 1993: 265). De pronto y sin tregua, Fujimori hizo una dramática denuncia: mostró una portada del diario *Ojo* –muy cercano al Fredemo– con el siguiente titular: “Mario presidente noqueó a Fujimori en el primer round”⁹⁹. El ingeniero de la UNA sostuvo que era una falta de respeto al público que un medio de comunicación tenga de antemano una conclusión sobre el debate, dado que la transmisión televisiva aún no había terminado.

Un estudio de Apoyo arrojó que el 48% de los encuestados consideró ganador a Vargas Llosa, mientras que el 37% apoyó al ingeniero agrícola. Pero eso valía poco en el país del efectismo y de la superficialidad. Los desplantes de Fujimori calaron en los votantes, quienes vieron en su agresividad una virtud necesaria para traer orden y seguridad al país.

⁹⁷ En la mayoría de diarios de Lima.

⁹⁸ En la mayoría de diarios de Lima.

⁹⁹ En la mayoría de diarios de Lima.

Casi una semana después, y sabiendo que la ley prohibía hacer campaña en las 48 horas previas a la votación, Fujimori tomó una decisión audaz que colisionaba con la norma: por varias horas se llevó a la prensa a pescar con su familia, para alejarla del Fredemo y lograr que sea su imagen y no la de Vargas Llosa lo último que los electores vieran antes de ir a las urnas.

El 10 de junio de 1990, casi ocho millones de peruanos fueron a votar. Lima parecía una ciudad en guerra: desde temprano, la prensa captó largas colas de gente buscando comprar o fiar alimentos, horas después de que un apagón cubriera toda la noche y parte de la madrugada. Sendero Luminoso había derribado con dinamita varias torres de alta tensión, y el Estado parecía derrotado¹⁰⁰. Una huelga de trabajadores de limpieza hizo que toneladas de basura se juntaran en las calles de Lima, mientras que un paro armado obstaculizaba el transporte urbano e interprovincial, y configuraba uno de los peores marcos para una jornada electoral¹⁰¹.

Era la segunda vuelta más polarizada y tormentosa de las últimas décadas. Como se dijo anteriormente, Fujimori alcanzaría el 62% y Vargas Llosa el 37,6% del total¹⁰².

Confirmada su victoria, Fujimori salió a un balcón del hotel Crillón para saludar a los centenares de personas que llegaron de los barrios marginales de Lima, con el objetivo de celebrar el tsunami sufrido por el Fredemo. Había vendedores ambulantes, obreros y humildes comerciantes. Megáfono en mano y con ánimo refundacional, el electo presidente dijo que se estaba iniciando “una nueva era en la política del país”¹⁰³. Luego hizo una pausa y salió en defensa del pueblo, algo usual en los caudillos mesiánicos latinoamericanos: “Habrá menos palabrería y nada de politiquería. La defensa de los intereses del pueblo será el nuevo camino”¹⁰⁴.

¹⁰⁰ En la mayoría de diarios de Lima.

¹⁰¹ En la mayoría de diarios de Lima.

¹⁰² Según cifras del Jurado Nacional de Elecciones (JNE).

¹⁰³ En la mayoría de diarios de Lima.

¹⁰⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

Como candidato de Cambio 90, instalado después en la presidencia y encabezando al poco tiempo el autogolpe de 1992, Fujimori tuvo al “pueblo” como eje de su discurso, buscando la formación de conceptos en la ciudadanía. Creía saber lo que el “pueblo” pensaba y necesitaba, y no dudaba en defenderlo y en justificarlo. Empoderó un liderazgo que fortaleció sus ataques contra la oposición¹⁰⁵.

Pero su relación con el pueblo venía de atrás. Acabada la primera vuelta, y luego de las reuniones solicitadas por Vargas Llosa para evaluar la cancelación del repechaje, Fujimori sostuvo que esa discusión no debía depender de solamente dos personas, porque “el pueblo tenía la suprema decisión”¹⁰⁶. Posteriormente, para escapar de las críticas por la demora en la entrega de su plan de gobierno, Fujimori corporizó al pueblo y le confirió un pensamiento propio que solamente él era capaz de descifrar: “El pueblo intuye que esa estrategia (no presentar el documento a la opinión pública) es necesaria para seguir avanzando en el triunfo inobjetable de Cambio 90. Somos un movimiento al que el pueblo ha transformado en una auténtica revolución de las ánforas”¹⁰⁷. Y finalmente, en respuesta a los contrincantes que lo forzaron a difundirlo, afirmó: “El pueblo no me ha exigido que entregue el plan de gobierno, pero me he apiadado un poco de los políticos”¹⁰⁸.

Las alusiones al pueblo se originaban en cualquier lugar y circunstancia. Durante un mitin en Huaycán, espontáneamente sus seguidores empezaron a gritar: “Espacio, espacio, Fujimori va a Palacio”. Al vuelo, Fujimori contestó que “no tan espacio, porque la fuerza del pueblo lo llevaba a toda

¹⁰⁵ Daeschner cita una frase de Fujimori que resume poderosamente su vínculo con el pueblo, añadiendo marcados matices mesiánicos. Si bien Daeschner indica que fue emitida en la víspera de la segunda vuelta, lamentablemente no queda clara su procedencia. Fujimori dice: “Me han oprimido y me han golpeado. Y con eso lo único que han hecho es empujarme al lado del pueblo, porque el pueblo, también oprimido y golpeado, se ha identificado conmigo” (Daeschner 1993: 273).

¹⁰⁶ Diario La República. “Fujimori se propone derrotar la inflación sin afectar a los pobres”. Lima, 2 de mayo de 1990. Sección Política, página 3.

¹⁰⁷ CASTILLO, Humberto. “Fujimori emplaza a Vargas Llosa a justificar los gastos de campaña”. Diario La República. Lima, 3 de mayo de 1990. Sección Política, página 3.

¹⁰⁸ VARGAS ROMERO, Óscar. “Yo no le temo a los debates, donde sean”. Diario La República. Lima, 20 de mayo de 1990. Sección Política, página 15.

velocidad”¹⁰⁹. Horas después, en Canto Grande, el hijo de Naoichi preguntó a la multitud: “¿Les han pagado para que vengan aquí?”. Apenas la gente lo negó, señaló: “¡Claro que no! ¡El pueblo se reúne en forma espontánea porque quiere el verdadero cambio para el Perú!”¹¹⁰.

En su primera rueda de prensa como jefe del Estado, Fujimori brindó una controvertida explicación sobre las causas de la subversión en el país, mostrando una postura muy comprensiva en favor de los levantados en armas, y que fue ignorada por la efervescencia del momento. Manifestó que “con extrema pobreza, injusticia y marginación, no era inexplicable que haya terrorismo”¹¹¹. Añadió que el pueblo tenía todo el derecho de rebelarse contra el sistema, para “combatir la prepotencia y el abuso”¹¹². Acto seguido, expuso que las medidas de su gobierno en el corto y en el mediano plazo iban a ser tomadas en “función del pueblo” y “orientadas a su beneficio”¹¹³.

Ahora bien, mientras se robustecía la ligazón gobernante-pueblo, el comportamiento mesiánico de Fujimori se hacía frecuente en Palacio de Gobierno. A seis meses de haber juramentado, comentó: “Me siento un hombre del pueblo. Soy una persona que ha recibido el cargo del mismo pueblo para corregir la difícil situación que padece el Perú. Estoy trabajando sin descanso para superar esa circunstancia”¹¹⁴. Ese mesianismo volvió a Fujimori más agresivo con sus enemigos, y cuando la prensa le preguntó si consideraba aplicar una tregua con ellos, respondió con encono: “No voy a detenerme, porque no tengo ninguna restricción constitucional, legal ni ética. A mí me ha elegido el pueblo y me ha dado ese mandato. Si uso el poder es para eso: para

¹⁰⁹ Diario La República. “Políticos y clases pudientes nos han dejado solamente miseria y olvido”. Lima, 6 de mayo de 1990. Sección Política, página 3.

¹¹⁰ Diario La República. “Fujimori reafirma que su gobierno defenderá la estabilidad laboral”. Lima, 7 de mayo de 1990. Sección Política, página 5.

¹¹¹ Diario La República. “Fujimori decreta feriado bancario hoy y mañana para aplicar medidas”. Lima, 30 de julio de 1990. Sección Política, página 3.

¹¹² Diario La República. “Fujimori decreta feriado bancario hoy y mañana para aplicar medidas”. Lima, 30 de julio de 1990. Sección Política, página 3.

¹¹³ Diario La República. “Fujimori decreta feriado bancario hoy y mañana para aplicar medidas”. Lima, 30 de julio de 1990. Sección Política, página 4.

¹¹⁴ Diario La República. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 12.

criticar y jamás voy a callarme”¹¹⁵. Era común que Fujimori dijera que se sentía protegido por el pueblo, y resaltaba que esa confianza era sólida, innegociable y recíproca. En 1991, pese al duro ajuste económico aplicado por su gobierno, el diario *La República* dio a conocer que “la relación líder-pueblo aún subsistía en el país”¹¹⁶.

Después del autogolpe de 1992 y cerrado el Parlamento, la presión nacional e internacional para la instalación de una Asamblea Constituyente era constante y notoria. Saturado de poder, Fujimori no daba su brazo a torcer y colocaba al pueblo como escudo ante sus críticos: “Si el pueblo aprueba la Constituyente, quiere decir que eso es democracia. Si la rechaza, tendremos que buscar un segundo paso”¹¹⁷. Luego dijo: “Lo que buscamos es la estabilidad democrática. Desde ahora nada se puede hacer sin el apoyo del pueblo”¹¹⁸.

La relación entre Fujimori y el pueblo ha sido identificada y estudiada en todos los niveles, como parte de la historia contemporánea nacional. La explicación de Daeschner sobre ese fenómeno es relevante porque desmitifica algunas creencias. Según su opinión, todo fue populismo:

En lugar de un vuelco hacia la democracia, la victoria de Fujimori constituyó el retorno a un populismo que prometió resultados inmediatos para las necesidades populares. En lugar de desarrollar un plan de gobierno sistemático, Fujimori improvisó propuestas basadas en la opinión pública: cuando la gente decía sí, él decía sí. Este descarado populismo variaba con el mudable temperamento de la gente, capaz de expresar a la vez su aprobación a las reformas democráticas y al cierre del Parlamento. (1993: 286)

¹¹⁵ Diario *La República*. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 13.

¹¹⁶ Diario *La República*. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 15.

¹¹⁷ BALBI, Mariella y SAKUDA, Alejandro. “Constituyente es una posibilidad para Fujimori”. Diario *La República*. Lima, 2 de mayo de 1992. Sección Entrevista, página 11.

¹¹⁸ BALBI, Mariella y SAKUDA, Alejandro. “Constituyente es una posibilidad para Fujimori”. Diario *La República*. Lima, 2 de mayo de 1992. Sección Entrevista, página 16.

Lo que vino después fue lo que todos conocemos: para consolidar su poder total, Fujimori continuó demoliendo a personas e instituciones, corrompiendo el aparato estatal y a los medios de comunicación, vulnerando la democracia y encabezando un gobierno cívico-militar (y empresarial) que persiguió a sus opositores. A su modo, aplicó la distinción amigo-enemigo de Schmitt para satisfacer sus intereses políticos y de gobierno. Uno de los momentos más complejos y rotundos fue la toma de la residencia diplomática japonesa, por parte de un comando suicida del MRTA, el 17 de diciembre de 1996.



CAPÍTULO 4

LA CRISIS DE LOS REHENES DEL MRTA Y LA
CONDUCTA SCHMITTIANA DE FUJIMORI



4.1. INTRODUCCIÓN

Este capítulo presentará algunos episodios de la conducta del presidente Alberto Fujimori que podrían asociarse con la distinción amigo-enemigo de Schmitt. El secuestro del MRTA duró más de cuatro meses, y en ese tráfago, Fujimori ejecutó acciones sumamente audaces y peligrosas que pusieron en riesgo la integridad de los cautivos: entorpeció las gestiones del monseñor Juan Luis Cipriani y de los garantes nombrados por él, maltrató a los diplomáticos liberados y enviados por el MRTA para dialogar, cuestionó al líder emerretista Néstor Cerpa Cartolini y a sus hombres a través de los medios de comunicación, y aprobó sistemáticas hostilidades en el frontis de la residencia, con marchas y desplazamientos de policías y militares que exhibían provocadoramente sus armas, mientras insultaban a gritos a los terroristas.

El 27 de enero de 1997, un emerretista casi mata con disparos de fusil a un policía que participaba en esas incitaciones. De haber ocurrido una tragedia, el ingreso violento de las fuerzas de seguridad hubiera sido inevitable e inmediato, lo que probablemente hubiera ocasionado la muerte de un gran número de rehenes. Hasta ahora no ha quedado claro el propósito de esas acciones, aprobadas desde Palacio de Gobierno: ¿Presionar e intimidar a los subversivos? ¿Motivar un operativo militar? ¿O ganar tiempo para planificar un ingreso armado?. Esta tesis propone como respuesta las dos últimas opciones, de acuerdo con la evidencia encontrada.

El 6 de marzo de ese año, Cerpa denunció a la prensa nacional e internacional que Fujimori estaba construyendo un túnel, cuando al mismo tiempo, Cipriani y los garantes le aseguraban al MRTA que el gobierno apostaba por el diálogo. Según el periodista David Hidalgo y el politólogo Yusuke Murakami, los conductos subterráneos empezaron a cavarse a inicios de enero, en un contexto igualmente particular: el país aún celebraba la primera reunión entre Cerpa y Domingo Palermo, interlocutor del régimen, realizada el 28 de diciembre. Confirmando lo anterior, el escritor Umberto Jara sostiene que para esa fecha, Fujimori “había dispuesto en secreto la preparación de un operativo militar” (2007: 76). Entonces, si bien Fujimori

resaltó la cita entre ambas partes, bien podría afirmarse que todo fue una maniobra distractiva en favor de una solución violenta.

Como se verá más adelante, tal sospecha es confirmada por dos miembros del famoso triunvirato de poder que encabezaba Fujimori: el asesor presidencial y virtual jefe del SIN, Vladimiro Montesinos, y el inamovible jefe del Ejército y presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, general EP Nicolás Hermoza Ríos, quien reveló que el planeamiento y la preparación de la operación militar Chavín de Huántar se inició a partir del 18 de diciembre de 1996 (Hermoza Ríos 1997: 124). Es decir, al día siguiente del ataque emerretista.

Dado que los indicios a favor de una solución violenta eran mayores que los vinculados a un arreglo pacífico, se fortalece la tesis de que Fujimori siempre consideró al MRTA como el enemigo al que había que derrotar, y no como un equivalente con el que se debía transar. Además, la enemistad entre el Estado y los emerretistas se había construido en el tiempo, variable siempre referida por Schmitt. Montero lo confirma:

Para Fujimori, la acción del MRTA era la peor de todas sus pesadillas. No solamente porque en el interior de la residencia se encontraba su hermano Santiago, sino principalmente porque la decisión de los terroristas había dejado en ridículo a sus fuerzas de seguridad y a sus hombres de Inteligencia. Los cazadores habían caído en la trampa de su presa. Aquellos que se jactaban de haber liquidado para siempre al terrorismo y la lucha armada en el Perú, y muchos de los que habían anunciado por todos los medios la aniquilación de la izquierda, ahora se veían prisioneros de aquellos que habían creído exterminados años atrás. (2013: 72-73)

Algo relevante es la forma cómo Fujimori desarrolló su enemistad contra el MRTA, proceder que tuvo como vehículos el manejo del tiempo, el usufructo del secreto y el castigo del silencio en los más de cuatro meses que duró el secuestro, y que sirvieron para causar grave daño a Cerpa y a sus secuaces. Este capítulo se centra en la conducta política que el otrora jefe de Estado desarrolló durante las negociaciones con el MRTA, e identifica esas variables

–el tiempo, el secreto y el silencio– en lo informado por la prensa de la época y en la amplia bibliografía referente a la toma emerretista, a las conversaciones en búsqueda de una solución pacífica y a la operación militar Chavín de Huántar.

Lo cierto es que el atentado del MRTA colisionó con los esfuerzos estatales para la pacificación del país, y precisamente Schmitt afirma que el peligro sobre la identidad y el rechazo a un proyecto político constituye el inicio, la permanencia y el agravamiento de la enemistad, algo que efectivamente ocurrió entre el gobierno y los emerretistas. En ese sentido, en el capítulo 1 se consignan las reflexiones de Duque, quien asevera que el enemigo es aquel que no se suma a la “voluntad expresada en el proyecto político”. Sin dudas, el proyecto político más relevante del gobierno y del fujimorismo era la pacificación. Junto a lo anterior, el grupo terrorista había vulnerado la soberanía estatal y el orden público.

Para Hermoza Ríos, el gobierno y las Fuerzas Armadas y policiales “se encontraron frente a una situación límite” porque el MRTA “había puesto en jaque al Estado con la toma de la embajada de Japón” (1997: 93). En esa lógica, añade que el principio de autoridad estatal se encontraba en riesgo ante la población, y que de no resolverse rápidamente la crisis, la institución presidencial “hubiera sido blanco fácil de cuestionamientos con la consiguiente crisis del Sistema de Defensa Nacional” (1997: 148). Entonces, debido a que esa “situación límite” referida por Hermoza Ríos era comparable con el “caso excepcional” de Schmitt, es que el Estado debía defenderse y eliminar al enemigo, según el gobierno y los militares.

Cabe señalar que algunos pasajes de este capítulo tuvieron como hilo conductor el libro *Doy fe: Testimonio sobre la crisis de los rehenes en la residencia del embajador de Japón*, escrito por el monseñor Juan Luis Cipriani, quien por su cercanía al régimen fue testigo y receptor del complejo comportamiento del presidente Fujimori a lo largo del secuestro masivo del MRTA.

4.2. EL SECUESTRO EN LA RESIDENCIA DEL EMBAJADOR DE JAPÓN

En diciembre de 1996, el Perú era un país pacificado y exitoso. La fama de hombre decidido y calculador de Fujimori había trascendido las fronteras, y era visto como un ejemplo de cómo había que enfrentarse al terrorismo. Sus antiguos colaboradores recuerdan que en las citas de la OEA solía hacer recomendaciones a los jefes de Estado que se encontraban agobiados por el accionar terrorista, resaltando el “modelo peruano” que había sido capaz de vencer simultáneamente a Sendero Luminoso y al MRTA, grupos con ideologías, metodologías y parafernalias contrapuestas. Las huestes de Abimael Guzmán eran mesiánicas y maoístas, mientras que el MRTA se nutría del meollo guevarista¹¹⁹.

El 17 de ese mes, un comando del MRTA compuesto por 14 terroristas quebró el mito de la invencibilidad de Fujimori, y tomó como rehenes a más de 600 personas que asistían a la tradicional celebración por el nacimiento del emperador Akihito, ofrecida anualmente por Japón en la residencia del embajador Morihisa Aoki, ubicada en San Isidro. Había gente de varias nacionalidades, entre políticos, embajadores, ministros de Estado, funcionarios públicos, empresarios, jueces, académicos, policías y militares¹²⁰. El reloj marcaba las 8:20 de la noche.

¹¹⁹ El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) nació en el Perú en 1984, cuando la izquierda local se planteaba la disyuntiva de utilizar la democracia o la violencia para ejecutar cambios profundos en el sistema político y social del país, buscando además un camino alternativo al sanguinario modelo senderista. Si bien albergó raíces guevaristas y cubanas, el MRTA tuvo como principal inspirador a Luis de la Puente Uceda, líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que fue perseguido y arrasado por el Ejército en 1965. Es importante señalar que el MIR nace del desprendimiento en 1959 de un sector radical del Partido Aprista Peruano llamado “APRA Rebelde”.

¹²⁰ Según la CVR y la Dincote, los primeros secuestros del MRTA ocurrieron en 1984. Ese año hubo dos víctimas y diez en 1992: casi siempre empresarios vinculados al fujimorismo. Labores policiales bajaron la cifra a cero en 1994, hasta que en 1996 los emerretistas tomaron la residencia del embajador japonés. La prensa ha recogido versiones de que el MRTA cobraba rescates entre los US\$2 millones y los US\$60.000. En esa lógica, la CVR y la Dincote resaltan que el 66% de los secuestros tuvo motivaciones económicas y no políticas, con el objetivo de financiar sus actividades criminales. Finalmente, las fuentes señalan que el 65% de los raptos ocurrieron en Lima, y que el resto se ejecutó en San Martín, Junín, Loreto, Arequipa y Amazonas, así como en Bolivia.

Todo empezó con una explosión proveniente de la parte posterior. Tras reducir a su solitario vigilante, los emerretistas tomaron el local del Servicio de Cooperación Social y Técnica de Alemania, colindante con el recinto diplomático, y colocada la dinamita necesaria para hacer un enorme boquete¹²¹.

Los terroristas ingresaron al jardín en el que se ofrecía el banquete, y se hicieron notar con disparos de fusil y gritando elaboradas consignas políticas que resultaron inentendibles por la perturbación del momento. Se escucharon llantos, lamentos y copas cayendo al piso. Los invasores llevaban ropa oscura, pañoletas que apenas dejaban ver sus rostros, armas de guerra, cuchillos, artefactos explosivos y granadas pegadas a sus cuerpos. Parecían ser cientos debido a que surgían de todos los rincones, y porque los policías y los guardaespaldas de los ministros de Estado iniciaron un desordenado tiroteo que por suerte no produjo víctimas. Los emerretistas que ejecutaron el asalto fueron identificados así:

- Néstor Fortunato Cerpa Cartolini (a) *Evaristo*
- Rolly Rojas Fernández (a) *El Árabe*
- Eduardo Nicolás Cruz Sánchez (a) *Tito*
- Iván Meza Espíritu (a) *Pitín o Bebé*
- Artemio Shingari Rosque (a) *Alex o Coné*
- Luz Dina Villoslada Rodríguez (a) *Gringa*
- Herma Luz Meléndez Cueva (a) *Cynthia o Melissa*
- Alejandro Huamaní Contreras
- Adolfo Trigoso Torres
- Víctor Luber Luis Cáceres Taboada
- Basco Honorato Salas Segovia
- Salomón Víctor Peceros Pedraza
- Heber Borda Huertado
- Y un terrorista sin identificar.

¹²¹ El Servicio de Cooperación Social y Técnica de Alemania (DED en su traducción al alemán) despachaba en la calle Marconi 225, en San Isidro.

Que los captores hayan atravesado con tanta facilidad una zona restringida implicó un evidente relajamiento en las medidas de seguridad policial, pero también el uso de una elevada astucia por parte de los emerretistas. Se escondieron en una falsa ambulancia con el membrete de la empresa Clave Médica y se vistieron como enfermeros. Tocaron el timbre del organismo alemán y le dijeron al conserje que habían recibido una llamada para atender a un paciente que vivía en ese predio. Sacaron las armas y lo redujeron.

Muchas cosas ocurrieron en ese tiempo. Por ejemplo, los US\$2 millones pagados por el empresario boliviano Samuel Doria, secuestrado por el MRTA en 1995, habían ingresado al Perú en maletines y en vehículos, y un arsenal de fusiles, granadas y lanza cohetes fue detectado en la selva central rumbo a la capital. Nada de eso despertó el celo de la policía. Prieto añade al peligroso cóctel el ingrediente de la negligencia:

Unas semanas antes, el SIN había detectado movimientos de emerretistas desde San Martín hacia Lima, informando de ello a las altas esferas políticas vinculadas con la seguridad nacional y a los ministerios de Defensa y del Interior. Varias dependencias policiales recibieron el reporte. El memorándum llegó a circular después en algunos medios periodísticos y fueron dados a conocer al público. Confiada por la tranquilidad reinante en Lima, la policía no había tomado especiales medidas de alerta. La seguridad privada contratada por la delegación nipona vigilaba la puerta de ingreso, y tenía vigías en los torreones construidos en las esquinas laterales. Pero ni la policía ni la seguridad privada se preocuparon de la casa colindante con la residencia por la parte trasera. (1997: 14)

Los balazos del interior al exterior y viceversa continuaron por varios minutos, lo que obligó a los rehenes a tirarse al piso y a enterrar la cabeza en el pasto. El único que permaneció de pie fue Aoki, pidiendo calma y respeto para sus huéspedes, pues algunos eran empujados y amenazados. El líder del operativo era un hombre bajo, áspero y regordete, quien con lisuras ordenaba a los rehenes entrar rápidamente a la residencia, separando a los hombres de las mujeres. Pese a la tensión del momento, algunos cautivos creyeron reconocer

a Néstor Cerpa Cartolini, viejo líder del MRTA y uno de los pocos en libertad. Tenía la cara tapada, pero sabían que era él.

Para calmar a la gente, los agresores insistían en aclarar que no eran senderistas. El mensaje era inservible, pues lo gritaban con fusiles en las manos: “Colaboren y no vamos a lastimar a nadie. No somos de Sendero Luminoso, tranquilos” (Hidalgo 2007: 29).

De pronto, una voz se alzó entre todas. Era la de un rehén, pero no era peruano. Se trataba de Michael Minnig, representante de la Cruz Roja, ofreciéndose como intermediario entre los secuestradores y los sometidos. Intrigado por su arrojo, Cerpa lo llamó y lo ubicó al lado de un emerretista.

La prensa se concentraba en las afueras, y los refuerzos policiales empezaban a llegar. No obstante, el incremento de uniformados no trajo orden ni método. Sin saber a qué se enfrentaban, más de 300 efectivos solamente maldecían, corrían sin control y descargaban cacerinas a la nada. Según *La República*, pudo haber ocurrido una tragedia:

La osada actitud de los policías fue correspondida desde el interior con incesantes disparos de fusilería y de cohetes instalada. El fuego abierto puso en grave riesgo a los rehenes y a los vecinos de la zona, quienes de pronto se encontraron en medio de una infernal balacera.

Los propietarios de las viviendas cercanas fueron obligados a permanecer en sus predios y a apagar las luces.

La balacera se prolongó por espacio de una hora con 15 minutos. En ese lapso, el comando emerretista impidió el desplazamiento de las fuerzas del orden hasta el inmueble, efectuando disparos efectuados a diestra y siniestra¹²².

Apenas cesaron las ráfagas, Cerpa realizó su primer gesto de negociación al reunirse con Minnig en un espacio contiguo, y teniendo como fedatarias a dos periodistas extranjeras que asistieron a la gala. Ceremonioso y

¹²² Diario La República. “No hubo ninguna resistencia en el asalto a la embajada”. Especial “El asalto del siglo”. Lima, 18 de diciembre de 1996. Sección Política, páginas 4 y 5.

modulando la voz, Cerpa se presentó como el “Comandante Hemigidio Huerta” del MRTA, y rápidamente les explicó que su principal demanda era la excarcelación de los máximos dirigentes del grupo subversivo y de otros 450 emerretistas. Además, se tomó el tiempo para contarles que Hemigidio Huerta había sido un dirigente sindical fallecido en 1979, durante el brutal develamiento policial de una huelga textil en Lima, específicamente en la fábrica Cromotex. Su apelativo era un homenaje al caído.

Acabado el monólogo, Cerpa le propuso un trato a Minnig y a las corresponsales: liberarlos de inmediato, si se comprometían a buscar a Fujimori para exigirle la liberación de Víctor Polay Campos, líder y fundador histórico del MRTA, y de todos sus camaradas presos en los diferentes penales del país. Cerpa estaba confiado.

A las 9 de la noche volvieron los disparos de la PNP. También empezaron a caer bombas lacrimógenas en el jardín y en los salones de la residencia, lo que generó mayor miedo y sufrimiento a los cautivos. Colocándose las máscaras antigás que llevaban en la cintura, los emerretistas permanecieron impasibles.

Uno de los cautivos era el vicealmirante AP (r) Luis Giampietri Rojas, quien posteriormente asumiría un rol fundamental en la planificación y en el éxito de la operación militar Chavín de Huántar. Sus recuerdos son vívidos:

La sensación de angustia y de ahogo incrementada por los gases se volvió insoportable. Cerpa le ordenó al embajador Aoki que hablara con la policía a través de un megáfono, para que dejara de hostigarnos con bombas y disparos. Aoki inmediatamente agarró el megáfono y pidió que cesara el fuego, pero debido a su nerviosismo y a su poco conocimiento del castellano, dio la indicación en francés: “*Alte* el fuego”. Al parecer no lo entendieron, porque la policía arreció su ataque con una lluvia de bombas lacrimógenas. El horror y la desesperación hicieron del ambiente su dominio. (2011: 29)

Media hora después, el silencio era total. El ministro del Interior, general EP Juan Briones Dávila, se encontraba cerca del lugar del atentado, al igual que el jefe de la PNP, Ketín Vidal. La información que tenían era nula.

De Fujimori todos hablaban. Se decía que su auto blindado estuvo a un minuto y medio de ingresar a la residencia de Thomas Alva Edison, pero eso nunca pudo confirmarse. La versión más realista y que apareció en algunos medios de comunicación fue que la irrupción del MRTA lo cogió en Palacio de Gobierno, ajetreado y cansado por un extenuante viaje a Ayacucho. Se le había hecho tarde, y por eso prefirió mandar a su edecán, el comandante AP Rodolfo Reátegui.

Con Fujimori de rehén, la catástrofe hubiera sido enorme. No solamente por dejar sin liderazgo al país, sino porque su equipo de seguridad (visible y encubierto) se hubiera enfrentado sin reservas al enemigo. El MRTA también lamentó no haber capturado a los embajadores de Estados Unidos y de Israel, Dennis Jett y Joel Salpak, respectivamente. Tras el saludo protocolar a las autoridades japonesas, ellos se retiraron temprano de la celebración.

Lo cierto es que la confusión era enorme: supuestos secuestradores y rehenes brindaban “entrevistas” a los noticieros de televisión, y pronto surgió un océano de rumores sobre fusilamientos y pagos de rescate. Pero uno fue hilarante: que el presidente Fujimori pronto iba a canjearse por los rehenes, dejando al país sin mando ni comando.

Además, Cerpa permitió a los dominados hacer llamadas por celular a sus familiares e incluso a la prensa, algo que nunca antes se había visto en otras tomas de rehenes en el mundo. Al principio hablaban a escondidas, pero al notar la permisividad de los terroristas, no dudaron en pasearse por los salones buscando una mejor señal. Eso hicieron también algunos asesores de las embajadas de Estados Unidos, Israel, Canadá y Egipto. Según Hidalgo, ello respondía a razones políticas y no humanitarias: los contactos telefónicos crearían preocupación y conmoción en la ciudadanía, y las familias “estarían dispuestas a presionar públicamente al gobierno para la liberación de los

cautivos, y el cumplimiento de las demandas de los terroristas” (2007: 38). Y los países afectados harían lo propio, comunicándose directamente con Fujimori.

En medio del desorden, Cerpa logró comunicarse con América Televisión, y en vivo reiteró que el gobierno debía poner en libertad a sus jefes y camaradas terroristas. Casi al momento, el coronel PNP Juan Carlos Mejía, jefe de acciones tácticas de la policía, lanzaba un ultimátum al MRTA por medio de un megáfono: o salían por las buenas, o se usaría la fuerza contra ellos.

A las 9:45 de la noche, la prensa captó movimientos extraños en la residencia. Tras despachar a los mozos y al personal de servicio, decenas de mujeres fueron liberadas en dos grupos, junto a un hombre en silla de ruedas. En esta circunstancia se produce la salida de Matsue, la madre de Fujimori. Y también la de Juana, su hermana mayor. Tiempo después, Cerpa reconocería que no identificarlas fue un grave error¹²³. Se quedaría Pedro, uno de los hermanos menores del clan. Al rato fue evacuado un tercer contingente de damas. Todo el ajetreo acabó a la medianoche.

Entretanto, Fujimori afrontaba una tensa reunión de emergencia con el Consejo de Ministros, presidido por Alberto Pandolfi, en la que analizaba la pertinencia de un ingreso violento en la madrugada. Ahí habría recibido una llamada de Francisco Tudela, ministro de Relaciones Exteriores, quien deseaba brindarle información sobre los atacantes y su capacidad de fuego. El diplomático arriesgó su integridad, pero a Fujimori no le importó: le agradeció

¹²³ Sobre la salida de Matsue y de Juana se han tejido muchas versiones. Según Prieto, ellas estaban en la cola caminando hacia la salida, cuando un emerretista les preguntó sus nombres. En pleno desconcierto, una persona se adelanta y le dice al terrorista que ellas solamente hablaban japonés. El terrorista hizo un gesto y las dejó seguir (1997: 18). Un dato adicional: Hidalgo señala que Cerpa había preguntado en numerosas oportunidades si entre los presentes se encontraba algún familiar de Fujimori, y que el propio Aoki le dijo que no. Cuando los emerretistas vieron que los noticieros de televisión resaltaban la liberación de la madre y de la hermana del presidente, Cerpa recriminó con dureza al embajador japonés, llamándolo “mentiroso”. En venganza, Cerpa canceló la salida de las mujeres, pero pronto Minnig le hizo cambiar de opinión (2007: 35-36).

con gélida cortesía y no adelantó opinión. El sentimiento de abandono de Tudela, un hombre curtido en la política y en la vida académica, fue comentado por algunos prisioneros. Montesinos relata:

Fujimori tomó la decisión de no contestar ninguna llamada y dispuso que el SIN adoptara las medidas necesarias para cortar las líneas telefónicas de la residencia, pues era prudente evitar cualquier contacto con los rehenes. ¿Cuál era la razón de esta medida? Se concluyó que el canciller Tudela y el embajador Aoki trataban insistentemente de comunicarse con el presidente porque estaban presionados y tal vez amenazados. No era conveniente hacerles el juego a los terroristas, entrar a su “corralito”. (2016: Tomo 1, 148)

Desde el lado del MRTA se suscitaron varios contactos radiales y televisivos. Algunas veces hablaba Cerpa, y en otras su lugarteniente Rolly Rojas (a) *El Árabe*.

A las 10:00 de la noche, Cerpa se conectó con una radio limeña. Reiteró sus demandas y aseguró que iba a “ajusticiar” a los cautivos si es que el gobierno no las cumplía en el más breve plazo. Minutos después, un emerretista telefoneó a Radio Programas del Perú para que Aoki diera un mensaje: “Estamos seguros, pero lo más peligroso son los disparos de la policía”¹²⁴. Casi al mismo tiempo, otro terrorista decía lo siguiente a una estación de amplitud modulada: “Tenemos en nuestro poder a más de 250 rehenes. Sus vidas dependen del presidente Fujimori. Si no accede a nuestras peticiones, comenzaremos a ajusticiarlos a todos”. Luego agregó: “El gobierno tendrá que atenerse a las consecuencias, porque nosotros estamos decididos a todo”¹²⁵.

Pasada la medianoche, otro contacto con la prensa revelaría que Cerpa tenía serias confusiones conceptuales: luego de amenazar con fusilarlos, ahora informaba que los cautivos iban a ser tratados como “prisioneros de guerra” por el MRTA, según los Convenios de Ginebra.

¹²⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

¹²⁵ En la mayoría de diarios de Lima.

Todo se conoció en Tokio al instante. Antes de la medianoche, Takahiko Horimura, encargado de Asuntos Latinoamericanos en la cancillería japonesa, dijo que el asalto del MRTA había sido “un golpe muy duro” para las relaciones bilaterales¹²⁶. La reacción podría ser comprensible, considerando el furibundo comunicado que el grupo terrorista había lanzado en internet, y en el que echaba a Tokio la culpa de todos los males: “Esta acción responde a la injerencia del gobierno japonés en la vida política de nuestra patria, avalando en todo momento los métodos de violación de los derechos humanos que aplica el gobierno de Fujimori, así como su política económica neoliberal, que solamente ha traído miseria y hambre a la mayoría del pueblo peruano”¹²⁷.

Además, las agencias de noticias confirmaban reuniones de urgencia entre el primer ministro de Japón, Ryutaro Hashimoto, y toda la plana mayor de su gabinete, especialmente con Yukihiko Ikeda, titular de Relaciones Exteriores. Así transmitió *EFE* el impacto del ataque:

Tras llegar a Tokio las noticias del asalto, el Ministerio de Asuntos Exteriores pidió al gobierno del presidente Alberto Fujimori que tomara las medidas necesarias para asegurar la integridad de los diplomáticos y de los ciudadanos retenidos, y defender la propiedad que ocupa la residencia del embajador de Japón.

Gracias a un teléfono celular, el gobierno de Tokio pudo establecer contacto con el embajador Morihisa Aoki, retenido en su residencia cuando se celebraba la fiesta de conmemoración por el cumpleaños del emperador Akihito, quien pronto cumpliría 63 años. En español, Aoki relató a la televisión pública *NHK* de Japón que los asaltantes tenían 800 rehenes y que habían pedido negociar personalmente con el presidente Fujimori, para la liberación de mujeres, niños y ancianos¹²⁸.

El pedido de tener al frente a Fujimori, pisando el escenario de un delito, arriesgándose y negociando directamente con el MRTA, fue la primera señal

¹²⁶ AGENCIA EFE. “Cancillería japonesa dice que secuestro es duro golpe a relaciones”. Diario *El Comercio*. Lima, 18 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 8.

¹²⁷ En la mayoría de diarios de Lima.

¹²⁸ AGENCIA EFE. “Cancillería japonesa dice que secuestro es duro golpe a relaciones”. Diario *El Comercio*. Lima, 18 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 8.

del ensimismamiento que envolvía a Cerpa. El presidente no se dio por aludido, y no sería la primera vez que ignoraría al líder el MRTA, manejando el silencio y el tiempo hasta el hartazgo, pero con fría racionalidad.

Cerpa sabía que el secuestro sería más manejable con poca gente, y por eso decidió quedarse con 379 rehenes varones. Ordenó censarlos e interrogarlos, exigiéndoles documentos personales para conocer sus cargos y enviarlos clasificados a diversos ambientes de la casa, según su “relevancia”. Se formaron grandes y silentes colas, eventualmente sacudidas con los gritos y las burlas de los secuestradores. Muchos creían estar en un campo de concentración.

El primero en ser reconocido fue el canciller Tudela, y luego el ministro de Agricultura, Rodolfo Muñante. También el congresista Gilberto Siura y el otrora premier Dante Córdova. Los más temerosos eran los policías y militares que habían luchado contra el terrorismo: el general PNP Máximo Rivera, el coronel PNP Marco Miyashiro, el comandante PNP Luis Valencia Hirano y el propio Giampietri¹²⁹.

El censo duró gran parte de la madrugada. Si bien los rehenes “importantes” fueron llevados a amplias habitaciones y bibliotecas, eso no les libró del hacinamiento y del insomnio. Los cautivos de “menor jerarquía” tampoco la pasaron bien, pues terminaron encogidos en cuartos pequeños, en baños y en pasillos. Al final, en el primer piso quedaron 150 rehenes, y en el segundo 229.

El censo arrojó que había 261 cautivos peruanos: 2 ministros de Estado, 7 vocales supremos del Poder Judicial, 12 integrantes del Ejecutivo, 6 congresistas, 21 embajadores y personal diplomático, 164 empresarios y profesionales, 18 policías, 8 militares y 23 funcionarios públicos. Y también 118 extranjeros: 72 japoneses, entre profesionales, empresarios y diplomáticos, y 46 de otros países.

¹²⁹ El general PNP Máximo Rivera Díaz era jefe en funciones de la Dirección Nacional Contra el Terrorismo (DINCOTE). Fue rescatado con la operación militar Chavín de Huántar.

Esto ocurría tras las paredes del recinto diplomático, sin que la prensa pudiera captar algo. Estaban los rehenes frente a sus captores. Nadie más. Para evitar sorpresas, los emerretistas colocaron trampas explosivas en las ventanas y en las escaleras de escape, y minas antipersonas en el jardín que horas antes rebozaba del gran bufé mandado a preparar para la celebración.

Lo cierto es que la mañana siguiente fue particularmente pesada y gris para los prisioneros. Además de la accidental explosión de una bomba y de la desazón por haber sido amedrentados con simulacros de ejecución, Cerpa había hecho un anuncio aterrador: en 20 minutos iba a asesinar a Tudela, si es que Fujimori seguía sin contactarse con ellos. El mensaje en megáfono y desde la puerta principal del recinto fue hecho a las 11:45 de la mañana. El presidente mantuvo su silencio. O su desprecio. Cerpa dio un segundo ultimátum para la tarde, y todos pensaron que al ser el terrible y definitivo aviso, Fujimori se ablandaría. Pero nada de eso pasó.

Aquí y en el mundo, nadie podía creer lo del secuestro. Políticamente, el MRTA estaba derrotado por su incapacidad teórica y práctica de capturar a las masas con sus propuestas. Sus conceptos estaban divorciados de la realidad peruana, y no pudo “convertir las proyecciones abstractas en prácticas políticas y militares concretas” (Lust 2015: 128). Militarmente, la historia era igual: una seguidilla de reveses en el campo y la captura de sus principales cabecillas hacían inviable su lucha armada¹³⁰.

¹³⁰ En abril de 1989, el Ejército abatió en el paraje de Molinos (Jauja) a 58 emerretistas que iban escondidos en dos camiones rumbo a Tarma, con la intención de atacar esa ciudad. Al tratarse de combatientes experimentados, la pérdida de Molinos fue uno de los golpes más severos que haya sufrido el MRTA en su historia. Pero hubo más: en junio de 1992, fue apresado en una cafetería de San Borja el líder del MRTA, Víctor Polay Campos. En octubre de 1993, la policía antiterrorista detuvo a los chilenos Jaime Castillo Petrucci, Alejandro Astorga, María Pincheira y Lautaro Mellado, responsables de los grupos de aniquilamiento y de las temidas “cárceles del pueblo”. En diciembre de 1995, el dirigente Miguel Rincón Rincón y otros 25 terroristas, entre ellos la norteamericana Lori Berenson y el panameño Pacífico Castrillón, fueron capturados en una residencia de La Molina, cuando preparaban la toma del Congreso y el secuestro de parlamentarios para canjearlos por sus compinches en prisión. Es decir, para 1996 había suficientes elementos de juicio como para señalar que el MRTA atravesaba una fase terminal.

Por esas razones, el secuestro masivo ejecutado por Cerpa fue un golpe tremendo para Fujimori, más si él mismo había reiterado en numerosas ocasiones que la pacificación era el proyecto político más exitoso de su mandato, y el argumento más sólido para tentar su segunda reelección en el 2000. En todo caso, Fujimori fue leal con el principio de no negociar con terroristas, traducido en el trato amigo-enemigo que le dispensó al MRTA, y especialmente a su líder Néstor Cerpa Cartolini.

4.3. LA DISTINCIÓN AMIGO-ENEMIGO EN EL ACCIONAR PRESIDENCIAL

En la compleja conducción que Fujimori le dio a la crisis de los rehenes, la distinción amigo-enemigo se evidenció de diferentes formas: obstruyendo las negociaciones entre los garantes y el MRTA, ignorando las demandas emerretistas en favor de las políticas de Estado, y usufructuando el apoyo de los líderes mundiales para aplicar la ‘mano dura’ en el problema. Además, maltratando a los emisarios de Cerpa y a ciertas autoridades extranjeras, rechazando a la Cruz Roja y expulsando a uno de sus miembros.

A lo anterior se suma el mensaje presidencial que Fujimori brindó el 21 de diciembre en cadena televisiva nacional, relevante porque planteó el “nosotros” y “ellos” como antesala al contraste amigo-enemigo, mostrando el radical rechazo del gobierno al secuestro del MRTA y al terrorismo en general.

Todo en un contexto denominado por Hermoza Ríos como “situación límite” (1997: 93) porque afectaba el “principio de autoridad del Estado” y arriesgaba la defensa nacional, la autoridad presidencial (1997: 148) y el proyecto político de la pacificación. Además, siguiendo con la tesis de Hermoza Ríos, Cerpa era un enemigo con una “personalidad fría, calculadoramente torturante y sádica” al que no había que concederle ningún margen de maniobra (1997: 68). En virtud de lo anterior, el contraste amigo-enemigo era perfectamente aplicable desde el gobierno y por Fujimori.

Ahora bien, la muestra más clara de enemistad contra el MRTA fue la construcción de los túneles para el operativo militar, y el posterior descubrimiento de uno de ellos debajo del recinto diplomático, cuando al mismo tiempo los garantes –y por momentos, el mismo Fujimori– hablaban de diálogo y de la búsqueda de una solución pacífica. Con el enemigo no cuenta la palabra brindada.

Durante la crisis de los rehenes y bajo el pensamiento de Schmitt, el esquema amigo-enemigo del gobierno hacia el MRTA se erigió a partir del contraste “nosotros” y “ellos” que se estableció en la crisis, sustentado en las diferencias políticas y morales con los emerretistas, hasta generar una creciente y sostenida confrontación que condujo a la operación militar Chavín de Huántar.

Incluso en los momentos de diálogo y de sosiego político, Fujimori siempre aplicó desde el poder la distinción amigo-enemigo. Lo hizo con los críticos del modelo económico, con los parlamentarios de la oposición, con las organizaciones de derechos humanos, con los grupos eclesiásticos y con el Poder Judicial, pero especialmente con los grupos subversivos.

Sobre los orígenes de su conducta antagónica, Daeschner señala que Fujimori era un “nisei acriollado” que rechazaba la solemnidad de la comunidad japonesa en el Perú (1993: 153) y que tejió mejores vínculos afectivos y sociales con los limeños de barrio. El constante rompimiento de las reglas y la sistemática guerra a los rivales habrían tenido origen en ese “criollismo” formado en su juventud.

Se trata de un “criollismo” que Murakami ha identificado con “planes minuciosamente detallados de corto plazo, secretamente diseñados y que no fueran conocidos por nadie, aplicando acciones audaces” (2012: 188). La evidencia es clara, incluso para los que simpatizan con su perfil vertical. Por ejemplo, Prieto reconoce que “Fujimori es un hombre informal, poco afecto a la institucionalidad de las entidades, proclive al pragmatismo y efectivo en el cumplimiento de sus metas” (1997: 34).

Ahora bien, es evidente que Fujimori desarrolló y perfeccionó el pensamiento amigo-enemigo con los militares, con cuyas jefaturas tejió una relación de poder desde antes de colocarse la banda presidencial en 1990, cuando se fue a vivir con ellos al Círculo Militar de Jesús María, y posteriormente al Pentagonito y al SIN. A partir del autogolpe de Estado de 1992, el combate contra todo aquello que no fuera similar, concordante o sumiso a los intereses del fujimorato, alcanzaría niveles insospechados en el país.

Es conveniente resaltar algo: es claro que el MRTA también ejecutó la distinción amigo-enemigo contra el gobierno, haciendo foco en Fujimori, amenazando al Estado y aterrizando a los rehenes, sin olvidar que el propio secuestro fue el origen del conflicto. Sin embargo, la evidencia en prensa revela que el MRTA no solamente mostró enemistad, sino también ‘amistad’ en algunos momentos de la crisis. Pasó el 24 de diciembre, cuando Cerpa dejó ir al embajador de Uruguay, Tabaré Bocalandro, luego de que la justicia de Montevideo excarcelara a los emerretistas Luis Samaniego (a) *Walter* y Sonia Gora (a) *Nancy*, detenidos en 1995 por cruzar la frontera con pasaportes bolivianos falsos, mientras eran requeridos en el Perú y en Bolivia por los delitos de terrorismo y secuestro¹³¹. Y también el 26 del mismo mes, luego de confirmarse la paz entre el gobierno de Guatemala y las guerrillas de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, que puso fin al conflicto armado más antiguo de Centroamérica, iniciado en 1960 y causante de más de 140.000 muertos. Cerpa felicitó al presidente Álvaro Arzú, y le devolvió a su embajador en Lima, José María Argueta.

En ese marco tan particular, el secuestro del MRTA mostró diversos episodios en los que la distinción amigo-enemigo se puso en evidencia. Por un

¹³¹ Según la Dincote, los terroristas Luis Samaniego y Sonia Gora, buscados ampliamente por la Interpol, participaron en el secuestro del empresario boliviano Samuel Doria, perpetrado en 1995 y por el que exigieron un rescate de US\$2 millones. Se supo que las negociaciones fueron coordinadas desde Lima por Néstor Cerpa Cartolini, y que el dinero recaudado sirvió para financiar el ataque a la residencia japonesa. Además, Gora era procesada en el Perú por alquilar las viviendas en las que funcionaban las terribles “cárceles del pueblo”.

lado, había un Estado que buscaba el orden y la paz, y por otro, un grupo terrorista que lo boicoteaba y que adicionalmente ponía en riesgo los planes reeleccionistas de Fujimori. Esto último habría acentuado la enemistad entre el gobierno y el MRTA, pues echaba por tierra un proyecto cívico-militar (y económico) de largo aliento, por lo que el contraste amigo-enemigo fue permanente y creciente. Esa enemistad fue política, militar y también discursiva, envuelta en el particular manejo que Fujimori tuvo del silencio, del secreto y del tiempo, en diferentes etapas y contextos de la crisis.

4.3.1. FUJIMORI Y EL USO DEL SILENCIO, DEL SECRETO Y DEL TIEMPO

Para Cerpa, el incumplimiento de los anuncios de ejecución contra el canciller Tudela –hechos por él, además– sería una derrota que marcaría gravemente su relación con Fujimori. Podría decirse que fue un momento irreversible en la pugna por ganar la guerra psicológica y la imagen de fortaleza ante la opinión pública¹³². Trece horas después del secuestro que había dado la vuelta al mundo, Cerpa creyó que Fujimori iba a sucumbir ante esas amenazas y a consentir sus sobrecargadas demandas, asumiendo que la muerte de un rehén tendría un costo político irreparable con miras a las elecciones del 2000 y más allá.

Mientras Cerpa pensaba eso, Fujimori estaba convencido de que el líder del MRTA nunca cometería una locura, debido al seguro desencadenamiento de una acción armada contra la sede diplomática. Bajo el modelo del actor racional, Cerpa falló en la elección de su mejor opción, entre varias posibilidades del momento y del contexto, así como en la valoración de sus consecuencias. Fue personalista y no reparó en que su éxito también dependía de las habilidades y de los yerros del otro. Sobredimensionó sus capacidades

¹³² Por esos días, en declaraciones al diario *La República*, Sístero García Torres, otrora comandante emerretista del Frente Nororiental de la Selva, puso en duda que el MRTA ejecutase a los rehenes: “Irán hasta el final, lo cual no significa que necesariamente habrá derramamiento de sangre. Ese es uno de los principios básicos del partido: respetar los derechos humanos. Y los compañeros saben que no les conviene que alguien muera, por lo menos bajo su responsabilidad. En estos momentos se estarán dando cuenta de que no es como creían”. JERÍ CABEZUDO, Paola. “La última carta del MRTA”. Diario *La República*. Lima, 22 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 22.

de negociación, presión y chantaje, desconociendo al adversario respecto a sus fortalezas y rasgos conductuales, ciertamente muy marcados en Fujimori. Prieto detalla el momento:

Minutos antes del mediodía, Cerpa llama una vez más a la televisión, amenazando con matar a Tudela si no se presentaba Fujimori. Con su acostumbrada sangre fría, el presidente Fujimori pondera los hechos y no hace caso. Primero tiene que asegurar el principio de autoridad. Nada de apresuramientos, porque esas cosas no van con su temperamento. Pasan las 12:00 y las amenazas no se cumplen. El riesgo calculado de Fujimori le ha dado una primera victoria, buen augurio para continuar la táctica. (1997: 35)

Montesinos recuerda que Fujimori le dijo: “No debemos contestar nada. Tenemos que guardar silencio absoluto. Como Estado no podemos ceder de ninguna manera. Hay que ir midiendo y evaluando la reacción del MRTA. La estrategia inicial es el silencio. Hay que desesperarlos, sin responder nada. Veamos cuál es su reacción” (2016: Tomo 1, 169). Poco tiempo después, vencidos todos los plazos dispuestos por Cerpa, el hijo de Matsue gritó al asesor presidencial: “¡Qué le dije! ¡Hoy empieza el desmoronamiento del plan de Cerpa!” (Montesinos 2016: Tomo 1, 194). Luego, de acuerdo con Montesinos, Fujimori sentenció: “Ahora la iniciativa la tenemos nosotros” (2016: Tomo 1, 194).

El silencio era una táctica dentro de la estrategia del odio. O de la enemistad. Un comportamiento muy antiguo en Fujimori, formado en épocas tempranas de su vida. Lo usó principalmente contra la oposición, cuyos miembros empezaron a criticarlo desde el mismo 28 de julio de 1990. Al año siguiente, el diario *La República* supo detectar aquel perfil: “Fujimori dice que prefiere ignorar las críticas. Frente a ellas, mejor es el silencio marmóreo”¹³³. Los efectos del mutismo en sus fustigadores serían descritos por el mandatario: “Eso les exaspera”¹³⁴. Si el silencio es castigo, una víctima fue Carlos García,

¹³³ Diario La República. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 12.

¹³⁴ Diario La República. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 12.

segundo vicepresidente y líder evangélico nacional que no secundó el absolutismo de Fujimori, y que fuera apartado del poder. La prensa dijo: “La animadversión del presidente también llega hasta el silencio. Un clara muestra de ello es el aislamiento en el que ha dejado a García”¹³⁵.

En Palacio de Gobierno, los ultimátum de Cerpa sonaron a bravata porque la arremetida del MRTA era orgánica y planificada para lograr la libertad de sus cabecillas y camaradas presos, y no un capricho individual. Cerpa carecía de margen de maniobra, y eso fue confirmado por el SIN cuando un emerretista (probablemente el mismo Cerpa) declaró a una radio que Polay no era ajeno al atentado: “El comandante *Rolando* está enterado. Él sabe lo que estamos haciendo”¹³⁶. Finalmente, no eran características del MRTA el fundamentalismo y el radicalismo, aspectos que Sendero Luminoso sí mostró en los ‘juicios populares’ contra autoridades locales durante gran parte de la guerra terrorista¹³⁷.

Tales consideraciones reforzaron la estrategia de Fujimori, quien siempre ignoró las acciones de Cerpa y del MRTA, aplicando el desprecio y particularmente el silencio, el secreto y el tiempo, como armas desestabilizadoras.

Ahora bien, es necesario manifestar que la conducta de Fujimori tuvo una comprensión difusa en el exterior. Mientras los analistas nacionales resaltaban que el silencio y el secreto no eran gratuitos, la prensa internacional calificaba a Fujimori como un “presidente errático” porque no tenía pronunciamientos claros sobre la crisis. Por ejemplo, Lauer sostuvo que los

¹³⁵ Diario La República. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 13.

¹³⁶ Diario La República. “¡450 rehenes!”. Especial “El asalto del siglo”. Lima, 18 de diciembre de 1996. Sección Política, páginas 2 y 3.

¹³⁷ Por medio de la toma, Cerpa también luchaba por la excarcelación de su esposa Nancy Gilvonio, quien además era la madre de sus hijos. Detenida en 1995 por terrorismo, Gilvonio estaba presa en el penal de Yanamayo cuando supo de la muerte de su marido, como consecuencia de la operación militar Chavín de Huántar. La prensa divulgaría posteriormente comunicaciones realizadas antes del secuestro emerretista en las que Cerpa le informaba a Gilvonio que “algo grande” iba a ocurrir para lograr su excarcelación y vivir en familia nuevamente. En el 2010, Gilvonio salió en libertad condicional y reside actualmente en Lima.

diarios estadounidenses *The New York Times* y *The Washington Post* coincidieron en ese calificativo, que ciertamente reflejaba el malestar de la Casa Blanca y del Pentágono, respecto a la demora de una embestida militar.

No obstante, Lauer sugiere que ser “errático” no necesariamente implica ser ineficaz o negligente: “La alusión al ‘presidente errático’ y al poco margen de maniobra también alude a que hasta el momento Lima mantiene ocultas casi todas sus cartas, mientras que los demás gobiernos van soltando sus declaraciones. De alguna manera, Fujimori está logrando escudarse detrás del activismo de los demás países, esperando que pase la parte más dramática de la crisis”¹³⁸.

Lo concreto es que tras arredrarse con Tudela, Cerpa pidió desconcertado la intervención del Defensor del Pueblo, Jorge Santisteban, y del sacerdote recoletano Hubert Lanssiers, para que el gobierno reaccione y se manifieste¹³⁹. Fujimori no aceptó la propuesta, y tampoco recibió a esos personajes en Palacio de Gobierno. Apelando nuevamente al silencio, jamás dio alguna explicación. Giampietri opina que “Fujimori, con la sangre fría que siempre le caracterizaba, sintió que aún podía continuar acorralando a Cerpa sin mayor riesgo” (2011: 48). Y agrega: “El presidente estaba acostumbrado a hacer las cosas a su manera y no permitía presiones de nadie” (2011: 48).

Esa mañana del 18 de diciembre, Fujimori había nombrado al ministro de Educación, Domingo Palermo, como interlocutor del gobierno ante el MRTA. Lo hizo sin consultar con nadie. Al igual que el presidente, Palermo era ingeniero y un tipo de palabras justas y escasas. Reservado en los Consejos de Ministros, pocas veces expresaba juicios de valor sobre asuntos no relacionados con su despacho¹⁴⁰. Fujimori proyectaba el silencio a través suyo.

¹³⁸ LAUER, Mirko. “Inquilinos precarios de la crisis”. Diario *La República*. Lima, 22 de diciembre de 1996. Sección Política, página 6.

¹³⁹ Según Prieto, Cerpa le exigió un helicóptero al coronel PNP Juan Carlos Mejía, pero también fue ignorado. Lo hizo minutos después de incumplir su segunda amenaza contra Tudela (1997: 22-23).

¹⁴⁰ También llamó la atención de Fujimori que Palermo haya sido intermediario en dos secuestros del MRTA, ocurridos en los ochentas y noventas. En 1986, en favor de Julio Vera

Palermo era el escogido, pero el gobierno (o Fujimori) seguía rehusándose a comunicarse con el MRTA. A las 6:00 de la tarde, casi 20 horas después del secuestro, Cerpa tomó otra decisión: nombró una ‘comisión de garantes’ para que se reúna con Fujimori y le plantee directamente sus demandas. El grupo de trabajo estaba compuesto por los embajadores de Alemania y de Grecia, y por el agregado cultural de Francia, encabezados por Anthony Vincent, representante de Canadá. También lo integraba el diplomático peruano Armando Lecaros.

Liberados casi a las 7:00 de la noche, leyeron un comunicado de los rehenes (reiterando además algunas exigencias del MRTA) y luego se dirigieron raudamente a Palacio de Gobierno. Fujimori sabía que iban a llegar, pero se negó a recibirlos: quería evitar imposiciones en el manejo de la crisis e impedir que Cerpa sintiera que podía tomar la iniciativa. Solamente lograron dialogar con Palermo, pero nada lograron debido a la reserva del interlocutor. Los diplomáticos se sintieron maltratados por Fujimori, y manifestaron sus quejas a sus gobiernos.

El manejo que Fujimori hacía del tiempo no pasó desapercibido para algunos analistas. Por ejemplo, De la Puente observa que la estrategia de Fujimori fue “alargar el drama para ganar tiempo” con el MRTA, y que el desplante a los diplomáticos encabezados por Vincent fue parte de ese propósito. Resalta que el punto de quiebre fue el acobardamiento en la ejecución de Tudela, debido a que Cerpa perdió cualquier posibilidad de plantear plazos o límites en sus tratos con el gobierno:

Salvo la amenaza de ejecutar a los rehenes, el MRTA no parece tener esquema de negociación alguna. Ese puede ser el costo de un asalto violento que –por las mismas razones– está obligado a tener un rápido desenlace. En todo caso, el tiempo se está convirtiendo gradualmente en el peor enemigo del comando terrorista que ocupa la residencia del embajador japonés en

Gutiérrez, su jefe y propietario de Canal 9. Y en una fecha no precisada, buscando la liberación de un amigo de origen japonés. Según Prieto, Fujimori escogió a Palermo por su cautela, prudencia, inteligencia y criterio (1997: 36).

Lima. Al pasar las horas, el gobierno puede tener más libertad y más tranquilidad para ensayar algunos caminos¹⁴¹.

Y sobre el mismo tema, Paredes Castro hace un análisis global:

En un comienzo, el juego y el manejo del tiempo estuvieron bajo el control de la organización terrorista, al punto que sorprendió con plazos cortos que no pudo mantener ni llevar a cabo. Ahí fue que el juego y el manejo del tiempo pasaron al espacio del gobierno, en el marco de una acción muy firme: no se cedería a la demanda de liberación de los activistas del MRTA encarcelados, y no habría entendimiento alguno con el grupo subversivo, salvo que los captores depongan las armas y evacúen a todos los rehenes.

El juego y el manejo del tiempo continuó en manos del gobierno, especialmente a la hora en la que grupos de rehenes liberados por el MRTA –incluidos diplomáticos y políticos– para tratar directamente con Fujimori, fueron sutilmente desactivados afuera, y sin posibilidad de retorno a la residencia diplomática japonesa.

El filtro del gobierno, representado por el ministro de Educación, Domingo Palermo, debía constituir –y ha sido así– una pieza clave para mantener a distancia al MRTA, con la ayuda de Michael Minnig, delegado de la Cruz Roja, convertido en el hilo de comunicación entre el gobierno y los captores¹⁴².

Esa era la cancha inclinada sobre la que Cerpa exigía sus demandas al gobierno, y que fueron planteadas por el MRTA a través de internet: además de la liberación de todos los cabecillas y camaradas, el grupo terrorista pedía el cambio de la política económica neoliberal por un modelo que favorezca a las mayorías, el traslado del comando secuestrador a la selva central con sus compinches excarcelados, y la mejora de las condiciones carcelarias. Y junto con lo anterior, el pago de un ‘impuesto de guerra’ de diez millones de dólares.

Como se vio en el capítulo 3, el usual y desconcertante silencio que Fujimori aplicaba en la política y en el ejercicio de la autoridad pudo haber

¹⁴¹ DE LA PUENTE, Juan. “Entre Washington y Tokio. El drama del gobierno”. Diario *La República*. Lima, 19 de diciembre de 1996. Página 13.

¹⁴² PAREDES CASTRO, Juan. “El juego del tiempo en la crisis de los rehenes”. Diario *El Comercio*. Lima, 28 de diciembre de 1996. Sección Opinión, página 2.

tenido origen en las circunstancias culturales y personales que afrontó en su infancia y en su juventud, como mecanismo de defensa ante la incertidumbre y el peligro. En una ocasión, cuando se paralizaron las tratativas entre Cerpa y el gobierno, el hijo de Matsue señalaría que “el silencio es muchas veces una maravillosa táctica” (Montesinos 2016: Tomo 1, 358). El silencio y el secreto pueden parecerse mucho, salvo en un detalle. Si bien ambos evitan compartir lo que se sabe, el secreto es estratégico: posibilita objetivos, elimina obstáculos y confunde al enemigo. Giampietri dice:

El mandatario quería saber –según afirmó después– cómo eran realmente los emerretistas a los que se enfrentaba. Quería medirlos y evaluarlos. ¿Quiénes y cuántos eran los secuestradores? ¿Cuál era su grado de fanatismo, sus habilidades militares y sus debilidades?. Fujimori sabía que no emitir alguna declaración era una forma de hacerles perder piso a los subversivos. Los cautivos en la residencia, incapaces de actuar, sentíamos la frustración y la cólera de quienes se sienten relegados de participar en una decisión que involucraba a nuestras propias vidas. (2011: 48)

Lo sorprendente es que Fujimori también empleó el silencio con sus aliados. Lo hizo cuando desmereció la llamada de Tudela hecha desde la residencia, y avanzó hacia el secreto cuando a las 10:30 de la noche se trasladó al SIN para reunirse con Vladimiro Montesinos y con algunos analistas de inteligencia. Durante gran parte de la crisis, el presidente dormiría allí y también en el Pentagonito.

Fujimori mantendría la conducta del secreto hasta el límite: el 31 de diciembre, la prensa señalaría que nadie lo había visto en público desde el inicio del raptó, ocurrido el 17 de diciembre. Al ser transmitido por televisión, el mensaje al país del 21 de ese mes no podía contarse. Eran dos semanas oculto y los reporteros gráficos no tenían ninguna foto suya, algo raro en un personaje tan acostumbrado al público y al impacto de su imagen.

El jueves 19, Palermo le hizo un desplante a Cerpa. El líder terrorista le comentó al interlocutor del gobierno que la liberación de mujeres y ancianos había sido una “señal de buena fe”. Sin embargo, Palermo lo ignoró y le pidió

más seriedad en las negociaciones, debido a que esa decisión respondía más bien a razones logísticas y no humanitarias, pues era evidente que buscaba reducir el número de rehenes para hacer más controlable la situación. En la tarde del viernes 20, Cerpa pondría en la calle a 38 rehenes más. Dos de ellos, el parlamentario Javier Diez Canseco y el político Alejandro Toledo, leerían otro comunicado del MRTA y también uno de los rehenes al gobierno, solicitando diálogo urgente y una salida pacífica.

Con un tono quejoso, el texto del MRTA manifestaba que la solución a la crisis pasaba “por escuchar nuestras peticiones” y que el diálogo propuesto por ellos “no debía ser tomado como una muestra de debilidad, considerando que con una política de desgaste el gobierno abraza la esperanza de que nosotros nos rindamos”¹⁴³.

Fujimori mantuvo su distancia, y sorprendentemente respondió cortando las líneas telefónicas fijas e inalámbricas a 400 metros a la redonda, así como la electricidad y el agua. Quedaba el grupo electrógeno de la residencia, y los emerretistas y los cautivos se aferraron a él.

El sábado 21, como era previsible para los secuestradores, el petróleo se acabó y Cerpa solicitó a la Cruz Roja el envío de galoneras con combustible. Ciertamente, el gobierno rechazó el pedido porque quería mantener aislados a los terroristas, sin que puedan cargar las radios portátiles que los comunicaban con el exterior. Los servicios de inteligencia, la policía y las Fuerzas Armadas, pero especialmente Fujimori, sabían que el MRTA obtenía mucha información de sus “contactos externos” y de los medios de comunicación, cuyos periodistas indagaban sobre los rehenes y reportaban los movimientos de las autoridades.

Fujimori no le consultó a Japón su decisión de cortar los servicios básicos, lo que implicó el ejercicio de una soberanía política –según los conceptos de Schmitt– que violentó el Tratado de Viena. La unilateralidad de

¹⁴³ Diario La República. “MRTA reitera al gobierno pedido de liberar a sus compañeros detenidos”. Lima, 21 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 3.

Fujimori molestó al canciller Ikeda, y rápidamente fuentes diplomáticas de Tokio “reafirmaron a Lima la soberanía del suelo en el que se levantaba la vivienda de su embajador”¹⁴⁴.

No se sabe cómo, pero Cerpa logró contactarse con un canal de televisión y nuevamente porfió por sus demandas. También desesperados, los rehenes se manifestaron a través de Tudela, quien leyó otro comunicado que exhortaba al gobierno a “examinar los puntos propuestos por el MRTA, con reflexión y profundidad”¹⁴⁵. Dada la indiferencia del presidente, el canciller insistió en que la solución implicaba tener un “canal de comunicación entre los que tienen el control de la residencia y el gobierno” (Giampietri 2011: 62). Con su mensaje, Tudela dejó traslucir su malestar por el silencio presidencial, además de haber sido ignorado por Fujimori anteriormente:

Yo creo que hay una disposición seria del MRTA a negociar. Los puntos que ha puesto a consideración del gobierno muestran una actitud responsable. Y en ese sentido, el MRTA –a mi consideración– sí está dispuesto a realizar una negociación completa. No he tenido contacto con el gobierno porque las líneas están cortadas. Ha sido imposible establecer contacto, y naturalmente debo confesar que siento que puedo ayudar, aunque también tengo una gran frustración por no poder comunicarme¹⁴⁶.

El pedido de los cautivos hizo que Fujimori variara su posición y adelantase el mensaje al país que tenía previsto para la Navidad. Esperar hasta el 24 era demasiado para todos, pero inicialmente no para el mandatario.

El tiempo para Fujimori era estático. No corría y eso desesperaba a Cerpa. Lo que era una estrategia gubernamental se combinaba con

¹⁴⁴ AGENCIA EFE. “Tokio duda que liberación de algunos rehenes solucione crisis en residencia de Lima”. Diario *El Comercio*. Lima, 22 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 5.

¹⁴⁵ Diario *El Comercio*. “Canciller Tudela pidió abrir una vía de comunicación”. Lima, 22 de diciembre de 1996. Página 1.

¹⁴⁶ En la mayoría de diarios de Lima. Posteriormente se rumoreó que sectores conservadores del Ejecutivo y de las Fuerzas Armadas pensaron exigirle a Tudela su renuncia al cargo de canciller, por haber insistido en una negociación con el MRTA. Incluso, la revista *Sí* publicó un supuesto diálogo entre Fujimori y Víctor Joy Way, cuestionando el rol del ministro en la crisis.

reminiscencias de su vida personal. Como se sabe, recién el 28 de diciembre, once días después de la irrupción emerretista y cuando la operación militar estaba perfilada, Fujimori autorizó a Palermo a ingresar a la vivienda de Aoki. El líder del MRTA lo recibió con irónica cortesía, y lo invitó a sentarse en uno de los sillones del salón principal. La cita había sido gestionada por el monseñor Juan Luis Cipriani, obispo de Ayacucho e integrante del Opus Dei, quien había acudido a la residencia el 25 de diciembre para brindar apoyo espiritual a los rehenes. Según la prensa, el diálogo duró más de tres horas y tuvo al religioso como testigo.

El interlocutor Palermo logró llevarse a 20 rehenes. Quedaban 83 en poder de los terroristas.

Horas después, Fujimori tuvo un gesto calculador y maquiavélico, que combinó el manejo del silencio, el daño del secreto y la ventaja del tiempo. Giampietri recuerda que “Fujimori le indicó a Palermo que demore su regreso a la residencia por varios días, y que no tratara de obtener la libertad de más secuestrados, puesto que disminuir su número también significaba aliviar la presión sobre los secuestradores” (2011: 62). Cuenta también que el presidente “sabía que el silencio era una forma de exasperar a los terroristas” (2011: 67).

Hay quienes señalan que el factor tiempo fue irrelevante. Lo hacen sin examinar la conducta de Fujimori, los testimonios de los rehenes, el fastidio de Cerpa o las declaraciones de las autoridades. Algo significativo ocurrió el 19 de diciembre, cuando Hashimoto sostuvo a la agencia *Reuters* que la crisis de los rehenes sería “una batalla prolongada”¹⁴⁷. Dado que Tokio tenía contacto directo con Lima, la reflexión de Hashimoto sugiere que Fujimori lo sabía de antemano.

Sobre el silencio de Fujimori, De la Puente resaltó que el objetivo era “evitar quemar etapas y hombres” en las negociaciones: “El gobierno se niega a

¹⁴⁷ AGENCIA REUTERS. “Primer ministro japonés predice una larga batalla con el MRTA”. Diario *El Comercio*. Lima, 19 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 5.

soltar prenda. Tal como sucedió en circunstancias menos delicadas, el mandatario aún no aparece en las pantallas de televisión. El silencio también se está volviendo parte de la negociación”¹⁴⁸.

Los análisis de Lauer, De la Puente y Paredes Castro coinciden en señalar que la estrategia presidencial del silencio, del secreto y del tiempo, le permitió a Fujimori ocultar sus cartas y ganar espacios decisivos frente al MRTA. La pregunta es qué buscaba el jefe del Estado y sus aliados –las Fuerzas Armadas y los servicios de inteligencia– con esa aparente desidia. Bajo el proceder amigo-enemigo, y tal como se mencionó al inicio del presente capítulo, ello tuvo el propósito de confirmar y preparar la salida militar. Factores externos también influirían en esa posición radical.

Lo cierto es que el propio Fujimori intentó validar su mutismo, pero sin mencionar la verdadera causa: exacerbar el antagonismo con el MRTA. En una entrevista con *RPP* realizada el 10 de enero, Fujimori se dirigió a los rehenes y expuso lo que era el pretexto de su silencio: “Con el objetivo de proteger vidas humanas, nosotros hemos mantenido cuidadosamente nuestro silencio, basado en una estrategia que esperaba el apaciguamiento de la situación” (Montesinos 2016: Tomo 1, 360).

Veinte días después, el presidente mencionaría nuevamente a los cautivos y añadiría –a su discurso de ocultamiento– la defensa estatal frente al enemigo, un concepto muy útil y persuasivo hacia la opinión pública, si el objetivo es la conformación de un “Estado fuerte” de tipo schmittiano. Al diario *Clarín* de Argentina, Fujimori dijo: “No tengo la menor idea de cuánto puede demorar una salida a la crisis, porque recuerde que hubo una toma de rehenes en Irán que duró 444 días. El tiempo no cuenta para mí, solamente importa la vida de los rehenes y la seguridad del Estado. No vamos a ceder a las demandas terroristas” (Montesinos 2016: Tomo 1, 375).

¹⁴⁸ DE LA PUENTE, Juan. “Entre Washington y Tokio. El drama del gobierno”. Diario *La República*. Lima, 19 de diciembre de 1996. Página 13.

4.3.2. EL APOYO MUNDIAL Y EL REFUERZO DE LA 'MANO DURA'

El apoyo de jefes de Estado de todo el mundo fue inmediato. Se solidarizaban y conmovían por la tragedia, pero también resaltaban la firmeza con la que Fujimori mantenía a raya al MRTA ¹⁴⁹. Este escenario fue fundamental para el hijo de Matsue, porque vigorizó su intención de resolver la crisis con violencia, en el marco de la distinción amigo-enemigo. No obstante, se trataba de un respaldo complejo porque encerraba dos obligaciones contrapuestas e imposibles: proteger y liberar a los rehenes, pero sin capitular ante los terroristas.

Ahora bien, esa situación paralizante no afectó a Fujimori. De esas muestras de apoyo, el presidente extrajo solamente aquello que le servía para reforzar la lenta y silenciosa guerra que libraba contra Cerpa y el MRTA: la consistencia de la decisión y la soberanía política para controlar la crisis, aspectos en los que Japón deseaba intervenir.

Sabiéndolo o no, personalidades como Bill Clinton, Boris Yeltsin, Helmut Kohl, George H. W. Bush y Javier Pérez de Cuéllar, entre otros, fortalecieron la 'línea dura' en favor del "Estado fuerte". Japón estaba en la otra orilla, y el diario *La República* hizo foco en la dualidad: "Las presiones sobre el gobierno fueron de diverso tipo. La administración de Clinton condenó el acto terrorista y recomendó no ceder ante las exigencias del MRTA. Posición diferente fue la de Tokio, cuyo primer ministro, Ryutaro Hashimoto, pidió a Fujimori priorizar la seguridad de los rehenes, coincidiendo con Alemania, Austria y otros países europeos, cuyos diplomáticos también están bajo el control de los rebeldes"¹⁵⁰.

¹⁴⁹ Tal vez el único jefe de Estado que no mostró efusividad con Fujimori fue el boliviano Gonzalo Sánchez de Lozada, quien dijo a la agencia AFP que el MRTA había "puesto en jaque" al gobierno peruano porque difícilmente accedería a las demandas terroristas. AGENCIA AFP. "Gobierno peruano debe tener margen de maniobra". Diario *La República*. Lima, 21 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 4.

¹⁵⁰ Diario *La República*. "Fujimori no recibió a comisión negociadora". Lima, 19 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 5.

El manejo de Fujimori fue respaldado por Estados Unidos, cuyos funcionarios declaraban casi diariamente en favor de la autonomía presidencial, seguros de que Palacio de Gobierno no haría concesiones al terrorismo. Un pronunciamiento de Nicholas Burns, vocero del Departamento de Estado norteamericano, fue favorablemente recibido por Fujimori porque era un bofetón a los presidentes y gobiernos que deseaban inmiscuirse en sus decisiones. Este decía que las autoridades peruanas debían disponer de un “margen de maniobra” en las negociaciones con el MRTA, y que los estadounidenses y extranjeros debían “resistirse a la tentación de brindar muchos consejos”¹⁵¹. En otro momento, el mismo Burns informó del envío de asesores norteamericanos al Perú, aunque no quiso confirmar ni negar si la Fuerza Delta¹⁵² había llegado a Panamá, como escala previa a Lima.

Desde Rusia, Yeltsin ensalzó el liderazgo de Fujimori frente al MRTA y lo exhortó a mantener la ‘mano dura’ al recalcarle que “afrontaba un desafío para toda la comunidad mundial”. Les pidió a los países industrializados del G-7 respaldar al presidente peruano y buscar una respuesta coordinada para resolver la crisis, pero sobre la posibilidad de una intervención armada: “La situación requiere demostrar en la práctica cómo podemos actuar para ayudar a la gente indefensa que es víctima del terrorismo”¹⁵³.

Posteriormente, el G-7 difundiría desde París un comunicado de apoyo a Fujimori, reiterando lo peligroso que sería aceptar las condiciones del MRTA, porque “ante una acción terrorista, ninguna concesión debe ser consentida”¹⁵⁴. El G-7 también apoyó la alocución de Fujimori del 21 de diciembre, respecto a que el MRTA debía entregar las armas y liberar a los rehenes sin excepción. Esta declaración fue publicada en grandes titulares por la prensa nacional e

¹⁵¹ AGENCIA AFP. “Gobierno peruano debe tener margen de maniobra”. Diario *La República*. Lima, 21 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 4.

¹⁵² La Fuerza Delta (Delta Force) es una unidad de comando altamente especializada del Ejército norteamericano, orientada a labores contraterroristas y de rescate de rehenes. Fue creada en 1977.

¹⁵³ Diario El Comercio. “Explosión en la residencia causa conmoción”. Lima, 26 de diciembre de 1996. Página 1.

¹⁵⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

internacional, como el espaldarazo que Fujimori necesitaba para manejar con suficiencia la crisis de los rehenes.

Pérez de Cuéllar fue realista y pragmático: le pidió a Fujimori que fuera flexible en lo humanitario, pero inflexible en lo jurídico. Es decir, que nunca negocie con el MRTA¹⁵⁵. El presidente también recibiría el apoyo de Mario Vargas Llosa, aunque de un modo indirecto, pues la oposición del escritor nunca dejó de ser férrea y sostenida. Fue cuando Vargas Llosa criticó a la prensa mundial por señalar que Sendero Luminoso era radical y fanático, y que el MRTA era “moderado y más político”. Dijo que esa diferenciación era una falacia porque “nunca hay buenos terroristas”¹⁵⁶.

Fujimori cerraría el año con la felicitación de George H. W. Bush. La carta del presidente norteamericano fue emotiva porque comparaba “la firmeza y el coraje” de Fujimori con la operación *Desert Shield*, ordenada en 1990 por la Casa Blanca para expulsar a Irak de Kuwait. Bush recordó que Saddam Hussein había secuestrado a diplomáticos y a civiles norteamericanos para forzar la retirada estadounidense, y que en Washington sus asesores le recomendaban transar con el dictador. No lo hizo y los cautivos fueron liberados posteriormente con una pulcra operación de rescate. Por esa razón, manifestó que la posición de Fujimori de no negociar con el terrorismo “generaba orgullo en él y en muchos norteamericanos”¹⁵⁷.

Ahora bien, el desencuentro entre Tokio y Lima fue clarificado cuando la agencia *AFP* citó declaraciones de Seiroku Kajiyama, portavoz del gobierno japonés, respecto a que había una “gran diferencia entre las posiciones del Perú y de Japón”¹⁵⁸. Ese día, Fujimori había rechazado liberar a los emerretistas presos, y la respuesta de Tokio no se hizo esperar. También había

¹⁵⁵ Diario La República. “Sería peligroso ceder a presiones del MRTA”. Lima, 20 de diciembre de 1996. Sección Política, página 6.

¹⁵⁶ VARGAS LLOSA, Mario. “Los buenos terroristas”. Diario *El País*. Madrid, España. Fecha de publicación: 24 de diciembre de 1996. Fecha de consulta: 25 de marzo del 2016. Disponible en: <http://goo.gl/uHYi5k>

¹⁵⁷ En la mayoría de diarios de Lima.

¹⁵⁸ AGENCIA AFP. “Japón dice tener grandes diferencias con el Perú”. Diario *La República*. Lima, 21 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 21.

discrepancias semánticas. Al referirse a la vida de los rehenes, Japón utilizaba la palabra “asegurar”¹⁵⁹. De Fujimori se escuchaba “salvaguardar”¹⁶⁰. Lo interesante es que una operación militar puede ejecutarse para “salvaguardar” a los cautivos, sin que se pueda “asegurar” la sobrevivencia de ellos. Fujimori asumía el lenguaje de los países ‘duros’ en materia antiterrorista, como reflejo del apoyo recibido.

Cuando la exigencia japonesa de negociar con el MRTA ganaba espacios en Europa, autoridades de Canadá y de Estados Unidos aparecían de inmediato para respaldar la defensa y la seguridad estatal del Perú. Por ejemplo, el canciller canadiense Lloyd Axworthy pidió al mundo “asumir una actitud enérgica frente al terrorismo” y rechazó el diálogo con el MRTA porque era “crucial construir una posición común para no premiar ese tipo de acciones terroristas”¹⁶¹. Rusia se plegaría al grupo posteriormente, con Yeltsin brindando frases resonantes a la prensa mundial.

Debido a que Cerpa y el MRTA fueron colocados entre la espada y la pared, el discurso de Fujimori del 21 de diciembre fue aplaudido en varias latitudes por su firmeza y porque la condición de rehén de su hermano Pedro (y de otros familiares) no le hizo variar una política de Estado. El manejo realista y racional ganó adeptos en los foros internacionales, especialmente en el Consejo de Seguridad de la ONU, tanto que Japón tuvo que retroceder y manifestar su respaldo a Fujimori. Hashimoto expresaría: “Quiero aclarar que el gobierno japonés apoya las propuestas de su mensaje”¹⁶². Sorprendidas por el cambio, las agencias de noticias incidieron en las distancias habidas entre Tokio y Lima, y que ahora no existían. La agencia *AP* sostuvo:

Reiteradas veces, el gobierno japonés ha hecho hincapié en su deseo de que se le otorgue una máxima importancia a la

¹⁵⁹ Diario El Comercio. “Llegó canciller de Japón y se reunió con jefe del Estado”. Lima, 20 de diciembre de 1996. Página 1.

¹⁶⁰ Diario El Comercio. “Mandatario afirma que objetivo es garantizar la vida de los rehenes”. Lima, 20 de diciembre de 1996. Página 1.

¹⁶¹ AGENCIA AP. “Canadá pide actuar con energía contra el terrorismo”. Diario *El Comercio*. Lima, 21 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 1.

¹⁶² En la mayoría de diarios de Lima.

seguridad de los más de 300 rehenes cautivos en la residencia, que técnicamente es territorio japonés.

Sin embargo, Fujimori ha dicho que no tiene intenciones de ceder a las demandas de los terroristas del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, conocido con las siglas de MRTA, quienes exigen la excarcelación de centenares de sus camaradas encarcelados¹⁶³.

Cabe señalar que días después de ocurrida la toma, Fujimori 'descartó' rápidamente una salida militar, y eso demostró que podía haber 'mano dura' sin una incursión armada. No obstante, Fujimori lo hizo para ganar tiempo y confundir a los secuestradores, y no como señal de condescendencia hacia ellos¹⁶⁴.

Aupado desde el exterior, Fujimori aplicó 'mano dura' con Cerpa, dentro y fuera de la residencia. El 27 de diciembre, desde Palacio de Gobierno, decretó el estado de emergencia por 60 días en el departamento de Lima y en la provincia del Callao, para facilitar el trabajo de las Fuerzas Armadas y policiales, buscando que sus efectivos y sus agentes de inteligencia intervengan directamente en el conflicto. La medida sería repetida en dos ocasiones más: en febrero y en abril de 1997. La decisión no era popular, pero Fujimori la aplicó. Desde 1980, extensas zonas del país fueron declaradas en emergencia por causa del terrorismo, y hacerlo en los noventa resultaba chocante para la ciudadanía y peligroso para la democracia. Muchas violaciones a los derechos humanos habían ocurrido bajo esa figura constitucional, por lo que era un tema muy sensible para Fujimori y su gobierno.

Por esos días, Bolivia descartó oficialmente seguir el camino de Uruguay, cuyas autoridades habían canjeado a dos emerretistas presos en

¹⁶³ AGENCIA AP. "Primer ministro de Japón apoya llamado de Fujimori". Diario *El Comercio*. Lima, 23 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 1.

¹⁶⁴ El 21 de diciembre, el presidente del Congreso, Víctor Joy Way, reafirmó ante la prensa nacional e internacional que el gobierno rechazaba cualquier acción armada contra el MRTA, prefiriendo una salida negociada que no ponga en riesgo la vida de los rehenes. En la mayoría de diarios de Lima.

Montevideo por la liberación de su embajador en Lima, Tabaré Bocalandro. Bolivia tenía en sus cárceles a cuatro miembros del MRTA, y su postura fue un enorme respaldo a la estrategia de Fujimori de no transar con el terrorismo.

Otras medidas enérgicas se apreciaron después. El 8 de enero, frente a diversos rumores llegados del exterior, Fujimori emplazó a Tokio y a ciertas empresas niponas que estudiaban la posibilidad de pagar un rescate por los cautivos. La reprimenda fue tan directa que las autoridades japonesas se vieron obligadas a rechazar la acusación a través de un comunicado del Ministerio de Relaciones Exteriores¹⁶⁵. Fujimori reiteró sus sospechas el 31 del mismo mes, cuando afirmó en Miami que no descartaba que compañías japonesas “hayan abonado dinero por sus ejecutivos que estuvieron de rehenes”¹⁶⁶. Además, en un acto desafiante hacia Cerpa y el MRTA, Fujimori forzó una ley en el Congreso para mantener en sus cargos a los ministros Tudela y Muñante.

La posición de Tokio fue difícil para Fujimori por su ambigüedad. Si bien Japón rechazaba negociar con el MRTA, públicamente demandaba sacar con vida a los rehenes, pero negándose –aquí lo paradójico– a consentir un operativo militar. A partir de la evidencia en prensa, se concluye que la autonomía decisoria de Fujimori tuvo altibajos al inicio, pero que luego pudo normalizarse con el uso del silencio y del secreto. Mantenerse irreductible no fue fácil, según Prieto:

Nadie ha dormido esa primera noche, Lima fue una ciudad en vela. El mundo observa incrédulo un acto temerario. Los gobernantes de Japón y de todos los países que tienen rehenes se han reunido también en sus sedes oficiales para analizar el problema. Comienzan a llegar preguntas de los cinco

¹⁶⁵ Algo que complicaba el plan de Fujimori era la práctica japonesa de transar ante a los secuestros. Apenas cuatro meses antes del golpe emerretista, la empresa Sanyo había pagado US\$2 millones por la liberación de Mamoru Konno, funcionario raptado en Tijuana (México) por el crimen organizado. Lo mismo ocurrió en 1977, cuando Tokio entregó US\$6 millones al Ejército Rojo Japonés por un avión con 150 pasajeros que había sido desviado a Bangladesh. La nave pertenecía a Japan Airlines, la principal empresa nipona de transporte aéreo. En ambos casos, los millonarios rescates fueron pagados para evitar una crisis política interna.

¹⁶⁶ Diario El Comercio. “Fujimori critica al MRTA por demandas inconsistentes”. Lima, 1 de febrero de 1997. Sección Política, página 4.

continentes, llamadas telefónicas de los jefes de Estado y de gobierno, que Fujimori no puede o no quiere atender. Solamente atiende al Primer Ministro de Japón, Ryutaro Hashimoto, quien muy preocupado le pide información de primera mano y le pregunta por su criterio de acción. Fujimori lo tranquiliza y le dice que está evaluando la situación y que le mantendrá informado. El jefe de gobierno nipón le anuncia que el canciller Ikeda viajará de inmediato a Lima para acompañar las primeras acciones y defender la vida del embajador Aoki, junto a la de los demás connacionales cautivos. Quizá incómodo, Fujimori le da la bienvenida. (1997: 38)

El jefe de la diplomacia japonesa, Yukihiko Ikeda, llegó al país el 19 de diciembre, y rápidamente quiso imponer las condiciones de Tokio. En la sala de espejos de la política, los mensajes oficiales pueden ser reflejos torcidos o difusos. Eso lo confirmó el presidente del Congreso, Víctor Joy Way, cuando rápidamente aclaró a la prensa que la visita de Ikeda no debía interpretarse como una presión al gobierno¹⁶⁷. Pero sí la hubo: en su visita a Palacio de Gobierno, Ikeda le dijo a Fujimori que las relaciones entre Perú y Japón se verían seriamente afectadas si se produjese una incursión militar.

Los empresarios japoneses cautivos en el recinto diplomático también se sumaron a la presión contra Fujimori. Cartas en español y en inglés llegaron al despacho de Hashimoto, pidiendo severamente la intervención de Tokio para obtener resultados concretos: “Necesitamos que el gobierno japonés haga un llamado fuerte e inmediato al gobierno peruano para que todos los rehenes puedan ser liberados tan pronto como sea posible”¹⁶⁸.

Pasaron las semanas y diversos analistas empezaron considerar que la salida más realista era la militar. Giampietri comenta que Fujimori siempre lo supo, pero que la certeza la tuvo a finales de enero. Para contrarrestar las maniobras japonesas que buscaban ceder ante el MRTA, Fujimori entendió que necesitaba una segunda oleada de apoyo internacional, similar a la que recibió

¹⁶⁷ Diario El Comercio. “Joy Way afirma que liberación de rehenes es resultado del diálogo”. Lima, 22 de diciembre de 1996. Sección Política, página 4.

¹⁶⁸ AGENCIA AFP. “Hashimoto dice que liberaciones son el comienzo del diálogo”. Diario *El Comercio*. Lima, 30 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 3.

horas después del secuestro y que le ayudó a desarrollar su estrategia del tiempo y del silencio.

Sin embargo, aparentando el deseo de una salida pacífica, Fujimori envió a su hermano Santiago a Cuba para lograr que Fidel Castro asile a los emerretistas. Castro aceptó hacerlo con algunos y por breve tiempo. No era lo que el gobierno esperaba, y por eso Fujimori entendió que debía hilar muy fino en el exterior¹⁶⁹. Bajo esa premisa, y sabiendo que los gestos diplomáticos serían relevantes, especialmente con Japón, Fujimori buscó reunirse con Hashimoto en Canadá, antes que con cualquier otro líder. La cita sería conocida como la Cumbre de Toronto.

El 1 de febrero y en territorio canadiense, Fujimori fue calculadamente frío y directo con Hashimoto: le informó que estaba preparando un plan de contingencia militar, y que solamente iba a aplicarlo si la salud y la vida de los rehenes corría peligro. Hashimoto comprendió el planteamiento y de inmediato ofreció asesoramiento castrense, pero Fujimori no aceptó porque prefería que el plan fuera elaborado con tácticas e inteligencia del SIN y de las Fuerzas Armadas.

Esa fecha y en horas de la tarde, en los salones privados del hotel Sheraton de Toronto, ambos mandatarios aprobaron una declaración conjunta en la que acordaban “promover el inicio de conversaciones preliminares” entre el interlocutor del gobierno y un representante del MRTA, para la rápida solución del conflicto.

Fujimori y Hashimoto lograron sus cometidos. Si bien Hashimoto incluyó al embajador Terusuke Terada en la comisión de garantes, Fujimori estableció hábilmente un puente hacia la solución militar, cuando en el punto 6 quedó explícito que “la preservación de la salud física y mental de los rehenes era

¹⁶⁹ El viaje de Santiago Fujimori a Cuba se habría producido a finales de enero de 1997.

indispensable para el desarrollo de las conversaciones que condujesen a una salida pacífica”¹⁷⁰.

Fue una frase que los asesores del premier Hashimoto no valoraron en su real dimensión: la vida de los rehenes estuvo en riesgo desde que empezó el secuestro, con captores amenazando de muerte a Tudela, mostrando fusiles y granadas, y haciendo simulacros de ejecución constantemente. De esa manera, el permiso de Tokio para un develamiento armado era una realidad, aunque fuera de manera tácita¹⁷¹.

Otro logro de Fujimori fue que Japón reconociese que la excarcelación de emerretistas era inviable, y que esa postura “coincidía con la opinión de toda la comunidad internacional”¹⁷².

Tras la firma del acuerdo en Toronto, Fujimori y Hashimoto brindaron una conferencia de prensa con periodistas de todo el mundo. Ahí el mandatario peruano estableció nuevamente la distinción amigo-enemigo con el MRTA, al señalar que ellos eran terroristas y no “rebeldes” o “guerrilleros” en el Perú, y que ese trato era benevolente porque no guardaba relación con el daño y con las atrocidades que cometieron desde 1984¹⁷³.

El daño causado al MRTA por el contraste amigo-enemigo era notable, pero no fue el único. Se sumaron otros de tipo psicológico y de liderazgo, vinculados con el manejo que Fujimori efectuó del silencio y del tiempo. Poco antes de la rueda de prensa de Fujimori con Hashimoto, la cadena *CBS* entrevistó a Cerpa. Presionado por sus mandos, se mostró enfadado y desesperado: “Reto al gobierno peruano a tomar una opción para acabar con la

¹⁷⁰ En la mayoría de diarios de Lima.

¹⁷¹ Llegó a trascender en la prensa que la reunión de Toronto tenía más motivaciones bélicas que pacíficas. El diario *El Comercio* informó que en Canadá “circulaban versiones de que el encuentro entre Fujimori y Hashimoto serviría para concretar un eventual uso de la fuerza en la residencia diplomática”. IZAGUIRRE, Claudia. “Crucial encuentro Fujimori-Hashimoto hoy en Toronto”. Diario *El Comercio*. Lima, 1 de febrero de 1997. Página 1.

¹⁷² En la mayoría de diarios de Lima.

¹⁷³ En la mayoría de diarios de Lima.

crisis. Que la tome de una vez, cualquiera que sea, pero que lo haga” (Montesinos 2016: Tomo 1, 493).

Luego del periplo en Canadá, Fujimori viajó a Washington para reunirse con Clinton. La cita no estaba pactada, y por eso el mandatario norteamericano tuvo que hacer cambios de última hora en su agenda. La fecha escogida fue el 3 de febrero. Desde el inicio de la crisis, Clinton saludó la decisión del gobierno de no liberar terroristas. Tras el encuentro, Fujimori sostuvo que el apoyo seguía siendo “excepcional y permanente”¹⁷⁴. Algunos medios de comunicación resaltaron que Clinton había alabado la “paciencia” del visitante en el manejo de la crisis¹⁷⁵.

Fujimori volvió a plantear la distinción amigo-enemigo, nuevamente ante la prensa mundial. Fue cuando dijo que a los integrantes del MRTA se les podía llamar “delincuentes” o “criminales” en todo momento, sin que esos adjetivos puedan alterar o frustrar las conversaciones en Lima, porque “siempre debemos ser francos y claros”¹⁷⁶. La orientación amigo-enemigo resalta en Fujimori, sobre todo si es comparado con Palermo, quien desde la primera reunión con el MRTA decidió no usar la palabra “terrorista” en sus declaraciones, con el fin de evitar una confrontación con Cerpa y sus secuaces (Hidalgo 2007: 79).

En la capital estadounidense, Fujimori acentuó su virulencia, contrastando la legitimidad de su gobierno frente al MRTA, y resaltando al “Estado fuerte” que él personificaba: “El MRTA no controla ni un metro cuadrado del territorio peruano, con excepción de la residencia japonesa, y no tiene seguidores. Hay que buscar como aguja en un pajar al MRTA, y por eso

¹⁷⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

¹⁷⁵ Diario La República. “Clinton apoya paciencia de mandatario peruano”. Lima, 4 de febrero de 1997. Sección Política, página 2.

¹⁷⁶ Diario El Comercio. “Clinton apoya a Fujimori en crisis de los rehenes”. Lima, 4 de febrero de 1997. Página 1.

no podrá haber ningún acuerdo de paz. Ellos no representan a ninguna fuerza política”¹⁷⁷.

El presidente terminó su estadía en Washington con un discurso ante el Consejo Permanente de la OEA, y escuchando la felicitación pública de César Gaviria, titular de ese organismo, por su adecuado manejo del problema. Posteriormente, también en una conferencia de prensa, Fujimori aseguró que había convencido a Cerpa de que era imposible liberar a todos sus compinches, y que ese éxito era consecuencia de su “paciencia”. No obstante, sería desmentido por Isaac Velasco, vocero emerretista en Europa, quien señaló que el MRTA nunca abandonó la exigencia de excarcelar a sus militantes.

Luego Fujimori quiso ir a Cuba, pero ese viaje no le pareció prudente tras haber sido bien recibido por Clinton. Llegaría a República Dominicana, aprovechando una supuesta escala técnica, para preguntarle a su homólogo Leonel Fernández si podía recibir a los emerretistas, en el hipotético caso de que aceptasen liberar a los rehenes y ser trasladados a otro país. Fernández le dio su apoyo y resaltó su liderazgo en el problema. La cita se realizó el 4 de febrero, pero habría otra semanas después¹⁷⁸.

El 10 de ese mes, Fujimori llegó a Londres para seguir acopiando respaldo internacional. El primer ministro británico John Major declaró: “Quisiera asegurarle de que cuenta con el apoyo de todos nosotros en los esfuerzos que viene desplegando”¹⁷⁹.

¹⁷⁷ Diario El Comercio. “Clinton apoya a Fujimori en crisis de los rehenes”. Lima, 4 de febrero de 1997. Página 1.

¹⁷⁸ Al viajar a diversos países del mundo, Fujimori hizo uso de la llamada “diplomacia presidencial”. La visita a su homólogo Leonel Fernández no fue gratuita. En 1989, República Dominicana recibió a 30 activistas del grupo terrorista ETA, quienes eran buscados por la justicia española. A Fujimori le interesaba conocer la fórmula legal que República Dominicana confeccionó para concretar dicho asilo, solicitado con urgencia por las autoridades de Madrid.

¹⁷⁹ FUENTES CHÁVEZ, Carlos. “Major apoya salida pacífica para rehenes”. Diario *El Comercio*. Lima, 11 de febrero de 1997. Página 1.

El encuentro en La Habana entre Fujimori y Castro ocurriría el 3 de marzo, y tuvo lugar para confirmar el asilo a los captores. También habría travesías a Bolivia para evitar que la justicia altiplánica libere a los emerretistas presos en ese país, y para informarle al presidente Gonzalo Sánchez de Lozada sobre la salud de su embajador y amigo, Jorge Gumucio.

Los viajes de Fujimori tuvieron gran impacto al interior del recinto. Dos meses después de la toma, acentuaron la fragilidad y la soledad de Cerpa. Hidalgo dice:

El cabecilla del MRTA debía buscar dentro de la mansión sus propias alianzas, mientras los noticieros de la radio anunciaban que Fujimori viajaba por el mundo y que en cada lugar recogía la solidaridad de presidentes socialistas o neoliberales. Mientras los periódicos y televisoras contaban retazos de su vida, aderezándolos con datos no confirmados. Mientras la policía filtraba a la prensa supuestos planes de ataque para seguir con la guerra de nervios que a esas alturas no se sabía cómo iba a terminar. (2007: 86)

No obstante, y a pesar de haberse producido en el Perú, es probable que el respaldo más relevante y estratégico de todos –por el descrédito y el rechazo que el gobierno sufría en ese momento– fue el que Dennis Jett, embajador de Estados Unidos en Lima, le manifestó a Fujimori apenas Cerpa denunció la presencia del túnel. El 8 de marzo, frente a una escandalizada opinión pública nacional e internacional, sostuvo: “Fujimori no puede continuar pensando en una sola solución a la crisis, pues tiene que estar preparado para todo” (Montesinos 2016: Tomo 1, 532).

Lo cierto es que con un significativo respaldo diplomático e internacional, Fujimori llegó al Perú seguro de que la solución pacífica podía ser dejada de lado, más si la vida de los rehenes llegara a correr peligro en algún momento. Y como se dijo anteriormente, el riesgo siempre fue real en la residencia del embajador Aoki. La gira presidencial permitió que la operación militar Chavín de Huántar, cuya planificación empezó apenas se ejecutó el secuestro emerretista, quedara fortalecida y legitimada en la matriz del poder.

4.3.3. LA OBSTRUCCIÓN DEL DIÁLOGO ENTRE CERPA Y LOS GARANTES

Desde que empezaron los acercamientos y luego las negociaciones con Cerpa y el MRTA, la conducta del gobierno fue artificiosa, errática y dilatoria. La evidencia en prensa y en libros –escritos por rehenes y otros– revela que el gobierno y sectores vinculados al poder siempre obstruyeron cualquier avance hacia una solución pacífica –propuesta defendida por Tokio y especialmente por la comisión de garantes– con el fin de lograr una mayor confrontación y el agravamiento del conflicto, siempre bajo el esquema amigo-enemigo.

Jara asegura que “Fujimori y Montesinos decidieron encargar a los militares la elaboración de un operativo muy detallado y preciso, y que para ganar tiempo, echaron mano a recursos dilatorios para extender las negociaciones, pero siempre manteniendo la imagen pública de que la prioridad era el diálogo y la opción pacífica, y que no existía ningún plan militar” (2007: 107).

Si bien Palermo era el interlocutor del gobierno, tardó muchos días en contactarse con el MRTA, y por eso la incertidumbre era grande en el país y en el extranjero. Tal como se menciona en este capítulo, el camino para su primer encuentro con Cerpa fue allanado por Cipriani, cuya presencia en el recinto fue autorizada por el Vaticano y por Fujimori, y también por Cerpa.

El 25 de diciembre, después de permanecer siete horas en la residencia, el monseñor Cipriani constató la desesperación de los rehenes y la impaciencia del MRTA, y por eso fue categórico con Palermo: tenía que empezar el diálogo con Cerpa lo antes posible. Como se relató anteriormente, el primer encuentro entre ambos personajes se concretaría el 28 de ese mes, y lograrlo le costó mucho al monseñor. Ciertamente, era una fecha prudente y previa a las fiestas de Año Nuevo, cargada aún con el mensaje de paz de la Navidad. Pero había reticencias: a Palermo le preocupaba que pudieran secuestrarlo, hecho que humillaría y hundiría al gobierno, y que obligaría a Fujimori a romper su estrategia del silencio y del secreto.

Palermo le informó a Cipriani que el Ejecutivo se negaba a autorizar su ingreso a la residencia, y no brindó mayores explicaciones. El prelado respondió que había empeñado su palabra con Cerpa, y fue tajante nuevamente: si no se iniciaba el diálogo, abandonaba las visitas pastorales a los cautivos. Aun así, Palermo no cedió.

La renuencia era fuerte y eso tenía que ver con Fujimori. Cipriani acudió a Palacio de Gobierno y frente al Consejo de Ministros defendió su postura: “Señor presidente, las condiciones están dadas para que el gobierno empiece el diálogo con el MRTA, y no debe perderse ni un minuto más. Considero muy factible una solución pacífica a la crisis, si es que hay una verdadera voluntad de las partes. Cerpa me ha ofrecido todas las garantías para la seguridad del ministro Palermo. Mi sugerencia es que lo autorice a ingresar mañana mismo, como se ha acordado con la cúpula del MRTA” (Cipriani 2012: 59).

Cuenta Cipriani que “Fujimori permaneció en silencio y con una expresión inescrutable” (2012: 59). Y como siempre hacía cuando debía pronunciarse sobre temas complejos, cedió primero la palabra a sus ministros. Cipriani notó que había inflexibilidad en el gabinete y en el Ejecutivo:

Arrancó una rueda de opiniones divididas. Unos estaban a favor de la negociación pacífica, pero otros defendían una postura más severa, basados en la certeza de que era imposible dialogar con los terroristas. Se notaba que veían ‘los toros desde la barrera’ y que el temor ante un escenario desconocido los impulsaba a apostar por una salida sin negociación. Les dije el peligro que corrían las decenas de rehenes cada hora, y les advertí que me parecía una equivocación no actuar cuanto antes, para encontrar vías de solución al conflicto. No los noté convencidos y siguieron argumentando razones en contra del diálogo. (2012: 59)

Los moderados fueron persuadidos por los radicales, y el debate parecía zanjado. Contrariado y alzando la voz, Cipriani le dijo a Fujimori que si no aprobaba el ingreso de Palermo a la residencia, abandonaba todo y se regresaba a Ayacucho. El prelado estaba a punto de irse de la sala, cuando

Fujimori tomó la decisión: “El ministro Palermo tiene mi autorización. Por favor, acompáñelo al encuentro con Cerpa” (Cipriani 2012: 60).

Era previsible la negativa del gobierno de sentarse a negociar con el MRTA, considerando los sucesivos desplantes a Cerpa y la severidad de la proclama de Fujimori del 21 de diciembre. A esas alturas, como se señaló anteriormente, la solución armada estaba planificándose con celeridad, tanto que la construcción de los túneles para la operación militar Chavín de Huántar empezaría a inicios de enero de 1997, apenas una semana después del encuentro entre Palermo y Cerpa (Hidalgo 2007: 109). Esto es relevante porque demuestra que Fujimori siempre consideró que el MRTA era el enemigo al que había que derrotar, y no el equivalente con el que se debía negociar y transar.

El músculo militar había aparecido de inmediato para buscar una salida violenta. Eso fue evidenciado el 19 de diciembre por el periodista Edmundo Cruz, uno de los investigadores más reconocidos del país, con información obtenida el 18 y el mismo 17, horas después del secuestro: “Por cierto, no han faltado voces que se han pronunciado a favor de una posición intransigente al estilo israelí, bajo el argumento de que entablar un diálogo con el MRTA sería una concesión al terrorismo de nefastas consecuencias para la pacificación. Algunas de esas posiciones han provenido de sectores castrenses”. Además, Cruz sostuvo que la decisión de nombrar a Palermo como interlocutor “no fue fácil de tomar” y que “tuvo que abrirse paso entre un cúmulo de presiones”¹⁸⁰.

Frente a frente el 28, el líder emerretista le planteó con insistencia a Palermo la excarcelación de sus centenares de camaradas y el cambio de la política económica neoliberal del gobierno, pero el representante estatal le aclaró que ambas cosas eran imposibles. La cita duraría dos horas y solamente se trataron esos dos temas.

¹⁸⁰ CRUZ, Edmundo. “Militares proponen una salida a sangre y fuego”. Diario *La República*. Lima, 19 de diciembre de 1997. Sección Especial, página 10.

Las visitas de Cipriani a la residencia se hicieron continuas y muy agradecidas por los cautivos. Celebraba misa, confesaba y brindaba prédicas de paz y esperanza. Las llegadas de Palermo no tuvieron la misma asiduidad por diversas razones. Cipriani esperaba concretar una reunión después de Año Nuevo, pero no se pudo. Verdadera o no, la excusa de Fujimori fue la llegada a Lima del presidente ecuatoriano Abdalá Bucaram, y nuevamente la posibilidad de que Cerpa secuestre a su emisario¹⁸¹.

La siguiente visita de Cipriani ocurrió sin Palermo, y eso molestó mucho a Cerpa y a sus lugartenientes. Cuando Palermo lo llamó por radio para buscar una nueva fecha, el cabecilla terrorista fue desatento: “Cuando usted quiera. Yo estoy aquí, no me moveré”. De inmediato, Cipriani entendió que los intereses de Cerpa habían cambiado: ahora quería hablar con la prensa internacional, y prescindir del interlocutor. ¿Cuál fue la razón? Cerca de las fiestas de fin de año, la policía recibió del gobierno el encargo de llevar a los periodistas nacionales y extranjeros al frontis de la residencia, para que puedan grabarla y fotografiarla. El trabajo se estaba haciendo por grupos y por turnos, para evitar desórdenes que pudieran alterar el ambiente. El 31 de diciembre, un reportero japonés rompió el cerco de seguridad y corrió al interior del recinto, lo que fue imitado por todos sus colegas. Cerpa los hizo entrar y les habló por más de 40 minutos. Luego llamó al canciller Tudela y a otros rehenes para que por medio de la prensa le exijan a Fujimori acelerar las negociaciones.

Cerpa comprendió que los medios de comunicación podían ser demolidores y muy efectivos para presionar a Fujimori y a Hashimoto, así como a la comunidad internacional.

Ahora bien, luego se supo que llevar a la prensa a la sede japonesa fue una táctica del SIN para infiltrar a sus agentes y obtener fotografías de los captores y detalles de la edificación¹⁸². De esa forma, el gobierno (o Fujimori)

¹⁸¹ El presidente Bucaram recién llegaría al Perú el 13 de enero.

¹⁸² El 30 de diciembre, la Cruz Roja canceló el ingreso de un grupo de periodistas a la residencia, tras detectar que agentes del SIN merodeaban el lugar. El diario *La República* informó que Cerpa se enfureció con el gobierno, suspendiendo la negociación y frustrándose

indirectamente rompía el diálogo, porque arrojar a Cerpa a los medios de comunicación trajo consigo una guerra mediática que se tradujo en el endurecimiento de las posturas. Por lo demás, la artimaña era parte de la operación de rescate que se estaba planificando, y nadie fue capaz de notarlo. Cipriani dice:

Como Cerpa utilizaba a los medios de comunicación, que siempre reproducían sus delirantes exigencias, Fujimori también reaccionó con dureza a través de la prensa. Por un lado, el líder emerretista se obcecó en señalar que no empezaría ninguna conversación si no se liberaba a sus presos. Por el otro, el gobierno respondió que ese tema estaba descartado en un posible acuerdo. El puente se había roto. Había que reconstruirlo. Sin embargo, apenas se empezaba a hilvanar la filigrana de un contexto pacífico y razonable, una de las partes disparaba su artillería verbal. Cerpa amenazaba con endurecer las condiciones del secuestro y manifestaba su desconfianza al diálogo. Y Fujimori atacaba al MRTA sin facilitar ningún acuerdo. (2012: 82-83)

Los conflictos eran iniciados por Fujimori y desde un insólito lugar: la presidencia. Por la naturaleza de su cargo, un jefe de Estado debe consensuar y buscar el menor daño, pero Fujimori no representaba ese tipo de autoridad. Para él, la política siempre fue un escenario de confrontación. Cipriani recuerda que diariamente tenía que calmar a Cerpa por los insultos que el presidente le profería ante la prensa, y que el líder terrorista le decía que le respondía a Fujimori para “no brindar una señal de debilidad” (2012: 83). Había momentos en los que Cerpa se tranquilizaba y parecía que cedía. Pero súbitamente se transformaba en un ser irracional y volvía a la exigencia de liberar a todos sus secuaces. Cuando Palermo le preguntaba a los garantes sobre el origen de esos cambios, Cipriani le señalaba que Fujimori había insultado al cabecilla emerretista por televisión (Cipriani 2012: 84).

una nueva “salida de rehenes”. Diario La República. “Suspenden negociación y se frustra salida de rehenes”. Lima, 31 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 2. Otros medios de prensa difundieron que la Cruz Roja solamente se había retirado del lugar por corto tiempo, en protesta por la presencia policial en zonas restringidas.

En Palacio de Gobierno, el prelado hablaba con Fujimori para “que dejara de caldear los ánimos de los terroristas con sus punzantes declaraciones” (Cipriani 2012: 83). No obstante, Cipriani reconoció que se “estrellaba con un muro” (2012: 83). Bajo ese marco, el presidente cerró 1996 descalificando y tratando como enemigo al MRTA, marcando nuevamente la diferenciación “nosotros” y “ellos”. Fujimori dijo:

La trayectoria de Cerpa y del MRTA está manchada de secuestros y de asesinatos, de coches-bombas con poderosos explosivos y de cárceles del pueblo, tan tristemente célebres. Eso es terrorismo. Aquí en el Perú hay 23 millones de ciudadanos frente a un puñado de emerretistas en la embajada. Históricamente, el MRTA no tuvo ni tiene apoyo de las masas campesinas. Tampoco lo tuvo Sendero Luminoso, y por encontrarse huérfanos de apoyo social, ambos utilizaron el terror como arma principal contra el país¹⁸³.

A inicios de enero, la relación entre el gobierno y el MRTA estaba rota. El 8 de ese mes, durante una supervisión de obras en Chaclacayo, Fujimori volvió a la carga con la lógica amigo-enemigo, tan destructiva para la conciliación. Ante centenares de pobladores, dijo: “El gobierno no cede ante los chantajes. No vamos a permitir que los terroristas, los cuales piden ahora un acuerdo de paz, sean liberados, luego de que han asesinado y cometido atentados contra el pueblo peruano”¹⁸⁴.

Con ingenio, los que deseaban una salida pacífica debían crear un mecanismo que nuevamente juntase a las partes en la mesa de negociaciones, pero pasando por alto la excarcelación de los emerretistas. ¿La causa? Esa demanda era excluyente y paralizante. Fue así que Tudela propuso iniciar una ronda de “conversaciones preliminares” con solamente tres objetivos: elaborar el reglamento de las futuras negociaciones entre el gobierno y el MRTA, poner en funcionamiento una comisión de garantes y reconocer que cualquier solución debía someterse al Estado de derecho. El tema de las liberaciones

¹⁸³ Diario La República. “Fujimori descarta liberación de emerretistas presos”. Lima, 1 de enero de 1997. Sección Especial, página 3.

¹⁸⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

quedaba afuera. Sin embargo, los emerretistas rechazaron la propuesta porque era posible que Fujimori la exhiba como un triunfo.

Cipriani y Tudela quedaron golpeados, pero pronto idearon otra opción. Debido a que Cerpa temía quedar como derrotado, podía usarse el recurso diplomático de la “nota verbal”. Cerpa le dictaría a Cipriani que el MRTA estaba dispuesto a reiniciar las conversaciones con el gobierno, pero sin centrarse en sus exigencias para no romper el acercamiento. El prelado firmaría el documento y lo llevaría a Palacio de Gobierno. Fujimori desconfió al principio, pero luego aceptó y se abocó a la formación de la comisión de garantes, cuya instalación formal se realizaría el 28 de enero. Inicialmente serían escogidos tres personajes: el monseñor Juan Luis Cipriani y el embajador canadiense Anthony Vincent, junto al jefe de la Cruz Roja en Lima, Michael Minnig¹⁸⁵. Luego se sumaría el diplomático Terusuke Terada, como observador y representante de Japón.

Casi a mediados de mes y en plena distensión, Palermo hizo declaraciones a la prensa que enervaron a Cerpa. Afirmó que continuarían prohibidas las visitas a los presos del MRTA, y que el reinicio de las conversaciones tendría dos principios: la liberación incondicional de los rehenes y el rechazo a la excarcelación de emerretistas.

Cerpa respondió que el MRTA nunca renunciaría a la liberación de sus secuaces, y que ese sería el punto central de las conversaciones, junto a la mejora de las condiciones penitenciarias. Es decir, volvía a su posición original. Cerpa dijo sentirse engañado y burlado por el gobierno, y que no retomaría el diálogo si es que sus demandas eran ignoradas. Cipriani recuerda:

La cuerda se volvió a tensar peligrosamente. Temíamos una ruptura en las conversaciones que pudiera desencadenar una acción armada del MRTA o de las fuerzas de seguridad, porque era conocido que existían sectores del régimen fujimorista decididos a recuperar la embajada japonesa con una intervención militar de impredecibles consecuencias. En esos

¹⁸⁵ Debido a la naturaleza de la Cruz Roja, la labor de Minnig fue únicamente humanitaria. Quedó excluido de las decisiones políticas.

días, todos redoblamos esfuerzos para convencer a las partes de que debían proceder con absoluta prudencia y sin apasionamientos. (2012: 102)

Por su intransigencia y enfado, sorprendió que el 15 de enero Cerpa confirmara la necesidad de que la comisión de garantes se ponga en marcha. Después de varias jornadas, Cipriani, Vincent y Minnig respiraron tranquilos. Desde Tokio, Hashimoto pidió calma y reflexión a las partes, pronunciándose en favor de una salida pacífica. El gobernante japonés observaba que las mutuas hostilidades podían conducir a un incremento de la violencia con lamentables consecuencias. Según Hidalgo, la pelea entre el gobierno y el MRTA era desigual, y el más afectado era Cerpa:

El carácter de Cerpa mostraba cada vez más fisuras. Lo hartaba la poca resolución del negociador del gobierno, que siempre pedía tiempo para consultar con el presidente. Acumulaba el fastidio de varios pedidos negados, como la presencia del Defensor del Pueblo o del padre Hubert Lanssiers, un sacerdote famoso por su trabajo con los condenados injustamente por terrorismo. Lo irritaba que Fujimori distrajera a la prensa comiéndose un ceviche en un restaurante de Lima con su extravagante colega ecuatoriano Abdalá Bucaram, mientras que sus pedidos de mediación internacional habían sido declinados por el presidente ruso Boris Yeltsin y por el líder cubano Fidel Castro, situaciones que en el lenguaje de los signos políticos le restregaba su condición de personaje menor. (2007: 70)

En el MRTA había terquedad, y en el gobierno hostilidad. Después llegaría uno de los momentos de más alto antagonismo entre Fujimori y el MRTA, y que estuvo a punto de provocar una tragedia.

4.3.3.1. PROVOCACIONES Y TIROTEOS FRENTE A LA RESIDENCIA

Los esfuerzos por concertar el diálogo se quebraron el 24 de enero, cuando la policía transgredió la zona neutral impuesta por la Cruz Roja e hizo desfilar frente a la casa de Aoki una decena de tanquetas de la Dirección Nacional de Operaciones Especiales (Dinoes) con efectivos muy bien pertrechados y portando armas de largo alcance, mostrando un poderío pocas

veces visto en la capital. Y como si eso fuera poco, un helicóptero policial hizo intimidantes y sonoros vuelos rasantes sobre el recinto, en franco desafío a los terroristas y poniendo en peligro la vida de los rehenes.

Dada la estructura de mando establecida en la crisis, era muy probable que el operativo haya sido conocido y aprobado en Palacio de Gobierno. ¿A qué jugaba Fujimori? ¿Qué pretendía?. El diario *La República* informó:

El incidente se produjo cerca del mediodía, luego de que la policía violara la zona demarcada para el trabajo de los voluntarios de la Cruz Roja, llamada “zona neutral”.

La tensión aumentó cuando dos unidades blindadas antiminas de la PNP conocidas como *Kaspir* y de fabricación israelí, desfilaron por la segunda cuadra de la calle Tomás Alva Edison, en donde se encontraba la residencia japonesa.

Era la 1:05 de la tarde y el ambiente se tornaba tenso. Los periodistas nacionales y extranjeros temieron lo peor: una camioneta de la Dines hizo sonar su sirena, y varios comandos caminaron hacia la puerta principal de la residencia, provistos de armas de largo alcance acondicionadas con silenciadores¹⁸⁶.

La Cruz Roja suspendió la ayuda humanitaria por cinco horas, lo que impidió que los rehenes recibieran sus alimentos y tomen sus medicinas. Esto ocurría poco después de que Cerpa enviara la “nota verbal” al gobierno y de que apoyara la instalación de la comisión de garantes. Fue claramente un hostigamiento con visos de boicot.

Hubo críticas al gobierno, pero jamás Fujimori hizo una autocrítica. Al día siguiente, nuevamente un helicóptero voló a baja altura y tanquetas de la Dines rondaron el lugar, en una nueva demostración de fuerza bélica. En 12 enormes parlantes colocados en las esquinas del recinto, se propalaron marchas e himnos militares que también afectaban la tranquilidad de los cautivos. Esta bulla se hizo habitual hasta el final de la crisis.

¹⁸⁶ Diario *La República*. “Cruz Roja suspende durante 5 horas ayuda humanitaria en la residencia”. Lima, 25 de enero de 1997. Sección Política, página 2.

Los emerretistas respondieron entonando canciones y lanzando arengas de guerra por medio de megáfonos colocados en las ventanas. Y a las cinco de la tarde realizaron cuatro disparos que causaron nerviosismo y alarma en las fuerzas de seguridad. El miedo volvió a la medianoche, pero ahora con las Fuerzas Armadas. Decenas de efectivos con trajes camuflados ejecutaron un aparatoso despliegue militar, portando fusiles, visores nocturnos y máscaras antigás.

La tensión continuó el 26 de enero, con efectivos en plan de ataque y con helicópteros volando sobre los captores y los rehenes.

El problema se agudizó el 27. Todo empezó a las 3:50 de la tarde, cuando llegaron a la residencia centenares de policías y militares: unos tomaban posiciones de combate y otros desfilaban por el frontis insultando y haciendo gestos obscenos a los emerretistas, mientras que dos helicópteros repetían la ruta de siempre. Grupos de comandos recorrieron el perímetro de la mansión de Aoki durante dos horas, lo que configuró la provocación más temeraria de todas. Los agravios eran directos y mirando a los ojos a los subversivos.

Los emerretistas respondieron con disparos. Una ráfaga de fusil impactó en la luna lateral de una tanqueta, pasando a milímetros de la cabeza de un policía. Según el diario *La República*, casi se desata un tiroteo:

Cuatro balas se incrustaron en la parte posterior derecha del carro antiminas, provocando la alarma entre los más de 60 policías que se encontraban en el lugar, junto a cuatro tanquetas y una camioneta policial.

Los proyectiles dañaron la escotilla de vidrio del vehículo blindado. En esos momentos, todos los presentes pensaron lo peor.

De inmediato, los policías descendieron de sus unidades y ocuparon puestos de combate, pero las órdenes de sus jefes de no responder a las balas impusieron la calma.

Los sucesos que amenazaron con desencadenar una balacera que pudo haber puesto en riesgo la vida de los 72 rehenes,

convulsionaron a los vecinos y a los periodistas que observaban los hechos¹⁸⁷.

El incidente fue cuestionado en todos los niveles –políticos, sociales, religiosos y diplomáticos– porque contradecía el supuesto deseo de Fujimori de encontrar una salida sin violencia. La explicación que luego daría el presidente no tendría ninguna justificación en una etapa de diálogo con el MRTA y con rehenes indefensos de por medio. Según él, las hostilidades policiales buscaban “hacer creer a Cerpa y a su comando emerretista que siempre era posible una operación de último minuto, de modo que no se sintiera tan confiado” (Hidalgo 2007: 108). Las razones verdaderas serían muy distintas, y confirmarían el manejo militarizado de la crisis de los rehenes¹⁸⁸.

Desde Japón y por segunda vez, el premier Hashimoto solicitó “prudencia” al gobierno. Cipriani estaba desconcertado: “Era evidente que algunos sectores del gobierno y de las Fuerzas Armadas no deseaban una solución pacífica al secuestro, por lo cual trataban de minar el diálogo entre las partes. Cada vez que conseguía calmar la furia de Cerpa, o bien cuando obtenía un compromiso del MRTA para que avanzaran las negociaciones, de inmediato se originaba una acción o una declaración destinadas a dinamitar los progresos” (2012: 105). El prelado también señaló que “gente empeñada en arruinar el diálogo” se enteraba “misteriosamente” de sus conversaciones dentro de la residencia, para sabotear o demorar sus acciones (2012: 105).

¹⁸⁷ Diario La República. “Militante del MRTA lanza ráfaga contra camión antiminas”. Lima, 28 de enero de 1997. Sección Política, página 2.

¹⁸⁸ Posteriormente, Hermoza Ríos explicaría que las “demostraciones de fuerza” en los alrededores del recinto diplomático japonés –presencia policial y militar, helicópteros a baja altura y parlantes con música estridente– eran parte de un plan de inteligencia que buscaba distraer la atención de Cerpa y del MRTA durante la excavación de los túneles (1997: 79-80). Añade que fueron acciones “calculadas con fines de engaño” para “posibilitar el éxito de la operación militar” (1997: 145).

Haber sido 'chuponeado' o espiado colocaría a Cipriani en la condición de enemigo del régimen¹⁸⁹. Para Schmitt no solamente es enemigo el rival con el que se lucha, sino también el que interfiere en los objetivos del gobernante o del Estado.

Tras los desmanes policiales que casi acaban en tragedia, Fujimori y Hashimoto viajaron a Canadá para protagonizar –el 1 de febrero– la Cumbre de Toronto, cita que fue sumamente relevante porque ambos mandatarios colocaron candados a ciertos temas y lograron compromisos que teóricamente reforzaban sus posturas. Hashimoto creyó haber dado por hecho que Fujimori no asaltaría militarmente el recinto, y Fujimori pensó que Hashimoto le había dejado una ventana abierta para hacerlo. El hijo de Matsue manejaba cartas en favor del ingreso armado, pero ante la opinión pública manifestaba que la salida pacífica era la principal opción.

Para la reunión en Toronto, Fujimori convocó a la comisión de garantes, con excepción de Minnig. El prelado no estuvo de acuerdo con el viaje, pues consideraba que teniendo la "nota verbal" en el bolsillo, el presidente debía más bien iniciar rápidamente las negociaciones con el MRTA. Pero había otra razón importante: temía que en su ausencia, las Fuerzas Armadas y policiales incrementaran su hostilidad y desataran una masacre.

Antes de subir al avión presidencial con su comitiva, Fujimori dejó una bomba al MRTA y a los garantes que desató otro conflicto. A diarios norteamericanos, italianos y argentinos declaró que Cerpa tenía un carácter voluble y que había empezado a reducir sus exigencias.

Después de dialogar con Hashimoto, Fujimori viajó a Washington para reunirse con el presidente estadounidense Bill Clinton, quien lo respaldó públicamente. El 4 de febrero, apenas llegó a Lima, Fujimori declaró que su estrategia para liberar a los rehenes contaba con el apoyo internacional, y que

¹⁸⁹ Para mediados de marzo, Giampietri sostiene que el SIN había colocado al menos 30 micrófonos espías al interior de la residencia. Alguno de ellos habría grabado los diálogos de Cipriani con los emerretistas (2011: 112).

ahora tenía “las barajas” necesarias para aplicar la fuerza. Añadió que si bien los emerretistas podían asilarse en Cuba o en otro país, previa rendición incondicional y entregando de armas, esa posibilidad era remota porque nadie iba a acoger a terroristas que habían consumado un secuestro en una sede diplomática.

Este y el anterior comentario hicieron que Cerpa se contactara con varias cadenas de noticias para atacar y desmentir a Fujimori, recalando que la prioridad del MRTA seguía siendo la liberación de sus presos. Exigió a Fujimori una inmediata rectificación. De negarse, jamás se iniciarían las conversaciones preliminares. El diálogo entre el gobierno y el MRTA quedaba nuevamente en la incertidumbre.

La jornada del 4 acabaría con media docena de disparos ejecutados por el MRTA. ¿La razón? Conmemorar el 18 aniversario de una huelga en la fábrica textil Cromotex, dirigida por Cerpa en su época de sindicalista, y cuyo develamiento costó la vida de seis obreros. Fujimori pudo callar, pero no lo hizo: “El mundo parece haber comprendido quiénes integran el grupo que ha tomado la embajada. Hoy lo han demostrado en el aniversario de un hecho sangriento. Ellos han pretendido celebrar los muertos que ocasionaron con otro asalto. Me refiero al atentado de Cromotex, recordado porque fue el inicio de su accionar criminal. De manera que ellos mismos se están delatando”¹⁹⁰.

Con ese ambiente gris y conflictivo, los garantes se reunieron el 5 de febrero con Palermo. Al salir de la cita, el interlocutor del gobierno resaltó en un comunicado la necesidad de iniciar las conversaciones con el MRTA. También anunció que los garantes volverían a la residencia lo antes posible.

Al día siguiente, frente a la comisión de garantes, Cerpa restó credibilidad a los esfuerzos de Cipriani en favor del diálogo y desconoció los acuerdos de Toronto. Aseguró que el MRTA no había sido invitado, y que Fujimori le mintió a Hashimoto al asegurar que los emerretistas no se

¹⁹⁰ Diario El Comercio. “Las fichas están sobre la mesa: los rehenes deben estar sanos y salvos”. Lima, 5 de febrero de 1997. Sección Política, página 4.

atreverían a lastimar a los cautivos. Según el prelado, el cabecilla del MRTA dijo desafiante: “Ya se lo hemos advertido: estamos dispuestos a todo. Que Fujimori no nos ponga a prueba” (2012: 142).

Cipriani le explicó a Cerpa que la “nota verbal” era clarísima y que desobedecerla sentaría un mal precedente contra el gobierno. Luego de varios minutos de deliberaciones, los emerretistas decidieron continuar con lo planificado, pese a los constantes ataques de Fujimori.

Cuando los garantes escogieron un lugar neutral para el diálogo (una casa alquilada frente a la residencia) y obtuvieron un auto blindado para trasladar a Cerpa con total seguridad, además de haber elaborado con los emerretistas un manual de responsabilidades y compromisos para ambas partes, Fujimori reiteró desde Europa que no liberaría a ningún terrorista, y que si las negociaciones fracasaban, no vacilaría en ordenar un ingreso violento al recinto. También dijo: “El MRTA y Sendero Luminoso han sido desarticulados, y ahora existen unos cuantos terroristas –como en otras partes del planeta– que buscan llamar la atención recurriendo a atrocidades y violando los derechos humanos”¹⁹¹.

A través de la cadena *WTN*, Cerpa respondió que las conversaciones fracasarían si el gobierno rechazaba liberar a sus camaradas, y que si Fujimori optaba por un ataque militar, ellos combatirían y ejecutarían a los rehenes.

Si bien Fujimori buscó desmarcarse del episodio de los tiroteos, en Londres hizo declaraciones que lo acercaron al remolino ¹⁹². Sobre la posibilidad de una salida militar, sostuvo que deseaba evitarla por todos los medios posibles, salvo que ocurra “una acción policial imprudente o casual del comando” (Prieto 1997: 75). Son varias las lecturas que pueden desprenderse de esta frase. Primero, que el presidente no descartaba nuevos hostigamientos

¹⁹¹ Diario La República. “Perú solamente pagará este año US\$500 millones por deuda”. Lima, 11 de febrero de 1997. Sección Política, página 4.

¹⁹² El 10 de febrero, Fujimori se entrevistó en Londres con el primer ministro británico, John Major, para obtener su respaldo en la crisis y negociar acuerdos comerciales.

policiales o militares en la residencia, pese a haberlos prohibido. Y segundo, que lo “casual” –algo que un régimen sin escrúpulos es capaz de manipular– podía ser un factor desencadenante. Muchos gestos y actos conducían a lo militar.

Un gran esfuerzo de los garantes hizo posible que el 11 de febrero, Cerpa y el gobierno retomaran el diálogo, lo que marcó el inicio de las conversaciones preliminares. Luego de un mes de tratativas, ambos bandos expondrían sus posturas formalmente¹⁹³. No obstante, cuando Cipriani fue a visitar a los rehenes, el líder emerretista le advirtió que no iría a las negociaciones por temor a que un francotirador le dispare y que luego se produzca un ingreso violento. Lo revelador es que el prelado sospechaba lo mismo: “Confieso que también sentía miedo de aquellos que se mostraban empeñados en dinamitar el avance de las negociaciones, porque podían cometer una barbaridad con la consiguiente muerte de muchas personas” (2012: 150).

Esa preocupación es confirmada por Jara: “Fujimori necesitaba un motivo –un riesgo o peligro mortal– para justificar el fin de la vía pacífica y ordenar la incursión militar” (2007: 205). Añade que “la excusa, en último caso, la inventarían difundiendo información falsa bajo el rótulo de ‘datos de inteligencia’. No sería la primera vez –tampoco la última– que usaban el recurso de la mentira oficial” (2007: 205).

Al final, Cerpa prefirió quedarse en el recinto, para enviar a Rolly Rojas (a) *El Árabe*. La cita no fue auspiciosa porque ambas partes se centraron en la excarcelación de los terroristas: Rojas exigiéndola y Palermo rechazándola. El

¹⁹³ Murakami sostiene que las negociaciones entre el gobierno y el MRTA tuvieron dos etapas: las “Conversaciones preliminares” –diez reuniones entre el 11 de febrero y el 12 de marzo de 1997– y el “Diálogo por separado” (1999: 110). Los garantes apostaron por el “Diálogo por separado” para recoger de manera individual las posturas del gobierno y del MRTA, con la finalidad de no seguir desgastando las tratativas al no avizorarse un acuerdo que satisfaga a ambas partes. En total, los garantes concretaron cuatro citas con el MRTA, y tres con el gobierno de Fujimori.

objetivo era construir una agenda, y nada de eso pudo hacerse. Los garantes concordaron en que el camino iba a ser muy complicado.

La segunda reunión se realizó el 14 de febrero, y fue antecedida por una guerra entre cánticos emerretistas y marchas castrenses que causaron nerviosismo y mucha tensión. Hubo una excesiva exposición de ideas, y nada se obtuvo.

El 15 hubo otra cita que sí fue positiva porque Palermo logró plantear cinco temas para la agenda, esquivada hasta ese momento: mejorar la atención humanitaria a los rehenes, formar una comisión que verifique la salud de los emerretistas presos, permitir que los familiares ingresen al recinto diplomático para visitar a los cautivos, analizar jurídicamente el asilo de los terroristas, y elaborar un procedimiento para la eventual liberación de los 72 rehenes.

No obstante, la desconfianza generada por los ataques de Fujimori hizo que Cerpa se empeñara en incluir la excarcelación de sus camaradas, aunque ahora se refería a 145 y no a 450. Al vuelo añadió otras dos exigencias, también muy complejas: el cierre de la Base Naval del Callao y la flexibilización del régimen penitenciario para los presos del MRTA.

Los emerretistas también insistieron en ser trasladados a la selva central, junto a los garantes y llevándose algunos rehenes como garantía. Según Cerpa, los cautivos serían entregados al gobierno si además las Fuerzas Armadas y policiales se replegaban de las ciudades de La Merced y San Ramón, ambas en el departamento de Junín, para facilitar el reencuentro con sus camaradas. Fue un pedido que desconcertó a los garantes. El interlocutor Palermo se opuso tajantemente.

Sin embargo, el interlocutor del gobierno aceptó la posibilidad de liberar gradualmente a 30 terroristas, con excepción de los cabecillas encerrados en la Base Naval del Callao. Dijo que esa treintena de presos y los 14 que habían tomado la residencia podrían ser asilados en Cuba o en República Dominicana. Cerpa no aceptó la propuesta. El escenario seguía siendo complicado. Hidalgo

refiere: “El grupo volvió a encontrarse en la casa alquilada para una tercera ronda que no supuso más que otras tres horas perdidas. El diálogo estaba entrampado en las mismas demandas, aquellas que Palermo tenía instrucciones expresas de rechazar” (2007: 85).

Los garantes tomaron las exigencias de ambas partes y elaboraron un borrador de agenda.

Se planteó que la cuarta reunión sea el 20 de febrero. Dos días antes, Fujimori citó a los garantes a Palacio de Gobierno para medir la temperatura de las negociaciones. El momento fue aprovechado por Cipriani, para pedirle que confirme expresamente que no iba a autorizar un rescate armado. El presidente respondió que no recurriría a la violencia, salvo que los terroristas pongan en peligro la vida de los rehenes. Los garantes le replicaron que la policía debía suspender las bravatas y los agravios en el recinto, y no generar excusas para una intervención armada.

La respuesta de Fujimori fue sorprendente y reveladora, porque pareció que estaba asumiendo la planificación de las hostilidades, o por lo menos, el haberlas conocido de antemano: “Yo soy el responsable de tomar las decisiones. Pueden estar seguros de que no habrá provocaciones por parte del gobierno” (Cipriani 2012: 63).

Pero hubo más. Cuando los garantes le informaron que algunos rehenes pensaban amotinarse por la demora de una solución, Fujimori aseguró que enviaría un mensaje a los militares y a los policías cautivos para que eviten cualquier disturbio en la sede diplomática. Fujimori se contactaba con gente al interior de la residencia, y los garantes comprendieron que el gobierno había avanzado demasiado y que sabía más de lo que aparentaba.

El presidente había accedido a los rehenes por la destreza del SIN, y eso fortaleció su perspectiva castrense en el manejo de la crisis, porque además los análisis eran elaborados por expertos de ese organismo. Parece quedar claro que para Fujimori, la solución armada pesaba más que las

negociaciones por la paz, considerando las provocaciones policiales y militares al MRTA, sus constantes ataques a Cerpa y los devaneos del gobierno frente a los terroristas. Con todo lo anterior, el papel de los garantes pudo haber sido distractivo y en favor de los planes del gobierno. Jara lo afirma:

A pesar de las múltiples declaraciones a favor de una solución pacífica, no existió a lo largo de los 126 días del secuestro, una sola propuesta capaz de permitir una negociación real para una salida sin violencia. Fujimori planteó propuestas vagas y efectistas, y sobre todo, ausentes de algo esencial en una negociación: dar algo a cambio. Incluso, cuando los terroristas rebajaron al extremo su inicial pretensión, convirtiendo su extenso listado de 471 presos que debían ser liberados por una lista de apenas 20 militantes, Fujimori respondió ofreciendo la libertad de tres desconocidos. (2007: 99)

Pues bien, el gobierno debía enviar sus propuestas al MRTA, y eso fue solicitado por Cipriani al presidente. El prelado fue claro: debían ser viables y atractivas para salir del entrampamiento que estaba consumiendo a los cautivos.

Terada le recordó a Fujimori que habían transcurrido 18 días desde la Cumbre de Toronto, y que hasta el momento no se iniciaban las negociaciones oficiales. Le pidió que aprobase el borrador de la agenda elaborada por los garantes, para intentar un rápido arreglo. Vincent remarcó que un gesto del gobierno podía ser importante para apuntalar las negociaciones. Cuando el diplomático canadiense iba a continuar hablando, Fujimori lo interrumpió: “No hace falta, porque se podría pensar que el MRTA impone su voluntad. Es mejor hablar de cualquier tema libremente” (Cipriani 2012: 164). Cipriani expresa:

Ese comentario desconcertante me recordó cómo los medios de comunicación habían difundido por esos días versiones falsas y tendenciosas, encaminadas a entorpecer el diálogo e impedir una salida negociada. Por la mezcla de mentiras con datos precisos que solamente podía conocer alguien con acceso a información confidencial, sospeché que esos rumores eran propalados por fuentes gubernativas. En el origen de esos ataques se encontraba lo que en su momento llamé el “poder oscuro” detrás del régimen. (2012: 164-165)

Posteriormente, Cipriani señalaría que ese “poder oscuro” estaba representado por Vladimiro Montesinos y el SIN¹⁹⁴.

Los garantes deseaban irse de la reunión con algunas certezas. El prelado le explicó al presidente que la crisis era compleja y que “no podía evadirse el tema de la liberación de los emerretistas presos, si lo que se deseaba era una solución pacífica” (Cipriani 2012: 165). La respuesta de Fujimori fue rotunda: “Mi decisión de no soltar a los presos del MRTA cuenta con el apoyo nacional e internacional” (Cipriani 2012: 165). Segundos después, el hijo de Matsue zanjó la conversación señalando que el mayor ofrecimiento de su gobierno a los emerretistas era tratar de convencer a Fidel Castro para que los reciba.

El 24 de febrero se realizó la quinta cita. Contra todo pronóstico, Cerpa acompañó a Rojas, y eso fue bien visto por los garantes y por Tokio. Palermo empezó la charla con su mejor carta: que Fujimori estaba dispuesto a hablar con Castro para que los acoja en La Habana. Pero Cerpa contraatacó con dos exigencias: la entrega por parte del gobierno de una lista oficial de presos del MRTA, y el aumento del número de terroristas por liberar. De 150 pasaban a ser 371, incluyendo cabecillas.

Palermo rechazó el pedido. Respondió que el gobierno no liberaría a la dirigencia emerretista, y tampoco a los sentenciados por asesinato, secuestro, robo y atentados. Intentando romper el hielo, le pidió a Cerpa mejorar la atención médica de la Cruz Roja a los rehenes, llevarles colchones para que no

¹⁹⁴ Un pie de página del libro de Cipriani titulado *Doy fe: Testimonio sobre la crisis de los rehenes en la residencia del embajador de Japón*, brinda información reveladora. Según el prelado, ese “poder oscuro” filtraba a la prensa información falsa que viciaba el trabajo de la comisión de garantes: “Basta comentar que eran invenciones, insultos al MRTA o hechos reales deformados para irritar a Cerpa o bajarle la moral, buscando que se enconara y se negara al diálogo, dificultando así llegar a acuerdos concretos. El régimen fujimorista ganaba tiempo para ir a una solución militar, argumentando que era imposible lograr un acuerdo pacífico con el MRTA, posibilidad que el mismo régimen dificultaba. Cuando hablaba de un ‘poder oscuro’ me refería obviamente al manejo que hacía Vladimiro Montesinos del SIN y así lo entendieron todos” (2012: 165).

duerman en el piso y ampliar el abastecimiento de alimentos, entre otras cosas. Con intransigencia y frialdad, Cerpa le contestó que primero el gobierno debía llevarle el documento, y luego soltar sin excepción a sus compinches.

A los garantes les resultaba imposible eliminar de la agenda la excarcelación de los terroristas del MRTA, tal como lo deseaba Fujimori. Le reiteraron a Palermo que era necesario que el gobierno suelte a algunos subversivos, por lo menos a 15 que no hubieran cometido delitos graves. Palermo ofreció consultarlo con Fujimori.

La presencia de Cerpa entusiasmó a Hashimoto, quien manifestó desde Japón que “el debate había empezado a engranarse mutuamente”¹⁹⁵. Exagerado o inexistente, ese optimismo fue quebrado por Fujimori con otra declaración inapropiada. En Junín, zona de operaciones del MRTA, recalcó que no contemplaba ninguna exención de terroristas, y que la situación era muy compleja. Agregó que las conversaciones preliminares “podían durar semanas, y que ojalá no sean meses”¹⁹⁶.

De regreso a Lima, Fujimori tuvo un altercado con un periodista de la cadena *NHK* de Japón. Cuando el reportero le insistía por la excarcelación de los emerretistas, expresó con disgusto: “¿Acaso Japón estaría dispuesto a liberar a los criminales que rociaron gas sarín en el metro de Tokio?” (Cipriani 2012: 172).

En la última semana de febrero, Fujimori prolongó por 60 días más el estado de emergencia en la capital y en el Callao, impuesto apenas estalló el secuestro en la casa de Aoki. Ello aseguraba un marco legal para cualquier medida excepcional, pues se suspendían algunos derechos y todo pasaba a control de las Fuerzas Armadas.

¹⁹⁵ En la mayoría de diarios de Lima.

¹⁹⁶ Diario El Comercio. “Fujimori exculpa al Servicio de Inteligencia por toma de rehenes en la residencia japonesa”. Lima, 25 de febrero de 1997. Sección Política, página 5.

En la cita del 25 de ese mes, las partes no variaron sus posiciones. Cerpa insistió en la lista de presos del MRTA, y Palermo tuvo que allanarse y ofrecérsela para un encuentro posterior¹⁹⁷. Solamente coincidieron en la formación de un grupo de trabajo que investigue las condiciones carcelarias y el estado de salud de los emerretistas encarcelados.

No había acuerdos y menos perspectivas de solución, y para no transmitir el malestar, los garantes siempre manifestaban en sus comunicados que las deliberaciones se desarrollaban en un ambiente constructivo y de cordialidad. Al interior de la residencia, el ambiente era sombrío. Giampietri analiza: “Hacía tiempo que mirábamos con preocupación el empantanamiento de las conversaciones entre los garantes y los secuestradores. De las diferentes maneras que existen de enfrentar la muerte, la más singular es aquella que te lleva a perderle respeto y temor” (2011: 141).

El 27 se llevó a cabo la séptima conferencia, igual de árida que las anteriores, y también con la presencia de Cerpa. La agenda seguía sin aprobarse por la terquedad del MRTA de colocar la excarcelación de sus integrantes como punto central, y por la negativa del gobierno en aceptar ese pedido. Frustradas y agotadas, ambas partes solicitaron a la comisión de garantes que elabore una propuesta de agenda que considere las posturas del gobierno y de los emerretistas, para que sea debatida después y en un clima más sereno. El tiempo transcurría y desanimaba a todos. Y Fujimori lo sabía. La siguiente cita del 3 de marzo fue igual de árida.

Molesto, Cerpa advirtió: “Aquí en el Perú, el único que toma decisiones es Fujimori. Si no va él, no vuelvo a ir” (Giampietri 2011: 125).

El 5 de ese mes se concretó la novena conversación, y casi fue cancelada por Cerpa, en protesta por los viajes que Fujimori hizo a República

¹⁹⁷ Giampietri afirma que en la reunión del 24, Cipriani propuso la excarcelación de 55 emerretistas. Al sumarse los 14 que habían ejecutado el secuestro, se obtenía una cantidad similar a la de los rehenes que estaban en la residencia. En respuesta, Fujimori sostuvo enérgicamente a la prensa internacional que la liberación de terroristas era imposible (2011: 125).

Dominicana y a Cuba, el 3 y el 4 de ese mes, respectivamente. Acabado el periplo, Fujimori brindó una conferencia de prensa para informar la disposición de Cuba de recibir a los emerretistas. Tokio resaltó la gestión de Fujimori, y consideró que la solución pacífica se afianzaba.

Cerpa dijo a los medios de comunicación que Fujimori estaba realizando una maniobra política para distraer al pueblo, porque el MRTA no había aceptado ningún tipo de asilo. Después de una larga charla con Cipriani, el dirigente emerretista retrocedió y decidió ir a la cita con *El Árabe*. El panorama tampoco fue favorable, porque Cerpa puso en tela de juicio la labor de los garantes. ¿La causa? Fujimori venía haciendo anuncios triunfalistas sobre acuerdos inexistentes. El cabecilla endureció su postura, se cerró en la liberación de sus camaradas y rechazó dialogar sobre cualquier otro tema.

Terada comprendió que el gobierno y el MRTA se alejaban del diálogo, y eso fue lo que rápidamente informó a Tokio. A las pocas horas y a través de la prensa, diversas autoridades japonesas le pidieron al MRTA que asuma “medidas realistas”.

La última conversación preliminar se produjo el 12 de marzo, una semana después del hallazgo de los túneles. Pero poco o nada cambió.

4.3.3.2. EL TÚNEL Y EL DOBLE DISCURSO DE FUJIMORI

Los esfuerzos de los garantes para evitar un desenlace de sangre no daban resultados. Y todo pareció complicarse irremediablemente el 6 de marzo, cuando Cerpa detectó ruidos extraños en el subsuelo, como si se estuviera construyendo un túnel. El descubrimiento coincidió con una visita de Cipriani y de Vincent: ambos fueron obligados a pegar una oreja al piso para confirmar la suposición, pero no pudieron (o no quisieron) ser concluyentes. El prelado le propuso hacer una “nota verbal” a Palermo, precisando las sospechas y los indicios, pero Cerpa se negó. Advirtió que haría un pronunciamiento público y que el MRTA se retiraría de las conversaciones

porque el gobierno buscaba utilizar la vía militar, pese a que ellos habían apostado por el diálogo. La cadena *WTN* puso a Cerpa al aire:

Todo indica que existe la intención de ejecutar un ataque militar, utilizando una táctica de ataque externo con infiltración interna. Eso lo sabemos perfectamente. Nosotros hemos tomado algunas medidas de precaución y de seguridad, porque estamos decididos a enfrentar cualquier situación.

También queremos anunciar que no vamos a asistir a las conversaciones, pues no creemos correcto que por un lado se hable de diálogo, y que por otro se realicen estas maniobras. No son una invención nuestra, porque a los propios retenidos les hemos hecho escuchar los ruidos. Esto tiene que quedar claro. O hay una salida política negociada, como la que habla el gobierno, o hay una solución militar¹⁹⁸.

Cipriani relata: “El escenario no podía ser peor. Al endurecimiento de las partes en la mesa de negociaciones, ahora se añadía aquella sospecha que despertaba la desconfianza del MRTA. Los garantes también nos sentíamos desconcertados e impotentes ante los últimos acontecimientos. Las chispas de la provocación caían demasiado cerca de la insensatez de los terroristas, quienes se mostraban aún más desafiantes” (2012: 186).

Lo primero que hizo Tokio fue recordarle a Fujimori que el subsuelo de la residencia también era territorio nipón, y que cualquier plan debía ser consultado y autorizado por el gobierno japonés.

Los garantes dialogaron con Cerpa y fueron francos: si era cierto lo del túnel, eso significaba que los plazos para una salida pacífica se acortaban, y que el futuro del diálogo se desdibujaba. Y que bajo esa lógica, la labor de los garantes era innecesaria. Los emerretistas estaban iracundos: Fujimori los menospreciaba y los maltrataba ante la prensa, y ahora el túnel confirmaba que sus intenciones eran militaristas y de agresión. Culpaban a Fujimori del fracaso de las conversaciones, y por eso Cerpa declararía a la cadena *WTN* que

¹⁹⁸ SÁNCHEZ, Raúl. “El MRTA suspende diálogo con el gobierno”. *Diario La República*. Lima, 7 de marzo de 1997. Sección Política, página 2.

“estaba claro que el gobierno trataba de utilizar la alternativa militar” (Montesinos 2016: Tomo 1, 529).

Cuando Cerpa se percató de las excavaciones, el presidente se encontraba en el Cusco. A su llegada a Lima, se reunió de emergencia con Palermo y con el premier Alberto Pandolfi. Era un escenario inesperado y caótico, en el que Fujimori aparecía como deshonesto y destructivo ante el mundo. A la prensa se limitó a decir que “no podía comentar absolutamente nada sobre la crisis de los rehenes”¹⁹⁹.

Meses después del rescate armado, Nicolás Hermoza Ríos, jefe del Ejército y presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, desembozaría el doble discurso presidencial y gubernamental, al confirmar que el ingreso violento –sustentado en la construcción de los túneles– empezó a elaborarse horas después de la incursión emerretista, por disposición y con la supervisión directa de Fujimori: “No es jactancia si afirmamos que desde el 18 de diciembre de 1996 se inició la operación militar, porque conforme a la doctrina de las demostraciones públicas, hasta las mínimas disposiciones no encubiertas eran resultado de la estrategia concebida para posibilitar el éxito de la operación” (1997: 145). El entonces jefe del Ejército sostiene que Fujimori “coordinaba la marcha de las conversaciones para una solución pacífica, sin descuidar los preparativos secretos en el campo militar” (1997: 104). Lo explica así:

Paralelamente a las negociaciones con los emerretistas y a las actividades diplomáticas de difusión de la posición del gobierno que realizaba el presidente Fujimori, las Fuerzas Armadas y el SIN trabajaban para estar preparados y poder intervenir en caso fracasen las tratativas para una solución pacífica, o se produjese una tentativa de fuga de los terroristas o alguna agresión contra los rehenes. Todo estaba previsto.

Entre esas tareas estaban los trabajos en el subsuelo de la residencia, basados en la excavación de túneles por parte de mineros anónimos dirigidos por el SIN, y cuyos ruidos aparentemente habrían sido detectados por los emerretistas y

¹⁹⁹ En la mayoría de diarios de Lima.

comunicados por Cerpa a los rehenes, con las consecuentes amenazas. (1997: 110-111)

Si bien los emerretistas denunciaban la presencia de un túnel bajo sus pies, lo cierto es que desde los primeros días de 1997, el SIN y las Fuerzas Armadas estaban construyendo cinco casi paralelamente. El primero fue el denominado *Tuna*, excavado del 2 al 31 de enero. El segundo fue el *Pera I*, hecho del 25 de enero al 11 de febrero. El tercero fue el llamado *Mango*, concretado del 1 al 10 de febrero. El cuarto fue el *Sandía*, ejecutado entre el 11 y el 20 de febrero. Y el quinto, el último y el más relevante de todos: el designado *Pera II*, realizado del 21 de febrero al 13 de marzo, y que desembocaría en la sala y en el comedor de la residencia para permitir las explosiones que abrirían paso a los comandos, y cuya preparación fue detectada por Cerpa y sus secuaces.

Ahora bien, respecto al diálogo con el MRTA, Hermoza Ríos sugiere que Fujimori le prestó mayor atención a la preparación del operativo armado, y particularmente a la construcción de los túneles. Además, resalta como logros militares las “incidencias aparentemente casuales” –por ejemplo, las hostilidades policiales y castrenses al MRTA, y los bruscos ingresos de la prensa al recinto– y no cuestiona que esos actos casi hayan producido un enfrentamiento que hubiera acabado en tragedia dentro y fuera del recinto, desbaratando los esfuerzos para una salida pacífica. Esto demostraría la preeminencia de una mirada militarizada y antagónica al problema de los rehenes del MRTA.

Pese a los cuestionamientos, hubo sectores que intentaron apaciguar el escándalo. Por ejemplo, Prieto sostuvo que los conductos bajo tierra fueron contruidos paralelamente a las conversaciones, para poder enfrentar cualquier hecho violento al interior del recinto –una explosión casual, un ataque cardiaco o un arranque de locura por causa del estrés de algún rehén o emerretista– y que “obligue” al gobierno a intervenir militarmente (1997: 104). Entretanto, el diario *El Comercio* recordó que el Perú tenía “un enemigo desembozado en

casa: la organización terrorista del MRTA²⁰⁰. Planteó claramente la naturaleza del adversario, y validó jurídicamente la posibilidad de combatirlo hasta eliminarlo. ¿La razón? Era el derecho de un Estado que se defiende:

Aunque parezca absurdo, hay que recordar otra vez que los terroristas son el enemigo y que si se ha debido aceptar la interlocución, ello se hace únicamente para preservar la vida de 72 personas, y no porque se considere a los emerretistas como parte digna de sentarse en condición de igualdad junto a los representantes del gobierno peruano. Y esta consideración, por lo demás, debe servir para entender que al Estado no se le puede negar ciegamente el derecho a ordenar una incursión militar, siempre y cuando llegase a afectar o dañar la vida de los secuestrados.

Pero, entre el reconocimiento del derecho indiscutible de autodefensa de la democracia y el facilismo temerario de quienes de manera extremista claman por una solución inmediata a sangre y fuego, hay una barrera que en todo momento hemos calificado de infranqueable. La propia Constitución señala que el fin supremo del Estado es la defensa de la vida humana, y eso no puede ser tomado como un lirismo, sino como una prescripción definitiva²⁰¹.

Las tensiones causadas por el túnel no solamente fueron verbales. Casi se traducen en una tragedia, luego de que el embajador boliviano Jorge Gumucio fuera agredido verbalmente por un emerretista, quien además quiso llevarlo al primer piso a empellones y apuntándole con un fusil. Muchos pensaron que el diplomático iba a ser ejecutado.

La experiencia de Gumucio y las amenazas o 'juicios populares' contra el canciller Tudela, Giampietri y otros, acentuaron dramáticamente la distinción amigo-enemigo al interior de la residencia, entre los cautivos y los secuestradores. El contraste existía desde el inicio de la crisis, pero la relación se hizo insostenible con el tiempo. La enemistad no solamente provenía del gobierno, sino también de los rehenes. Giampietri relata:

²⁰⁰ Diario El Comercio. "Precisiones en torno a la crisis de los rehenes". Lima, 13 de marzo de 1997. Sección Editorial, página 2.

²⁰¹ Diario El Comercio. "Precisiones en torno a la crisis de los rehenes". Lima, 13 de marzo de 1997. Sección Editorial, página 2.

A pesar de sufrir una seria diabetes y presión alta, Gumucio fue una de las personas que –junto al general PNP Carlos Domínguez– más se enfrentó verbalmente a los terroristas. Aunque para algunos esos intercambios parecían trivialidades o simples bravuconadas, no lo eran en absoluto. Entre otras cosas, esos duelos permitían bajarles el moño a los subversivos, y al dejar bien en claro quiénes eran los enemigos, evitaban que el resto de rehenes pudieran experimentar el síndrome de Estocolmo. (2011: 118)

El 7 de marzo, Fujimori citó a los garantes para evaluar la situación. Extrañamente, el libro de Cipriani –*Doy fe: Testimonio sobre la crisis de los rehenes en la residencia del embajador de Japón*– no revela si el presidente aceptó o negó la excavación del túnel. Esa reunión en Palacio de Gobierno fue tensa e incómoda: desde temprano, la portada del diario *La República* había confirmado la existencia del conducto y detallaba minuciosamente el proceso de construcción, lo que dejaba mal parados a los servicios de inteligencia. En la tarde, Fujimori convocó a una conferencia de prensa para reafirmar que el diálogo seguía siendo una prioridad, siempre y cuando el MRTA respete la vida de los cautivos. Pese a la insistencia de los periodistas, evitó responder preguntas sobre el túnel.

Los garantes emitieron un comunicado en el que lamentaban que el MRTA haya suspendido las conversaciones, y anunciaban a su vez la entrega a Palermo de la “nota verbal” sobre los túneles. Paralelamente, en un documento difundido por la prensa, Fujimori manifestó su esperanza de que el diálogo se restablezca lo antes posible, pero advirtiendo que había ordenado redoblar la vigilancia a la residencia para proteger a los rehenes. Es decir, sin perder el dominio de la situación.

El 8 de marzo, Cipriani y el embajador Vincent llegaron al recinto para dialogar con los emerretistas y recomponer la relación con el gobierno. Ni bien entraron, Cerpa les lanzó una frase contundente: “Monseñor, estas conversaciones dejaron de tener sentido” (Cipriani 2012: 193). Ambos garantes explicaron a los terroristas que la cancelación de las negociaciones llevaría a todos a un hondo y oscuro agujero, difícilmente superable. Entretanto, el

intencionado mutismo de Fujimori incrementaba el desconcierto. El diario *La República* informó:

Por tercer día consecutivo, el presidente Alberto Fujimori no confirmó ni desmintió la existencia de un túnel de acceso a la residencia japonesa, tomada por el MRTA hace 91 días. Solo guardó silencio.

En medios gubernamentales se supo que ese será el comportamiento del Ejecutivo frente al tema, en tanto se confía que en esta semana se reanuden las conversaciones entre el gobierno y el comando que dirige Néstor Cerpa Cartolini²⁰².

El tenor del diario *El Comercio* fue similar: “El silencio gubernamental ni siquiera fue roto en horas de la tarde, cuando los periodistas nacionales y extranjeros le gritaron a voz en cuello al jefe del Estado si desmentía la construcción del túnel, cuando pasó muy cerca de ellos al abandonar la sede de la Nunciatura Apostólica, luego de entrevistarse en privado con el máximo representante de la Santa Sede en Lima, Fortunato Baldelli”²⁰³.

Sorprendentemente, Cerpa cambió de opinión. El 9 de marzo, el MRTA emitió un comunicado radial anunciando su regreso a las conversaciones, pero dejando en claro la “falta de transparencia del gobierno”²⁰⁴. El primer ministro Hashimoto no ocultó su satisfacción. Interrogado sobre el túnel, dijo que posiblemente “afecte las negociaciones en la primera cita del reencuentro”²⁰⁵.

Los emerretistas denunciaron al gobierno por “falta de transparencia” y tenían razón. No obstante, la queja revelaba una falla estratégica muy grande porque ellos eran el enemigo, y un “Estado fuerte” como el que Fujimori deseaba imponer con las Fuerzas Armadas y los servicios de inteligencia, simplemente no actuaba transparentemente, ni concedía treguas o

²⁰² Diario La República. “Fujimori no quiere hablar del túnel”. Lima, 9 de marzo de 1997. Sección Política, página 7.

²⁰³ Diario El Comercio. “Fujimori hizo inesperada visita a representante diplomático del Papa”. Lima, 8 de marzo de 1997. Sección Política, página 4.

²⁰⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

²⁰⁵ En la mayoría de diarios de Lima.

deliberaciones. Mientras Fujimori hablaba en Toronto de diálogo y de un arreglo pacífico con Hashimoto, el plan militar había sido empoderado:

Cuando Fujimori regresó a Lima, la construcción del túnel se había iniciado casi un mes antes. Los servicios de inteligencia se habían adelantado con un primer conducto: una perforación en la tierra por la que apenas cabía un hombre, y que daba a un sector lateral de los jardines internos de la residencia. El SIN infiltró por ahí a algunos agentes que tomaron vistas del interior del recinto, de noche y cuando el MRTA se replegaba a sus barricadas. Los túneles reales que se usaron en la operación de rescate, empezaron a ser cavados en la primera semana de enero. Para entonces habían fracasado hasta tres planes para intervenir la residencia. (Hidalgo 2007: 109)

Por esos días, el monseñor Cipriani se reunió con los delegados de cada habitación. Le expresaron que estaban hartos del encierro y humillados por el hacinamiento, pero especialmente decepcionados por la indolencia del gobierno. El mensaje central era que la paciencia de todos había llegado a su límite. El prelado supuso que esa frustración y ese descontento generalizado podían ser normales en un secuestro, hasta que algo llamó su atención: algunos cautivos pensaban escapar, saltando al primer piso y corriendo hacia la calle.

4.3.3.3. EL REGRESO AL DIÁLOGO Y EL DESPLANTE DEL GOBIERNO

El comunicado del MRTA del 9 de marzo fue un alivio para los que apostaban por la paz: los emerretistas volvían al diálogo, y se descontaba que el gobierno seguiría el mismo camino, pues así lo había adelantado y asegurado. Sin embargo, Palermo canceló la cita del 10 de ese mes, acordada de antemano con Cerpa, porque “con los pretextos utilizados por el MRTA para suspender unilateralmente las conversaciones, se pretendería hacer retroceder los valiosos avances alcanzados hasta la fecha”²⁰⁶. Era sospechoso el repliegue del gobierno, considerando los pedidos de Fujimori para retomar los contactos con el MRTA.

²⁰⁶ Diario La República. “La declaración de Palermo”. Lima, 11 de marzo de 1997. Sección Política, página 2.

No obstante, Giampietri ensaya una respuesta: “Era una decisión de Fujimori para voltearles la tortilla a los emerretistas: el gobierno no estaba perjudicando el diálogo con la construcción del túnel, sino que los terroristas del MRTA lo estaban interrumpiendo. Una estrategia válida, pero nada grata para los rehenes, pues estábamos 83 días prisioneros” (2011:126).

El 11 de marzo, Fujimori habló con la prensa. Serísimo y hosco, explicó con una frase la ausencia del interlocutor Palermo: “El MRTA no fija las condiciones para las conversaciones”²⁰⁷. Los reporteros le preguntaron repetidamente si había autorizado la construcción del túnel, y su respuesta fue una amenaza encubierta a los emerretistas: “No voy a decir si hay un túnel o varios túneles, comandos aerotransportados o comandos con gases paralizantes o vomitantes. No haré ninguna revelación, y creo que todo el mundo lo va a entender”²⁰⁸.

¿Qué trataba de hacer Fujimori con esa declaración? Remarcar su enemistad con Cerpa y con el MRTA, así como acentuar y publicitar el conflicto, pese al esfuerzo de los garantes. Cipriani recuerda: “Con su habitual sangre fría, Fujimori seguía sin descartar ante la opinión pública un asalto militar. Actuaba como un temerario jugador de póker que lo apuesta todo con solamente una carta buena en la baraja. Hasta ahora le había funcionado la estrategia de prolongar el ‘juego’. ¿Pero cuánto más podrían resistir los terroristas y los rehenes?. Los garantes evaluábamos retirarnos ante la falta de acuerdos reales” (2012: 200).

Nuevamente los garantes desplegaron sus mejores capacidades de persuasión. Luego de amplias tratativas con el gobierno y con el MRTA, lograron que ambas partes se encontraran el 12 de marzo. Cerpa no varió su exigencia principal, y eso complicó todo desde el inicio. Pero Palermo se mostró paciente y le dijo que si bien el gobierno no liberaría a los cabecillas ni a

²⁰⁷ En la mayoría de diarios de Lima.

²⁰⁸ Diario La República. “El gobierno no revelará estrategias para solucionar la crisis de los rehenes”. Lima, 12 de marzo de 1997. Sección Política, página 2.

los condenados a cadena perpetua, existía la posibilidad de indultar a los camaradas que no hubieran cometido delitos graves, en forma progresiva y a lo largo de 1997. Cerpa contestó que necesitaba a sus jefes en las calles. Después de casi tres horas de debate, el jefe emerretista continuaba exigiendo lo mismo: “Si no aceptan nuestra demanda, estas reuniones son por gusto y no tienen sentido” (Cipriani 2012: 201). Hidalgo subraya:

Como era previsible, el primer encuentro entre el gobierno y el MRTA después de la ruptura no condujo a algún acuerdo, pero dejó información relevante para quienes seguían de cerca la crisis: la más importante era que cada nuevo intervalo entre las conversaciones resultaba perjudicial para los esfuerzos por una salida pacífica, impulsada sobre todo por los garantes, porque “permitía a los secuestradores de la línea dura tiempo valioso para convencer a los otros en contra de la adopción de una postura moderada”. (2007: 129)

Frente a un nuevo obstáculo, los garantes acordaron reunirse por separado con el gobierno y con el MRTA, para intentar flexibilizar las posturas. Esta pausa fue llamada “etapa de reflexión” por Cipriani, quien al no precisar la fecha de las siguientes reuniones, despertó las sospechas de la prensa sobre el rumbo de la crisis. Sin sobresaltos, Fujimori dijo: “Tal como el monseñor Cipriani lo denominó, estamos en una ‘etapa de reflexión’ para llegar a una salida pacífica. Hemos tomado sus declaraciones –que siempre serán bienvenidas– en su exacta dimensión, dentro del marco que supone la necesidad de respetar la integridad de los secuestrados y la seguridad nacional” (Giampietri 2011: 132).

Las diez reuniones preliminares habían fracasado. El optimismo de los rehenes y de los garantes se redujo notablemente. Con menos entusiasmo y paciencia que antes, Hashimoto observó: “Todavía hay puntos problemáticos y no se ha avanzado nada”²⁰⁹. Pese a esto, y como si no hubiera mayor problema, Fujimori aprobó las reuniones individuales y no descartó que pudiesen tener “buenos resultados” (Cipriani 2012: 202).

²⁰⁹ En la mayoría de diarios de Lima.

Pero Fujimori mentía. En una oportunidad, Cipriani fue claro con los terroristas. Les reveló que “era imposible la excarcelación de sus reclusos” sin la liberación previa de los rehenes, y que incluso haciéndolo y deponiendo las armas, saldrían muy pocos de las prisiones, teniendo en cuenta el “proceder de Alberto Fujimori” (Cipriani 2012: 202).

Para mediados de marzo, tres meses después del secuestro, había más cosas negativas que positivas: el descubrimiento del túnel, la inflexibilidad de Fujimori y de los emerretistas, la agresión al representante altiplánico, Jorge Gumucio, y el plan de escape de los rehenes. Una frase de Palermo fue muy real: “La situación es muy complicada, y no se sabe cuándo va a solucionarse”²¹⁰. Este simple razonamiento era para los cautivos la diferencia entre la libertad incierta y el encierro indefinido.

Para reimpulsar el dialogo entre el gobierno y Cerpa, y buscando concretar el asilo de los emerretistas en Cuba o en República Dominicana, Hashimoto envió a Lima al vicedecano Masahiko Komura, hombre de su máxima confianza. Reunido con Fujimori y con Palermo, el diplomático porfió por una solución presurosa y pacífica, pero encontró barreras infranqueables. Para recuperar terreno, sacó una ‘carta’ que Hashimoto guardaba para Fujimori: que los servicios de inteligencia japoneses habían confirmado que sectores del gobierno peruano deseaban un ingreso violento. Fujimori rechazó rápidamente la idea en defensa de la soberanía y de la “unidad política” de su régimen. Le aseguró a Komura que “el gobierno peruano era solamente uno” (Giampietri 2011: 130).

En una conferencia de prensa, Komura afirmó: “Le hemos pedido al gobierno peruano que ceda en todo lo posible, debido a que los garantes han solicitado reiniciar las conversaciones a la brevedad posible”²¹¹. Cipriani sostuvo varias conversaciones con el diplomático:

²¹⁰ En la mayoría de diarios de Lima.

²¹¹ En la mayoría de diarios de Lima.

Me permití informarle que los rehenes estaban al límite de sus fuerzas, porque el prolongado cautiverio los destrozaba psicológicamente. Había que acortar los plazos para sacarlos caminando de ese infame encierro. Y también me atreví a manifestarle que el mayor esfuerzo debía realizarlo quien tenía la última palabra: el presidente Alberto Fujimori. Desde mi punto de vista, le comenté que percibía signos claros en los miembros del MRTA de querer acabar cuanto antes con el secuestro, pero que el proceso se estancaba por la falta de agilidad del gobierno para plantear alternativas. Le recalqué que “la alternativa pacífica se debía agotar con hechos reales y concretos, y que era necesario evitar todo tipo de ‘provocaciones’ que pongan en serio riesgo todo el trabajo realizado”. (2012: 220-221)

Komura viajó a Cuba y a República Dominicana, y logró confirmar oficialmente el recibimiento de los terroristas en La Habana por razones humanitarias. Esa buena noticia se opacó en Lima, cuando Cerpa declaró a la cadena *WTN* que el gobierno estaba realizando una campaña desinformativa para agudizar las tensiones. Por esos días, diarios y televisoras nacionales acusaron al MRTA de incendiar una fábrica en Lima, y de organizar un ataque terrorista contra una base militar en la selva central. Luego se demostraría que ambos hechos fueron digitados por los servicios de inteligencia.

El 20 de marzo, el MRTA difundió un comunicado en el que acusaba al gobierno de sabotear el diálogo: “Existen personas que buscan perturbar el diálogo, pues hay sectores que no quieren una solución a la crisis. Sin embargo, ratificamos nuestra disposición de seguir en la mesa de negociaciones, para agotar los esfuerzos necesarios y encontrar una salida pacífica al problema”²¹².

El MRTA extendió una rama de olivo, pero Fujimori la rechazó y volvió a estancar el proceso. Lo hizo con una declaración que antepuso la seguridad estatal, por encima de la flexibilidad solicitada por los garantes. Según Schmitt, el gobernante debe proteger al Estado y hacerlo “fuerte”. Un “Estado fuerte” no cede ante el enemigo y protege a la sociedad. Luego de inaugurar una central hidroeléctrica al norte de Lima, el presidente declaró: “La posición del gobierno

²¹² Diario La República. “Gobierno no quiere una solución pacífica”. Lima, 21 de marzo de 1997. Sección Política, página 3.

no cambia. No vamos a liberar de la cárcel a ningún integrante de ese grupo armado. El gran objetivo es la solución pacífica, pero la seguridad del Estado es lo más importante. No vamos a ceder para no sentar precedentes”²¹³. Posteriormente, dijo: “Si alguien entendió que habrá liberación de presos del MRTA, se equivoca total y radicalmente, porque la seguridad del Perú está antes que cualquier consideración” (Prieto 1997: 119).

El 21 de marzo, Cipriani explotó. Ante la prensa leyó un comunicado personal, mostrando su enojo por la “ausencia de voluntad” del gobierno y del MRTA para resolver el drama, y porque el trabajo de los garantes podía estar “llegando a su fin”²¹⁴. Los mensajes parecían estar dirigidos al Ejecutivo: “La valentía no se demuestra con fusiles o amenazas, sino con un espíritu firme que respete a la otra parte y que comprenda que el Perú y el mundo esperan una solución pacífica”²¹⁵. También dijo: “Las amenazas no sirven para nada, son propias de animales. Las personas conversan” (Prieto 1997: 120).

Tal vez el único anuncio positivo fue la conformación de un grupo de trabajo para visitar las cárceles, y comprobar situación humanitaria de los presos del MRTA y de Sendero Luminoso. Y sobre las declaraciones del prelado, el presidente solamente dijo: “Respeto las palabras del monseñor Cipriani”²¹⁶.

La situación de Fujimori empezaba a ser incómoda. Además de mostrarse intolerante y displicente en la crisis, ejecutaba un irrespetuoso doble discurso ante el MRTA y los garantes. El 23 de marzo fue sutilmente presionado por Komura, quien recién había llegado a Japón: “Hice todo lo posible. Las condiciones para la salida del Perú están dadas. Faltan los detalles”²¹⁷. Según el funcionario nipón, la decisión final dependía de Fujimori. Los rehenes y los captores esperaban una definición.

²¹³ En la mayoría de diarios de Lima.

²¹⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

²¹⁵ Diario La República. “Cipriani exige al gobierno y a MRTA más seriedad y responsabilidad en el diálogo”. Lima, 22 de marzo de 1997. Sección Política, página 3.

²¹⁶ En la mayoría de diarios de Lima.

²¹⁷ En la mayoría de diarios de Lima.

Las reuniones por separado fueron varias. La última se realizaría el 18 de abril. Poco o nada se avanzó, salvo un detalle que trajo optimismo a los garantes. En la carta de agradecimiento que los emerretistas le enviaron a Fidel Castro por haber autorizado el asilo, Cerpa accedía a salir de la residencia si Fujimori excarcelaba a “una determinada cantidad de compañeros que satisfaga en algo las expectativas” (Cipriani 2012: 229).

Era una sorpresa que nadie imaginaba. Había que esperar la reacción de Fujimori.

El 26 de marzo, Hashimoto informó a la prensa que había tenido una conversación “muy seria” con Fujimori, para exhortarlo a encontrar una solución “pronta y bien estudiada” en Semana Santa. El gobernante japonés pedía un final pacífico, pero sin que ello signifique extraer a los terroristas de las cárceles. Eran dos exigencias que en la práctica eran incumplibles y excluyentes entre sí, planteadas por Tokio desde el inicio de la crisis.

Al día siguiente, en declaraciones a la televisión, Fujimori señaló que la política de Estado de no liberar terroristas no había sufrido variaciones. También confirmó el final de las conversaciones preliminares, aunque aseguró que las negociaciones continuarían.

La réplica de Cerpa a Fujimori tuvo dos momentos. Primero, haciendo un llamado de solidaridad hacia sus camaradas presos, por sufrir tratos inhumanos y humillantes. Y luego, negando cualquier acercamiento entre el MRTA y el gobierno: “El plan del presidente Fujimori está muy alejado del nuestro. No existe ningún acuerdo. La solución pacífica está lejos. La condición es la liberación de nuestros compañeros encarcelados. Nosotros no estamos aquí para asilarnos o ir al extranjero”²¹⁸.

²¹⁸ En la mayoría de diarios de Lima.

Los garantes estaban agotados y desorientados. No obstante, sostenían reuniones diarias con el gobierno y con el MRTA: Cipriani se desdoblaba para continuar visitando el recinto, con la incomodidad de no tener novedades para los cautivos. Por esas y otras razones, el prelado creyó necesario elaborar un informe al Nuncio Apostólico para detallar el trabajo que venía realizando en la comisión de garantes. Entre otras cosas, manifestó que el gobierno mostraba negligencia y renuencia en hacer concesiones reales para resolver la crisis, como si esperara la ocurrencia de un incidente al interior del recinto para que las Fuerzas Armadas puedan ingresar violentamente (Cipriani 2012: 252).

El 29 de marzo, Cipriani volvió a insinuar que el trabajo de los garantes era boicoteado. Fue un mensaje críptico porque en algún momento ensalzó a Fujimori, pese a saber –o por lo menos sospechar– que el jefe del Estado tenía el control total del manejo de la crisis. Para algunos analistas, el mensaje fue solamente para Vladimiro Montesinos. Otros piensan que iba para ambos: “Nosotros procuramos avanzar todo lo que esté a nuestro alcance, pero déjenme que les diga: me parece que a veces hay alguien que rompe todo lo que procuramos construir”²¹⁹. Y agregó: “El presidente Fujimori ha tenido la gran nobleza y la gran bondad de tratar con nosotros el tema constantemente. Pero tengo la impresión de que apenas aparece una pequeña luz en el horizonte, hay personas que se encargan de destrozarla”²²⁰. En su declaración, Cipriani mencionó la palabra “perdón” en seis oportunidades. Al parecer, eso no le gustó a Fujimori.

Al poco tiempo, el presidente apareció nuevamente en las pantallas para objetar cualquier acercamiento al MRTA y buscar remecer a Cerpa. Responsabilizó al líder terrorista de frustrar un arreglo pacífico en Semana Santa, por negarse a aceptar una propuesta del gobierno consistente en cuatro puntos: el viaje a Cuba de los 14 secuestradores y de dos reclusos del MRTA excarcelados, la formación de una comisión de indultos para presos

²¹⁹ Diario La República. “Discutir las exigencias de Cerpa no es claudicación”. Lima, 30 de marzo de 1997. Sección Política, página 2.

²²⁰ Diario La República. “Discutir las exigencias de Cerpa no es claudicación”. Lima, 30 de marzo de 1997. Sección Política, página 2.

emerretistas, la posibilidad de regresar al país en el futuro, y que los garantes supervisen la mejora de las condiciones carcelarias. Las consultas con el MRTA se habían hecho con total reserva, aspecto que Fujimori no respetó. Tras reiterar que la prolongación de la crisis era culpa de Cerpa, dejó para el final otra frase aciaga: “No habrá liberación de prisioneros. No quedará libre ninguno”²²¹.

El 30 de marzo, Cerpa respondió: acusó al gobierno de brindar “informaciones muy contrarias” a las que manejaba el comando emerretista, por lo que era fácil advertir que no habría un acuerdo a la vista. Señaló que si el gobierno iba a seguir negándose a excarcelar a sus camaradas, la solución estaría “muy lejos de llegar”²²².

El viaje de Fujimori a Bolivia –realizado el 5 de abril– tranquilizó el ambiente en Lima, debido a la ausencia de sus declaraciones punzantes y agresivas. En La Paz, el presidente reconfirmó que su colega Gonzalo Sánchez de Lozada no excarcelaría a los emerretistas presos en su país, en canje por su embajador en Lima, algo que hubiera empoderado al MRTA. Además, en la primera semana de ese mes, y como nunca sucedió en otro momento de la crisis, Fujimori y diversos funcionarios del régimen salieron a declarar a la prensa que los esfuerzos del gobierno se centraban en una salida pacífica. Era una movida concertada. Deseaban reforzar ese *statu quo* mientras se finiquitaba la operación militar.

El 7 de abril, Joy Way, titular del Parlamento, declaró a la cadena *NHK* de Japón que la bancada oficialista aprobaría una moción de apoyo al gobierno en todas las decisiones que tome respecto al secuestro. Entre líneas, Cerpa leyó que se estaba allanando el camino para una incursión armada, y se lo comentó a Cipriani. Al poco rato, el líder emerretista se contactó con la agencia *Reuters* para denunciar que Fujimori acentuaba y alargaba la crisis, al impedir

²²¹ En la mayoría de diarios de Lima.

²²² Diario La República. “Solución está lejos si se niegan a liberar a presos”. Lima, 31 de marzo de 1997. Sección Política, página 3.

el ingreso de la Cruz Roja a la Base Naval del Callao, centro de reclusión de Víctor Polay Campos y de otros cabecillas.

Y así fue. Las esposas de los rehenes solicitaron reunirse con Cipriani, para informarle que estaban cansadas de callar y de esperar, y que emprenderían acciones para forzar al gobierno a concretar un arreglo con el MRTA. Posteriormente, le enviarían una extensa carta a Fujimori, cuestionándole su postura inflexible y exigiéndole una negociación que refleje la sensatez del gobierno. Aparecerían diariamente en los canales de televisión, con el fin de tener a sus esposos de regreso a casa. El manejo del tiempo y del silencio se mantenía, y eso fue notado por Cipriani:

La estrategia de largo plazo trazada por Alberto Fujimori desde el inicio de la crisis se mantenía firme. La maniobra era agotar a todos los actores para ganar una mejor posición en la negociación final. El objetivo era conseguir un arreglo mediante el cual el régimen cediera poco o nada ante el MRTA. Esa táctica le dio buenos resultados al Estado en 1992, cuando se enfrentó al poderoso y elefantiásico sindicato de profesores del Perú. En ese entonces, los maestros habían iniciado una larga huelga en la que el gobierno no les ofreció nada. Los docentes volvieron a sus puestos de trabajo porque la situación se tornó insostenible. No obtuvieron ningún beneficio. Sin embargo, en la actual crisis, los más agotados no eran los actores decisivos, sino los rehenes en la residencia de Aoki. (2012: 245-246)

Por esos días, el prelado fue a la residencia con una mala noticia para Cerpa. De los 30 emerretistas que fueron propuestos para ser excarcelados, el gobierno solamente podía considerar a tres, mientras que otros dos quedaban en evaluación. La esposa del dirigente terrorista, Nancy Gilvonio, no figuraba entre ellos. Cipriani le contó que Fujimori no cedía. Cerpa se volvió loco: “¡Si el presidente no quiere soltar a nadie, que contrate un francotirador para que nos meta un tiro en la cabeza a través de las ventanas. De aquí no vamos a salir! La decisión está tomada, monseñor. Creo que usted debe retirarse y abandonarlo todo” (Cipriani 2012: 247).

Posteriormente y por iniciativa propia, Cipriani le mostró a Cerpa una lista con decenas de presos del MRTA, para que escoja solamente a 14

camaradas. El cabecilla terrorista seleccionó a jóvenes y a veteranos, pero también a algunos ranqueados como Miguel Rincón Rincón, Lori Berenson y su cónyuge Gilvonio. La reducción era enorme, pues al inicio el MRTA pugnaba por la salida de 450 presos. El prelado llevó la nueva propuesta a Palacio de Gobierno, pero Fujimori fue “parco y frío, de acuerdo a su estilo oriental” (Cipriani 2012: 274). No aceptó.

Lo único que la comisión de garantes podía hacer era mantener la oferta de Cuba y centrarse en mejorar las condiciones carcelarias. Pocas tareas para tremendo problema sin resolver. Dado que el gobierno no liberaría prácticamente a ningún terrorista, al final los garantes entregaron un documento a Fujimori y al MRTA llamado *Arreglo definitivo para resolver el problema*, y que ofrecía solamente esos dos temas. Cerpa lo consideró una burla²²³. Esto ocurrió el 11 de abril.

Entre el 8 y el 14 de ese mes, Cipriani tendría cuatro reuniones con Fujimori, siempre en Palacio de Gobierno, y sin resultados concretos. Paralelamente, los garantes visitaban la residencia, algunas embajadas y diversas instituciones estatales.

La primera quincena de abril significó un punto de quiebre en la crisis. Sin rutas hacia una solución sin balas, dentro del recinto había pesimismo y frustración. El diplomático Aoki envió un alarmante mensaje a Tokio que advertía que en cualquier momento podía estallar un motín o una fuga, con resultados nefastos para todos. Según el embajador, los cautivos reconocían perfectamente las maniobras dilatorias, negligentes y confrontacionales de Fujimori:

Nuestra perseverancia mental está tocando su límite, y la salud de algunos rehenes de avanzada edad está llegando a niveles peligrosos. En tal situación, la impaciencia de los cautivos se acentúa por hechos como la visita del titular del Congreso a

²²³ Respecto a la mejora de las cárceles, el plan de los garantes implicaba lo siguiente: extender la salida a los patios de recreo, instalar talleres artesanales y educativos, aumentar el tiempo y la frecuencia de las visitas de los familiares, modernizar los tópicos de salud y dignificar la comida. Todo iba a ser financiado por Canadá y Japón.

Japón, y el viaje del presidente Fujimori a Bolivia, acciones que el gobierno hace para prolongar la negociación. Si la situación sigue sin cambios, tal como ocurre ahora, me preocupa fuertemente que en una semana pueda ocurrir un incidente dentro de la residencia, desencadenando inevitablemente una intervención armada desde el exterior. (Cipriani 2012: 266)

Aquí ocurrió algo turbador: Aoki y el MRTA coincidían en algo. En un comunicado a la prensa difundido a mediados de marzo, la Dirección Nacional del MRTA –ubicada fuera de la residencia, difusamente “en algún lugar del Perú”– sostuvo que “los diligentes y sorprendivos viajes de Fujimori a diversos países nunca tuvieron la intención de aproximarse a una negociación pacífica, sino de ganar tiempo y de crear las condiciones para una salida militar” (Montesinos 2016: Tomo 2, 640).

Precisamente en Japón, Hashimoto utilizaría una última carta, pues el informe de Aoki le había causado honda preocupación. Le expresó a Joy Way –quien había llegado a Tokio para sosegar las discrepancias sobre el manejo de la crisis– que era el momento de asumir las responsabilidades con valentía, y que “le correspondía a Fujimori la decisión de liberar a los reclusos del MRTA” (Cipriani 2012: 279). El gobernante japonés añadió que si bien la presión policial y militar en el Perú era creciente en favor de un ingreso violento, los servicios de inteligencia de varios países recomendaban no usar la fuerza (Cipriani 2012: 279).

Pocos se reunían con muchos, y nadie coincidía plenamente. Por lo demás, los tres estados de emergencia de 60 días de duración que Fujimori dispuso en Lima y en el Callao –uno a continuación del otro, el 27 de diciembre de 1996, el 21 de febrero de 1997 y el 17 de abril del mismo año– boicotearon y contaminaron el diálogo, pues brindaron la señal de que la estrategia de agotamiento contra el MRTA no iba a ser abandonada. Para Fujimori, la crisis podía mantenerse indefinidamente.

La última visita del monseñor Cipriani a Cerpa ocurrió el 19 de abril, y el debate se centró en una propuesta poco llamativa. El prelado le mostró al

cabecilla emerretista los nombres de cinco muchachos y de un anciano que podrían ser liberados sin mucha complicación, y los datos de 31 camaradas cuyos casos pasarían a una comisión de indultos. Cipriani reiteró que las mejoras carcelarias serían inmediatas, y que incluso era posible instalar un mecanismo formal de revisión de sentencias. También le recordó el plan de salida a Cuba, y que todo sería supervisado por la comisión de garantes. Lacónico, Cerpa respondió: “Monseñor, usted está cumpliendo con su labor, pero lo veo cansado. Tal vez no se sienta bien y necesite descansar. Es mejor que lo tome con calma” (Cipriani 2012: 285).

La siguiente declaración de Montesinos es reveladora y clarificadora, considerando su condición de asesor presidencial: “Ambos extremos impedían que la comisión de garantes avanzara y pudiera lograr un consenso entre el gobierno y el MRTA. En ese escenario, no se podía saber cuál sería el desenlace. Todo podía pasar” (2016: Tomo 2, 688).

La incursión armada que Fujimori deseaba se hizo inevitable a partir del 20 de abril, cuando Cerpa sostuvo a la agencia *Reuters* que las atenciones médicas que la Cruz Roja brindaba a los cautivos se reducirían a una vez por semana (eran diarias y muy prolijas) y que la liberación de todos sus camaradas seguía siendo una prioridad innegociable.

Negando el ingreso de los doctores, se activaba el mecanismo que Fujimori hábilmente había insertado en la declaración conjunta de Toronto, firmada por él y por el premier Hashimoto, para ejecutar un operativo militar. El documento señalaba que “la preservación de la salud física y mental de los rehenes era indispensable para el desarrollo de las conversaciones que condujesen a una salida pacífica”²²⁴. Cipriani sostiene: “El párrafo decía poco, pero expresaba un universo. La articulación de cada palabra dejaba abiertas varias puertas falsas. Y Fujimori supo utilizarlas” (2012: 286).

²²⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

En declaraciones a la televisión, y tal vez intuyendo la proximidad de un ataque sorpresa, Lucila Gutiérrez, esposa del canciller Tudela, le dijo a Fujimori que “una salida pacífica demostraría que el Perú es una nación civilizada, y no un país que apela a la violencia para resolver sus problemas” (Prieto 1997: 152). El pedido era complejo, pues bajo el esquema amigo-enemigo, un Estado no busca humanidad ni buenos modales, sino orden y seguridad en el territorio.

Ese mismo día, Fujimori citó con urgencia a Cipriani a Palacio de Gobierno. El presidente le pidió una evaluación de la crisis, y el prelado insistió en la excarcelación de algunos emerretistas, incluida la esposa de Cerpa por razones estratégicas. Al igual que en otras ocasiones, Fujimori rechazó la solicitud. Cipriani se sinceró y le confesó que se le estaba acabando la gasolina. Fujimori lo dejó perplejo con su respuesta: “Pues a mí también...”. (Cipriani 2012: 290).

4.3.4. LAS DEMANDAS DEL MRTA CONTRA LAS POLÍTICAS DE ESTADO

Como se dijo anteriormente, la primera y principal exigencia de Cerpa era la excarcelación de sus jefes y camaradas, algo que colisionaba dramáticamente con la política de Estado de no ceder o negociar con los grupos subversivos. Según cifras del INPE, hasta finales de 1996 había 458 miembros del MRTA presos en diversas cárceles del país. De ese total, 259 tenían sentencias por terrorismo, mientras que 199 estaban por traición a la patria. Del grupo de emerretistas encarcelados, 130 eran mujeres. Si contando a los de Sendero Luminoso había 3.910 criminales tras las rejas, Cerpa pretendía la excarcelación del 29% de terroristas del país, incluyendo a todos los cabecillas del MRTA²²⁵.

Desde que llegó al poder en 1990, Fujimori tejió con el empresariado, las Fuerzas Armadas y los organismos financieros internacionales, una cofradía que buscó la recuperación económica, la derrota del terrorismo y la reinserción

²²⁵ PÁEZ, Ángel. “Son 458 los emerretistas presos en todo el país que pretenden liberar”. *Diario La República*. Especial “El asalto del siglo”. Lima, 18 de diciembre de 1996. Sección Política, página 8.

del Perú en los mercados globales. Específicamente en el tema contrasubversivo, Fujimori se alió además en un triunvirato con los altos mandos castrenses y con los servicios de inteligencia, con el fin de lograr la pacificación, el proyecto político más relevante de su mandato. Para 1996, ese compromiso había ocasionado a los militares gran cantidad de muertes, juicios y encarcelamientos por supuestos y reales casos de violaciones a los derechos humanos, y ese costo no podía ser manchado con una liberación masiva de terroristas.

El pedido del MRTA era fallido, exagerado y nada constructivo, como los que Cerpa hacía cuando era dirigente sindical y comandaba férreas huelgas contra sus empleadores. Pero el Estado no era una empresa, y Fujimori no podía ser amenazado con la quiebra del país. De acuerdo con Jara, el riesgo era muy serio para Fujimori y Montesinos:

Una salida pacífica significaba la inevitable liberación de terroristas, y para ellos, socios en el poder que se habían sostenido en el logro de haber derrotado al terrorismo, significaba perder su más preciado caballito de batalla. Si como era previsible, alentado por la liberación de sus presos, el MRTA volvía a los secuestros y a los atentados, la cuestionada reelección que se había echado a andar para un tercer periodo, se volvía incierta. Para los dos cogobernantes del país, la única opción era derrotar militarmente a los subversivos. (2007: 102-103)

La segunda demanda del MRTA era cambiar la política económica neoliberal por otra que beneficie al grueso de la población. Ambiguo y sin brindar alternativas, Cerpa nuevamente intentaba quebrar la estructura de hierro construida en los noventa por el régimen y sus socios, y que había ayudado a mejorar la economía y las perspectivas de inversión, con la consecuente derrota de la inflación y de la recesión. Para Giampietri, los emerretistas estaban muy confundidos, y sus propuestas eran un descalabro:

Consideraban que sus interlocutores desconocían la miseria en la que vivía la población, y creían que su discurso marxista podía resultar de alguna manera innovador. En suma, manejaban un discurso, particularmente Cerpa, cargado de frases armadas y

de clichés. Cuando los rehenes les preguntaban cómo iba a ser su propuesta económica de llegar al poder, ellos hablaban de “eliminar el modelo económico neoliberal”. Pero no tenían una respuesta concreta. No sabían cómo hacerlo. (2011: 58)

La tercera pretensión de los secuestradores del MRTA era igualmente irrealizable: ser trasladados a la selva central, particularmente entre Junín y Cerro de Pasco, con sus 450 secuaces excarcelados y llevándose a un grupo de rehenes como garantía. Esta salida con aroma triunfal hacia una zona de difícil acceso para las fuerzas de seguridad era inaceptable y humillante para el gobierno, bajo la política estatal de no transar con terroristas.

El cuarto requerimiento de mejorar las condiciones carcelarias del país colisionó con la decisión de Fujimori de suspender las visitas a los internos del MRTA, ejecutada apenas se inició el secuestro, para presionar a Cerpa y a sus secuaces. No obstante, posteriormente el gobierno brindaría facilidades a grupos de trabajo estatales, parlamentarios, no gubernamentales e internacionales como la Cruz Roja, para visitar las cárceles que albergaban terroristas, especialmente en Lima, Puno, Chiclayo y Junín. Cuando fue visitada la cárcel de mujeres de Chorrillos, el diario *La República* informó que “se daba por descontado que el ingreso a ese establecimiento penitenciario requirió de la autorización del presidente Alberto Fujimori”²²⁶.

Los resultados de las diligencias fueron manejados con reserva, pues Fujimori consideraba perjudicial para su estrategia contra Cerpa y el MRTA que imágenes o comentarios sobre las decadentes prisiones del país aparecieran en la prensa nacional e internacional. El mensaje del gobierno fue que las cárceles del Perú eran como las de cualquier país subdesarrollado: caducas y hacinadas, pero sin tratos “cruels” o “inhumanos” contra los detenidos. El 2 de febrero, Fujimori declaró a *The Washington Post* que el desarrollo de los

²²⁶ CRUZ, Edmundo. “Garantes verifican condiciones carcelarias de presos del MRTA”. Diario *La República*. Lima, 22 de marzo de 1997. Sección Política, página 2.

centros carcelarios podía ser un asunto de negociación, pero defendió la política de su gobierno en ese rubro “porque se habían efectuado mejoras”²²⁷.

Prieto recuerda que Fujimori hizo un rápido deslinde con el MRTA, tejiendo entre la gente un paralelismo que logró apaciguar la propaganda terrorista. Al igual que con otros temas, el gobierno también marcó un “nosotros” y “ellos” en el tema carcelario:

El comunicado del MRTA afirmaba que la política carcelaria de Fujimori mantenía a los presos en condiciones infrahumanas, buscando su aniquilamiento físico y moral. El gobierno promovió una comparación entre las llamadas “cárceles del pueblo” y las modernas prisiones peruanas. Las “cárceles del pueblo” eran pequeños agujeros cavados a tres metros de profundidad, en las que el MRTA encerraba durante semanas o meses –y casi sin moverse– a ciudadanos inocentes, para pedir un rescate monetario. (Prieto 1997: 22)

Finalmente, el MRTA pretendía el pago de un impuesto de guerra como resarcimiento político e histórico a su organización y al pueblo, por los errores del Estado y de las Fuerzas Armadas que conllevaron a la guerra. Esto fue considerado degradante por Fujimori y el gobierno.

En otras comunicaciones, Cerpa también habría exhortado al gobierno a cancelar el programa de asistencia técnica y social de Japón en el Perú, y a romper con la supuesta injerencia neoliberal de Tokio en la economía nacional, debido a que solamente beneficiaba a los asiáticos y a un estrecho segmento de la sociedad. Real o no, el pedido era igualmente inaceptable: Japón era una potencia mundial con añejos lazos económicos y culturales con el Perú, y que en 1990 había sido garante (con Estados Unidos, España y Alemania) del reingreso del Perú al sistema financiero internacional.

Enfrentarse a las exigencias de Cerpa requirió que el gobierno construya una “unidad política”. Y la tarea fue sencilla porque había una política estatal de no negociar con el terrorismo y que siempre fue avalada por la opinión pública,

²²⁷ En la mayoría de diarios de Lima.

lo que le permitió al gobierno enfrentar con eficacia y con temeridad al MRTA, colocándose siempre un paso adelante en el combate estratégico y táctico. Como consta en el capítulo 1, Schmitt afirma que un Estado que funciona con “unidad política” es capaz de movilizarse y de enfrentarse con éxito al enemigo. Siguiendo esa idea, el diario *El Comercio* destacó que el accionar de Fujimori necesitaba de una “unidad de criterio y de acción en torno a un interlocutor central del lado de la legalidad, y que no podía ser otro que el gobierno”²²⁸.

Esta “unidad política” nunca estuvo en riesgo, aunque sí sufrió resquebrajamiento por causa de los cuestionamientos de la prensa y de algunas acciones de la comisión de garantes, cuyos miembros –especialmente Cipriani– expresaban comprensibles pero respetuosas críticas a la conducta inflexible del gobierno, y que eran difundidas por los medios de comunicación. Nuevamente, el diario *El Comercio* llamó la atención sobre el tema: “Por supuesto, los garantes tienen todo el derecho de mantener sus propios enfoques y de pronunciarse individualmente en el sentido que mejor consideren. Sin embargo, no pueden –ni deben, algunos de ellos– cuestionar las decisiones gubernamentales, sobre todo si eso se orienta a romper los principios que preservan la coherencia del sistema democrático”²²⁹.

Atrapado en sus inasequibles demandas, el MRTA mostró una faceta errática que le hizo perder respeto y capacidad de chantaje ante el gobierno. Por la presión de Fujimori, los emerretistas variaron sus exigencias en más de una ocasión. Incluso, tras la primera visita de Palermo a la residencia, ocurrida el 28 de diciembre, el MRTA emitió un comunicado –leído por el liberado Juan Enrique Pendavis, presidente de ADEX– en el que Cerpa desistía de la excarcelación de sus jefes y camaradas, para centrarse en la mejora de las condiciones carcelarias. El 29 de diciembre, el nuevo discurso fue reiterado en diversas pancartas que los terroristas colocaron en las ventanas del recinto

²²⁸ Diario *El Comercio*. “Oportunidades e interferencias en la crisis de los rehenes”. Lima, 26 de diciembre de 1996. Sección Editorial, página 2.

²²⁹ Diario *El Comercio*. “Ante el nuevo entrampamiento de la crisis”. Lima, 3 de abril de 1997. Sección Editorial, página 2.

diplomático. La prensa reparó en ello y festejó, pero posteriormente el MRTA endureció su perfil y volvió a la intransigencia de antes.

Estos y otros vaivenes del MRTA llamaron la atención del general EP (r) Edgardo Mercado Jarrín, experto en geopolítica y en relaciones exteriores, quien detectó serias inconsistencias en los emerretistas: “No están muy seguros de sus creencias ni de sus estrategias: los rebeldes han ido haciendo concesiones y muestran incertidumbre y temor en sus intenciones. Eso permite concluir que el gobierno se está moviendo en mejores condiciones para manejar la crisis”²³⁰.

Esta deducción revelaría que la “unidad política” era patrimonio del gobierno, pero no del MRTA. Según Jara, si bien el MRTA creía incomodar al régimen, lo cierto era que “el desgaste sustancial era para ellos, porque carecían de un plan alternativo, mientras que la administración de Fujimori avanzaba inflexible hacia una acción armada” (2007: 181). ¿La “unidad política” fue clave para el afinamiento del operativo armado? Definitivamente sí.

Fujimori rechazó de plano las exigencias del MRTA por su inaplicabilidad estructural, política e histórica, y se colocó schmittianamente frente al “pueblo” en la necesidad de no perder lo avanzado en materia antiterrorista. Fujimori constituyó una fusión gobernante-sociedad que Schmitt reconoce en su teoría, porque “entendió que la identificación del presidente de la República con el sentir nacional es fundamental para seguir gobernando” (Prieto 1997: 112).

Mientras Cerpa y el MRTA mostraban debilidad en sus demandas, Fujimori fortalecía su posición de no negociación. Y así fue hasta el final.

4.3.5. EL MENSAJE PRESIDENCIAL Y LA MIRADA “NOSOTROS” Y “ELLOS”

En el capítulo 1 se resaltó la apreciación “nosotros” y “ellos” como paso previo a la distinción amigo-enemigo de Schmitt. Pues bien, ambos conceptos

²³⁰ Diario La República. “Cambios en las demandas del MRTA contradicen sus objetivos”. Lima, 31 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 3.

se reflejaron en el mensaje televisado que Fujimori brindó al país el 21 de diciembre de 1996, cuatro días después de la toma de la residencia. Ese día, Fujimori marcó claramente la distinción amigo-enemigo contra Cerpa y el MRTA, y también hacia cualquier autoridad o líder de opinión que haya sugerido que para alcanzar una solución pacífica era necesario ceder a las demandas terroristas.

Por momentos agresivo y cáustico, el texto descartaba la negociación y cualquier mirada comprensiva a la crisis, y mostraba que el gobierno –y sobre todo Fujimori– no tenían ningún temor respecto a las amenazas emerretistas.

El mensaje fue leído en cadena nacional a las 10:42 de la noche, pero había sido debatido y perfeccionado por el Consejo de Ministros desde las 4:30 de la tarde, buscando probablemente esa “unidad política” que permita –en términos schmittianos– movilizar todas las fuerzas del Estado contra el enemigo. Para ese momento, tal como lo afirma Montesinos, la Marina de Guerra y la Fuerza Aérea del Perú habían puesto a disposición de Hermoza Ríos y de la Primera División de Fuerzas Especiales (DIFE) del Ejército, el material bélico más moderno y a los mejores expertos en lucha contraterrorista, en “una clara demostración de unidad y cohesión en las Fuerzas Armadas” (2016: Tomo 1, 224). De esa forma, al momento de dirigirse al país, Fujimori representaba a un “Estado fuerte” con “unidad política”. Por ello fue tajante y concluyente cuando dijo que el MRTA debía rendirse y liberar a los cautivos, sin ningún condicionamiento:

Mi propuesta es concreta: Que los captores depongan las armas ante una comisión de garantes, y que faciliten la evacuación de todos los rehenes, sin excepción. De esa manera, también quedará descartada la posibilidad del uso de la fuerza por parte del Estado, para lograr a partir de ahí, con toda garantía, una salida que se pueda estudiar.

Esta es la propuesta de mi gobierno y mi compromiso personal ante el país y la comunidad internacional. Y no puedo sino esperar un desenlace que refleje el sentido de respeto a la vida de personas inocentes²³¹.

²³¹ En la mayoría de diarios de Lima.

El secreto también aparece cuando Fujimori evita explicar las características de la posible solución. No cede información y coloca a Cerpa en una total indefinición respecto a los caminos que la crisis podía tomar. A secas, vagamente, Fujimori habla de “una salida que se pueda estudiar”.

Tal como lo determina Schmitt, el discurso presidencial identifica públicamente al enemigo que amenaza al Estado y que altera el orden estatal, y brinda incluso los nombres de algunos cabecillas del MRTA. Exhibe una confrontación abierta y sometida a debate, y no escondida o minimizada, resaltando el carácter abierto –o público– de la confrontación. Fujimori se asemeja al líder schmittiano que se coloca por delante del “pueblo” para rechazar la agresión, defendiéndolo y conformando con él una dualidad inseparable en momentos de crisis:

Aunque parezca increíble, con ese acto de terror y de violación flagrante de los derechos humanos, el denominado MRTA, el mismo que desde la década pasada viene sembrando la destrucción y la muerte en el Perú, y cuyos más caracterizados representantes son Víctor Polay Campos, Peter Cárdenas Schulte y Lucero Cumpa Miranda, entre otros, pretende iniciar un diálogo que conduzca a un acuerdo de paz. Es decir, pretende un diálogo colocando un fusil AKM en la nuca de los rehenes²³².

Poco después, Fujimori estableció un “nosotros” y “ellos” entre el país y el MRTA, señalando que era inaceptable que “la fuerza y la violación de un comando terrorista pueda imponerse sobre 23 millones de personas que rechazan esos métodos, que no son civilizados ni políticos”.

El pensamiento “nosotros” y “ellos” se exacerbó con la referencia a las “cárceles del pueblo de tan dolorosa recordación” en la historia nacional, y se convirtió en la distinción amigo-enemigo cuando Fujimori advirtió que la “liberación de quienes perpetraron asesinatos y atentados terroristas es

²³² En la mayoría de diarios de Lima.

inaceptable en el marco de las leyes peruanas y por un criterio de seguridad nacional”²³³.

El rechazo al enemigo es contundente cuando Fujimori enfatiza que “no se puede hablar de paz ni de acuerdo, mientras se utilice el terror como principal argumento”²³⁴. Y nuevamente resalta el secreto al afirmar que utilizarlo ayudó a frenar un desenlace violento: “Desde el inicio de estos lamentables sucesos, mi gobierno puso en marcha una estrategia de emergencia que no se publicitó por obvias razones, con el objetivo de evitar un derramamiento de sangre”²³⁵.

Y si bien Fujimori señala que “no ha rehuído al diálogo” y que desea una salida pacífica respetando los derechos humanos de rehenes y terroristas, sus reglas de juego apuntaban una sola dirección: lograr la libertad de los cautivos sin claudicación, por medio de una probable salida violenta.

Fujimori zanjó el discurso asumiendo un liderazgo nacional e internacional en la lucha contra el terrorismo –basado en la no negociación con el MRTA– y esbozando un pacto que se oficializaría más adelante en la Cumbre de Toronto: que la incursión violenta el Estado dependería del bienestar o del malestar de los rehenes. Estas fueron sus palabras finales: “Esta es la propuesta de mi gobierno, y mi compromiso personal ante el país y la comunidad internacional. Y no puedo sino esperar un desenlace que refleje el sentido de respeto a la vida de personas inocentes. Buenas noches”²³⁶.

La postura dura de Fujimori resaltó por otra razón: horas antes, el canciller Tudela había pedido al gobierno examinar las exigencias del MRTA, para iniciar rápidamente una negociación. Era una declaración contraria a la política de Estado que se venía ejecutando, y por eso fue desoída por el gobierno en todas sus instancias.

²³³ En la mayoría de diarios de Lima.

²³⁴ En la mayoría de diarios de Lima.

²³⁵ En la mayoría de diarios de Lima.

²³⁶ En la mayoría de diarios de Lima.

El mensaje de Fujimori también se produjo después de un amenazador pronunciamiento del MRTA, leído por Cerpa a través de un radiotransmisor, en el que agudizaba su enemistad con el gobierno y con el Estado, haciéndola pública y planteando atentados terroristas en respuesta a la rigidez del Ejecutivo. Al jactarse de un supuesto poderío bélico, inexistente en el MRTA según se sabría posteriormente, Cerpa revelaría su desesperación por el marasmo de las negociaciones y su temor ante una sorpresiva incursión armada. Entre otras cosas, el pronunciamiento decía:

En la medida que el gobierno está cerrando posibilidades y hostiliza a los ocupantes de la embajada japonesa con cortes de fluido eléctrico, teléfono, agua y alimentos, y sabiendo que viene preparando una intervención militar, la Dirección Nacional del MRTA ha ordenado a sus unidades de fuerzas especiales y de comandos atacar objetivos económicos y militares en todo el territorio nacional, cuando el señor Fujimori dé la orden de ataque. Eso significa que lo que suceda de aquí en adelante es de absoluta responsabilidad del gobierno peruano²³⁷.

Ese día, Cerpa acusaría dos golpes: que Fujimori haya desdeñado su advertencia, y la beligerancia del discurso presidencial. Buscando atención ciudadana, el domingo 22 liberaría a 225 cautivos “no comprometidos directa o indirectamente con actos del gobierno” y que luego serían recibidos por Fujimori en el Hospital de la Policía²³⁸. Entre ellos estaban los embajadores de Panamá, Venezuela, Cuba y Austria, junto a magistrados del Poder Judicial y del JNE. Quedarían aún 140 cautivos en el recinto diplomático. El líder emerretista también redactaría un comunicado para la prensa, cuestionando y desacreditando a Fujimori por usar “términos confrontacionales” en su alocución del 21²³⁹.

²³⁷ En la mayoría de diarios de Lima. El 23 de diciembre, la amenaza de Cerpa fue ratificada por Isaac Velasco, vocero del MRTA en Europa. Además, Cerpa sostuvo que era inevitable la muerte de los 140 rehenes habidos hasta ese momento en la residencia.

²³⁸ Diario *El Comercio*. *Base Tokio. La crisis de los rehenes en el Perú*. Lima: Empresa Editora *El Comercio*, 1997. Página 88.

²³⁹ En la mayoría de diarios de Lima.

En general, el discurso de Fujimori fue apoyado por la mayoría de líderes políticos, especialmente por Fernando Belaúnde y por Luis Bedoya Reyes, y también por parlamentarios opositores como Fernando Olivera del FIM, Anel Townsend de UPP, José Barba del CODE y Ántero Flores-Aráoz del PPC. Lo mismo hicieron la Confiep y diversos gremios industriales del país²⁴⁰. El hecho de que la clase política y el empresariado respaldaran el núcleo del mensaje –exigirle al MRTA deponer las armas y liberar a los rehenes antes de iniciar cualquier tipo de diálogo– fortaleció la “unidad política” del gobierno y movilizó al “Estado fuerte” contra el enemigo²⁴¹.

Salvo poquísimas excepciones, los medios de comunicación apoyaron la perspectiva dura de Fujimori. El lunes 23, espontáneamente, el diario *El Comercio* también planteó la distinción amigo-enemigo al señalar que el trato con los terroristas tenía límites: “Pese a todo, la interlocución sigue siendo posible. Pero el diálogo, en el sentido estricto del término, y más aún la negociación con el MRTA, carecen de viabilidad cuando existe una diferencia abismal entre los que apuntan con fusiles a los rehenes, y aquellos peruanos que buscan verdaderamente la paz”²⁴².

Del mensaje del 21 quedó claro que Cerpa debía deponer las armas y entregar a los cautivos para que la comisión de garantes ofrecida por Fujimori pudiese actuar. Creyendo poder salir ileso, Cerpa permaneció astutamente inmóvil, hasta que el gobierno se pronunció con energía el 24 de diciembre, filtrando a la prensa información que apareció en notas que no consignaban fuentes. En ellas, el Ejecutivo lo presionaba para que claudique sin condiciones

²⁴⁰ En la mayoría de diarios de Lima.

²⁴¹ El 27 de diciembre, el pleno del Congreso ratificaría con 90 votos a favor y ocho abstenciones, el respaldo que el Consejo Directivo le brindó a Fujimori apenas 24 horas después de ejecutarse el secuestro del MRTA, respecto a las decisiones que tome durante la crisis. El apoyo también se extendió al mensaje presidencial del 21, en el que se exhortó a los terroristas a entregar las armas y a liberar a los cautivos, como requisito indispensable para el inicio del diálogo. Según el titular del Parlamento, Víctor Joy Way, el gesto reflejaba “la unidad del Congreso y el respaldo total a las acciones del Ejecutivo”. En la mayoría de diarios de Lima.

²⁴² Diario *El Comercio*. “La propuesta y el compromiso del gobierno”. Lima, 23 de diciembre de 1996. Sección Editorial, página 2.

y le sugería algo demoledor: que no habría pausa en el conflicto, ni siquiera en las fiestas navideñas. Por ejemplo, el diario *El Comercio* publicó:

El gobierno espera que el MRTA, que mantiene a más de un centenar de rehenes en la residencia del embajador de Japón, brinde una respuesta clara y precisa al planteamiento del presidente Alberto Fujimori, respecto a la necesidad de entregar las armas y de evacuar a las víctimas, como requisito indispensable para entablar contactos que permitan estudiar una salida.

Solamente así el gobierno procedería a facilitar la formación de una comisión de garantes, mediante la cual podría realizarse la entrega del armamento y una eventual salida del país para los terroristas.

Se busca que de ninguna manera, los tratos con el grupo terrorista iniciados a través del representante de la Cruz Roja, Michael Minnig, se aparten de la propuesta del jefe del Estado, difundida el sábado en la noche²⁴³.

Los discursos y los conceptos que Fujimori brindaba al público, siempre adjetivados y destructivos por las punzantes metáforas que utilizaba, generaron en la población ideas y símbolos muy marcados contra los antagonistas del gobierno y del aparato estatal. El mensaje del 5 de abril de 1992, por ejemplo, en el que intentó justificar el autogolpe de Estado, vino cargado de virulentos ataques a las instituciones y a ciertas autoridades del país.

La alocución presidencial del 21 de diciembre siguió esa pauta, y su eficacia quedó demostrada con la estigmatización del MRTA, llamándolo grupo terrorista y no guerrillero, y responsable de muertes y de mucho sufrimiento por sus “cárceles del pueblo”. También fue relevante porque trazó la ruta que seguiría el Estado frente a los emerretistas. A inicios de marzo de 1997, en una entrevista televisiva, Fujimori señalaría que su política frente al MRTA estaba recogida en ese discurso, sugiriendo que su gobierno poseía “unidad política” en el manejo de la crisis: “Esta política no acepta la excarcelación de ningún preso condenado, lo que no significa un retroceso en las conversaciones.

²⁴³ Diario El Comercio. “Gobierno espera decisión del MRTA de deponer las armas”. Lima, 24 de diciembre de 1996. Página 1.

Abrigamos la esperanza de que la solución sea lo más pronto posible, pero no vislumbramos exactamente cuándo” (Prieto 1997: 139-140).

Las frases de Fujimori calaron en la ciudadanía y en diversos auditorios internacionales, sembrando con contundencia la idea de que el MRTA era el “enemigo”. Por ejemplo, el influyente diario norteamericano *The Washington Post* criticó y ridiculizó a quienes pensaban que el MRTA estaba conformado por idealistas que buscaban una revolución para lograr la justicia social: “Que nadie se equivoque. Los guerrilleros que aún tienen a más de 100 rehenes en la embajada japonesa en el Perú son terroristas”. Y añadió: “En ese duelo, el gobierno peruano está de lado de la vida y de la ley”. Esto ocurrió el 27 de diciembre.

Al día siguiente, Cerpa liberó inesperadamente a 20 rehenes, pese a haber dicho que nadie más saldría de la residencia, y emitió un comunicado diferente a los anteriores, sin envalentonamientos ni reiterando acremente la demanda de liberar a sus camaradas presos. El pronunciamiento buscaba aclarar algunas versiones que dañaban la imagen de su organización, motivadas por la violencia verbal de Fujimori: rechazaba que “personalidades políticas o periodísticas califiquen al MRTA como una banda de terroristas y de genocidas” y que se les compare con Sendero Luminoso, pues Abimael Guzmán “aplicaba una violencia irracional contra del pueblo”. Dos párrafos son significativos:

A lo largo de nuestro accionar, nos hemos regido dentro de estrictos marcos de respeto a la población civil. Por lo demás, asumimos algunos hechos puntuales contra ciertas personalidades, que fueron explicados oportunamente. Del mismo modo, en combates abiertos contra las denominadas fuerzas del orden, hemos ocasionado bajas, así como también las tuvimos en nuestras filas.

Por lo tanto, y por la seriedad que le debemos a nuestro pueblo, pedimos que se esclarezca de la mejor manera posible quiénes hicieron uso del terror indiscriminado contra inocentes, así como matanzas masivas de población civil, de tal manera que se

señalen las responsabilidades concretas y no se repitan las generalizaciones equivocadas²⁴⁴.

En las líneas finales, el MRTA reiteraba su disposición de resolver la crisis con diálogo, y planteaba “una reflexión sobre porqué se había llegado a esa situación”²⁴⁵. Nadie podría responder con total certeza por qué Cerpa y el MRTA emitieron un comunicado tan amilanado. Lo verificable es que Fujimori venía aplicando una política amigo-enemigo en todos los niveles, incluyendo el diplomático. El diario *The Wall Street Journal* resaltó el cambio:

El sábado 28, los guerrilleros del Túpac Amaru liberaron a otros 20 rehenes, entre ellos a varios ejecutivos japoneses y coreanos, lo que redujo a 83 el número de personas retenidas en la embajada. La última liberación fue inesperada: los guerrilleros habían prometido que no soltarían más cautivos después de los 225 que salieron la semana pasada. Según Michael Radu, experto en guerrillas latinoamericanas del *Foreign Policy Research Institute*, los rebeldes “hacen concesión tras concesión”. Y añade: “Se ve mejor que antes”²⁴⁶.

Respecto a la imagen del MRTA, el medio estadounidense resumió que la dialéctica de Fujimori había sido demoledora. El grupo terrorista perdió espacios ante la opinión pública y frente a la prensa nacional e internacional:

Declaraciones confusas de los emerretistas dentro de la residencia del embajador japonés también dejan ver cierto remordimiento por antiguos hechos de violencia que involucran al grupo. Además, los izquierdistas parecen preocupados por el trato que le brinda la prensa peruana e internacional. Tras un lento comienzo, el gobierno de Fujimori se mueve ahora con

²⁴⁴ Diario El Comercio. “El MRTA ya no exige liberación de presos”. Lima, 29 de diciembre de 1996. Sección Política, página 4.

²⁴⁵ En la mayoría de diarios de Lima. Como se indicó anteriormente, el comunicado del MRTA fue leído por Juan Enrique Pendavis, presidente de ADEX, antes de salir en libertad junto a otros 20 cautivos.

²⁴⁶ MOFFET, Matt y VOGEL, Thomas. “La disposición de los Túpac Amaru a negociar crea la esperanza de una solución pacífica”. Diario *El Comercio*. Lima, 30 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 5.

mayor energía para negociar una solución a la crisis que ha afectado el clima de inversión en el Perú²⁴⁷.

Como se sabe, el 31 de diciembre, la policía condujo sospechosamente a centenares de periodistas al frontis de la residencia, quienes, tras romper el cerco de seguridad, ingresaron al recinto. Cerpa pretendió utilizar a Tudela para ablandar la posición del gobierno, pidiéndole frases que coloquen a Fujimori entre la espada y la pared, pero no lo consiguió. Aoki también se negó, argumentando que no iba a prestarse a sus intrigas. A pocas horas para el Año Nuevo, el MRTA liberó a dos rehenes, y a otros siete el 1 de enero. Con esas y otras exenciones, la crisis de los rehenes ingresaba a 1997 con 74 cautivos.

Cerpa buscaba y cedía, pero no Fujimori.

4.3.6. EL MALTRATO A EMBAJADORES Y AUTORIDADES EXTRANJERAS

Fujimori no solamente consideró como enemigos a los 14 emerretistas que secuestraron a las más de 600 personas en el recinto diplomático japonés. Con el paso del tiempo, la distinción amigo-enemigo también se proyectó sobre individuos e instituciones que se relacionaron con la crisis, ejerciendo encargos o labores de mediación entre las autoridades y los captores, o que simplemente manifestaron su desacuerdo con la estrategia del gobierno para resolver la crisis.

Según Schmitt, la distinción amigo-enemigo no existe desde siempre. Su embrión está en las diferencias irresueltas que los grupos mantienen entre sí, y que impiden su sobrevivencia o alcanzar sus objetivos. El proceso puede ir de menos a más, hasta el combate y la neutralización o eliminación.

Eso fue lo que pasó con los actores ajenos al MRTA que discreparon (o discrepaban) con Fujimori. Las diferencias fueron en aumento, hasta que el

²⁴⁷ MOFFET, Matt y VOGEL, Thomas. "La disposición de los Túpac Amaru a negociar crea la esperanza de una solución pacífica". Diario *El Comercio*. Lima, 30 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 5.

gobierno los combatió y los sacó del juego en aras del “Estado fuerte” schmittiano, y usando el aparato gubernamental y estatal, especialmente las fuerzas de seguridad y los servicios de inteligencia. Así ocurrieron numerosos episodios de maltrato y de enemistad en diversos ámbitos: contra la ‘comisión de garantes’ de Cerpa, ignorando al presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso, y expulsando del país al funcionario de la Cruz Roja, Jean-Pierre Schaerer.

4.3.6.1. LOS ‘GARANTES’ DE CERPA Y FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Se dijo anteriormente que la inercia del Ejecutivo había obligado a Cerpa a nombrar de manera unilateral una ‘comisión de garantes’ compuesta por rehenes peruanos y extranjeros, con el fin de exhortar a Fujimori a negociar con el MRTA. Esto ocurrió el 18 de diciembre, 20 horas después de la toma de la residencia, y tras observar que el jefe del Estado se mantenía imperturbable ante las amenazas de ejecución contra el canciller Tudela.

Esta ‘comisión de garantes’ estuvo compuesta por diplomáticos de reconocida trayectoria y provenientes de países no tan cercanos al gobierno de Fujimori. Ellos fueron los embajadores Anthony Vincent de Canadá, Alcibiades Karokis de Grecia y Heribert Woeckell de Alemania, junto al agregado cultural de Francia, Hyacinthe De Montera. Otro integrante fue el diplomático peruano Armando Lecaros.

Todos fueron liberados casi a las 7:00 de la noche, para acompañar a Vincent en la lectura de un comunicado elaborado por los rehenes, y luego reiterar las exigencias del MRTA²⁴⁸. Luego aseguraron a la prensa que irían a Palacio de Gobierno, para dialogar con el presidente sobre algunas

²⁴⁸ Frente a decenas de periodistas de todo el mundo, el texto leído por Vincent denunciaba las pésimas condiciones de salubridad en el recinto diplomático, y la existencia de rehenes heridos por causa de algunas explosiones. No obstante, el dato principal era que la jefatura del MRTA estaba decidida a ejercer la fuerza y que continuaba formulando amenazas contra la vida de Tudela. Según el documento, el ambiente era “tenso por la falta de diálogo con el gobierno”. En la mayoría de diarios de Lima.

consideraciones políticas y humanitarias que podrían ayudar a resolver la crisis con rapidez.

Llegaron a Palacio de Gobierno, esperaron cinco horas en un pequeño salón y no fueron recibidos por Fujimori. El desaire fue mayúsculo, pues la prensa captó el ingreso de los autos de los diplomáticos a la Plaza Mayor y luego al patio posterior de la sede del Ejecutivo. Según lo detallado por el diario *La República*, Vincent y su grupo estaban seguros de cumplir su objetivo:

Antes de abordar los vehículos rumbo a Palacio de Gobierno, Vincent leyó un escueto comunicado precisando que fueron liberados por el comando del MRTA para buscar una solución negociada y sin derramamiento de sangre.

Vincent dijo: “Tomaremos inmediato contacto con el gobierno y estaremos comprometidos a mantener un enlace con el MRTA, con fines humanitarios”. Minutos antes de las 8:00 de la noche, la comisión llegó a Palacio de Gobierno, ingresando ambos vehículos hasta el patio de la residencia.

Por lo que se conoció, el presidente Fujimori no recibió a los miembros de la comisión. No se explicaron las razones, y tampoco ninguno de los diplomáticos quiso decirlas²⁴⁹.

Recién a la medianoche pudieron hablar con Palermo, quien los recibió en su despacho del Ministerio de Educación, en la avenida Abancay. El interlocutor del gobierno los escudriñó y escuchó con atención. Y siguiendo el plan de Fujimori, agradeció y nada dijo.

Los diplomáticos también buscaban otro imposible: dialogar con Polay, preso en la Base Naval del Callao, para transmitirle una consulta de Cerpa. Fujimori se opuso férreamente, y alterado le preguntó a Palermo si los embajadores no se estaban excediendo. Se pensó que el presidente iba a recibirlos al día siguiente, pero tampoco fue así. Hubo silencio en todo aspecto: nadie les explicó por qué Fujimori se negaba a verlos, y menos lo contraproducente que podía ser visitar a Polay.

²⁴⁹ Diario *La República*. “Fujimori no recibió a comisión negociadora”. Lima, 19 de diciembre de 1996. Sección Especial, página 5.

La negativa del gobierno respondía a razones estratégicas, pues no se deseaba que Cerpa creyese que tenía capacidad de mando, y también de seguridad nacional, debido a que se desconocía si Polay iba a aprobar una medida más radical contra los rehenes y el país. Así planteados, es muy probable que los embajadores hubieran entendido esos argumentos. Los enviados se sintieron maltratados por Fujimori, y el 20 de diciembre anunciaron a la prensa que su labor había concluido, aunque Vincent se ofreció para seguir apoyando como intermediario. Quedaba solamente la Cruz Roja como nexo entre el gobierno y el MRTA, pero la buena relación duraría poco.

Para salir de la crisis, los representantes de Alemania y de Grecia creían que el gobierno debía aceptar las demandas del MRTA. La posición de Vincent era más distante. Era un experto en terrorismo y había dirigido una división contrasubversiva internacional en la cancillería canadiense, algo que facilitó su entendimiento con Palacio de Gobierno. A fin de cuentas, Fujimori aplicó la distinción amigo-enemigo contra los colegas de Vincent: el alemán viajó a su país y no volvió más al Perú, y poco después ocurriría lo mismo con el griego y el francés.

El 20 de diciembre, Cerpa conformaría una segunda 'comisión de garantes' con rehenes que también saldrían en libertad, persistiendo en la idea de dialogar con el gobierno. Integrada por los embajadores Carlos Coutinho Pérez de Brasil, Lee Won Yung de Corea del Sur y Samy Tawfik Ismail de Egipto, junto a los políticos Alejandro Toledo y Javier Diez Canseco, también fue ignorada y disuelta apenas pisó la calle, porque el gobierno consideraba que su único interlocutor era Palermo. No hubo explicaciones ni recibimientos protocolares.

Las reacciones llegaron de inmediato a través de las agencias de noticias. El embajador de Austria en Lima, Franz Irbinger, acusó a Fujimori de "falta de cooperación" y de tener un "comportamiento incompatible con los usos

diplomáticos de una sociedad civilizada”²⁵⁰. Además, diversos cables informaron que representantes de la Unión Europea –que tenían compatriotas cautivos en el recinto– criticaron con dureza a Fujimori por negarse a recibir al diplomático Vincent y a su grupo, asegurando que esa señal autoritaria podría dificultar una salida pacífica al problema.

Pero el gobierno tenía otra perspectiva. Más allá del adecuado trato que debieron tener las ‘comisiones de garantes’ formadas por Cerpa, Fujimori se oponía a que el MRTA accediese a la estructura más alta del poder, y por ello colocó las demandas terroristas en manos de un interlocutor. El objetivo era lograr un mayor manejo y control, y evitar que el Estado sea chantajeado y degradado al ser obligado a negociar con el enemigo. Paredes Castro manifiesta:

Uno de los primeros resultados que saltan a la vista en la tensa evolución de la crisis de los rehenes, es que contrariamente a lo que se esperaba, el gobierno ha logrado tomar suficiente distancia de la presión terrorista del MRTA, de modo que Cerpa no ha podido encontrar, por lo menos hasta ayer, lo que venía buscando en los últimos cuatro días: negociar directamente con el más alto nivel político del país.

Luego añade:

El gobierno ha logrado hasta ahora un estimable margen de maniobra –que está obligado a conservar contra viento y marea, en la medida que ha conseguido, por ejemplo, que por debajo de la autoridad presidencial (a la que no ha podido llegar el MRTA) funcione un círculo de interlocución destinado a tres finalidades: conocer plenamente las demandas terroristas y sus motivaciones, estudiarlas e interpretarlas en términos de inteligencia, logística y acciones a tomar, y prestar las atenciones humanitarias surgidas por la situación de los rehenes²⁵¹.

²⁵⁰ AGENCIA EFE. “Europeos critican a Fujimori por falta de cooperación”. Diario *El Comercio*. Lima, 21 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 7.

²⁵¹ PAREDES CASTRO, Juan. “A distancia de la presión terrorista”. Diario *El Comercio*. Lima, 21 de diciembre de 1996. Sección Opinión, página 2.

Casi en paralelo, hubo un impase con el presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso, quien deseaba conocer el estado de salud de su embajador en Lima²⁵². Trascendió en la prensa internacional que Cardoso había intentado en diversas ocasiones hablar telefónicamente con Fujimori, apelando a diversos intermediarios, pero sin éxito²⁵³. Cardoso era una de las autoridades extranjeras que se oponía con firmeza a una intervención armada, y que observaba con inquietud la férrea posición de Fujimori, mostrada con sus desplantes a Cerpa y a sus enviados. Mientras se producía la incomunicación con Cardoso, los medios de prensa difundían diálogos de Fujimori con los jefes de Estado de Malasia, Guatemala y Corea del Sur, entre otros.

Según Prieto, Fujimori “estaba dedicado en cuerpo y alma a evaluar el secuestro, habiendo anulado su agenda de esos días, encerrándose en Palacio de Gobierno y solamente recibiendo o atendiendo a los funcionarios que él mismo requería” (1997: 69).

Poco después del secuestro, Cardoso había hecho un llamamiento público a Fujimori para que mantenga “la serenidad y la razón” en las negociaciones con el MRTA, algo que probablemente no cayó bien en Palacio de Gobierno. Por canales diplomáticos, Fujimori le aseguró al mandatario brasileño que estaba buscando una rápida solución a la crisis, teniendo como “objetivo principal salvaguardar la salud y la vida de los que están retenidos en la residencia del embajador”²⁵⁴.

A pesar de haber asistido a las tomas de mando de Fujimori en 1995 y en el 2000, Cardoso tenía notables diferencias políticas, económicas y personales con Fujimori. Por más que su rol fue clave para la paz que el Perú y el Ecuador lograron en 1998, no aprobaba el maltrato que Fujimori le infligía a la democracia y a la institucionalidad, y debido a eso lo criticó en diversas reuniones privadas por su plan de perpetuarse en el poder. Por lo demás,

²⁵² El embajador de Brasil en Lima era el diplomático Carlos Coutinho Pérez.

²⁵³ AGENCIA DPA. “El presidente Cardoso ordenó el retiro del embajador Coutinho”. Diario *El Comercio*. Lima, 22 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 3.

²⁵⁴ AGENCIA DPA. “El presidente Cardoso ordenó el retiro del embajador Coutinho”. Diario *El Comercio*. Lima, 22 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 3.

Cardoso era un humanista y académico de izquierda, y Fujimori un pragmático de derecha que no hacía concesiones.

Durante la toma de la residencia, Fujimori mantuvo una distancia clara y poco cordial con Cardoso, y también con la representación de Brasil en Lima. El embajador Carlos Coutinho Pérez fue liberado por el MRTA el 20 de diciembre, y el silencio de Fujimori con el presidente brasileño se mantuvo. Al día siguiente, Cardoso envió un avión militar a Lima, y ordenó la salida de Coutinho del Perú en calidad de “consulta”. Según la agencia *DPA*, el diplomático “fue recibido por Cardoso, quien después de varios intentos frustrados de contactar a Fujimori, escuchó de Coutinho un relato completo de los sucesos en Lima”²⁵⁵.

4.3.6.2. CONFLICTOS CON LA CRUZ ROJA Y JEAN-PIERRE SCHAERER

En la crisis de los rehenes, la labor de la Cruz Roja empezó poco después del asalto. En pleno caos y desconcierto, Michael Minnig, representante de ese organismo en el Perú, se presentó ante Cerpa para mediar entre el MRTA y los sometidos, ofreciéndose como organizador de las evacuaciones y de las atenciones humanitarias que la emergencia requería. La Cruz Roja era –y lo sigue siendo– una de las instituciones más respetadas del mundo, y su presencia generaba confianza para una salida pacífica.

Pese a ello, durante las primeras horas del secuestro, el gobierno evaluó detenidamente si debía ser la Cruz Roja o el Cuerpo General de Bomberos Voluntarios del Perú (CGBVP), la entidad encargada de lo humanitario. A las 2:00 de la tarde del 18 de diciembre, y tras un largo debate en Palacio de Gobierno, la policía informó a los hombres de rojo que debían retirarse del lugar, para ceder sus posiciones a Minnig y a sus colegas.

La labor de Minnig comenzó al instante. Tres horas después se encontraba en Palacio de Gobierno, dialogando con Fujimori y con el Consejo

²⁵⁵ AGENCIA DPA. “El presidente Cardoso ordenó el retiro del embajador Coutinho”. Diario *El Comercio*. Lima, 22 de diciembre de 1996. Sección Internacional, página 3.

de Ministros, y a las 7:00 de la noche estaba de regreso en la residencia con un megáfono y llevando bidones de agua, medicinas y vendas, papel higiénico, alimentos no perecibles, ropa para los cautivos y 200 rosarios. Luego organizaría el recojo de la basura y el suministro de la comida en tres turnos, la visita de médicos y enfermeras, incluyendo el ingreso de equipos de rayos X para atender a los heridos.

Durante toda la crisis, Minnig y los integrantes de la Cruz Roja entrarían y saldrían del domicilio de Aoki decenas de veces al día, y ese esfuerzo fue aplaudido aquí y en el extranjero. Sin embargo, sectores del gobierno –y también probablemente Fujimori– llegaron a considerar que eran cómplices de los emerretistas. Prieto afirma que el gobierno “iba a lamentar en más de una ocasión haber elegido a la Cruz Roja y no a los bomberos para la labor humanitaria” (1997: 42).

Los que rechazaban a la Cruz Roja argumentaban que su participación le otorgaba un estatus diferente al MRTA: el de una guerrilla. Según Prieto, cuando un Ejército lucha contra un grupo guerrillero, puede ser difícil saber quién tiene la razón, por lo que el trabajo de la Cruz Roja es perfectamente factible en ese escenario (1997: 45). Añade que todo cambia cuando un grupo terrorista ataca a un Estado, pues no se trata de rivales iguales luchando por un principio de justicia o de igualdad, sino de la vulneración de la ley. Es decir, hay claramente un bienhechor y un criminal (1997: 45-46). Además, afirma Prieto, las guerrillas controlan zonas de un territorio, no atacan a los civiles y respetan las Convenciones de Ginebra, especialmente el artículo 34 del cuarto protocolo, que claramente proscribía los secuestros (1997: 44-45). El MRTA no era una guerrilla, sino un grupo terrorista que había tomado como rehenes a más de 600 personas en la casa del embajador Aoki.

Pero la desconfianza del Estado hacia la Cruz Roja se remontaba a la década de los ochentas, en plena guerra contra el terrorismo. Así, el tiempo fue agudizando el conflicto y mostrando las diferencias entre ambos bandos, como podría pensarlo Schmitt. Como hombre cercano al régimen, la opinión de Prieto refleja el encono del fujimorismo hacia la entidad humanitaria:

En la lucha antiterrorista peruana, el gobierno acusó a la Cruz Roja de actuar a favor de los heridos senderistas y emerretistas, acogiéndolos para curarlos y devolverlos plenamente a la libertad, para que continúen con sus actividades de "luchadores sociales". Los miraba como guerrilleros insurgentes, quién sabe si con los mismos derechos que los militares y los policías. (1997: 46)

Luego agrega:

Así nace un cierto recelo del gobierno sobre el modo de actuar de la Cruz Roja. Un cuidadoso seguimiento le permite comprobar que las visitas a los presos terroristas, autorizada por el propio Estado como una garantía de humanitarismo frente a la opinión pública internacional, está sirviendo para que los presos tengan un servicio constante de correo de ida y de vuelta. Cartas van y cartas vienen, entre terroristas sueltos y terroristas detenidos. (1997: 46)

Ciertamente, cuando Fujimori llegó al poder en 1990, calificó a los organismos de derechos humanos de ser apañadores de la subversión, y de manchar la imagen del país en el extranjero. Pero el punto máximo de tensión ocurrió en 1992, tras el autogolpe de Estado. El gobierno le prohibió a la Cruz Roja ingresar a los penales con presencia terrorista, sobretudo a los que albergaban a los cabecillas de Sendero Luminoso y del MRTA. A los pocos meses, Fujimori tuvo que levantar la medida por causa de la presión nacional e internacional.

En el marco del secuestro emerretista, el antagonismo con la Cruz Roja empezó en dos planos: desde los rehenes, quienes no aceptaban sus disposiciones y comportamientos al interior del recinto, y a partir del gobierno y de las fuerzas de seguridad, alertas ante su conjeturada parcialidad con el MRTA. Ambas situaciones fueron referidas por la prensa, con exageraciones e imprecisiones, lo que agravó la distinción amigo-enemigo que el Ejecutivo y el Estado aplicaban contra esa organización. En la ruptura entre el Estado y la Cruz Roja fue crucial el espionaje y la tecnología del SIN, al hacer posible la

obtención de imágenes y audios del interior del recinto, y que confirmaron las quejas de los cautivos y los temores del Estado.

Minnig era reconocido y admirado, pero también muy observado. La maquinaria humanitaria dependía de su esfuerzo, y por eso fue llamado a integrar la comisión de garantes, pero pronto el gobierno lo relegó por su insistencia en reanudar las visitas de la Cruz Roja a los emerretistas presos. Los deseos de Minnig no encajaban en la estrategia irreductible de Fujimori. Se comentaba que “parecía demasiado proemerretista” y que “era tan neutral que al gobierno no le servía para nada” (Diario *El Comercio* 1997: 145). Prieto recalca: “La Cruz Roja quería exclusividad en la reanudación de las visitas a los presos del MRTA. Olvidaba que no eran guerrilleros, sino terroristas. Y también que sus reglamentos impedían esas actividades con terroristas. Por eso, ellos los llamaban guerrilleros. Las visitas –para la Cruz Roja– tenían que ser privadas, íntimas y sin vigilancia policial” (1997: 93).

A Giampietri le sorprendió que la Cruz Roja utilizara el mismo personal para atender a los secuestradores y a los cautivos. Su experiencia como militar le recordaba que en zonas de conflicto, la entidad enviaba equipos diferentes a cada bando para evitar “arbitrariedades en su actuación” (2011: 101). Los rehenes notaron cosas extrañas como la inacabable provisión de pilas a los emerretistas, necesarias para que sus radios puedan funcionar y comunicarse con la prensa, pese a que el gobierno buscaba aislarlos y arrinconarlos. Y también que siempre tuvieran abundante tela roja para hacer las pancartas que colocaban de las ventanas, y cuyos mensajes daban la vuelta al mundo. Giampietri rememora:

Los rehenes cuestionábamos que algunos representantes de la Cruz Roja demostraran una especial empatía con los captores del MRTA, lo que contrastaba con la frialdad de su trato a los cautivos. Incluso, algunos se aventuraban a pensar que la actitud de los miembros de la organización internacional dependía de su nacionalidad. Por ejemplo, los de origen suizo y nórdico favorecían a los terroristas, mientras que los franceses, españoles, italianos, alemanes y japoneses preferían a los rehenes. (2011: 102)

En cierta ocasión, la prensa informó que algunos cautivos habían protestado ante la Cruz Roja por la negligencia de mantener en la residencia –y por varias semanas– un grupo electrógeno que había sido llevado para hacer un electrocardiograma. Los terroristas cargaban sus radios, sus baterías y sus linternas, y eso también molestó al gobierno. Otro asunto debatible fue la exagerada censura que la Cruz Roja ejercía sobre la correspondencia entre las víctimas y sus familias, al punto de tachar frases que transmitían cariño o simples reflexiones políticas. Lo más controvertido fue que la Cruz Roja evitara que los emerretistas fueran llamados “subversivos” o “terroristas”²⁵⁶.

Con todo lo mencionado, y según los indicios y las pruebas recolectadas, el gobierno orientó la distinción amigo-enemigo hacia Jean-Pierre Schaerer, integrante de la Cruz Roja y principal colaborador de Minnig en Lima, por violar la neutralidad que debía mantener en la crisis. Prieto relata:

Durante 120 días, el gobierno tendrá como piedra en el zapato la incomodidad de las tertulias y de los chismorreos que organiza el segundo de la Cruz Roja en Lima, Jean-Pierre Schaerer, de 33 años y residente aquí desde 1991, y cuya intimidación con los terroristas sobrepasa con exceso la prudencia que debería tener la atención humanitaria de los rehenes, habiendo incurrido reiteradamente en infidencia. Al parecer, ha hecho de correo clandestino entre los terroristas de la residencia con sus contactos dentro y fuera del país. A pedido del interlocutor del gobierno, la cancillería peruana lo declaró persona no grata, saliendo del Perú rumbo a Ginebra. (1997: 50)

El favoritismo de Schaerer hacia el MRTA fue detectado por el monseñor Cipriani a inicios de enero. Fue tal vez la primera evidencia del controvertido nexo. El prelado le había entregado a Cerpa un documento que debía firmar para reiniciar las conversaciones preliminares, y formar la comisión de garantes. El líder emerretista vio con agrado la iniciativa, y solicitó unos

²⁵⁶ A pocos días del rescate, los emerretistas empezaron a presionar a los rehenes para que firmen un documento de protesta contra el gobierno. Lo hacían constantemente y con amenazas, causando malestar y enfado en los cautivos. Giampietri recuerda que Minnig quiso convencerlos de que lo hagan, rompiendo la neutralidad de la Cruz Roja y generando rechazo al interior del recinto (2011: 145).

minutos para discutirla con sus lugartenientes. Tras hablar con los cautivos, Cipriani volvió a la sala del primer piso para conocer la respuesta de Cerpa, y vio que Schaerer estaba reunido con él y otros emerretistas. El documento estaba sobre la mesa, y era claro que el funcionario de la Cruz Roja lo había leído. Cipriani mostró su extrañeza a todos. Cerpa se negó a aprobarlo, influenciado por Schaerer. El prelado lo cuenta:

Para mí fue muy desconcertante que un representante y jefe de la Cruz Roja –institución cuyos miembros suelen afirmar que son neutrales y que están impedidos de participar en negociaciones de algún tipo, puesto que su presencia es exclusivamente humanitaria– se encontrara en una circunstancia en la que claramente aparecía como un intruso, interviniendo directamente en un tema político que no le competía en absoluto. Se trataba de un documento destinado a lograr un posible acuerdo para reiniciar las conversaciones entre el gobierno y el MRTA. (2012: 87)

Eran numerosos los rehenes que cuestionaban a Schaerer, y no solamente eran los militares o los policías. También fue denunciado por funcionarios y parlamentarios fujimoristas, únicos representantes políticos que quedaban como cautivos. Los civiles y extranjeros prefirieron el silencio por falta de inmunidad, o porque tal vez consideraron que el balance general del comportamiento de la Cruz Roja era positivo. El congresista de Cambio 90-Nueva Mayoría, Luis Chang Ching, recuerda: “Schaerer siempre tuvo un comportamiento extraño con nosotros. Una vez nos preguntó si queríamos polos. Aceptamos y nos trajo prendas verdes, tipo comando, como los que usaban los terroristas. Después nos llevó polos blancos, que también vimos en los terroristas. Parecía que utilizaba nuestras necesidades para satisfacer las del MRTA” (Diario *El Comercio* 1997: 125).

El problema de los polos verdes es referido por Hidalgo: “La idea fue de Schaerer, jefe adjunto de la Cruz Roja. En dos ocasiones proporcionó prendas similares a los rehenes y a los emerretistas, lo que causó extrañeza en los primeros por el riesgo de confusión” (2007: 94). De producirse una incursión armada, los cautivos sabían que los militares podían confundirlos con los terroristas, lo que ocasionaría bajas inocentes.

Schaerer nunca fue del agrado de Giampietri por su reciedumbre y altanería con los rehenes. Varios indicios le condujeron a la certeza de que el funcionario de la Cruz Roja no jugaba limpio: “Nunca nos hablaba, casi ni nos miraba y se negaba a ayudarnos incluso en nimiedades” (2011: 102). El marino recuerda que cuando Schaerer pernoctaba en la casa que la Cruz Roja había alquilado para las conversaciones entre Palermo y el MRTA, el teléfono de manivela de la residencia siempre sonaba de madrugada, y que Cerpa y otros emerretistas hablaban durante horas con él. Sospecha Giampietri que esas conversaciones fueron interceptadas por los servicios de inteligencia, y que por eso Schaerer fue expulsado del país.

Este hecho se produjo el 16 de abril, pero la noticia recién sería publicada por los medios de comunicación el 19, y sin brindar mayores explicaciones. Para el Estado, Schaerer era un enemigo y había que apartarlo de la crisis, sobre todo a pocos días de la ejecución de la operación militar Chavín de Huántar.

Según el vocero de la Cruz Roja en Lima, Steve Anderson, la decisión fue confirmada por la embajada peruana en Suiza. Los directivos de la entidad humanitaria le informaron a Minnig que Schaerer debía abandonar de inmediato el Perú, y que la medida había sido aceptada para evitar “mayores enfrentamientos” que pudieran entorpecer las negociaciones entre el gobierno y el MRTA, en el afán de liberar a los últimos 72 rehenes²⁵⁷.

Si bien el gobierno mantenía una total reserva, el diario *El Comercio* publicó que “entre las justificaciones que brinda el Ejecutivo, estaría que el funcionario de la Cruz Roja habría rebasado sus funciones propiamente humanitarias, afectando su real contribución en las actuales circunstancias, por lo que se le retiró la confianza”²⁵⁸.

²⁵⁷ En la mayoría de diarios de Lima.

²⁵⁸ Diario *El Comercio*. “Perú pidió salida de funcionario de la Cruz Roja”. Lima, 19 de abril de 1997. Página 1.

Había contrariedad en la Cruz Roja. Su presidente, Cornelio Sommaruga, calificó la salida de Schaerer como un “incidente lamentable” que el Perú debía explicar²⁵⁹. Rubén Ortega, vocero de la entidad en Ginebra, fue más explícito: “Hemos recibido la noticia con gran sorpresa, y vamos a pedir oficialmente que el gobierno peruano nos ofrezca aclaraciones concretas, debido a que no entendemos la razón de la decisión”²⁶⁰. Y pese a confirmar que pronto llegaría a Lima un representante para hablar con Fujimori, los periodistas no deseaban esperar: el 22 de abril, cuando Ortega era entrevistado por *RPP*, un panelista le refirió que “Schaerer transmitía información sobre las conversaciones de los garantes a los voceros del MRTA en Europa”²⁶¹. Incómodo, el funcionario respondió que no tenía indicios de eso.

La prensa empezó a enumerar los problemas que el gobierno había tenido con la Cruz Roja desde la irrupción del MRTA, y ciertamente no eran pocos. Protagonista de esa mala relación fue la policía, cuyos efectivos impedían a los voluntarios cumplir con sus obligaciones humanitarias y logísticas en la residencia. Incluso, en una ocasión se retiraron por unas horas en señal de protesta, alterando el horario de las comidas y la entrega de agua y medicinas a los cautivos. El diario *La República* informó que “durante la crisis de los rehenes, efectivos de la Policía Nacional del Perú dieron muestras de hostilidad contra los delegados del CICR, y que los problemas pudieron superarse por iniciativa de la organización”. Añadió que “la prensa oficialista atacó la supuesta ‘deferencia’ de Michael Minnig con los terroristas del MRTA, y que la CICR se limitó a responder que su funcionario solamente cumplía con sus funciones humanitarias”²⁶².

Pues bien, el gobierno tampoco se quedó atrás. Apenas se inició el secuestro, y en el marco del comportamiento amigo-enemigo aplicado desde Palacio de Gobierno y los servicios de inteligencia y de seguridad, Fujimori

²⁵⁹ En la mayoría de diarios de Lima.

²⁶⁰ En la mayoría de diarios de Lima.

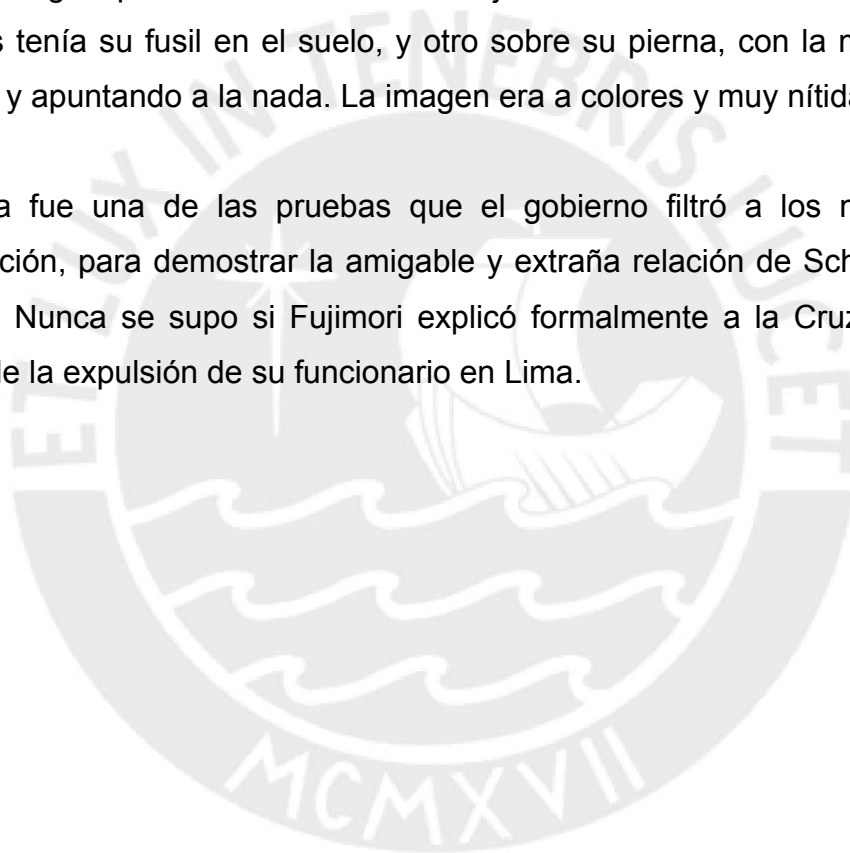
²⁶¹ Diario *La República*. “Cruz Roja Internacional ratifica su neutralidad”. Lima, 22 de abril de 1997. Sección Política, página 6.

²⁶² Diario *La República*. “Sorpresivamente, gobierno solicitó salida del país del jefe adjunto de la Cruz Roja”. Lima, 19 de abril de 1997. Sección Política, página 8.

canceló las visitas de la Cruz Roja a los emerretistas presos, lo que afectó el trabajo de los colectivos de derechos humanos.

Semanas después de recuperada la residencia, una fotografía sería difundida por *Panamericana Televisión*. En ella aparecía Jean-Pierre Schaerer con Cerpa y otros tres emerretistas, relajados y sonrientes, conversando sentados en los sillones de estilo victoriano y Luis XVI del salón principal del inmueble de Aoki. El representante de la Cruz Roja tenía las piernas cruzadas, la espalda hundida en el respaldo y los codos apoyados en el reposabrazos. Nada que signifique una reunión de trabajo o de coordinación. Uno de los terroristas tenía su fusil en el suelo, y otro sobre su pierna, con la mano lejos del gatillo y apuntando a la nada. La imagen era a colores y muy nítida.

Esa fue una de las pruebas que el gobierno filtró a los medios de comunicación, para demostrar la amigable y extraña relación de Schaerer con el MRTA. Nunca se supo si Fujimori explicó formalmente a la Cruz Roja las razones de la expulsión de su funcionario en Lima.



CAPÍTULO 5

LA DISTINCIÓN AMIGO-ENEMIGO Y LA DECISIÓN
PRESIDENCIAL DE EJECUTAR LA OPERACIÓN MILITAR
CHAVÍN DE HUÁNTAR



5.1. INTRODUCCIÓN

La operación militar Chavín de Huántar fue el punto más alto y culminante de la enemistad del Estado contra el MRTA, iniciada en 1984 con la ocurrencia de los primeros asesinatos y ataques terroristas, y que se agravó el 17 de diciembre de 1996 con el secuestro masivo de más de 600 personas en la sede diplomática japonesa.

Según Hernando, la liberación armada fue la “máxima expresión” de la distinción amigo-enemigo entre el Estado y los emerretistas²⁶³. El contraste amigo-enemigo con el MRTA era claro desde la década de los ochentas, y se planteó como un “conflicto existencial que surgió desde el momento en el que ese grupo terrorista manifestó su hostilidad hacia el Estado”²⁶⁴. En esa línea, Pérez Crespo afirma que para Schmitt, la enemistad “es una cuestión identitaria y existencial que se va construyendo en una situación de contraposición”²⁶⁵. Y si bien el antagonismo era antiguo y general, el episodio en San Isidro lo focalizó en un espacio y tiempo concreto, lo cual ayudó a que el gobierno exhibiera las cualidades schmittianas de “Estado fuerte” y de “unidad política” en la lucha contrasubversiva.

En términos militares, la “unidad política” podría reflejarse en la “unidad de comando” que durante la crisis de los rehenes sustentó la cohesión institucional del Ejército y de las Fuerzas Armadas, y que sirvió para defender el “honor del Perú” (Hermoza Ríos 1997: 151-152). Y así como la “unidad política” permite al Estado movilizarse contra el enemigo, la “unidad de comando” posibilitó la “integración efectiva de todos los elementos de combate y la adecuada orientación de los esfuerzos” para el éxito del operativo militar Chavín de Huántar (Hermoza Ríos 1997: 123).

La lucha que el gobierno desplegó contra los emerretistas fue calmosa y espaciada, pero feroz en la estrategia y en la táctica, aplicando el silencio, el

²⁶³ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 17 de agosto del 2015.

²⁶⁴ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 17 de agosto del 2015.

²⁶⁵ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 7 de agosto del 2015.

secreto y el manejo del tiempo, ejecutando sin contemplaciones la autoridad y las políticas de Estado, infiltrándose electrónicamente en el recinto para anticiparse a los emerretistas, propalando maniobras desinformativas y distractivas, y utilizando el ámbito internacional para legitimar sus objetivos frente a los del MRTA.

La enemistad schmittiana es burocrática y estatal, y también corporizada en el soberano. El gobernante es el Estado, y personificando al “pueblo” asume la enemistad y la conduce hacia el enfrentamiento y la derrota del rival. Así, es significativo que Montesinos, en su libro *Con el terrorismo no se negocia. Operación Militar Chavín de Huántar*, se refiera a Fujimori como el “director y conductor de la guerra” contra el MRTA (2016: Tomo 1, 348).

Lo anteriormente descrito podría resumirse en la impactante imagen del presidente Alberto Fujimori subiendo las escaleras de la residencia, y pasando al lado del cuerpo baleado y ennegrecido de Néstor Cerpa Cartolini. El jefe del Estado asumió la lucha de manera personal, y vio al enemigo caído en la zona de combate. Asumió el éxito de la arremetida castrense y quiso refrendarla rotundamente con su presencia en el recinto diplomático. Hidalgo describe:

La presencia de Fujimori sorprendió a los oficiales que estaban asegurando el área de servicio del segundo piso, especialmente la terraza de la lavandería que era la vía de ingreso a la zona en donde se habían producido los combates más duros. En ese lugar había un cadáver boca abajo, con unas manchas de sangre sobre el suelo y a la altura del rostro. Para ese momento, según algunos oficiales militares, las comunicaciones por radio se habían interrumpido. Entonces le advirtieron a Fujimori que su permanencia en el lugar era riesgosa, porque “todavía se estaba verificando el área”. El jefe del Estado, en mangas de camisa y con un chaleco antibalas, quería entrar con una insistencia que resultó extraña al jefe del grupo Delta. “No me quedó otra que dejarlo pasar, no sin antes indicarle al comandante San Román y al capitán Delgado, quienes lo acompañaban de civil, que vayan delante de él por si alguno de los artefactos explosivos del suelo podía explotar, toda vez que la operación aún no terminaba”. Minutos después, Fujimori bajó por ese sector y se dirigió al jardín trasero de la residencia. (2007: 109)

Luego se produjeron las escenas que los canales de televisión –y algunas cámaras del SIN– registraron con agitado nerviosismo: Fujimori llegando al frontis del recinto, caminando con arrogancia y suficiencia entre el humo y el olor a pólvora, para saludar y arengar a los comandos que habían resuelto eficazmente su animadversión contra el MRTA.

Varias veces y enérgicamente, el presidente solicitó a los militares que le confirmaran si todos los subversivos estaban muertos, antes de dirigir la evacuación de los rehenes al Hospital de la Policía, indicando con aspavientos la ubicación de los buses que servirían para el traslado. Minutos después, Fujimori abordaría uno de esos vehículos y acompañaría el recorrido parado en una de las puertas, agitando con medio cuerpo afuera la bandera nacional y recibiendo los aplausos de la gente.

Pasadas las 7:00 de la noche dio un mensaje al país, cogiendo un megáfono y trepado en el techo de un vehículo. Aún con el chaleco antibalas, anunció el fallecimiento de dos comandos, el comandante EP Juan Valer Sandoval y el teniente EP Raúl Jiménez Chávez, y del vocal de la Corte Suprema de Justicia, Carlos Giusti. Mientras hablaba se le quebró la voz: hizo una pausa y aparentemente sollozó. La crisis de los rehenes había acabado, y en la distinción amigo-enemigo, él había sido el ganador. Entre otras cosas, Fujimori dijo:

- “No hubo intención por parte del gobierno de ceder a las exigencias del grupo terrorista MRTA. No podíamos esperar a que se produjera un hecho de sangre para acabar con la crisis de los rehenes”.
- “Al final, los terroristas pedían la liberación de 20 emerretistas presos. El gobierno no podía arriesgarse a caer en ese chantaje”.
- “Ha sido una operación conjunta de las Fuerzas Armadas, en la que participaron 140 comandos, en un trabajo paciente, bien manejado, eficiente, como siempre es característico en nuestras Fuerzas Armadas. Como testigo de excepción de la valía de nuestros hombres de uniforme,

muchas veces incomprendidos, pero siempre dispuestos a defender a la patria, les rindo mi homenaje más sentido. Ellos son los héroes del rescate de la operación militar Chavín de Huántar”.

- “El Perú no va a aceptar el terrorismo, pues socava los principios de la democracia. El Perú ha dado un ejemplo a la comunidad internacional, que no soporta el chantaje de los terroristas”²⁶⁶.

Ahora bien, la teoría schmittiana no solamente es estudiada por los que defienden al Estado. Cuenta el constitucionalista Fernán Altuve que el líder senderista Abimael Guzmán fue el primer académico peruano en citar a Schmitt. Lo hizo en su tesis *El Estado democrático-burgués*, elaborada en la década del sesenta para obtener su bachillerato en Derecho por la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa (UNSA): “Ningún otro jurista lo hizo. En ese trabajo académico, Schmitt es citado en más ocasiones que el propio Lenin”²⁶⁷. El cabecilla terrorista establecía un claro antagonismo con el Estado, y lo sindicaba como el responsable de la mayor explotación y opresión mundial. No obstante, recalca que con ese accionar, el Estado venía engendrando simultáneamente a su propio sepulturero: el proletariado.

Este capítulo se centrará en los sucesos que motivaron la operación militar Chavín de Huántar, y detallará las características y capacidades que el Estado concentró para ejecutarla. La distinción amigo-enemigo será abordada a través de dos ejes:

a) La agudización del conflicto y el develamiento militar:

- La suspensión de la atención médica a los rehenes.
- Las amenazas y maltratos del MRTA contra los cautivos.
- La posibilidad de amotinamiento y fuga de los rehenes.

b) Sorpresa, contundencia y eficacia en el rescate.

²⁶⁶ En la mayoría de diarios de Lima.

²⁶⁷ Entrevista a Fernán Altuve-Febres, realizada el 14 de junio del 2015.

Es necesario señalar que para Schmitt, el combate final entre el Estado y el enemigo es consecuencia de una serie de diferencias políticas, económicas, culturales y morales, siempre irresueltas y exacerbadas con el tiempo. Pero hay algo más: el Estado debe ser contundente y letal al movilizar sus fuerzas contra el adversario. Según la evidencia encontrada, ambos preceptos se cumplieron en la operación militar Chavín de Huántar.



5.2. LA AGUDIZACIÓN DEL CONFLICTO Y EL DEVELAMIENTO MILITAR

A mediados de abril, las negociaciones con el MRTA habían fracasado y se encontraban en un peligroso punto muerto. Las exigencias de Cerpa seguían siendo exageradas, y el gobierno no estaba dispuesto a aceptarlas. Fujimori sabía que la solución violenta era la única alternativa, pero no encontraba el motivo –y tampoco el contexto– para aplicarla con legitimidad. La presión japonesa era extremadamente fuerte, y se comenta que Tokio amenazó a Fujimori con cortar toda ayuda económica al Perú, si es que moría alguno de sus ciudadanos. Es más, durante el secuestro emerretista, Japón envió a numerosos funcionarios de alto y bajo perfil a Lima, con la misión de presionar a Fujimori para que opte por un arreglo dialogado.

No obstante, entrando a la última semana de abril, algunas decisiones de Cerpa y del MRTA cambiaron radicalmente el escenario y apuraron el rescate armado: se obstaculizaron las visitas médicas a la residencia y se maltrató y amenazó a los cautivos, sumándose la posibilidad de fuga o sublevación de algunos rehenes. Estas tres situaciones perfilaron el motivo y el contexto que Fujimori necesitaba para ejecutar la operación militar Chavín de Huántar, y acabar con la crisis de los rehenes de acuerdo con sus planes.

Este trabajo sostiene que bajo la tesis amigo-enemigo de Schmitt, y considerando la conducta política de Fujimori y la influencia de las Fuerzas Armadas y de los servicios de inteligencia, el gobierno buscó desde siempre una solución armada, circunstancia que explicaría el permanente y calculado antagonismo hacia el MRTA.

Si bien Murakami niega esa posibilidad por irracional, debido a que el gobierno demoró en madurar un plan militar “aceptable” y a los costos políticos que su aplicación podía ocasionar, cae en una contradicción cuando afirma que para Fujimori “habría sido mejor si la crisis se hubiera superado pacíficamente, es decir, sin pérdida de vidas humanas, y al mismo tiempo, sin hacer concesiones al terrorismo” (1999: 88-89). Como se sabe, en el capítulo 4 se establece claramente que el MRTA nunca iba a renunciar a su objetivo de

liberar a sus cabecillas y camaradas, y que además el gobierno jamás hubiera concedido ese pedido. Era una colisión de intereses que conducía a un punto muerto y a la inevitable ejecución de un rescate armado. ¿Pudo Fujimori estar cerca de una salida pacífica, como lo sugiere Murakami? La respuesta es no, según la evidencia encontrada.

Es conocida la mirada comprensiva que Murakami le brinda a Fujimori y al fujimorismo en la mayoría de sus trabajos académicos, y en ese sentido, manifiesta que para el ex jefe de Estado “no había mejor camino que una solución pacífica” (1999: 103). Sin embargo, detalla que entre el 17 y el 31 de diciembre de 1996, Fujimori ideó hasta tres intentos de intervención militar: el primero iba a realizarse el mismo día del secuestro, el segundo –el Plan Papá Noel– en plena Nochebuena, y el tercero durante las celebraciones de Año Nuevo, todos descartados por falta de información sobre el enemigo. En los dos últimos casos, Murakami sostiene que los comandos iban a aprovechar el intenso ruido de los fuegos artificiales limeños para infiltrarse en la residencia japonesa (1999: 94-98).

A la luz de todo lo anterior, es incoherente afirmar que Fujimori no consideraba relevante una solución militar, teniendo en cuenta que confeccionó varios operativos en solamente dos semanas. Además, de acuerdo con Montesinos, el 20 de diciembre se desarrolló el primer ensayo de intervención militar en uno de los campos de entrenamiento de la Primera División de las Fuerzas Especiales (DIFE). Fue una práctica en una sola dimensión, pues en una explanada de asfalto se marcaron con tiza las habitaciones y los pasadizos del primer y del segundo piso de la casa de Aoki, en base a planos obtenidos por los servicios de inteligencia, para que los comandos puedan ejecutar sus movimientos y disparos ficticios (Montesinos 2016: Tomo 1, 236).

Esta conducta podría explicar el tardío ingreso del interlocutor Domingo Palermo a la residencia, ocurrido el 28 de diciembre, y también los devaneos en la instalación de la comisión de garantes, puesta en marcha recién a finales de enero de 1997. Al respecto, Hernando señala que el ingreso armado “era el

plan real y político” frente al MRTA, mientras que el diálogo “era para entretener y ganar tiempo”²⁶⁸.

Finalmente, Murakami conviene en que “dadas las posiciones frontalmente opuestas del gobierno peruano y del MRTA en cuanto al tema central de excarcelar a los emerretistas, las perspectivas del diálogo eran poco alentadoras desde antes de que se iniciara” (1999: 110). ¿Si ese era el panorama, no era lógico que el gobierno prefiriese el enfrentamiento con miras a la opción militar, buscando los pretextos para aplicarla en los riesgos que corrían los rehenes en poder del MRTA?²⁶⁹.

²⁶⁸ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 17 de agosto del 2015.

²⁶⁹ Murakami sostiene que en Japón hubo tres posturas respecto a la operación militar Chavín de Huántar. La primera concluye que Fujimori estaba decidido desde un comienzo a resolver la crisis por la vía militar. La segunda anota que Fujimori escogió la solución violenta debido a las serias denuncias que aparecieron contra el gobierno y las Fuerzas Armadas, recibiendo la presión y/o el respaldo de los institutos castrenses. Y la tercera defiende la idea de que Fujimori manejó el problema con racionalidad y ponderación, y que el rescate armado fue la última de sus opciones. Sobre la **primera postura**, diversos analistas japoneses aseguran que Fujimori deseó una solución violenta desde el mismo 17 de diciembre de 1996, fecha de inicio del secuestro masivo, por lo que el diálogo del gobierno con el MRTA habría sido una farsa que se aprovechó de la buena fe de los garantes. Al respecto, el periodista Soichiro Tahara sostiene que las idas y venidas de Palermo fueron una cortina de humo que permitió ganar tiempo y entrenar a los comandos, pues el rescate militar era ineludible por dos razones: Fujimori nunca excarcelaría a los presos emerretistas, y Cerpa y sus secuaces jamás aceptarían ir a Cuba, porque ello implicaba abandonar la totalidad de sus demandas. Así las cosas, y en vista de que había “posiciones firmes y opuestas, el desenlace estaba prefigurado” (Aoki y Tahara, citado por Murakami 1999: 82-83). Entretanto, el analista Hiroshi Umemoto afirma que Fujimori ordenó construir los conductos subterráneos antes de finalizar 1996, signo inequívoco de que la salida militar había sido decidida sin demora. Explica que Fujimori buscaba su segunda reelección, y que un rescate violento le ayudaría a recuperar su disminuida popularidad al mostrar determinación y fortaleza contra el terrorismo (Umemoto, citado por Murakami 1999: 83-84). La **segunda perspectiva** precisa que graves denuncias de violaciones a los derechos humanos y de corrupción –el asesinato de la agente de inteligencia del Ejército Mariella Barreto, las torturas contra su colega Leonor la Rosa y el descubrimiento de los millonarios ingresos de Vladimiro Montesinos– hicieron que Fujimori ejecutara el operativo armado para desviar la atención de la opinión pública, tal vez presionado o respaldado por las Fuerzas Armadas. La idea pertenece a los investigadores Masakuni Ota y Chihiro Ito, quienes afirman que el gobierno estaba muy cuestionado y en riesgo de desestabilización, y que por eso Fujimori y Montesinos prefirieron una solución violenta (Murakami 1999: 85). Y basado en la cobertura de la cadena noticiosa *NHK* de Japón, el **tercer enfoque** resalta el equilibrio y la serenidad de Fujimori en el manejo de la crisis. Luego de entrevistar a funcionarios peruanos y japoneses, así como a miembros del SIN y de las Fuerzas Armadas, la *NHK* indica que era complicado descubrir las preferencias de Fujimori respecto a una salida militar o pacífica. ¿La causa? Él siempre adaptaba su discurso al contexto en el que se hallaba. Agrega que el presidente nunca estuvo presionado ni confundido, pues brindaba la misma importancia a

Por ejemplo, Montesinos refiere que en la misma noche del 17 de diciembre, la jefatura del SIN le encomendó la tarea de “conducir la Estrategia de Inteligencia” que permita recopilar toda la información necesaria para “lograr la liberación de los cautivos en el menor tiempo posible” (2016: Tomo 2, 955)²⁷⁰ y en cualquiera de las dos vías: la pacífica y la militar. Si bien el asesor presidencial de Fujimori es cuidadoso en señalar que el arreglo dialogado era muy tomado en cuenta por el gobierno, la variable “menor tiempo posible” remite a una respuesta meramente castrense a la crisis, considerando la lógica demora de una negociación con 600 rehenes de por medio, y en la que una de las exigencias de los captores –la liberación de 450 elementos del MRTA– jamás iba a ser concedida por las autoridades. Además, según la evidencia encontrada, la información recogida por el SIN se orientó al manejo y al análisis castrense con miras a una salida violenta, sin que los garantes pudieran utilizarla con la finalidad de hacer más eficaz la negociación con Cerpa y sus secuaces.

Paralelamente, el jefe del Ejército y del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, general EP Nicolás Hermoza Ríos, recibía telefónicamente la orden de Fujimori de preparar un “plan de contingencia” para una salida militar, lo que implicaba “el alistamiento de un elemento de acción inmediata para rescatar a los rehenes” (Montesinos 2016: Tomo 1, 215-216). De inmediato, Hermoza Ríos dispuso la inamovilidad absoluta en todas las guarniciones de Lima, y la alerta roja en todas las regiones militares del país. La Zona de Seguridad Nacional del Centro (ZSNC) –dependiente de la Segunda Región Militar con sede en la capital– desarrolló un plan de reclutamiento de personal para enfrentar cualquier posibilidad de enfrentamiento armado, y la Primera División de las Fuerzas Especiales (DIFE) –a cargo del general EP Marco Rodríguez Huerta– recibió la orden de organizar una fuerza de intervención compuesta por comandos del Ejército

ambas posibilidades y utilizando un único criterio: “No hacer concesiones al terrorismo” (NHK 1998, citada por Murakami 1999: 86).

²⁷⁰ Memorandum 85-96 SIN.01 del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN) y firmado por el general EP Julio Salazar Monroe. Fecha: 17 de diciembre de 1996.

para rescatar a los rehenes (Montesinos 2016: Tomo 1, 216)²⁷¹. Siguiendo la estructura operativa, Rodríguez Huerta citó con carácter de urgencia al coronel EP José Williams Zapata, jefe del Estado Mayor de la DIFE, para solicitarle dos cosas: elaborar una apreciación operativa de la situación, y recomendar la acción militar que podría ejecutarse para dominar el inmueble y doblegar a los terroristas (Montesinos 2016: Tomo 1, 216-217). Asumida esa tarea por Williams Zapata, la operación militar Chavín de Huántar se ponía en marcha²⁷².

Así se movió la maquinaria militar estatal, apenas se ejecutó el secuestro emerretista.

Ante todo lo expuesto, una pregunta es inevitable: ¿Qué papel cumplía el secreto y el silencio presidencial contra el MRTA, considerando este marco de planificación castrense? Muy simple: la búsqueda de una solución violenta.

Tal certeza cobra asidero con un episodio narrado por Montesinos: el 24 de diciembre, una semana después de la incursión del MRTA, Fujimori lo citó junto con Absalón Vásquez a su despacho en el SIN. Quería comentarles una idea que le rondaba la cabeza. ¿Cuál era? Construir un túnel para que los comandos se acerquen sin ser detectados por los terroristas, con la finalidad de que luego puedan ingresar a la residencia haciendo forados en las paredes (2016: Tomo 1, 255).

Esa fue la primera vez que Montesinos escuchó de la posibilidad de usar conductos subterráneos para el rescate armado. La idea fue de Fujimori, según el asesor presidencial. Y no solo eso. También fue una propuesta del

²⁷¹ Esta tarea también requirió la colaboración del Batallón de Comandos Comandante Espinar 19, cuyo jefe era el coronel EP Luis Alatrística Rodríguez.

²⁷² El 18 de diciembre a las 7:50 de la mañana, Hermoza Ríos sostendría una reunión en la sede de la DIFE (Las Palmas, Chorrillos) con los comandantes generales de la Marina y de la Aviación, el almirante AP Antonio Ibárcena y el general FAP Elesván Bello, respectivamente. Acompañado por el jefe de la DIFE, general EP Marco Rodríguez Huerta, Hermoza Ríos dictaría la Orden Preparatoria para organizar una Unidad de Intervención Contraterrorista (UICT) con la finalidad de rescatar a los rehenes, y que entraría en acción solamente con la orden del presidente Alberto Fujimori (Montesinos 2016: Tomo 1, 220). Este sería el marco estratégico y administrativo de las patrullas que consumaron la operación militar Chavín de Huántar.

presidente que el túnel *Pera I* –el más extenso de todos con 70 metros de largo– tuviera una bifurcación subterránea hacia la sala y el comedor de la sede diplomática japonesa, con explosivos colocados en sus desembocaduras (Montesinos 2016: Tomo 1, 483). Por eso se construiría el conducto *Pera II*, decisivo porque finalmente permitió la arremetida de los comandos y la muerte inmediata de algunos terroristas.

Entretanto, Palermo aún no ingresaba a la vivienda de Aoki para dialogar con Cerpa, debido a que no recibía la autorización del gobierno, y Fujimori no se pronunciaba con relación a las demandas planteadas por el MRTA, conducta que fue cuestionada por la oposición y la opinión pública. Ciertamente, el presidente estaba más atento a la solución violenta.

5.2.1. LA SUSPENSIÓN DE LA ATENCIÓN MÉDICA A LOS REHENES

El 19 de abril, el monseñor Juan Luis Cipriani había acudido a la residencia para hacerle a Cerpa una propuesta final: la liberación de un anciano y de cinco jóvenes emerretistas, el indulto a 31 sentenciados por colaboración con el terrorismo, y la mejora de las condiciones carcelarias en los penales de todo el país. Así también, la instalación de una comisión para revisar los procesos y las sentencias de sus camaradas presos, y la ejecución del ventajoso asilo en Cuba.

Fujimori no aceptó excarcelar a todos los emerretistas, y eso mortificó tremendamente al MRTA. La principal demanda terrorista había fracasado, y eso afectaba a los cabecillas Víctor Polay Campos, Miguel Rincón Rincón y Peter Cárdenas Schulte, entre otros, pero también a la esposa de Cerpa, Nancy Gilvonio. Calmado aunque frustrado, el líder terrorista rechazó el ofrecimiento de Cipriani, y le pidió que tomara las cosas con calma.

Esa fue la antesala del decisivo 20 de abril. Ese día, Cerpa anunció a la prensa nacional e internacional que el MRTA iba a recortar las visitas médicas a los rehenes. De diarias y especializadas, iban a llevarse a cabo solamente los sábados y dependiendo del criterio de los captores. Y tras criticar por enésima

vez la obstinación de Fujimori de no liberar a sus camaradas presos, reiteró que ese tema era irrenunciable para el grupo terrorista. Cerpa estaba fuera de sí y no tomaba decisiones racionales y estratégicas. Montesinos apunta:

Cerpa logró posicionarse y ganar demasiado protagonismo en los medios de comunicación nacionales y extranjeros. Ha aprovechado que la prensa está ávida por cualquier noticia del interior de la residencia. Esa situación le ha hecho perder la perspectiva sobre la realidad existente, y le ha generado expectativas muy grandes. La soberbia y la autosuficiencia son ahora elementos que influyen en sus decisiones. Se ha convencido de que tiene jaqueado al gobierno. (2016: Tomo 1, 417-418)

Como se señaló en el capítulo 4, Fujimori y el premier japonés Ryutaro Hashimoto habían acordado en la Cumbre de Toronto que “la preservación de la salud física y mental de los rehenes era indispensable para el desarrollo de las conversaciones que condujesen a una salida pacífica”²⁷³. La frase pareció ser inofensiva y vacía para Tokio, pese a ser en realidad un sofisticado mecanismo de activación militar. Resguardados por terroristas armados con fusiles y granadas, los rehenes estuvieron en peligro desde el primer minuto de iniciado el secuestro. Siempre. Solamente faltaba el mínimo roce o altercado para ejecutar el rescate armado.

Fujimori ideó el enunciado en el SIN, con Vladimiro Montesinos y algunos militares que habían llevado cursos de estrategia antiterrorista en la Escuela de Guerra de Taiwán, conocida también como Academia Militar Fu Hsing Kang²⁷⁴. La frase escondía cálculo y astucia. Incluso, Montesinos asegura haberle dictado a Fujimori las líneas maestras sobre las que debía

²⁷³ En la mayoría de diarios de Lima.

²⁷⁴ Centro de estudios fundado en 1949 por Taiwán para luchar contra la amenaza del comunismo chino y del maoísmo. En la década de los ochentas, decenas de oficiales de la policía y de las Fuerzas Armadas del Perú recibieron becas de un año para estudiar y asimilar los principales conceptos de la “Guerra Política”. Esta última doctrina permitiría a las Fuerzas Armadas y a la PNP elaborar la estrategia contrasubversiva que el Estado empleó en los noventas para derrotar ideológicamente a las huestes de Sendero Luminoso en el campo. Además, según la CVR, la Escuela de Guerra de Taiwán –junto con la Escuela de las Américas ubicada en Panamá– “prepararía el terreno ideológico para el régimen de Fujimori” (CVR 2003: Tomo II, 323).

conducirse la reunión con Hashimoto, así como el contenido del acta final de la cumbre:

- **Fujimori:** ¿Y qué puntos debería contener ese documento, doctor Montesinos?
- **Montesinos:** Soy de la opinión de que ese documento debería establecer, con meridiana claridad, cuál es el marco normativo para este caso. Y que en sus cláusulas se reconozca el respeto al ordenamiento jurídico del Estado peruano, y a lo que preceptúa el derecho internacional para esta situación. Asimismo, tiene que precisarse que la salud física y psicológica de los rehenes es fundamental a efectos de lograr una salida pacífica. Esas serían las dos vigas maestras que deben consignarse de todas maneras. (Montesinos 2016: Tomo 1, 419)

Pues bien, lo cierto es que el momento crítico había llegado. Limitar la atención médica a los cautivos fue una medida irresponsable y arbitraria del MRTA que definió el ingreso armado, debido a que decenas de rehenes –algunos de ellos de edad avanzada– requerían de tratamientos continuos y urgentes para enfermedades como la diabetes, la hipertensión e incluso el cáncer y la posibilidad de infarto. Con frialdad, Cerpa dijo: “Queremos señalar que por razones operativas, hemos considerado conveniente que desde ahora, los médicos que atienden a los retenidos ingresarán una vez por semana. La atención será solamente los sábados”²⁷⁵. La decisión de Cerpa fue cuestionada duramente por parlamentarios, políticos, periodistas y galenos. Cipriani relata:

Sin que nadie lo advirtiera, Cerpa activó el sofisticado mecanismo que Fujimori había dejado en hibernación en una de las cláusulas de la Declaración de Toronto, y que ahora le permitiría justificar ante Japón y la comunidad internacional un rescate de rehenes a sangre y fuego. En un arrebato de bravuconería callejera, el líder del MRTA sostuvo que el estado de salud de los rehenes no era un problema serio, así que los exámenes médicos que realizaban a diario los doctores de la Cruz Roja se reducirían a uno por semana, solamente los sábados. Cuando en un infame encierro, 72 personas sufrían lo indecible por las lamentables condiciones higiénicas, psicológicas, emocionales y físicas, esa disposición era un despropósito. (2012: 285-286)

²⁷⁵ Diario La República. “Cerpa mantiene su posición de que liberen a los 400 presos emerretistas”. Lima, 21 de abril de 1997. Sección Política, página 4.

Desde dentro del recinto, la opinión de los cautivos era similar. Según el vicealmirante AP (r) Luis Giampietri, los emerretistas se “colocaron la soga al cuello” y sin que Fujimori los haya forzado. La gravedad de la decisión del MRTA era advertida por todos, menos por los terroristas. Fue un error de cálculo en un momento crítico:

Esa noche nos visitó Cipriani con el embajador Anthony Vincent. Ni sus rostros ni sus gestos nos resultaron alentadores. Por última vez, Cipriani trató de disuadir a los emerretistas de cualquier medida drástica. Él ofrecía convencer a Fujimori de soltar a Nancy Gilvonio, para que ellos consideren un retiro digno en Cuba. Empleó múltiples argumentos, incluso el que fue usado por algunos rehenes con anterioridad: “Que habían logrado gritarle al mundo su verdad sobre quiénes eran, y las condiciones carcelarias de sus presos”. Y también que “habían puesto en jaque a un gobierno democrático, siendo esa una carta ganadora”. Para los emerretistas, nada era suficiente. Ellos creían que podían jalar el hilo un poco más, sin darse cuenta de que estaban a punto de romperlo. (Giampietri 2011: 146)

Mientras los equipos militares de rescate tomaban sus posiciones, el interlocutor Palermo señalaba a la prensa que no había que darle “mucha importancia a las declaraciones de Cerpa, porque no formaban parte de la coyuntura actual”²⁷⁶. Sorprendentemente, aseveró que “las conversaciones con el MRTA estaban bien encaminadas y bastante adelantadas”²⁷⁷. El plan militar estaba en marcha, y el gobierno desinformaba para hacer creer lo contrario.

Otro hecho preocupante se relacionó con la salud de los rehenes. Al efectuar la revisión diaria de la basura que salía de la residencia, el SIN detectó que los cautivos no estaban alimentándose. Los agentes de inteligencia encontraban decenas de recipientes de comida sin abrir, tanto del almuerzo como de la cena. Según Montesinos, los psicólogos y psiquiatras del SIN

²⁷⁶ Diario La República. “Espero que no se cumpla la restricción médica”. Lima, 22 de abril de 1997. Sección Política, página 5.

²⁷⁷ Diario El Comercio. “Diálogo entre el gobierno y el MRTA está bien encaminado”. Lima, 22 de abril de 1997. Sección Política, página 4.

determinaron que “la falta de apetito evidenciaba que los rehenes sufrían un trastorno depresivo severo” (2016: Tomo 2, 702).

La batalla final contra el enemigo estaba muy próxima, y Fujimori aceleraba ese momento incidiendo en el riesgo que corrían los cautivos: “¿Qué ocurrirá si el domingo un rehén se siente mal? ¿Tendremos que esperar seis días para atenderlo? ¿Y si muere en el transcurso de la semana?” (Prieto 1997: 154). Horas después, Cerpa tendría literalmente a decenas de militares bajo sus pies, en el subsuelo de la residencia. Según Prieto, le quedaban 48 horas de vida: “El lunes 21, casi a las seis de la mañana, 140 comandos ingresaron a sus puestos, en los túneles recién culminados. Transcurrirán 30 horas de espera hasta que les llegue la orden definitiva de ataque” (1997: 153).

El 22 de abril, basado en fuentes palaciegas muy precisas, el diario *El Comercio* publicaría una frase que sería una sentencia: “Cabe recordar lo afirmado semanas atrás por el presidente de la República, Alberto Fujimori: basta que se afecte la salud de uno de los rehenes, para que se cambie dramáticamente el escenario”²⁷⁸. Y así fue. Ese día se ejecutaría la operación militar Chavín de Huántar.

5.2.2. LAS AMENAZAS Y MALTRATOS DEL MRTA CONTRA LOS CAUTIVOS

Salvo muy contadas excepciones, la relación entre los rehenes y los emerretistas siempre fue tensa y distante en los 126 días del secuestro. Entre marzo y abril, cuando se hizo evidente que el MRTA jamás llegaría a un acuerdo con el gobierno, Cerpa ordenó a sus huestes realizar simulacros de ejecución contra los cautivos de mayor relevancia política y estratégica, como el canciller Francisco Tudela y el embajador japonés Morihisa Aoki. Debido a la inflexibilidad de Fujimori, los reclamos y las ofensas del MRTA contra los rehenes crecieron en intensidad, y todo fue grabado por los micrófonos espías que el SIN había infiltrado en el recinto, escondidos en biblias, guitarras, cuadros, termos y tomacorrientes.

²⁷⁸ Diario El Comercio. “No al recorte de ayuda humanitaria a los rehenes”. Lima, 22 de abril de 1997. Sección Política, página 4.

Los agravios profundizaron la enemistad del gobierno hacia el MRTA, y resaltaron la necesidad de una solución militar.

La jornada del 6 de marzo fue muy compleja para Fujimori. Además de denunciar la existencia de un túnel, el MRTA tuvo un comportamiento hostil contra el embajador altiplánico Jorge Gumucio. Varios emerretistas proferían cánticos y arengas contra Bolivia, indignados porque la justicia de La Paz no había excarcelado a dos de sus compinches, cuando el diplomático gritó: “No sean maricones, Bolivia está muy lejos y nadie puede oírlos” (Wicht 1998: 214). En pocos segundos, varios terroristas –entre ellos Cerpa y *Salvador*– subieron las escaleras para encarar a Gumucio, apuntándolo con sus fusiles. Wicht refiere:

Giampietri jaló de la camisa a Gumucio para calmarlo. Los del MRTA se pusieron furiosos y se lo llevaron a la planta baja, amenazándolo con hacerle un juicio y fusilarlo. Angustiados, nosotros esperábamos que Cerpa lograra calmar el problema. En el segundo piso, los rehenes no podíamos saber qué estaba pasando abajo. Para darle ánimos a Jorge y demostrarle al MRTA nuestra unidad, cantamos fuerte el himno nacional del Perú, terminando con tres gritos: ¡Viva Bolivia! ¡Viva Japón! ¡Viva el Perú! Unidos estábamos los rehenes, superando juntos la angustia y la tristeza de nuestro cautiverio. (1998: 214)

Según Cipriani, se produjo “una situación extremadamente violenta porque todos los rehenes salieron a impedir el supuesto asesinato de Gumucio” (2012: 189-190). Gracias al espionaje electrónico, Palacio de Gobierno supo del conflicto a tiempo real, y eso lo confirmó Cipriani cuando Palermo lo llamó por teléfono para pedirle que acuda a la residencia inmediatamente: “Monseñor, parece que algo ocurre dentro de la residencia con el embajador de Bolivia. Por un intercambio de palabras con algunos terroristas, lo han amenazado de muerte. No sé si ustedes puedan ir” (Cipriani 2012: 183-184).

En pleno forcejeo, Giampietri cogió la Biblia –que tenía un transmisor de alto alcance– para informar al exterior lo que estaba ocurriendo: “Aquí Mar... Algo grave puede suceder en cualquier momento. Es necesario que estén

alertas” (Giampietri 2011: 142-143). Muchos reconocen que la bravata contra Gumucio fue un parteaguas en la relación entre los cautivos y los captores. Los emerretistas comprendieron que algo había cambiado en la correlación de fuerzas, porque los rehenes empezaron a perderles el miedo, y eso podía ser muy peligroso. Tendrían que lidiar con una masa crítica y retadora, dispuesta a todo por salir del encierro. Para el gobierno, el interior de la residencia apuntaba a convertirse en una bomba de tiempo.

Esa certeza llegó el 19 de abril, tres días antes de la retoma militar, y teniendo a Tudela como protagonista. Probablemente Cerpa sospechaba que los aparatos de inteligencia habían vulnerado la seguridad de la residencia, captando todo lo que se conversaba en su interior. Por eso, la violencia desatada contra el titular de Torre Tagle habría sido particularmente histriónica. Hidalgo dice:

El quiebre final empezó la mañana del 19 de abril, cuando mandó traer del segundo piso al canciller Francisco Tudela, para someterlo a un ‘juicio popular’. A las nueve de la mañana, Tudela bajó como le habían indicado y llegó a la sala, en la que Cerpa lo esperaba sentado en un sillón, junto a Rolly Rojas y otro terrorista. Dos subalternos emerretistas se acercaron y lo encañonaron con sus fusiles. Cerpa tenía en las manos una revista que miraba con indignación. En una fotografía de las páginas interiores, Tudela aparecía como el anfitrión de una reciente conferencia antiterrorista de la OEA. Según el jefe del MRTA, eso lo convertía en promotor de una “política criminal” por la que debía responder. (2007: 131)

Con mucha serenidad, Tudela le explicó a Cerpa que esa reunión había sido protocolar y planificada antes de que asumiera la cartera de Relaciones Exteriores, y que asistió en representación del Estado, al igual que en decenas de eventos similares. Los emerretistas le insistieron para que reconozca su responsabilidad en la estrategia antiterrorista que Fujimori venía aplicando, y ante eso el canciller replicó que nada podía hacer con las políticas de Estado que habían sido tomadas antes de su ingreso al gobierno. Fue un largo interrogatorio con amedrentamientos y rastrillajes de fusil, pero Tudela nunca se arrendó ante los subversivos. Furioso, Cerpa golpeó la mesa antes de

absolverlo de ser fusilado. Tras el episodio, Wicht asegura que Cerpa gritó a los rehenes: “¡Todos ustedes van a morir!” (1998: 224).

Todo fue registrado por el SIN e informado a Palacio de Gobierno, para conocimiento del presidente.

La obstinación de los emerretistas por liberar a sus camaradas –algo que Fujimori había rechazado en repetidas oportunidades– molestaba muchísimo a los rehenes, quienes no ocultaban su desprecio contra Cerpa. Sin temor a las represalias, llegaron a insultarlo a gritos en más de una oportunidad. Como castigo, el líder del MRTA les suspendió el intercambio de cartas con sus familiares, con el fin de chantajearlos y obligarlos a que exijan a Fujimori la excarcelación de sus camaradas. Para Giampietri, esos actos “tuvieron un efecto contrario al que esperaban, porque aumentó nuestro rechazo, condena y rebeldía” (2011: 144-145).

No obstante, con información de inteligencia, Montesinos detectó que el antagonismo entre los cautivos y los emerretistas no era el único. Se estaba incubando una mala relación entre los propios rehenes, y esa tensión podía ocasionar un enfrentamiento con el MRTA. Así, era posible que la violencia llegase por dos caminos, y el gobierno tenía que impedirlo:

Con el paso del tiempo, los mecanismos de autocontrol personal se fueron debilitando, y los rehenes, alterados en su conducta, presentaban dificultades en las relaciones interpersonales con sus propios compañeros. Esto debido al mal humor y al comportamiento irascible que venían presentando por la angustia que vivían cada día. Por tanto, era indispensable evitar que se incrementara la conducta agresiva, porque podría devenir en trastornos o desordenes. Un incidente cualquiera entre ellos o con sus captores podía ser la chispa que produjera la explosión, porque sus relaciones con los integrantes del MRTA se habían deteriorado desde antes y a niveles alarmantes, perdiendo incluso el temor a los terroristas y a sus armas. (Montesinos 2016: Tomo 2, 702-703)

Diversos testimonios de rehenes señalan que Cerpa estaba frustrado y psicológicamente propenso a reacciones necias y violentas, debido a su

fracaso en las negociaciones con el gobierno. Siempre se quejaba de que la prensa había dejado de interesarse en ellos, y en más de una ocasión intentó “mandar a los rehenes a barrer el jardín” (Giampietri 2011: 144). Ciertamente, el jardín de la casa de Aoki se encontraba minado. Giampietri recuerda: “Para entonces, nuestras relaciones con los terroristas se deterioraban cada día. Si el gobierno se demoraba en sacarnos, los terroristas imaginarían otras formas poco gratas para nosotros, buscando obligar a Fujimori a ceder” (2011: 144).

Los ánimos se caldeaban y el Ejecutivo debía tomar una decisión.

5.2.3. LA POSIBILIDAD DE AMOTINAMIENTO Y FUGA DE LOS REHENES

Tras la agresión al embajador Gumucio, los rehenes se fortalecieron y creyeron que podían doblegar a los emerretistas. Especialmente cuando Rolly Rojas (a) *El Árabe* fue al segundo piso para disculparse en nombre de sus secuaces, y recomendar a los cautivos que ante la ocurrencia de otro exceso, lo mejor era acudir a los mandos principales –Cerpa y él– para resolver el problema, y “establecer canales de comunicación para una convivencia pacífica” (Giampietri 2011: 143). El marino sentencia: “Ese día supe que le habíamos ganado la moral a los emerretistas. Se había invertido la figura, y el grupo subversivo era nuestro rehén” (2011: 143).

Sin embargo, aquel momento victorioso alejaría de la sensatez a los cautivos. Muchos idearon planes de amotinamiento y fuga. Los civiles estaban dispuestos a jugarse la vida por la libertad, y los militares –que se consideraron ‘prisioneros de guerra’ desde la primera noche del secuestro– decidieron aplicar lo que en su formación castrense era una obligación: escapar del enemigo. Wicht resume:

Estoy casi seguro de que más de uno de mis compañeros estaba pensando en un plan de fuga. Pienso sobre todo en los que eran militares, quienes estaban entrenados y formados para la lucha y que se consideraban –con razón– prisioneros de guerra. Para ellos era un derecho y una obligación tratar de fugarse.

Desde el primer día y por su formación militar, debían haber estado captando muchos datos que nosotros los civiles no veíamos: conocer exactamente al adversario, sus mandos y las relaciones entre ellos, las características de su armamento y los puntos débiles de su vigilancia. (1998: 197)

Las reuniones conspirativas se hacían de noche, bajo el comando de Giampietri y con la participación de un pequeño y confiable grupo de civiles, policías y militares. Después de muchas discusiones, acordaron que lo más seguro era llegar al balcón de la habitación “D” –anteriormente el despacho privado de Aoki– porque conducía a una escalera que descendía al jardín, muy cerca de una casa adyacente que milagrosamente estaba fuera del ángulo de disparo de los terroristas. Para cualquier eventualidad, guardaron objetos contundentes que podían ser usados como armas, y tejieron una soga de diez metros con los precintos de nailon que sujetaban las frazadas llevadas por la Cruz Roja. Todo fue escondido en diversos ambientes de la casa.

Pero había serios problemas: carecían de armas de fuego, pocos rehenes tenían preparación castrense –o al menos un buen estado físico– y habían recibido el rechazo de los japoneses, quienes preferían esperar las gestiones de Tokio. Según Wicht, las confabulaciones preocupaban a más de uno:

Giampietri y los demás oficiales debían estar conscientes del riesgo en el que pondrían a los otros cautivos, muchos de ellos civiles con poca salud y bastante edad. En una breve conversación que tuve con dos de nuestros rehenes militares, dije: “No sé nada de armas ni de lucha armada, pero pienso que lo más difícil será cómo impedir que los miembros del MRTA no arrojen unas cuantas granadas contra nosotros, en un suicidio desesperado y colectivo. Y basta con que de los catorce que hay, dos o tres lo hagan. (1998: 197-198)

De antemano, los planes de escape parecían estar condenados al fracaso porque no contaban con el apoyo de buena parte de los rehenes. Los policías y militares conspiradores podían captar y convencer a los civiles

peruanos y de otras nacionalidades, pero nada satisfacía a los japoneses. Para Giampietri, aspectos políticos y culturales influyeron en esa ruptura:

Una noche le contamos al embajador Aoki sobre el plan de fuga, y se indignó. Belicosamente dijo que los japoneses no escaparían porque no confiaban en la ayuda exterior, criticando duramente a las Fuerzas Armadas. Nos molestamos y tuvimos un agrio intercambio de palabras. Al día siguiente, Aoki se nos acercó para disculparse por su reacción. Se excusó diciéndonos que estaba muy tenso, y nos manifestó que si había un plan de fuga, él preferiría no enterarse. Aceptamos sus dispensas, tuvimos muy claro que no contaríamos con los japoneses, e incluso que su participación podría dificultar la operación. Ellos no estaban dispuestos a escapar, y temían que nuestra decisión les afectara. (2011: 137)

Palacio de Gobierno entendió lo grave de la situación: podían morir los que fugaban, y también los que se quedaban. Se configuraba una posible masacre. Como se expuso en el capítulo 4, Japón estaba al tanto de los potenciales motines y escapes de los rehenes, debido a una alarmante carta que Aoki envió a Tokio en la primera quincena de abril y por canales secretos. Debido a las dilaciones y a la inflexibilidad del gobierno, el embajador nipón confirmó que podía ocurrir “un incidente dentro de la residencia, que desencadenaría una intervención armada desde el exterior” (Cipriani 2012: 266).

Esta información produjo un incesante tráfago de llamadas y consultas a Lima, para presionar por un arreglo rápido y pacífico. El más interesado era Hashimoto. Y el más preocupado, Fujimori.

En el segundo piso de la residencia, los cautivos practicaban sus desplazamientos y la manera de reducir a los terroristas, cuando –a través de los micrófonos ocultos– le pidieron apoyo externo al SIN: pistolas con silenciador para mantener el sigilo y francotiradores que protejan la huida. Nunca obtuvieron respuesta. Con el tiempo, el plan de la habitación “D” sufriría modificaciones y mejoras, y aparecerían otras ideas más peligrosas y audaces. Quedarían ‘congeladas’ hasta el momento más oportuno.

El 17 de abril, Giampietri fue tajante con los servicios de inteligencia: los cautivos necesitaban confirmar el apoyo externo. Si era negativo, iniciarían el escape en solitario y a todo riesgo, indefectiblemente el 25 de abril (Giampietri 2011: 140). La respuesta del SIN le sorprendió: “¡Mantengan la calma! No hagan nada que pueda perjudicar lo que se viene” (Giampietri 2011: 140).

5.3. SORPRESA, CONTUNDENCIA Y EFICACIA EN EL RESCATE

A las 3:23 de la tarde del 22 de abril de 1997, tres explosiones perfectamente coordinadas remecieron el recinto diplomático japonés, y permitieron el ingreso de 140 efectivos del Ejército y de la Marina por cinco túneles y varios boquetes en las paredes²⁷⁹. Decenas de artefactos de explosivo plástico produjeron forados en diversos ambientes de la casa, especialmente en el piso de la sala y del comedor principal: ahí fueron abatidos al menos ocho terroristas que jugaban fulbito, relajados y sin sospechar el tremendo golpe estatal²⁸⁰. Se trató de una inexplorada y sorprendente maniobra militar envolvente y subterránea que dejó sin mayores opciones al enemigo. En el segundo piso, 72 rehenes esperaban ser rescatados.

La Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) sostiene que “en la evaluación del gobierno, se había llegado a una situación límite en la que los subversivos no iban a ceder pacíficamente” (2003: Tomo VII, 723). Además, para el gobierno y las Fuerzas Armadas, Cerpa era un “psicópata” cuyo fanatismo le hacía capaz de ejecutar “una inmolación colectiva que involucrase a los rehenes” (Hermoza Ríos 1997: 68-69). Por eso, el rescate militar debía ser sorpresivo, contundente y eficaz.

²⁷⁹ La fuerza de intervención fue denominada “Patrulla Tenaz”. Estaba dividida en dos secciones de cuatro equipos cada una. El grupo Alfa tenía la misión de dominar el primer piso, mientras que el grupo Delta debía ocuparse de la planta superior y de la azotea.

²⁸⁰ No obstante, Hidalgo señala que las explosiones al interior del recinto no mataron a ningún terrorista (2007: 148). Los emerretistas solamente quedaron aturdidos por breves minutos, hasta que fueron azuzados por Cerpa para coger sus fusiles y repeler el ataque de los comandos, buscando subir al segundo piso para eliminar a los rehenes (Hidalgo 2007: 148).

La decisión de aplicar la solución violenta provino de Fujimori, quien en ese momento cumplía una diligencia judicial en el Palacio de Justicia por una disputa conyugal. Frente a una magistrada, el presidente le dictó a Montesinos tres palabras: “¡Ya, conteo final!” (Giampietri 2011: 156). En declaraciones a un programa de televisión, Fujimori señaló: “Definitivamente no fue una orden fácil de expresar, y seguramente tampoco fue una orden sencilla de recibir”²⁸¹. Sin embargo, la “unidad política” construida por el gobierno facilitó la movilización estatal contra el MRTA, con lo que se cumplió exitosamente la orden presidencial.

Como se dijo anteriormente, la “unidad política” es equivalente a la “unidad de comando” que los sectores castrenses necesitan para ejecutar con eficacia sus operaciones. Hermoza Ríos señala que la “unidad de comando” brindó a las Fuerzas Armadas “calidad moral para adoptar las decisiones que la responsabilidad legal y constitucional impone” (1997: 152). La moral era superior en los comandos, y bajo la lógica de Schmitt y de Duque detallada en el capítulo 1, ello también se debió a su identificación con un proyecto político –la pacificación del país– que sustentaba la decisión existencial de matar y de morir en busca de su cumplimiento.

La sorpresa es letal contra el enemigo, y eso lo entendió perfectamente el gobierno. Y aquí no solamente es Schmitt quien la demanda contra el adversario, aunque cabe recalcar que su visión es más política. A lo largo de la historia, grandes estrategas de la guerra como Sun Tzu, Gueorgui Zhúkov y Carl von Clausewitz, consideraron que lo insospechado es fundamental para la victoria militar.

Los conductos subterráneos, las sucesivas detonaciones y la celeridad de los desplazamientos militares configuraron la sorpresa y acrecentaron la fuerza estatal. También podría mencionarse la premeditada desinformación a

²⁸¹ Entrevista que Fujimori y Montesinos brindaron por el segundo aniversario de la operación militar Chavín de Huántar, al reportero Álamo Pérez Luna del programa *La Revista Dominical*. Fecha: 25 de abril de 1999. Disponible en: <https://goo.gl/iAuEdc>

los garantes, quienes nunca fueron alertados de la irrupción. Terminado el rescate, el presidente Fujimori declaró: “He recibido la comprensión del premier Hashimoto, ante el hecho de que mi gobierno –y personalmente yo– no le haya informado con anterioridad de la operación militar Chavín de Huántar. Y no lo hice porque el factor sorpresa es fundamental en un rescate” (Diario *El Comercio* 1997: 259).

Efectivamente, algunos sucesos podrían confirmar que los emerretistas no esperaban el ataque, incluso después de que Cerpa denunciara al mundo la existencia de los túneles. Una tarde, Rolly Rojas manifestó a un grupo de rehenes que él estaba convencido de que Fujimori jamás intervendría militarmente el recinto, mostrando argumentos netamente emocionales y nada estratégicos. Todos quedaron sorprendidos porque Rojas no comprendía que el orden interno y la seguridad nacional eran razones de Estado que estaban por encima de lo personal, por lo que era imposible que Fujimori cediese ante tremendo chantaje terrorista. Wicht recuerda la argumentación del lugarteniente de Cerpa:

“Fujimori jamás atacará la embajada porque tiene madre. Una madre es lo más sagrado que existe, lo más importante para todo ser humano. Fujimori tiene madre y si aprueba la orden de ataque... ¡Nunca más podrá mirar a su madre a los ojos! Su hermano Pedro está aquí, en la habitación de al lado. Y con seguridad va a morir. Y cada vez que Fujimori mire a su madre, verá en sus ojos: “¡Alberto, tú mataste a Pedro, mi hijo!”. ¿Entienden ahora por qué Fujimori nunca dará la orden de atacarnos?”. (1998: 189)

Los garantes –Cipriani, Vincent, Terada y Minnig– sabían que las negociaciones estaban estancadas y que era una prerrogativa del gobierno aplicar una salida militar. Sin embargo, nunca imaginaron lo cerca que estaban de ese momento: el presidente había dialogado con ellos horas antes del operativo, y nada les fue informado o sugerido. Les habló de la importancia de una solución pacífica, y de que el gobierno seguía apostando por esa posibilidad. Con decepción y rabia, Cipriani dijo: “El final violento fue sorpresivo y se cocinó a nuestras espaldas. Como garantes, nos quedamos en el aire”

(Diario *El Comercio* 1997: 188). Posteriormente añadió: “Me siento muy desconcertado, defraudado, abatido y roto. Nunca esperé ese final. Ese terrible final” (Cipriani 2012: 272).

Según algunos rehenes, los emerretistas ignoraban absolutamente lo que se venía. Giampietri recuerda que Cerpa ordenó a sus compinches elaborar pancartas para colgarlas en las ventanas en las semanas siguientes. Una era para el 28 de abril, conmemorando el enfrentamiento de Los Molinos, protagonizado por el Ejército y el MRTA en Jauja, en 1989, y que costó la muerte de decenas de terroristas, ahora llamados “mártires” por Cerpa y sus secuaces (Giampietri 2011: 153). Otros creyeron ver cartelones dedicados al Día de la Madre, que se celebraría el segundo domingo de mayo (Giampietri 2011: 153). Cerpa y el MRTA supusieron que la crisis de los rehenes duraría por lo menos un mes más, y que con ello le ganarían la moral al gobierno.

El operativo militar también se anticipó a la fuga de los cautivos, planificada para la tarde del 25 de abril y que tanto nerviosismo generó en Tokio. Según Giampietri, los emerretistas “nunca imaginaron que la irrupción sería tan rápida y violenta” (2011: 128). Todos los cautivos coinciden en eso, y también en la perversidad del MRTA: algunos subversivos nunca desistieron de su objetivo de eliminar a los rehenes. El marino describe:

Las tres primeras explosiones fueron casi simultáneas, y se localizaron debajo de la biblioteca, del comedor y de la sala. Siguieron otras ocho, en distintos puntos del jardín de la residencia. Cada una de ellas abrió un agujero en la tierra o en los muros circundantes, por donde irrumpieron contingentes armados en grupos de diez hombres cada uno. Una parte de los futbolistas murió instantáneamente, pero algunos de ellos –uno de los cuales fue Cerpa– sobrevivieron, y luego del aturdimiento inicial y pese a estar muy malheridos, corrieron a recoger sus armas con la intención de subir a los altos del recinto para cumplir sus consignas de matar a los rehenes y volar el edificio. (2011: 159)

Wicht relata la sorpresa del operativo:

A las 3:23 de la tarde, una pavorosa explosión remeció el edificio de la embajada de Japón, tirándome literalmente al suelo. Con ella llegó la hora del miedo instantáneo, del asombro ante la muerte tantas veces prevista, de la oración que quizá sea la última. Aplastado contra el suelo en mi rincón habitual, siento que la casa se remece con cada nueva explosión. Encadenadas y puntuales, cada segundo estallan bombas en los techos, en la terraza contigua y en distintos sitios del jardín.

El tableteo de las metralletas y los trozos de escayola cayendo de los techos, llenan los espacios entre explosiones de bombas y estallidos de granadas. El ruido es infernal. Y enseguida llegó el humo. Denso, oscuro y tóxico, penetró de pronto las habitaciones y los pasillos, cubriéndolo todo. A dos metros y medio de donde estoy echado, la doble puerta de la terraza permanece abierta: desconozco si desde el exterior, los comandos han arrojado bombas de humo con efecto instantáneo, cubriéndolo todo con una impenetrable y densa nube. (1998: 235)

En base a testimonios y documentos, la prensa también brindó su versión:

El salón principal fue despedazado por el primer estallido, dejando solamente un enorme cráter en lo que era el piso, circunstancia en la que habrían muerto seis subversivos. De los sobrevivientes, uno o dos intentaron alcanzar las armas abandonadas en un rincón antes de iniciarse el juego, pero en cosa de segundos dos nuevas explosiones –que abrieron paso a sucesivas unidades de comandos– hicieron vanos sus esfuerzos.

Cerpa y otro emerretista se encontraban al pie de la escalera cuando se produjo la explosión inicial. Tras quedar aturdidos por un rato, al parecer recogieron sus armas y se encaminaron al segundo piso, en busca de rehenes. Pero el tiempo perdido en recuperarse bastó para que fueran interceptados por los comandos que entraban a la casa desde distintas direcciones. Ninguno de los dos llegaría a la mitad de la escalera. (Diario *El Comercio* 1997: 189)

La contundencia fue evidente con la proporción de 10 a 1 que los 140 comandos tuvieron sobre los 14 emerretistas. El entrenamiento y la sofisticación del armamento también fue determinante por el poder de fuego que el Estado desarrolló en el recinto. Trascendió que los militares descerrajaron dos o tres tiros a cada subversivo herido o muerto que

encontraban en su camino, siguiendo los protocolos de seguridad. El semanario norteamericano *Time* calculó que “cada cadáver del MRTA debía tener incrustadas unas 500 balas” (Diario *El Comercio* 1997: 190).

¿Realmente Cerpa pensó que sus 13 hombres podían soportar la fuerza estatal de la operación militar y el profesionalismo de los comandos?. Wicht recuerda que tras conversar con varios rescatistas se percató de que todos lo reconocían por su nombre y apellido, pese a tener una barba de varias pulgadas. Supo que los militares habían preparado al detalle su arriesgada acción de rescate, estudiando cada rincón de la casa y memorizado las identidades y las caras de los cautivos, incluso calculando el cambio en sus facciones (1998: 240-241).

Los contrastes entre los militares y los terroristas se apreciaban en varios planos. La diferenciación moral y espiritual con el enemigo, referida por Schmitt para clarificar el antagonismo y enrumbar el combate hacia la victoria, aparece en una descripción que Giampietri hace de los comandos que participaron en la acción armada:

Habían sido seleccionados entre miles de hombres del comando de la Marina y del Ejército, por sus inmejorables aptitudes en técnicas de rescate de personas, así como en la dominación de inmuebles, manejo de explosivos y tiro instintivo selectivo. El grupo de la Marina estaba compuesto por efectivos de la Unidad Especial de Combate de la Infantería (UEC), con gran experiencia en lucha, pero que además de hombres decididos y valientes, eran probos, íntegros y con una férrea estabilidad emocional para enfrentar un combate intenso. (2011: 151)

Pensado para una duración de cuatro minutos, el rescate duró 40 por fallas y contratiempos que nadie pudo prever. Por ejemplo, algunos terroristas se pertrecharon en el depósito de explosivos que el MRTA había instalado en la habitación “H” del segundo piso, y solamente pudieron ser neutralizados con

los disparos que los comandos hicieron desde el techo de la residencia, a través de un agujero hecho con explosivos²⁸².

Precisamente, las tres bajas que el país lamentó ocurrieron en esa planta. Los comandos Juan Valer Sandoval y Raúl Jiménez Chávez no resistieron el intenso fuego cruzado con los emerretistas, nutrido por explosiones y esquirlas de metal. Valer protegía con su cuerpo al canciller Tudela, cuando recibió disparos en el cuello y en el tórax, y Jiménez buscaba entre el humo a los rehenes japoneses, antes de ser alcanzado por una granada y varios proyectiles. A pocos metros, el vocal supremo Carlos Giusti recibía una metralla en la femoral, y fallecería rumbo al Hospital Militar.

Minutos después de confirmar la muerte de todos los elementos del MRTA, el presidente Fujimori agrupó a los comandos y a los rehenes ilesos en el frontis de la residencia, para cantar el himno nacional y dirigirles un inopinado discurso, parado en una silla y sin la presencia de los medios de comunicación. Entre otras cosas, dijo: “Para luchar, seguir luchando y dominando a los terroristas, no vamos a ceder frente al chantaje. Lo prometí y lo cumplí” (Montesinos 2016: Tomo 2, 848).

Lo usual es que una operación de rescate tenga un costo político y militar difícil de sobrellevar: la probable muerte del 30% de las víctimas, según la experiencia israelí y norteamericana. Debido a que solamente murieron dos comandos y un rehén, la operación militar Chavín de Huántar es considerada como una de las más exitosas de todos los tiempos.

²⁸² MALPARTIDA, Jorge. “Rescate de rehenes debió durar cuatro minutos, pero se prolongó 40”. Diario *La República*. Lima, Perú. Fecha de publicación: 23 de abril del 2012. Fecha de consulta: 23 de abril del 2016. Disponible en: <http://goo.gl/KoyP0a>

CAPÍTULO 6

LA PRESUNTA EJECUCIÓN EXTRAJUDICIAL
DE INTEGRANTES DEL MRTA



6.1. INTRODUCCIÓN

Bajo la lógica de Schmitt, el rescate del 22 de abril de 1997 fue el clímax del conflicto habido entre el gobierno y el MRTA, y consecuencia del reconocimiento antagónico –y en términos de eliminación mutua– que ambos bandos fueron construyendo desde mediados de la década de los ochentas. No obstante, tal clímax tuvo como circunstancia definitoria y absoluta la presunta ejecución extrajudicial de tres emerretistas rendidos, una vez culminado el rescate y en manos de comandos y de grupos castrenses ajenos al operativo, y que muy probablemente actuaban bajo las órdenes del presidente Alberto Fujimori. Los intrusos fueron fotografiados y apodados *Gallinazos* por la prensa, debido a que utilizaron capuchas negras y no cascos de combate.

Según los peritajes del Ministerio Público, esos tres terroristas tenían disparos en la cabeza y en la nuca, ejecutados por la espalda y desde arriba, y estando completamente inmovilizados²⁸³.

Las víctimas fueron identificadas como Eduardo Cruz Sánchez (a) *Tito*, Herma Meléndez Cueva (a) *Cynthia* y Víctor Peceros Pedraza, sin alias conocido. Estos casos fueron investigados y judicializados por la existencia de testigos y de pruebas fehacientes, lo que originó que fueran denunciados penalmente por homicidio calificado el asesor presidencial Vladimiro Montesinos, el general EP Nicolás Hermoza Ríos y los coroneles EP Roberto Huamán Azcurra y Jesús Zamudio Aliaga. Además, se solicitó la detención de varios militares, entre oficiales y suboficiales²⁸⁴. En su calidad de ex jefe de

²⁸³ Todos los peritajes forenses de la policía y del Ministerio Público llegaron a esa conclusión. En su Informe Final, la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) resaltaría esa coincidencia y la existencia de un *modus operandi* en los presuntos asesinatos extrajudiciales, determinado y planificado desde las más altas instancias del poder.

²⁸⁴ Se emitieron órdenes de captura contra el general EP Augusto Jaime Patiño y los coroneles EP José Williams Zapata y Luis Alatriza Rodríguez, entre otros. Y también contra los integrantes del grupo Delta y del Equipo 8 que participaron en el operativo, particularmente en la habitación “I” –también llamada “Indio”– del segundo piso, porque ahí habrían sido asesinados los terroristas *Cynthia* y Peceros. Paralelamente a las investigaciones en el fuero común, la justicia militar inició un proceso por abuso de autoridad y homicidio calificado contra los 138 comandos que sobrevivieron al rescate. Se planteó una contienda de competencia que la Corte Suprema dirimió en el 2002: la justicia castrense seguiría procesando

Estado, el proceso contra Fujimori seguiría un camino distinto: la acusación penal debía ser autorizada por el Congreso, pues le asistía la prerrogativa del antejuicio político.

Un momento clave en el caso fue la investigación que la policía inició en el 2002, a partir de la denuncia que hiciera el sociólogo Hidetaka Ogura, funcionario de la embajada de Japón al momento del secuestro y uno de los últimos 72 rehenes del MRTA²⁸⁵.

El 20 de agosto del 2001, en una carta enviada desde Tokio a las autoridades judiciales peruanas, Ogura manifestó que finalizado el operativo logró ver con vida a tres terroristas –primero a *Cynthia* y a Peceros en el segundo piso de la residencia, y luego a *Tito* en una casa contigua– reducidos y pidiendo clemencia a comandos y policías, y que posteriormente aparecieron muertos. Según el atestado policial que resultó de las pesquisas, quedaba acreditada la comisión del delito de homicidio calificado contra *Tito*, mientras que en los casos de *Cynthia* y de Peceros, los comandos “no brindaron una explicación convincente sobre la forma y las circunstancias en las que ambos fueron eliminados”²⁸⁶.

Lo que sorprende es que probablemente haya habido más ejecuciones extrajudiciales en el operativo. En el 2002, el Instituto de Medicina Legal (IML) determinó que ocho de los 14 emerretistas abatidos presentaban disparos en la zona posterior del cuello, como parte de un patrón lesional (CVR 2003: Tomo VII, 729). El Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF) llegó a la misma conclusión, al señalar que “la posición de las víctimas con respecto al tirador fue siempre la misma, y que la movilidad de los rendidos fue mínima o igual a

a los comandos, y el fuero común haría lo propio con Montesinos, Hermoza Ríos, Huamán Azcurra y Zamudio Aliaga. En el 2004, la justicia militar sobreseyó el caso por falta de pruebas, declarando inocentes a los comandos. En el 2012, la Corte Suprema absolvería a Montesinos –junto a Hermoza Ríos y a Huamán Azcurra– por falta de pruebas. En el 2016, Zamudio Aliaga correría la misma suerte.

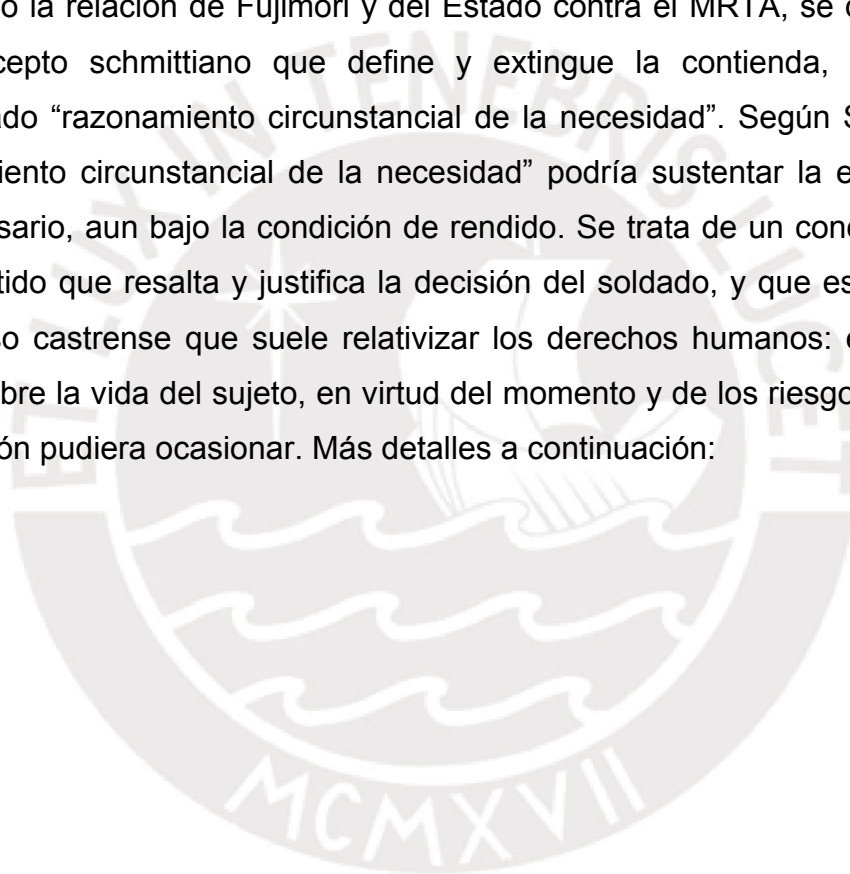
²⁸⁵ Cuando ocurrió la toma emerretista, Hidetaka Ogura se desempeñaba como primer secretario de la embajada de Japón en Lima. Al no ser diplomático de carrera, Ogura llegó a ese cargo tras asimilarse al Ministerio de Relaciones Exteriores de su país.

²⁸⁶ Atestado policial 04-DIRPOCC-DIVAMP-PNP del 2 de mayo del 2002.

ceros” (CVR 2003: Tomo VII, 730). Sin embargo, la escasez probatoria y testimonial impidió que más casos fueran judicializados.

La versión oficial del gobierno fue categóricamente establecida desde el Ministerio de Defensa y el Poder Ejecutivo: ningún miembro del MRTA fue ejecutado extrajudicialmente, por lo que sus muertes fueron consecuencia del combate contra las Fuerzas Armadas.

No obstante, como consecuencia de la distinción amigo-enemigo que caracterizó la relación de Fujimori y del Estado contra el MRTA, se desprende otro concepto schmittiano que define y extingue la contienda, y que es denominado “razonamiento circunstancial de la necesidad”. Según Schmitt, el “razonamiento circunstancial de la necesidad” podría sustentar la eliminación del adversario, aun bajo la condición de rendido. Se trata de un concepto muy controvertido que resalta y justifica la decisión del soldado, y que es funcional al discurso castrense que suele relativizar los derechos humanos: el soldado decide sobre la vida del sujeto, en virtud del momento y de los riesgos que esa capitulación pudiera ocasionar. Más detalles a continuación:



6.2. FUNDAMENTOS SCHMITTIANOS PARA ELIMINAR AL ENEMIGO

Para Schmitt es claro que un Estado debe defenderse y combatir al enemigo con el fin de asegurar su sobrevivencia. Es más, según Pérez Crespo, Schmitt recalca que “los Estados modernos deben plantear claramente quiénes son sus enemigos, y que los Estados que no lo hacen, no son Estados realmente”²⁸⁷. Ahora bien, las múltiples interpretaciones del pensamiento schmittiano en el siglo 20 generaron una controversia respecto a si el enemigo debe ser eliminado o solamente neutralizado. En la operación militar Chavín de Huántar, los 14 terroristas fueron eliminados, incluso a través de presuntas ejecuciones extrajudiciales.

Quienes apoyan la neutralización –y no la eliminación– se centran en una perspectiva dual que involucra al bien y al mal. Según Hernando, aniquilar al enemigo implicaría “erradicar la tensión y la enemistad, con lo que dejaría de tener sentido hablar de la política y del hombre”²⁸⁸. Y agrega: “Dios no puede acabar con el mal, porque Dios lo necesita para poder existir. Si no hay mal, no hay Dios”²⁸⁹. En suma y analógicamente, si Schmitt planteara exterminar al enemigo, el sentido de “lo político” desaparecería.

Lo ocurrido en la casa del embajador Morihisa Aoki fue menos filosófico y más real. Pérez Crespo afirma que la eliminación del enemigo –incluso extrajudicialmente– podría justificarse según el contexto que envuelve la acción del comando o del representante de la fuerza estatal. Por cierto, debe ser un contexto peligroso y excepcional. Recalca que la distinción amigo-enemigo “no es una norma y tampoco un deber, sino una cuestión existencial”²⁹⁰. Es decir, una “circunstancia que la gente vive en carne y hueso”²⁹¹.

Al respecto, Hernando sostiene que efectivamente la regla podría tener una excepción, dependiendo, por ejemplo, de la necesidad del Estado. Sería

²⁸⁷ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 7 de agosto del 2015.

²⁸⁸ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 17 de agosto del 2015.

²⁸⁹ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 17 de agosto del 2015.

²⁹⁰ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 7 de agosto del 2015.

²⁹¹ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 7 de agosto del 2015.

una excepción a la excepción, porque “en ocasiones no hay espacio para la rendición, considerando que no se está hablando de ética, sino de definir simplemente qué es ‘lo político’ en un momento dado”²⁹².

Esta última opción fue la que Fujimori aplicó en la operación militar Chavín de Huántar, pues “tenía bien claro quién era quién. Identificaba al enemigo y actuaba”²⁹³. Lo relevante es que en diversas entrevistas académicas y periodísticas, Fujimori corroboró su participación en la concepción y en la planificación del operativo, incluyendo el haber dispuesto la orden para su ejecución, por lo que no podría evadir su responsabilidad en las acciones de los comandos y de los *Gallinazos*, especialmente en la decisión de no dejar sobrevivientes. Según Hermoza Ríos, el jefe del Estado fue una “permanente compañía” para los militares que se entrenaban, habiendo escogido –como muestra de su particular interés– el histórico nombre de Chavín de Huántar para el rescate armado (1997: 62-63).

En el Perú y en el extranjero, el rasgo característico de Fujimori de poder identificar con determinación al amigo y al enemigo nunca pasó desapercibido, si bien la crítica de sus detractores se enfocó más en los efectos y no tanto en las motivaciones de ese proceder. Altuve, no obstante, descarta que Fujimori haya desarrollado desde el Poder Ejecutivo un permanente estado de guerra, bajo la lógica maquiaveliana de “¿ahora a quien vamos a destruir?”²⁹⁴. Según su experiencia, Fujimori priorizaba muy bien sus objetivos y sus planes de gobierno, y basaba su comportamiento identificando a los que se mostraban contrarios o favorables a ellos. En una ocasión, Fujimori diría: “Utilizo el poder en función de las metas que me he trazado, para resolver los problemas tan graves del país”²⁹⁵. Altuve explica:

Cuando Fujimori planteaba un objetivo, él entendía que había gente que lo seguía o que era hostil o ajena al mismo. Entonces se generaba una definición en base a la hostilidad al objetivo. No

²⁹² Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 17 de agosto del 2015.

²⁹³ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 17 de agosto del 2015.

²⁹⁴ Entrevista a Fernán Altuve-Febres, realizada el 9 de febrero del 2017.

²⁹⁵ Diario La República. “Las tarjetas de recomendación las mando al archivo”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 20.

creo que Fujimori se haya planteado una distinción amigo-enemigo en el sentido schmittiano o maquiaveliano. No tenía conocimiento de Schmitt. Simplemente planteaba un objetivo y seguramente pensaba: “Unos van a estar a favor y otros en contra. Con los que están a favor, seguimos adelante. Con los que están en contra y critican... ¡Fuera del camino!”. Esa era la forma de actuar de Fujimori²⁹⁶.

Una frase expresada por Fujimori en 1991 le otorga la razón a Altuve: “Y si algunas fuerzas siguen con su línea corrupta, les diré chacales. Y si los de la Iglesia siguen con su conducta de brindar opiniones falaces, les diré medievales”²⁹⁷.

Los gobernantes contemporáneos suelen ser conscientes de las consecuencias penales que pueden causar las violaciones a los derechos humanos, especialmente las desapariciones y las ejecuciones extrajudiciales. En el pasado, algunos han sido procesados y encarcelados por tribunales nacionales y supranacionales, en el marco de un contexto que no fue racionalizado por Fujimori, debido a la impunidad que generaba su entorno político y castrense, y a la férrea estrategia contrasubversiva que contaba con el apoyo de la población. Tal respaldo fue capitalizado por Fujimori, quien nunca dejó de considerar al terrorismo como el principal adversario del país, proceder que calzó perfectamente con el pensamiento schmittiano, dado que “una de las características de la distinción amigo-enemigo es que el soberano crea la sensación de enemistad en la mayoría de la población, y contra un antagonico que amenaza la subsistencia social y estatal”²⁹⁸.

Desatado el rescate, los 14 elementos del MRTA fueron abatidos, y todo parece indicar que se ajustició a los rendidos, si bien las Fuerzas Armadas

²⁹⁶ Entrevista a Fernán Altuve-Febres, realizada el 9 de febrero del 2017.

²⁹⁷ Diario La República. “No tengo rabo de paja”. Lima, 6 de enero de 1991. Suplemento *Domingo*, página 13.

²⁹⁸ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 7 de agosto del 2015.

señalan que “no se capturó a ningún terrorista, pues todos murieron en combate con la Unidad de Intervención Contraterrorista (UICT)”²⁹⁹.

Pues bien, todo indica que comandos y terroristas se miraron a los ojos, y que los primeros tomaron la decisión existencial y circunstancial de eliminar a los segundos, tras calificarlos y reconocerlos como enemigos. Hernando refiere que la distinción amigo-enemigo de Schmitt sirve “básicamente para evitar ser acabado o aniquilado” y que “no es agresivo porque en principio responde a un ataque”³⁰⁰. Bajo esa perspectiva, podría argumentarse que las ejecuciones extrajudiciales y los tiros de remate a los caídos buscaron proteger a los comandos de cualquier ataque imprevisto y artero del enemigo, algo que corresponde al proceder castrense en toda acción de combate. Así, siguiendo el esquema amigo-enemigo, los estrategas de la operación militar Chavín de Huántar determinaron que la sobrevivencia de los comandos implicaba la eliminación del adversario, sin importar su condición de rendido.

La idea es complementada por Pérez Crespo, quien afirma que “la enemistad podría ser de ataque, o totalmente a la defensiva”³⁰¹. En ese sentido, lo defensivo no evita que solamente un contendor subsista en la batalla, pues “el concepto amigo-enemigo señala que la esencia de ‘lo político’ aparece cuando hay dos bandos distintos y contradictorios, y tras establecerse que la existencia de uno supone la eliminación del otro”³⁰².

²⁹⁹ Informe 001/Primera División de Fuerzas Especiales, firmado por el general EP y jefe de la DIFE, Augusto Jaime Patiño. Fecha: 30 de abril de 1997.

³⁰⁰ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 17 de agosto del 2015.

³⁰¹ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 7 de agosto del 2015.

³⁰² Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 7 de agosto del 2015.

6.2.1. EL “RAZONAMIENTO CIRCUNSTANCIAL DE LA NECESIDAD”³⁰³

En un Estado de derecho, al enemigo rendido no se le asesina. Jurídica y éticamente, debe recibir el tratamiento estipulado en los Convenios de Ginebra, firmados y reconocidos por el Perú en el siglo 20. Pero Schmitt es un pensador racionalista y existencialista que incide en los momentos límite y de excepción: bajo esas corrientes teóricas, sostiene que el “razonamiento circunstancial de la necesidad” determinará si un soldado debe eliminar o no al contrincante que se ha rendido³⁰⁴. Es decir, si en una situación excepcional de urgencia y de peligro, un militar advierte que un rendido es –o puede ser– un riesgo para su vida o la de sus compañeros, podría tomar la decisión (excepcional también) de ejecutarlo. Por encima de las consideraciones jurídicas y éticas, Schmitt diría que políticamente la justificación de la eliminación del enemigo tiene origen en las circunstancias y en los apremios que el soldado sufre en el momento, tesis que se conecta con los protocolos militares de combate.

Respecto a la eliminación de todos los emerretistas, Hernando vincula esa decisión con la circunstancia del tiempo. La circunstancia –es decir, el excesivo tiempo transcurrido– pudo haber cambiado el objetivo original de “neutralizar” por el de “ejecutar” o “matar”³⁰⁵. Los meses sin solución radicalizaron las posturas del gobierno y del MRTA, y en ese contexto los comandos probablemente tomaron la decisión de considerar a los captores como “extremadamente peligrosos”³⁰⁶. Hernando dice: “Si el ataque hubiera sido a la semana de producido el secuestro, tal vez todo hubiese sido distinto.

³⁰³ Concepto señalado por Carlos Pérez Crespo, a partir de la teoría expuesta en la obra *Teología Política* de Carl Schmitt. En el Perú, Pérez Crespo es uno de los principales estudiosos e intérpretes de la obra de Schmitt. Actualmente es coordinador para Estados Unidos, Canadá y América Latina de la revista *Carl Schmitt-Studien*, con sede en Alemania, dedicada a difundir y preservar el legado schmittiano. Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 16 de agosto del 2016.

³⁰⁴ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 16 de agosto del 2016.

³⁰⁵ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 6 de febrero del 2017.

³⁰⁶ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 6 de febrero del 2017.

Pero después de tanto tiempo, parece que nadie podía estar seguro de nada”³⁰⁷.

Pues bien, en un momento de extrema urgencia y con total poder sobre el enemigo, el soldado –incluso sin ser soberano– podría asumir simbólicamente el rol de Dios. Es decir, disponer sobre la vida o la muerte del que está a su merced. Respecto al soberano, Schmitt dice que “él decide si el caso propuesto es o no de necesidad, y qué conviene hacer para dominar la situación” (1998a: 17). Y citando a Bodino, recalca que el soberano se somete a las normas y al pueblo cuando el interés social le exige el cumplimiento de sus promesas, pero que no lo está si la necesidad es urgente (1998a: 18-19). Schmitt añade: “Lo que es decisivo en la construcción de Bodino es haber reducido el análisis de las relaciones entre el príncipe y los estamentos a un simple dilema referido al caso de necesidad” (1998a: 19).

La distinción amigo-enemigo es tan radical y vigorosa que antecede al Estado. Según Schmitt, si la enemistad política precede al Estado, también precede al Estado de derecho. Schmitt acepta el principio anglosajón de la ley marcial, favorable al soldado que afronta una situación excepcional. En un teatro de operaciones imprevisto y amenazante, no rige la ley ordinaria: asoma el criterio del soldado, quien decide a partir de la circunstancia. En el Perú y en varios países de Latinoamérica, una declaratoria de estado de emergencia suspende las garantías, pero no la legalidad. Para Altuve, eso deja indefensos a los militares y genera inmensos problemas al momento de restituir el orden: “Es absurdo. Es como si se quisiera pelear una guerra con toda la legalidad y la formalidad ordinaria”³⁰⁸.

Durante la crisis de los rehenes, el MRTA manifestó al gobierno y a los medios de comunicación que sus miembros estaban dispuestos a matar y a morir con el fin de lograr sus objetivos. Acentuando el peligro, Néstor Cerpa Cartolini vociferaba repetidamente que si Fujimori autorizaba un rescate armado, nadie saldría vivo de la residencia, refiriéndose a los comandos y a los

³⁰⁷ Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 6 de febrero del 2017.

³⁰⁸ Entrevista a Fernán Altuve-Febres, realizada el 9 de febrero del 2017.

cautivos. Los emerretistas contaban con fusiles, ametralladoras, lanzacohetes, pistolas y gran cantidad de municiones, además de estar muy bien entrenados. Pero hubo algo determinante: llevaban granadas y potentes explosivos adheridos a sus cuerpos, y eso incrementaba tremendamente su peligrosidad y la oportunidad de inmolación. Ciertamente, numerosos rehenes han relatado que Cerpa y sus compinches los amenazaban con hacer estallar las habitaciones, sirviendo incluso como “hombres bomba”.

Basado en información de inteligencia, Montesinos asegura que “los terroristas tenían un RPG, mochilas con granadas y explosivos” (2016: Tomo 2, 634). Y que ante una embestida armada, la “táctica terrorista era mezclarse con los rehenes para cubrirse con ellos” en el segundo piso, llevando “máscaras antigás y la bolsa en la que tenían las granadas” (2016: Tomo 2, 584). Finalmente, el ex asesor presidencial señala también que durante el rescate, un emerretista intentó lanzar las granadas que cargaba para asesinar a un grupo de rehenes que escapaba por el área de servicios, pero que fue abatido por los comandos, junto a otro de sus secuaces (2016: Tomo 2, 842). Como se observa, las granadas fueron parte relevante en la estrategia de defensa emerretista en el recinto, y cobraron más importancia táctica para el MRTA cuando su uso fue prohibido para los comandos por el daño indiscriminado que ocasionaban y que podía afectar a los rehenes³⁰⁹.

³⁰⁹ Después del rescate, la DIFE detalló en un documento el peligro y los perjuicios que el MRTA causó con las granadas utilizadas contra los comandos, y que buscaban también eliminar a los rehenes. Con fecha 30 de abril de 1997, el parte de operaciones 001/PAT “TENAZ” sostuvo que el Equipo 7 fue recibido en el pasadizo del segundo piso con disparos de AKM y granadas que los “DDTT-MRTA” lanzaban desde los cuartos “H” y “G”. Aquí fue mortalmente herido el teniente EP Raúl Jiménez Chávez. Además informó que el capitán EP Armando Camino se enfrentó a fuego directo con un terrorista, tras chocarse con él debido a la nula visibilidad. El “DDTT-MRTA” corrió al cuarto “G” para guarecerse y atacar con granadas, una de las cuales le voló el pie izquierdo al teniente EP Ricardo Cruz Jarama. Según el parte, los explosivos de mano “retrasaron el control de la residencia”. Sobre el tema, es relevante el testimonio del canciller Francisco Tudela: “Cuando entra a buscarme, el terrorista *Coné* no dispara. Su misión no era matar a ningún rehén. Era matarme a mí (...) Yo estoy en la terraza y *Coné* empieza a dispararme desde el interior. Primero tira una granada que por suerte estalla en el aire y golpea en la puerta. Como eso no me mata, sigo avanzando. Me dispara tres veces”. Diario Correo. “Francisco Tudela: Su misión no era matar a ningún rehén. Era matarme a mí”. Lima, Perú. Fecha de publicación: 22 de abril del 2016. Fecha de consulta: 29 de junio del 2017. Disponible en: <https://goo.gl/6BqtaC>

El discurso de Cerpa y del MRTA ante los medios de comunicación –y con claro impacto en el gobierno– fue que nunca iban a someterse, y que una intervención armada ocasionaría la muerte de todos los comandos y rehenes. El 22 de diciembre, como consecuencia del mensaje presidencial del día anterior, Cerpa advirtió por medio de la prensa que “si Fujimori se decidiera finalmente por una salida militar, encontrará siempre a cada tupacamarista con la misma disposición y heroicidad” (Montesinos 2016: Tomo 1, 208). La misma idea aparecía en las consignas lanzadas a viva voz. El 1 de enero de 1997, los periodistas registraron el siguiente mensaje: “¡Aquí nadie se rinde, carajo! ¡Por la paz y por las armas, paz y muerte! ¡Viva el Perú! ¡Paz y muerte!”³¹⁰.

En enero no quedaban dudas del afán destructivo del MRTA. El 15 de ese mes, en el noticiero matutino de América Televisión, Cerpa recalcó que era imposible que los integrantes del comando secuestrador salieran de la residencia en calidad de rendidos: “Si no hay solución favorable, entonces no hay salida. Acá nos quedamos” (Montesinos 2016: Tomo 1, 404). Una semana después, dos cartelones aparecieron colgados en las ventanas de la casa de Aoki: “La rendición no es el camino del MRTA. Los esperamos en casa, vengan si pueden”³¹¹.

Este discurso radical fue ratificado el 5 de febrero por el aparato internacional del MRTA. En declaraciones a la prensa italiana, Isaac Velasco, vocero del grupo terrorista en Europa, garantizó que “una eventual intervención militar a la residencia nipona significaría la muerte de todos sus ocupantes, incluyendo la de los rehenes, pues los emerretistas, que están fuertemente armados, no se rendirían y se defenderían sin importar el desenlace” (Montesinos 2016: Tomo 1, 497).

Pues bien, dado el aviso de confrontación total planteado por el MRTA, era perfectamente posible que los militares se preguntan: ¿Iba el MRTA a respetar la vida de quien se rindiera, fuera militar o rehén? ¿Expuesto el compromiso de matar y de morir, no podría acaso un emerretista rendido ser

³¹⁰ En la mayoría de diarios de Lima.

³¹¹ En la mayoría de diarios de Lima.

un peligro o una trampa para los comandos?. La lucha contraterrorista en el Perú había dejado numerosas escenas de senderistas inmolándose para destruir objetivos civiles y militares, apelando a la sorpresa y al engaño, incluso bajo la condición de neutralizados, capturados o rendidos. Y si bien ese fanatismo no era algo tan propio del MRTA, como sí lo era de Sendero Luminoso, los militares no hicieron distinciones al planificar la operación militar Chavín de Huántar. El Ejército dice: “En varios momentos, los subversivos habían amenazado a los rehenes con explosivos adheridos a sus cuerpos, en una especie de inmolación suprema. Situaciones así se vivieron en otros países en diversas operaciones contra el terrorismo, en las que el terrorista, al no tener nada que perder, se suicidaba y se llevaba consigo a un número significativo de rehenes” (CPHEP 2010: 152).

Coincidiendo con lo anterior, Hernando cita ejemplos de ataques a traición en el Medio Oriente y en el Asia contra tropas norteamericanas y occidentales, debido a que los protocolos de combate no contemplaron “tiros a la cabeza para ‘asegurar’ al enemigo”³¹². Lo ocurrido en la operación Alas Rojas (Afganistán, 2005) y en la Batalla de Okinawa, durante la Segunda Guerra Mundial, sustentan su posición³¹³. Bajo esa perspectiva, los 14

³¹² Entrevista a Eduardo Hernando Nieto, realizada el 6 de febrero del 2017.

³¹³ La **Operación Alas Rojas** fue una misión contraterrorista ejecutada por cuatro integrantes de la Navy SEAL de Estados Unidos para eliminar al líder talibán Ahmad Shah, cercano a Osama Bin Laden y acantonado en la provincia de Kunar, en Afganistán. El 28 de junio del 2005, en las montañas del Hindú Kush, ubicadas entre Afganistán y Pakistán, los SEALs Marcus Luttrell, Matthew G. Axelson y Danny Dietz, comandados por el teniente Michael P. Murphy, fueron descubiertos por dos lugareños: un adulto y un niño pastor de cabras. De inmediato, los SEALs comprendieron el gravísimo riesgo que afrontaban, y debatieron la necesidad de asesinar o dejar con vida a los capturados. Luttrell rechazó ejecutarlos por consideraciones humanitarias, por lo que fue duramente rebatido por Axelson y Dietz, quienes acusaban a los afganos de ser vigías enemigos. Tras varios minutos de disquisiciones éticas, Murphy dirimió la discusión en favor de Luttrell y ordenó liberarlos, asumiendo el riesgo de que podían delatar a la patrulla. Minutos después, los SEALs se vieron rodeados por aproximadamente 200 talibanes, y dedujeron algo lógico: habían sido traicionados. Luego de varios minutos de desigual combate, dos helicópteros Chinook MH-47 llegaron a la zona para apoyar a los SEALs, pero uno fue derribado con un RPG, lo que causó la muerte de ocho miembros de las fuerzas especiales e igual número de soldados de reserva. La otra nave se vio obligada a regresar a la base. El único sobreviviente fue Luttrell, quien se arrastró varios kilómetros para ser auxiliado por habitantes de la zona. En el 2014, Gaspar Zimmerman, periodista del diario *Clarín* de Argentina, le preguntó a Luttrell si se arrepentía de haber dejado con vida a los detenidos. Esto respondió: “No. No puedes estar mirando el pasado y decir ‘ojalá hubiera hecho otra cosa’. Si te pasas la vida

emerretistas debían ser eliminados y en cualquier circunstancia, y el pensamiento schmittiano brindaba una justificación. De acuerdo con Altuve, el respeto a la vida es relativo: “Los emerretistas eran rendidos de alto riesgo. Un rendido tendría que mostrar una garantía absoluta y visible de que no es un peligro para el militar y los demás involucrados en la situación, de tal manera que sea una cosa indubitable. Basta que exista la menor duda, para que su vida se convierta en un riesgo contra los otros”³¹⁴.

Diversos autores se preguntan si el pensamiento schmittiano tiene algún límite. Pues bien, si la preocupación planteada por Altuve hubiera sido resuelta,

pensando así, terminas loco”. Diario Clarín. “Marcus Luttrell: Sería tiempo de retirarse”. Buenos Aires, Argentina. Fecha de publicación: 16 de marzo del 2014. Fecha de consulta: 1 de junio del 2017. Disponible en: <https://goo.gl/4pu0Yf> En la **Batalla de Okinawa** ocurrió un hecho similar. En mayo de 1945, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, tropas norteamericanas y japonesas protagonizaron una de las batallas más sangrientas del Pacífico. Ocurrió en el acantilado de Maeda, cuyo control era fundamental para la invasión de los aliados a Japón. Si bien el triunfo en la isla de Okinawa fue estadounidense, la lucha duró varios días y cobró la muerte de miles de soldados. Cuando los norteamericanos recorrían la zona para buscar heridos y decomisar armamento enemigo, decenas de japoneses salieron de un túnel con banderas blancas y con las camisas de sus uniformes atadas a la cintura. Los estadounidenses hicieron un alto al fuego, y el oficial al mando les gritó que se tiraran al suelo para brindarles el tratamiento de rendidos, pese a la negativa de varios de sus subalternos. Al primer descuido, los japoneses sacaron las granadas que llevaban escondidas en el talle y atacaron con sorpresa y traición, lo que ocasionó la muerte de un gran número de norteamericanos. Otro caso podría mencionarse aquí, si bien no guarda estricta relación con un rendido. Ocurrió en el anexo de **Occopecca, provincia de Huanta, Ayacucho**: el 2 de agosto de 1983, una patrulla de infantería de Marina del Perú perseguía a una columna de Sendero Luminoso que había quemado seis viviendas y asesinado a hachazos a tres habitantes, luego de acusarlos de ser “soplones y colaboradores de los marinos y de los sinchis” (Ortiz Sotelo 2010: 205-206). Ubicados los terroristas en la comunidad de Punco, al norte de Occopecca y a 3.400 metros sobre el nivel del mar, diez infantes de la Armada (elementos de asalto) y cinco guardias civiles (apoyo en seguridad) fueron a su encuentro. Tras los primeros disparos, los militares y policías descubrieron que se estaban enfrentando a 150 subversivos con fusiles automáticos y explosivos, quienes rápidamente rodearon a la patrulla debido a su superioridad numérica (Ortiz Sotelo 2010: 205-206). Después de solicitar apoyo a la base de San José de Secce (Huanta) y de aplicar un contraataque con técnicas de fuego y movimiento, los marinos y efectivos de la GC causaron decenas de bajas y forzaron la huida de los terroristas. La patrulla estableció una posición defensiva perimétrica e inició el reabastecimiento de municiones y el decomiso de las armas de los senderistas muertos. Fue en ese momento de calma que un terrorista que simulaba estar incapacitado por las heridas ejecutó un furtivo disparo que impactó en el morral del jefe de patrulla, sargento AP Pedro Cueva Vásquez, haciendo estallar una granada. El inesperado ataque sorprendió a los uniformados y ocasionó un tremendo daño: Cueva falleció y otros seis marinos resultaron gravemente lesionados. Culminado el combate, las fuerzas militares y policiales contabilizaron tres bajas, mientras que Sendero Luminoso sufrió la pérdida de 55 combatientes (Ortiz Sotelo 2010: 205-206).

³¹⁴ Entrevista a Fernán Altuve-Febres, realizada el 9 de febrero del 2017.

es decir, si el rendido fue ejecutado de manera extrajudicial pese a no representar ningún peligro tras ser registrado y dominado por el soldado, se estaría hablando de un abuso y ciertamente de un delito. La teoría de Schmitt no valida actos criminales.

La duda es relevante y además puede determinar la vida o la muerte del soldado, afirma Francisco Tudela, entonces canciller de la República y uno de los últimos 72 cautivos del MRTA. En el documental *Rehenes*, dirigido por el uruguayo Federico Lemos y estrenado en Lima en el 2017, Tudela sostiene que el teniente EP Raúl Jiménez Chávez fue abatido por un emerretista porque vaciló en un momento crucial del combate. En uno de los pasadizos del segundo piso del recinto, Jiménez Chávez divisó en plena refriega a un elemento del MRTA que rápidamente le hizo un gesto de rendición. El testimonio de Tudela es concluyente: “Hay un caso que ilustra ese problema, que es el del capitán Jiménez³¹⁵. Un terrorista finge una rendición y Jiménez duda, y el terrorista lo mata. Un instante de duda le costó la vida al capitán Jiménez”. A partir de esa circunstancia de urgencia y considerando la necesidad de sobrevivencia del comando, lo razonable para Schmitt hubiera sido disparar y matar al (supuesto) rendido.

Como se pudo apreciar en diversas fotografías difundidas por la prensa, los miembros del MRTA portaban chalecos con compartimentos para cuchillos, artefactos explosivos y granadas. ¿Podía ser considerado inofensivo un emerretista que se encuentre rendido y ataviado de esa manera?

Ejecutar o dejar vivir a un rendido implica una decisión, y eso es lo que valora Schmitt: la postura existencial frente a una circunstancia de necesidad que puede determinar la vida o la muerte del soldado. Por eso, Schmitt rechazaría que un militar sea llevado a juicio por eliminar a un rendido, como consecuencia de la aplicación del “razonamiento circunstancial de la necesidad”. Ciertamente, su propósito es complejo porque en las cortes de justicia el procedimiento legal o el “deber ser” siempre pesa más que la

³¹⁵ Tras la operación militar Chavín de Huántar, el Ejército ascendió póstumamente al teniente EP Raúl Jiménez Chávez al grado inmediato superior de capitán.

circunstancia que enfrenta un soldado. Como pensador de los casos extremos, Schmitt sostiene que cualquier militar que tome una decisión en una circunstancia de necesidad, deberá tener un juzgamiento político y no judicial. Incluso, según algunos autores, ese juzgamiento político también sería aplicable al soldado que tomó la decisión equivocada de asesinar a un rendido que nunca representó una amenaza, y cuya real situación de indefensión se conoció después. En beneficio del soldado podría señalarse que el tráfago del combate y la tensión causada por la circunstancia de apremio evitó un adecuado razonamiento, aun a pesar de su entrenamiento castrense.

Con el fin de clarificar el pensamiento schmittiano, Pérez Crespo recrea los ejemplos que los académicos utilizan para explicar la obra *Fundamentación metafísica de las costumbres* de Kant, publicada en 1875, y que se sustentan en el drama de una persona que lucha para no ahogarse en un río.

La nueva historia podría plantearse así: dos individuos luchan para no morir en el mar, y uno de ellos sobrevive tras cogerse del otro y hundirlo. El superviviente es llevado a juicio, acusado de matar a su semejante para salvarse, lo que es cuestionado por Kant. ¿La razón? Según Kant, en una circunstancia de necesidad no existe el Derecho. ¿Y cómo debería juzgarse una circunstancia de necesidad? Kant responde que con la ética, pero Schmitt difiere: lo más adecuado es que sea con la política. No obstante, el juzgamiento político al soldado arroja una sombra de duda: es probable que sea desarrollado por el bando hegemónico en el poder, cuyos integrantes y magistrados –sin conocer la circunstancia y la urgencia que movió la decisión del militar ante la amenaza de morir– podrían cuestionar la eliminación del rendido³¹⁶.

Ahora bien, si la orden de perpetrar la ejecución extrajudicial provino de un soberano o mandatario, Schmitt también se opondría a que fuese procesado judicialmente. Ocurre que para Schmitt, la decisión en el gobernante es infalible

³¹⁶ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 16 de agosto del 2016.

debido a que la autoridad es inapelable. Para él, soberanía e infalibilidad son sinónimos.

Lo cierto es que en virtud del Estado de derecho, el gobierno debió suponer la probable aparición de rendidos, pero no lo hizo. Los protocolos de combate eran difusos para ambos bandos, y posiblemente eso condicionó que las Fuerzas Armadas ejecutaran una operación militar ajena a las Convenciones de Ginebra. El MRTA era un enemigo no convencional, y eso generó zonas grises que abrieron paso a la eliminación de los terroristas rendidos. Pérez Crespo dice:

Para que los protocolos de rendición sean establecidos, ambos bandos en combate deben regirse por convenciones preestablecidas. Una guerra convencional es eso: que ambos bandos se pongan de acuerdo sobre cómo se van a eliminar mutuamente. Para Schmitt, el concepto amigo-enemigo es una aplicación que racionaliza la muerte entre dos o más bandos en un contexto de guerra. No obstante, el rescate en el recinto japonés tenía vacíos por la inexistencia de protocolos, y no había esa claridad sobre cómo proceder con los rendidos. Y efectivamente, ante ese vacío se cayó en terrorismo de Estado³¹⁷.

En los tiempos modernos, el enfrentamiento contra un enemigo no convencional y que no utiliza protocolos de combate ha sido definido como “guerra asimétrica” o de “cuarta generación”. El MRTA ejecutaba una “guerra asimétrica” contra el Estado, donde las estrategias y tácticas convencionales de las Fuerzas Armadas y policiales no eran aplicables. Según la doctrina militar estadounidense, la “guerra asimétrica” o de “cuarta generación” es desarrollada por grupos guerrilleros, terroristas y paramilitares, así como en conflictos civiles y en acciones contraterroristas.

De esta manera, Montesinos justifica que la operación militar Chavín de Huántar haya sido “concebida y planificada doctrinariamente con la finalidad de hacer frente a un enemigo engañoso, elusivo, determinado y letal. Un enemigo que no respetaba ninguna regla al practicar el conflicto asimétrico” (2016: Tomo

³¹⁷ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 16 de agosto del 2016.

2, 646). Esta definición que Montesinos hace del MRTA –“enemigo engañoso, elusivo, determinado y letal”– es significativa porque dirige el combate hacia la eliminación total del enemigo, incluyendo probablemente a los rendidos, quienes por su naturaleza podían traicionar a los comandos. La cita debe ser valorada en su real dimensión, considerando el rol de Montesinos como planificador –desde el rubro de la inteligencia– del rescate armado, y hombre muy cercano a Fujimori.

Entre 1990 y el 2000, como asesor presidencial y virtual jefe del SIN, Montesinos tuvo un rol controvertido en lo referente a los derechos humanos. Recayeron sobre él diversas denuncias de la prensa respecto a su influencia en el Grupo Colina, y en la planificación de crímenes y persecuciones contra sus opositores. Aun así, Montesinos opina sobre el papel del Estado con relación a los derechos humanos, en el marco de una “guerra asimétrica”:

Uno de los principales riesgos de la asimetría en el conflicto se produce cuando uno de los adversarios –las Fuerzas Armadas– se organiza, entrena y equipa para un combate convencional, y de pronto se enfrenta a un oponente como el MRTA, cuyos integrantes no aceptan ni practican ese tipo de guerra, y más bien, materializan el enfrentamiento en términos diferentes, aplicando procedimientos contra los que se dificulta encontrar una respuesta eficaz convencional. ¿Por qué razón? Porque aprovechan las restricciones que todo Estado tiene al estar obligado a respetar las leyes nacionales e internacionales, así como los compromisos políticos del gobierno. (2016: Tomo 2, 646)

Ahora bien, pese al criterio de Montesinos, el Estado no priorizó el respeto de los derechos humanos. No lo hizo en los ensayos, y menos en el rescate armado.

La distinción amigo-enemigo no justifica la violación de los derechos humanos, pero tampoco la rechaza en combate, si así lo requiere la circunstancia y la necesidad. Para Schmitt, la conducta amigo-enemigo no está enmarcada en el Estado de derecho, y tampoco en la Constitución. Pérez Crespo afirma: “El pensamiento schmittiano se presta a zonas grises. No

necesariamente la teoría amigo-enemigo justifica la violación de derechos humanos, pero tampoco la niega en el campo de batalla”³¹⁸. Como se dijo anteriormente, es circunstancial: según el momento y los apremios, decide el soldado. Es claro que el respeto a la vida del rendido corresponde al Estado de derecho, pero ello es relativo desde la perspectiva schmittiana de la circunstancia y la necesidad, y ante la ausencia de protocolos de combate que racionalicen la forma de morir.

En una guerra convencional, un rendido podría tirar las armas y levantar los brazos en señal de sumisión, o tal vez agitar una bandera blanca para no ser eliminado, actitud que debería ser respetada por el antagonista. Pero al no existir un lenguaje o una simbología común entre los bandos, tal como ocurrió en la operación militar Chavín de Huántar, el “razonamiento circunstancial de la necesidad” es inevitable y justificado, según Schmitt. Pérez Crespo sostiene: “Al no haber el seguimiento de un protocolo de guerra, entonces prima la circunstancia sobre las convenciones”³¹⁹. Es decir, lo que es y no lo que debe ser. Y añade:

Entonces, los bandos deben respetar una simbología para no matarse si están rendidos. ¿Pero qué pasa cuando no está clara esa simbología o ese protocolo para ambos?... Ahí prima la circunstancia. No obstante, el Estado de derecho dirá que debe primar el protocolo de lo que *debería ser*, pensando que el enemigo está actuando como *debería ser*, porque se tiene la convicción de que las personas obrarán de acuerdo a ley. Desde una perspectiva schmittiana, el razonamiento sería: “No presupongamos que será de acuerdo a ley, y antes de saber el resultado, tomemos la decisión”. Ahora, la decisión podría ser seguir el protocolo, pero también –y ahí viene el espacio gris– no hacerlo, porque Schmitt diría algo así: “No sé si el enemigo tiene una bomba adentro para hacerla explotar”³²⁰.

Así, bajo la perspectiva schmittiana, un soldado nunca debe presuponer que un enemigo o terrorista rendido se quedará quieto y no le atacará por la espalda, y que antes de esperar a que “algo” suceda, es impostergable la toma

³¹⁸ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 16 de agosto del 2016.

³¹⁹ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 16 de agosto del 2016.

³²⁰ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 16 de agosto del 2016.

de una decisión. La decisión tendría solamente dos caminos: dejar con vida o matar al enemigo. Schmitt es contundente, en palabras de Pérez Crespo: “Si la necesidad lo requiere, se actuará hasta donde la necesidad mande”³²¹.

6.3. PLAN CHAVÍN DE HUÁNTAR: FUJIMORI TENÍA EL CONTROL TOTAL

La denuncia que la Fiscalía de la Nación presentó ante el Congreso para acusar constitucionalmente al presidente Alberto Fujimori, manejó dos hipótesis sobre la probable ejecución extrajudicial de los emerretistas *Tito*, *Cynthia* y Peceros, y en ambas el ex jefe de Estado aparece como responsable de la decisión y ciertamente del delito³²². La primera señala que la muerte de todos los integrantes del MRTA –incluidos los sobrevivientes y rendidos– fue “previamente dispuesta desde el diseño mismo de la operación, y producida como parte de la misión asignada” (CVR 2003: Tomo VII, 734). Entretanto, la segunda indica que *Tito*, *Cynthia* y Peceros –y posiblemente otros– fueron asesinados como consecuencia de una decisión tomada por Fujimori después de sus capturas.

En la primera hipótesis fiscal, el uso durante el rescate de la modalidad de Tiro Selectivo Instintivo (TSI)³²³ –disparos en zonas vitales del cuerpo, y especialmente uno de remate a la cabeza– necesitó de la autorización de todos los niveles jerárquicos de la operación militar Chavín de Huántar, y confirmó la “existencia de una cadena de mando vertical”³²⁴. Este planteamiento –que

³²¹ Entrevista a Carlos Pérez Crespo, realizada el 16 de agosto del 2016.

³²² Resolución del Ministerio Público del 4 de agosto del 2003, sobre la Investigación 110-2002, firmada por la Fiscal de la Nación, Nelly Calderón.

³²³ Los 140 comandos que participaron en el rescate armado fueron autorizados por el alto mando castrense –con el probable conocimiento de Fujimori– para la aplicación de la técnica israelí del Tiro Selectivo Instintivo (TSI). Es decir, identificar rápida y automáticamente al enemigo, según una serie de características físicas, sonoras (voces o rastrillajes) y conductuales, asimiladas en las charlas y en los entrenamientos, para luego eliminarlo con una pequeña ráfaga de tres tiros. Los disparos deben ser en el tronco (2) y en la cabeza. El balazo en el cráneo es llamado “tiro de seguridad”. El comando realiza esta acción estando detenido, flexionando las rodillas y disparando hacia donde mira, sin utilizar el instrumento de puntería del armamento.

³²⁴ Resolución del Ministerio Público del 4 de agosto del 2003, sobre la Investigación 110-2002, firmada por la Fiscal de la Nación, Nelly Calderón. Considerando 8.

configuró la orden tácita de no dejar sobrevivientes– sustentó la denuncia de la Fiscalía de la Nación contra Fujimori. Entre otras cosas, el texto dice:

Las ejecuciones arbitrarias de emerretistas habrían sobrevenido por disposición expresa del ex presidente de la República, Alberto Fujimori, toda vez que al no haberse previsto la captura de algún terrorista del MRTA en el plan de rescate, y de establecerse la utilización del tiro de remate, la muerte de todos los subversivos había sido dispuesta de antemano por el referido ex jefe de Estado, y que dicha orden habría sido transmitida a través de la cadena de mando hasta los comandos de las Fuerzas Armadas³²⁵.

Efectivamente, según Montesinos, la cadena de mando para la planificación y ejecución del operativo militar era la siguiente:

- Primero, el presidente de la República, Alberto Fujimori, como jefe supremo de las Fuerzas Armadas y de la PNP.
- Segundo, el presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, general EP Nicolás Hermoza Ríos.
- Tercero, el comandante general de la DIFE, general EP Marco Rodríguez Huerta (Reemplazado después por el general EP Augusto Jaime Patiño).
- Cuarto, el jefe de la patrulla Tenaz, coronel EP José Williams Zapata.
- Quinto, los jefes de elemento, grupo y equipo (2016: Tomo 1, 385).

Y al hablar de “orden tácita de no dejar sobrevivientes” es conveniente tener en cuenta la instructiva del mayor EP Luis Donoso Volpe, uno de los

³²⁵ Resolución del Ministerio Público del 4 de agosto del 2003, sobre la Investigación 110-2002, firmada por la Fiscal de la Nación, Nelly Calderón. Considerando 11.

comandos que participó en el rescate, quien dijo al Ministerio Público que “de acuerdo a la técnica del Tiro Selectivo Instintivo, si estaba vivo el delincuente terrorista, se le daba el tiro de remate” (CVR 2003: Tomo VII, 733).

Se calcula que en los entrenamientos para la aplicación del Tiro Selectivo Instintivo, cada comando de la fuerza de asalto –llamada así porque tenía la misión de irrumpir violentamente en la residencia– utilizó un promedio de 10.000 mil cartuchos de munición, con lo que “se logró una pericia extrema en el manejo de las armas” (CPHEP 2010: 84). Debido a la existencia de dos pisos en el recinto, la fuerza de asalto estuvo compuesta por dos grupos, el Alfa y el Delta, divididos en cuatro equipos de nueve hombres cada uno (CPHEP 2010: 62).

Con un total de 72 comandos, se habrían disparado aproximadamente 720.000 proyectiles en los ensayos de esa modalidad. Considerando que el Tiro Selectivo Instintivo implica el disparo de remate al abatido o agónico, la cifra revelaría la especial preocupación de los estrategas de la operación militar Chavín de Huántar por la eliminación del enemigo.

En la segunda hipótesis planteada por la Fiscalía de la Nación, es fundamental la idea del dominio total que Fujimori tenía del espectro decisonal del operativo. Es decir, si los homicidios de *Tito*, *Cynthia* y *Peceros* se efectuaron como consecuencia de una decisión tomada después de sus capturas, la misma “solamente pudo haberse efectuado por orden de Fujimori, en tanto y en cuanto tenía el dominio del aparato militar, así como de las condiciones para la ejecución del hecho, considerando además que decidió el inicio de la operación militar, y que fue el receptor final de las incidencias en la ejecución del operativo”³²⁶.

La Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) –confirmando la información de Montesinos– señala que “en ese orden de ideas, la cadena de mando era encabezada por Fujimori, como jefe supremo de las Fuerzas

³²⁶ Resolución del Ministerio Público del 4 de agosto del 2003, sobre la Investigación 110-2002, firmada por la Fiscal de la Nación, Nelly Calderón. Considerando 12.

Armadas y Policiales, y quien tenía la facultad de conocer y verificar la operación de rescate, y de decidir el día y la hora de su inicio, siendo informado de manera inmediata de todas las incidencias habidas en su desarrollo” (2003: Tomo VII, 735). Aquí Hermoza Ríos es concluyente: “Durante el periodo que duró la crisis de los rehenes, la totalidad de las decisiones pasaba por el presidente Alberto Fujimori” (1997: 104). Y agrega que la solución militar tenía “una estrategia que requería la aprobación del presidente de la República” (1997: 120).

Lo cierto es que a Fujimori nunca le incomodó que ello se sepa. El discurso que brindó ante la prensa, vestido con un chaleco antibalas y trepado en el techo de un auto, reforzó su total autoridad decisonal sobre el operativo. Una frase suya pasará a la historia: “La operación militar denominada Chavín de Huántar se inició a las 3:17 de la tarde, y con una orden mía” (Montesinos 2016: Tomo 2, 851).

Como se señaló anteriormente, el interés y la intervención de Fujimori en el operativo armado se inició el mismo 17 de diciembre, y no decayó en ningún momento. Lo dice Hermoza Ríos y también Montesinos. El 20 de diciembre, Fujimori citó a su despacho en el SIN a los tres coroneles EP que estarían a cargo de la incursión militar –José Williams Zapata, Luis Alatriza Rodríguez y Jesús Reyes Tavera– para recibir un informe del plan de operaciones, y luego entregó sus nombres y apellidos a Montesinos para investigar sus trayectorias y confirmar que sus nombramientos eran acertados (Montesinos 2016: Tomo 1, 241). Según Montesinos, Hermoza Ríos llamó al general EP Marco Rodríguez Huerta para decirle que si Fujimori lo requería, Williams Zapata, Alatriza y Reyes debían ir al encuentro del presidente en Palacio de Gobierno o en el SIN, las “veces que sean necesarias, pues así el jefe del Estado estará al tanto de cómo evoluciona la estrategia militar” (2016: Tomo 1, 240-241).

Y más aún, minutos antes de realizarse los ensayos del rescate, Fujimori solía llamar a Williams Zapata para preguntarle “si se habían subsanado las observaciones e implementado las recomendaciones que había hecho en anteriores oportunidades” (Montesinos 2016: Tomo 2, 708). Básicamente, los

reparos de Fujimori se centraban en las cantidades de explosivos que debían utilizarse para no herir a los rehenes, y en el tiempo que los comandos demorarían para llegar al interior de la residencia, por medio de los túneles.

El 17 de diciembre de 1997, al cumplirse el primer año de la incursión, el diario *El Comercio* publicó una entrevista al presidente Alberto Fujimori. No pocos analistas y periodistas interpretaron que era una respuesta a Hermoza Ríos, cuyo libro *Operación Chavín de Huántar. Rescate en la embajada de Japón*, había sido presentado públicamente semanas atrás, en medio del excesivo recelo de Palacio de Gobierno. Lo declarado por Fujimori fue judicialmente importante porque se atribuyó el control integral de la acción militar, aun por encima de varios jefes castrenses, incluido el propio Hermoza Ríos. Veamos algunos fragmentos relevantes:

- **Periodista:** ¿Cómo se hizo la distribución de responsabilidades logísticas, militares y políticas?
- **Fujimori:** La parte política la compartí con un pequeño consejo de ministros, con el presidente del Consejo de Ministros y los titulares de Justicia, del Interior, de Defensa, de Educación y de la Mujer. Nos reuníamos periódicamente porque era la parte del enfoque de una solución pacífica. La solución de contingencia la dirigía personalmente con un grupo muy pequeño de oficiales. Había tres coroneles del Ejército, y por parte del SIN, Vladimiro Montesinos. Los cuatro eran citados periódicamente al garaje del Servicio de Inteligencia Nacional. Ahí teníamos una maqueta, trabajábamos de noche o de madrugada viendo diversas opciones, pero en los dos frentes yo tenía la dirección total.
- **Periodista:** ¿El plano militar lo compartió con el presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, el general EP Hermoza Ríos?
- **Fujimori:** No, lo tenía yo, y el diseño del plan, repito, lo compartí con las cuatro personas mencionadas³²⁷.

Asimismo, el jefe del Estado detalló el alto involucramiento que tuvo en el operativo, tanto en el planeamiento como en los momentos previos a la

³²⁷ BERNAL BARZOLA, Gladys. "Fue un caso aislado, un incidente que puede ocurrir en cualquier momento". Diario *El Comercio*. Lima, 17 de diciembre de 1997. Sección Política, página 4.

irrupción. Su consejo al capitán de fragata AP Carlos Tello Aliaga, de que llevase baterías de auto adicionales para accionar los explosivos, fue más que importante:

Como el trabajo no avanzaba porque se sacaba la tierra en bolsas, pedí que consiguieran lo que se utiliza en los pozos antiguos de agua para sacar la tierra del subsuelo y acelerar todo. Inicialmente se trabajó en cinco fases para la operación: ponerse en posición en el jardín, aproximación silenciosa hasta la edificación, colocación de explosivos para abrir boquetes en varios lugares, retirarse prudentemente por los explosivos y realizar la incursión. Pedí la eliminación de las dos primeras fases por el riesgo de las minas, a pesar de que se pensaba actuar de madrugada, y eso fue reemplazado por los túneles. Se trajo entonces un equipo de 24 ‘tuneleros’ que trabajaron en tres turnos³²⁸.

Más adelante, Fujimori sostuvo:

Ese día, todos teníamos teléfono y radio de comunicación múltiple: lo que conversaba con Montesinos lo escuchaban tres o cuatro personas. No había lugar a error. Antes de que los comandos ingresen a los túneles, le indiqué al marino que llevara baterías nuevas. Felizmente llevó tres porque dos de ellas no funcionaron por la humedad. Tuvimos momentos de nerviosismo³²⁹.

Esta “dirección total” fue evidenciada también por cosas tan mundanas como el orgullo y la vanidad presidencial, características que apuntalaron el decisionismo en Palacio de Gobierno. Al momento de hablar de Hermoza Ríos, su socio en el triunvirato de poder, Fujimori mostró jactancia:

- **Periodista:** ¿Usted ha leído el libro *Operación Chavín de Huántar* del general EP Hermoza Ríos? ¿Por qué no fue a la presentación?

³²⁸ BERNAL BARZOLA, Gladys. “Fue un caso aislado, un incidente que puede ocurrir en cualquier momento”. Diario *El Comercio*. Lima, 17 de diciembre de 1997. Sección Política, página 4.

³²⁹ BERNAL BARZOLA, Gladys. “Fue un caso aislado, un incidente que puede ocurrir en cualquier momento”. Diario *El Comercio*. Lima, 17 de diciembre de 1997. Sección Política, página 4.

- **Fujimori:** No lo he leído, le soy sincero. No me avisaron, y si lo hubieran hecho, no habría asistido.
- **Periodista:** ¿Por alguna razón en especial?
- **Fujimori:** No. Además, conozco personalmente el desarrollo de la operación. Fui yo quien la diseñó³³⁰.

6.3.1. ENSAYOS MILITARES SIN SOBREVIVIENTES NI RENDIDOS

Sobre el proceder amigo-enemigo que Fujimori aplicó contra el MRTA, es revelador que casi 140 comandos hayan señalado al Ministerio Público y al Poder Judicial que en los diversos ensayos del operativo, nunca se consideró la posibilidad de encontrar emerretistas sobrevivientes o rendidos. Este era un escenario que no podía descartarse, considerando otras experiencias de rescate de rehenes en el mundo.

Si bien la directiva 01-COFI-DOP/PLN de diciembre de 1996, y los planes de operaciones Nipón 96/SZSNC-2/G-3/JEMO y Nipón 96/TENAZ, elaborados en enero y en marzo de 1997, respectivamente, para orientar y ejecutar la operación militar Chavín de Huántar, contemplaban el “respeto irrestricto de los derechos humanos” y la “evacuación ordenada y rápida” de los terroristas sobrevivientes para ser trasladados a los centros hospitalarios, lo concreto es que esos preceptos fueron solamente declarativos y burocráticos, pues durante los diversos ensayos –y especialmente en el rescate armado– los comandos agrupados en los bloques Alfa y Delta nunca desarrollaron protocolos relacionados con esas actividades³³¹.

³³⁰ BERNAL BARZOLA, Gladys. “Fue un caso aislado, un incidente que puede ocurrir en cualquier momento”. Diario *El Comercio*. Lima, 17 de diciembre de 1997. Sección Política, página 4.

³³¹ La directiva **01-COFI-DOP/PLN**, en la parte VIII, señala: “Evacuación ordenada, rápida y en seguridad de los captores y rehenes, brindando el tratamiento médico oportuno durante y después de la operación”. También, en la parte IX, indica que “durante la intervención, los comandos serán los responsables de que no se cometa ningún tipo de excesos, sin que esto signifique dejar de actuar con energía”. Luego añade: “El respeto irrestricto de los Derechos Humanos durante el desarrollo de la operación es una necesidad estratégica primordial, y como tal debe cumplirse”. El plan de operaciones **Nipón 96/SZSNC-2/G-3/JEMO**, firmado por el jefe de la DIFE, general EP Augusto Jaime Patiño, afirma en la parte 3: “La operación

Precisamente, cuando Hermoza Ríos describe el entrenamiento seguido por los comandos, especifica que “se desarrollaron técnicas de dominación de inmuebles con disparo real y Tiro Selectivo Instintivo –también con fuego real– diurno y nocturno, de comunicaciones y de explosiones subterráneas, de brechas en paredes, puertas y ventanas, y para la identificación del enemigo, repitiéndose todas en detalle y bajo la evaluación permanente del tiempo” (1997: 136). Es decir, un entrenamiento de gran complejidad, pero sin ninguna referencia al posible hallazgo de capturados, sobrevivientes o rendidos. Considerando la cadena de mando, la responsabilidad de Fujimori en este punto es grande.

Pues bien, Hermoza Ríos pone nuevamente en aprietos al ex jefe de Estado, al sostener que estuvo presente en los ensayos realizados con “absoluto realismo” en la réplica de la residencia construida en Chorrillos, y que “constató el profesionalismo de los valerosos comandos” (1997:124). Añade que esas pruebas fueron tan meticulosas que ayudaron a determinar las cantidades exactas de explosivos que debían utilizarse al momento de la intervención, así como su ubicación en las desembocaduras de los túneles, específicamente en los ambientes que los terroristas utilizaban para jugar fulbito (1997: 124-125).

Pero hay más: Fujimori también inspeccionó la última práctica de los comandos, desarrollada el 16 de abril de 1997, con disparos auténticos y con detonaciones que se escucharon a varios kilómetros a la redonda. Según

consistirá en la dominación del inmueble en forma rápida, violenta y eficaz, para capturar o eliminar a los terroristas del MRTA y rescatar a los rehenes”. Después manda “asegurar una evacuación rápida y ordenada de los heridos, brindando prioridad a los rehenes y a los miembros de las Fuerzas Armadas, y posteriormente de los terroristas”. Finalmente, el plan de operaciones **Nipón 96/TENAZ**, firmado por el jefe de la Patrulla Tenaz, coronel EP José Williams Zapata, dictamina en la parte 3: “Dominado el inmueble, se procederá a la evacuación de heridos en el siguiente orden: rehenes, Fuerzas Armadas y delincuentes terroristas”. Además agrega que “no deberá cometerse ningún tipo de excesos, manteniendo un irrestricto respeto a los derechos humanos, sin que ello signifique dejar de actuar con energía”. No obstante todo lo anterior y según la evidencia encontrada, los DD.HH. fueron letra muerta. La posibilidad de que miembros del MRTA sobrevivan al rescate armado estuvo contemplada en el planeamiento, pero no en los ensayos y menos en la ejecución de la operación militar Chavín de Huántar.

Hermoza Ríos, el ensayo se ejecutó “bajo la supervisión del presidente de la República, en su condición de jefe supremo de las Fuerzas Armadas” (1997: 136). Pese a ser la prueba decisiva y final del rescate, tampoco se discutió la problemática de encontrar posibles doblegados.

Esta ausencia u omisión contrasta con la “doble y hasta triple misión alterna” recibida por cada comando, para ser aplicada durante el operativo, según los distintos escenarios que pudieran presentarse en el enfrentamiento (Hermoza Ríos 1997: 145). Efectivamente, los estrategas del plan de rescate buscaron que los comandos fueran capaces de asumir diversas responsabilidades simultáneas, con el fin de asegurar el éxito de la incursión. Ante esa situación, uno de los encargos bien pudo haber sido el de ejecutar un protocolo para el tratamiento de rendidos.

El texto de Hermoza Ríos al que se hace referencia –*Operación Chavín de Huántar. Rescate en la embajada de Japón*– fue publicado en 1997, meses después de la retoma. Y como se habrá notado, no existe alguna mención del tema de los derechos humanos. Al margen de los personalismos que lo motivaron, el libro de Hermoza Ríos fue considerado por algunos expertos como la versión oficial de las Fuerzas Armadas sobre el rescate, al menos hasta el 2010.

Ese año, las Fuerzas Armadas editaron la publicación *Chavín de Huántar. Operación militar de rescate de rehenes*, y fue presentado como la “versión oficial del Ejército del Perú”. Siguiendo la línea de Hermoza Ríos, ignora las acusaciones de presuntas ejecuciones extrajudiciales y también un hecho que fue muy difundido por la prensa nacional e internacional: los juicios contra Fujimori y los jefes militares, así como a los comandos que participaron en el develamiento, por presuntos delitos contra los derechos humanos. Este afán de negación y encubrimiento no era ajeno en el país: se produjo en los ochentas y noventas, cada vez que las fuerzas castrenses y policiales cometían abusos durante la lucha contrasubversiva.

Al momento de hacer un balance de los procedimientos de “seguridad” empleados en el rescate, el Ejército menciona la conformación de un “equipo de tratamiento de terroristas capturados” para ser entregados a la policía, y bajo la responsabilidad de un grupo de comandos (CPHEP 2010: 152). No obstante, su existencia nunca pudo ser confirmada por la Fiscalía de la Nación, y las presuntas ejecuciones extrajudiciales de emerretistas acreditarían esa ausencia. De lo anterior se desprende que la iniciativa no trascendió la etapa de planeamiento y que no se aplicó en los ensayos y menos en la incursión militar. Además, y coincidiendo con Hermoza Ríos, el Ejército señala que “se previó casi todo, preparándose más de dos o tres formas para una acción” y que “cada hombre poseía una misión, pero que estaba en condiciones de cumplir con otra orden” (CPHEP 2010: 151)³³².

Ahora bien, el reconocimiento del Ejército de la existencia de un “equipo de tratamiento de terroristas capturados” es particularmente revelador, porque significaría que al inicio hubo la intención de respetar la vida de los rendidos, sobrevivientes o capturados, lo que profundizaría la gravedad de las supuestas ejecuciones extrajudiciales contra *Tito*, *Cynthia* y *Peceros*. Más aún, indicaría que esos homicidios pudieron haber tenido otro origen: además de la orden externa brindada por Fujimori y que es resaltada por la Fiscalía de la Nación, demostraría también que probablemente los comandos adoptaron esa decisión –ultimar a los emerretistas– en el momento y según la circunstancia.

Hernando y Altuve coinciden en la inutilidad de los protocolos de rendidos. Señalan que podrían poner en riesgo a los rescatistas y a los rehenes, además de no existir en las operaciones de alto riesgo que desarrollan grupos de élite como la Fuerza Delta o los Navy SEALs. Hernando afirma que “la excepción es que existan”³³³ y las razones son diversas. Por ejemplo, durante el develamiento armado de un secuestro, el caos del combate, las explosiones, las balas, el humo, los gritos y la necesidad de

³³² El libro del Ejército agrega otras tres actividades al adiestramiento recibido por los comandos: atenciones médicas de emergencia y de primeros auxilios, planeamiento de operaciones contra el terrorismo y esfuerzo físico (CPHEP 2010: 82).

³³³ Entrevista con Eduardo Hernando Nieto, realizada el 6 de febrero del 2017.

supervivencia, dificultan el manejo de dos grupos de personas: los rescatados y los capturados, ahora en poder del Estado y sobre los cuales existe la sospecha de que puedan traicionar y atacar a los militares. Otro asunto habría definido la no utilización del protocolo, en el caso de que hubiera existido: desde el inicio del operativo, los emerretistas presentaron un férreo y permanente combate, lo que causó incluso la muerte de dos comandos y un rehén.

Según Hernando, la exigencia liberal de respetar la vida del rendido se sustenta en la idea de que “es un ser humano y de que todos somos iguales”³³⁴. Sin embargo, afirma que eso colisiona con el rudimento militar: en el teatro de operaciones, el rendido no es un ser humano, es esencialmente un enemigo³³⁵. En consecuencia, Altuve reitera que “una operación militar no tiene la obligación de respetar la vida de una persona que pueda significar un riesgo para la integridad de otros”³³⁶. Y añade:

La rendición puede ser una mentira. Puede ser una farsa. Es posible utilizar la rendición para atacar al soldado. Entonces, mientras esa persona signifique un peligro, la rendición no es un santuario. Y tomar esa rendición como un santuario significa simple y llanamente ser un tonto útil. Es como decir que porque adelante hay una mujer, esa mujer no me puede disparar. O porque al costado hay un niño, ese niño no me puede disparar. Por supuesto, Sendero Luminoso utilizaba a mujeres y a niños para asesinar a representantes del Estado.

¿Entonces qué ocurre? Si uno dispara sobre la mujer o el niño, es una actividad criminal. Pero nadie se pone en el supuesto de que esa mujer o ese niño están adoctrinados para matar al soldado. Entonces, es una situación de desequilibrio. En mi opinión, los rendidos solamente pueden tenerse en cuenta, siempre y cuando se tenga la certidumbre de que no vayan a actuar contra la vida de un inocente. Mientras eso no se encuentre asegurado, y eso es casi imposible de garantizar en una operación militar, esa persona que se levantó contra el Estado tiene toda la posibilidad de ser eliminada porque sigue siendo un riesgo³³⁷.

³³⁴ Entrevista con Eduardo Hernando Nieto, realizada el 6 de febrero del 2017.

³³⁵ Entrevista con Eduardo Hernando Nieto, realizada el 6 de febrero del 2017.

³³⁶ Entrevista a Fernán Altuve-Febres, realizada el 9 de febrero del 2017.

³³⁷ Entrevista a Fernán Altuve-Febres, realizada el 9 de febrero del 2017.

Desde el enfoque schmittiano, para Hernando el tema es claro: “El objetivo era liberar a los rehenes. Lo demás no importaba, porque si partimos de la distinción amigo-enemigo, el soberano no tiene que garantizar la vida de todo el universo, sino la de aquellos que pertenecen a la comunidad”³³⁸.

Finalmente, es necesario recalcar que la publicación *Chavín de Huántar. Operación militar de rescate de rehenes*, incluye una declaración del general EP (r) Luis Alatriza Rodríguez, uno de los estrategas del rescate, quien hace una escueta y aislada referencia a los derechos humanos:

La información sobre los terroristas y los rehenes que llegaba a la sala de operaciones se publicaba en un periódico mural en el que estaban las fotos de los emerretistas y de los cautivos que iban quedando. Conocimientos sobre el respeto de los derechos humanos [sic] y que el personal estuviera física y anímicamente en las mejores condiciones. Esto era de forma permanente, así como los ensayos diurnos y nocturnos para la operación de rescate. (CPHEP 2010: 113)

Según lo apreciado en la bibliografía oficial y formal sobre la operación militar Chavín de Huántar, se puede concluir que el tema del respeto de los derechos humanos no fue relevante para los estrategas castrenses. Se trató de un asunto netamente declarativo que solamente apareció en los documentos referidos a la planificación de la incursión, puesto que no se aplicó en los ensayos y tampoco en la ejecución del rescate. Ello fortalecería la tesis de que para los comandos, las ejecuciones extrajudiciales estaban sobreentendidas y que contaban con la aprobación gubernamental y presidencial³³⁹.

³³⁸ Entrevista con Eduardo Hernando Nieto, realizada el 6 de febrero del 2017.

³³⁹ En el 2012, el Ejército editó el libro *En honor a la verdad. La versión del Ejército sobre su participación en la defensa del sistema democrático contra las organizaciones terroristas*, como irónica respuesta al Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). Pese a ser un balance explicativo de la lucha contrasubversiva en el país, en el segmento referido a la operación militar Chavín de Huántar, el Ejército nuevamente pasa por alto las presuntas ejecuciones extrajudiciales y los juicios a los comandos en los fueros común y militar. No obstante, el texto confirma que la estrategia de la incursión armada fue aprobada por Fujimori (CPHEP 2012: 274) y que el planeamiento se inició al día siguiente de producido el secuestro (CPHEP 2012: 275). Y rechazando la hipótesis de que Fujimori buscó constantemente la confrontación con el MRTA para aplicar una solución violenta, afirma que el gobierno

La convicción era moral y estaba basada en la necesidad de que el proyecto político de la pacificación, surgido desde el gobierno y el Estado, subsista y se consolide. Citada en el capítulo 1, Kennedy sostiene que el Estado es la 'unidad decisiva' que dictamina a sus miembros a que maten y mueran.

6.4. EL DEVENIR DE LOS TERRORISTAS *TITO*, *CYNTHIA* Y PECEROS

Como se mencionó anteriormente, el escándalo de las ejecuciones extrajudiciales estalló el 20 de agosto del 2001, cuando Hidetaka Ogura denunció desde Japón que había visto con vida a los emerretistas *Tito*, *Cynthia* y Peceros, sometidos y en poder de comandos y policías, y que luego fueron hallados muertos.

La primera parte de su testimonio se centra en *Cynthia* y en otro terrorista al que no pudo reconocer, pero que luego sería identificado como Víctor Peceros Pedraza. El funcionario nipón no detalló si ambos tenían armas o granadas adheridas a sus cuerpos, o tal vez prominencias en sus vestimentas que hicieran suponer el camuflaje de algún explosivo, lo que les hubiera convertido en un grave riesgo para los militares. Hasta ese momento, el asunto parecía olvidado por la prensa:

Cuando terminaron los disparos en la habitación "1" del segundo piso, esperamos unos minutos para salir del edificio de la residencia, hasta que los comandos nos avisaran para bajar por la escalera portátil que habían puesto en la terraza.

Fui casi el penúltimo en tomar la escalera. Al voltearme para bajar, mi mirada dio hacia la entrada principal de la habitación, y noté que dos miembros del MRTA estaban rodeados por militares: una mujer llamada *Cynthia* y un hombre a quien no reconocí porque tenía estatura baja y los militares eran altos.

siempre "evitó una ruptura imprudente, agotando todas las formas posibles para buscar prioritariamente la salida pacífica" (CPHEP 2012: 274).

Antes de bajar, escuché que *Cynthia* gritaba algo así como “no lo maten” o “no me maten”³⁴⁰.

La ocupación del segundo piso de la casa de Aoki –conocida como la habitación “1” o “Indio”– era responsabilidad de los comandos que conformaban el Equipo 8 del grupo Delta, y sobre ellos recaería la sospecha de la eliminación de *Cynthia* y de Peceros³⁴¹. Luego, el funcionario Ogura también se refirió a lo sucedido con *Tito*, quien también habría sido visto con vida por otros liberados:

Quando bajamos, esperamos unos minutos con los rehenes japoneses, al costado del edificio de la residencia. Ahí escuché detonaciones y disparos. Fuimos conducidos por un militar, pasando por un túnel corto, hasta el jardín de una casa vecina. Cuando llegamos, estaban los magistrados Moisés Pantoja, Luis Serpa, Alipio Montes de Oca y Hugo Sivina, junto a Carlos Tsuboyama y José Garrido. No recuerdo si Mario Urrelo era otro de los presentes, cuando nosotros –los once japoneses liberados– llegamos al jardín.

En ese jardín divisé a un miembro del MRTA que se llamaba *Tito*. Tenía las manos amarradas hacia atrás, y su cuerpo estaba tendido boca abajo. Él se movió y pude saber que estaba vivo. Tenía una camiseta verde de manga corta, y un pantalón oscuro. Cuando *Tito* intentó hablar levantando la cara, un policía que estaba de custodia le pateó la cabeza y empezó a sangrar. Minutos después, apareció un militar que llevó a *Tito* nuevamente a la residencia, pasando por un túnel³⁴².

El 21 de mayo del 2003, Ogura ratificaría sus declaraciones ante la CVR, lo que aceleró los procesos judiciales contra los presuntos responsables estatales³⁴³. La PNP y el Ministerio Público encontraron indicios de delito, al

³⁴⁰ Carta enviada desde Tokio, el 20 de agosto del 2001. Fojas 5649 del Expediente 019-2002.

³⁴¹ Según Montesinos, el Equipo 8 del grupo Delta ingresó al recinto dividido en dos bloques: uno compuesto por cuatro comandos que salieron de la casa Unique, y otro conformado por seis comandos que partieron del sector ONG (2016: Tomo 2, 842). Con escaleras de asalto, ambos grupos entraron por dos lugares diferentes –el balcón de la fachada de la residencia y el pasadizo del área de servicios del segundo piso, ubicado en la parte posterior del edificio– para dominar el cuarto “Indio” (Montesinos 2016: Tomo 2, 842).

³⁴² Carta enviada desde Tokio, el 20 de agosto del 2001. Fojas 5649 del Expediente 019-2002.

³⁴³ Para ese tiempo, la prensa también revelaría aspectos desconocidos de la vida de Ogura. Por ejemplo, que militó durante años en partidos de izquierda de Japón, y que antes de llegar

contrastar las declaraciones de los militares y al detectar irregularidades en las necropsias y en los peritajes forenses hechos durante el fujimorato. Las exhumaciones realizadas en el 2001 a los cuerpos de los 14 emerretistas, también confirmarían muchas otras sospechas.

El caso de *Tito* fue el más sólido porque hubo diversos testigos que ante la justicia confirmaron su sobrevivencia. Acabado el operativo, *Tito* intentó escapar –escondido entre los liberados y con otra vestimenta– por un túnel que conectaba la residencia con una casa colindante. Al llegar a la propiedad fue detectado y reducido por los suboficiales PNP Raúl Robles Reynoso y Marcial Torres Arteaga, quienes de inmediato llamaron al comandante EP Jesús Zamudio Aliaga. Este oficial reportó el hecho al coronel EP Roberto Huamán Azcurra, hombre de confianza de Montesinos, y es muy probable que Fujimori haya sido informado y consultado sobre el destino del emerretista. Minutos después, un militar con el rostro camuflado lo condujo nuevamente al recinto, utilizando el mismo conducto.

Minutos después, el terrorista apareció muerto en un pasadizo exterior de la vivienda de Aoki. Según la necropsia, recibió solamente un disparo en la parte posterior del cuello que destruyó la primera vértebra cervical. Para los peritos forenses Clyde Snow y José Pablo Baraybar, nombrados por el Ministerio Público para analizar los restos exhumados de Cerpa y de sus compinches, *Tito* se hallaba “en un plano inferior al ejecutor del disparo, el cual se encontraba detrás al momento de hacer fuego” (CVR 2003: Tomo VII, 730). Los expertos agregan que la región dañada es “poco accesible para un tirador, sobre todo si el blanco es móvil” (CVR 2003: Tomo VII, 730).

al Perú, laboró en Cuba para el régimen de Fidel Castro. También trascendió que durante el secuestro del MRTA, tradujo al japonés algunos comunicados del grupo terrorista, pese al rechazo de gran parte de los rehenes. Uno de ellos fue el documento que Cerpa difundió el 3 de febrero para cuestionar y desestabilizar los acuerdos de la Cumbre de Toronto, sostenida entre Fujimori y Hashimoto. Si bien Montesinos asegura que fue obligado por los emerretistas, lo concreto es que Ogura lo leyó en japonés para la cadena *WTN* y otros medios de comunicación del extranjero (Montesinos 2016: Tomo 1, 494).

En los casos de Herma Meléndez Cueva (a) *Cynthia* y de Víctor Peceros Pedraza, las autoridades recurrieron a la lógica y a las contradicciones de los integrantes del Equipo 8 del grupo Delta, para cuestionar las causas de las muertes de esos emerretistas en la habitación “I”. Según los militares que fueron interrogados, ambos terroristas ingresaron en forma amenazante a ese lugar, cuando se evacuaba al último rehén. La mujer tenía una granada en la mano, y el hombre una pistola ametralladora UZI o un fusil AKM, por lo que rápidamente fueron abatidos a tiros. La CVR señala: “El fiscal sostiene que tal versión no explica cómo los subversivos habrían logrado llegar hasta la puerta de la habitación “I” de la residencia, si se considera que los cuartos y pasadizos colindantes habían sido dominados por los comandos de los Equipos 7 y 8” (2003: Tomo VII, 733). Y añade: “Entonces, bajo el criterio del representante del Ministerio Público, resulta coherente la versión del testigo Hidetaka Ogura, respecto a que ambos emerretistas se habían rendido” (2003: Tomo VII, 733).

Pero hubo algo adicional: los peritajes de Snow y de Baraybar señalaron que las trayectorias de los proyectiles en ambos cuerpos eran de atrás hacia adelante y de arriba hacia abajo, tal como ocurrió con *Tito*. A partir de ello, la explicación de que ambos terroristas habían fallecido en pleno enfrentamiento carecía de consistencia lógica³⁴⁴.

Del análisis de la fiscalía puede desprenderse que *Cynthia* y Peceros arribaron a la habitación “I” desarmados y en franca desventaja numérica respecto a los comandos, debido a que el combate prácticamente había llegado a su fin. Además, según lo relatado por Ogura, ambos terroristas habrían estado rodeados y totalmente dominados por los comandos, lo que supondría la ausencia de cualquier posibilidad de peligro para los militares y para los rehenes, quienes en ese momento se encontraban evacuando el recinto. Si eso fue real, *Cynthia* y Peceros –y ciertamente, tampoco *Tito*– no debieron ser ejecutados extrajudicialmente. Tal abuso no es asociable al concepto schmittiano del “razonamiento circunstancial de la necesidad”.

³⁴⁴ Denuncia fiscal del 24 de mayo del 2002. Fojas 3950 del Expediente 019-2002.

6.5. COROLARIO JUDICIAL

En sus conclusiones, la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) afirma que existen indicios razonables para suponer que los terroristas Herma Meléndez Cueva (a) *Cynthia* y Víctor Peceros Pedraza, fueron ejecutados extrajudicialmente por comandos que participaron en la operación militar Chavín de Huántar, por lo que sus casos deben “ser investigados con profundidad para determinar la causa de sus muertes” (2003: Tomo VII, 734). Respecto a *Tito*, recalca que fue asesinado en circunstancias ajenas al combate, y cuando “se hallaba bajo la custodia de efectivos militares y habiendo depuesto las armas” (2003: Tomo VII: 734). No obstante, la justicia militar absolvería a los comandos en el 2004, y años después la Corte Suprema haría lo propio con Vladimiro Montesinos, Nicolás Hermoza Ríos, Roberto Huamán Azcurra y Jesús Zamudio Aliaga.

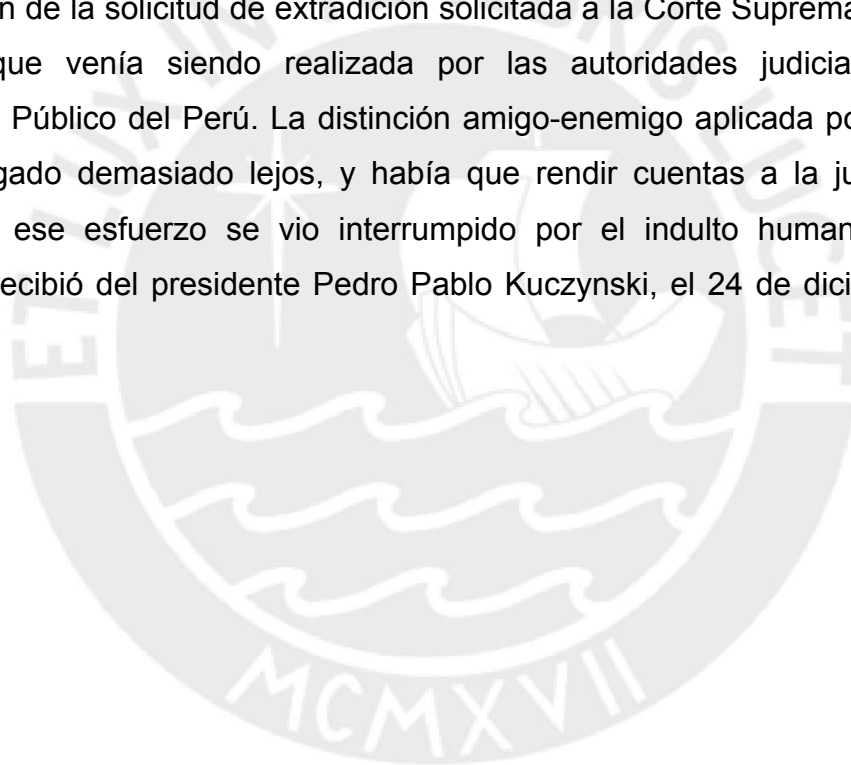
Con todos los acusados libres, la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) emitió en el 2015 una sentencia contra el Estado peruano, señalándolo como responsable de la ejecución extrajudicial de Eduardo Cruz Sánchez (a) *Tito*, y exhortándolo a continuar con las investigaciones para determinar a los autores materiales e intelectuales del delito. Respecto a las muertes de *Cynthia* y de Peceros, la CIDH señaló no haber encontrado irregularidades, pese a los testigos y a las pericias forenses que afirmaban lo contrario.

Los indicios que refuerzan la tesis de que Fujimori ordenó eliminar a los integrantes del MRTA que sobreviviesen a la operación militar Chavín de Huántar, son mayores y más razonables que los absolutorios.

Fujimori fue consecuente con el pensamiento amigo-enemigo que rigió su accionar presidencial desde 1990, especialmente durante la crisis de los rehenes, aplicándolo en las negociaciones con el MRTA, en el planeamiento y en la ejecución del rescate y en la posible ejecución extrajudicial de los rendidos. Como se explicó anteriormente, el ex jefe de Estado observó y

supervisó los entrenamientos de los comandos, y según diversos testimonios judiciales, participó activamente con disposiciones, sugerencias y preguntas a los estrategas militares que diseñaban el plan, cuyo nombre “Chavín de Huántar” él mismo concibió. En los ensayos previos y finales, el silencio frente a una hipotética rendición de emerretistas dejaba una sonora certeza: no debía haber sobrevivientes.

El proceso por homicidio calificado que el ex jefe de Estado, Alberto Fujimori, afrontaba por las supuestas ejecuciones extrajudiciales cometidas en la operación militar Chavín de Huántar, se mantenía vigente y bajo la expectativa nacional e internacional, y dependía en gran medida de la ampliación de la solicitud de extradición solicitada a la Corte Suprema de Chile, gestión que venía siendo realizada por las autoridades judiciales y del Ministerio Público del Perú. La distinción amigo-enemigo aplicada por Fujimori había llegado demasiado lejos, y había que rendir cuentas a la justicia. No obstante, ese esfuerzo se vio interrumpido por el indulto humanitario que Fujimori recibió del presidente Pedro Pablo Kuczynski, el 24 de diciembre del 2017.



CONCLUSIONES

- La relación conceptual que Carl Schmitt hace entre los gobernantes y Dios puede apreciarse en los mesianismos políticos que han aparecido en diversos países del mundo, tanto en dictaduras como en democracias. Si en la teología Dios utiliza el milagro para resolver problemas en la tierra, los gobernantes del mundo secularizado de hoy aplican el estado de excepción y el decisionismo para poner fin a las crisis que afectan sus Estados, pasando incluso por encima de la legalidad y de los derechos. El milagro evidenciaría la capacidad de Dios, y la excepción, la fuerza de la soberanía estatal. No han sido pocos los gobernantes que han reclamado en Sudamérica una consideración divina o al menos tutelar: Augusto Pinochet en Chile, Jorge Rafael Videla y Carlos Menem en Argentina, junto a Alberto Fujimori en el Perú, quienes ejercieron el poder con gran apoyo popular para aliviar a toda costa contextos de caos político y social.
- La distinción amigo-enemigo de Schmitt podría aplicarse actualmente contra el terrorismo y el narcotráfico, delitos que ponen en riesgo a los Estados contemporáneos. Ninguno de esos fenómenos escapa a “lo político” –escenario de combate contra el enemigo– porque simplemente su oposición al Estado es política y sus miembros son capaces de movilizarse para destruir al sistema y a sus representantes, sin descartar la posibilidad de morir por sus intereses. Debido a sus motivaciones ideológicas y económicas, el terrorismo y las mafias del tráfico de drogas también poseen una “unidad política” que los fortalece contra el Estado, socavando su seguridad y su soberanía. El secuestro masivo del MRTA, ocurrido el 17 de diciembre de 1996, se ejecutó en el ámbito de “lo político” y colisionando con el objetivo estatal (proyecto político) de la pacificación. Bajo el razonamiento amigo-enemigo, el MRTA era un adversario en todo el sentido existencial del concepto, y las miradas

benevolentes, tolerantes y hasta comprensivas sobre sus acciones propagandísticas y de violencia, eran inadmisibles desde la perspectiva de la defensa estatal y social.

- El estilo confrontacional y antagónico que Fujimori desarrolló desde el poder tendría cierto origen en las circunstancias familiares, culturales, sociales y políticas que influyeron en su infancia, juventud y adultez. Más tarde, esa conducta se agudizaría con las relaciones de poder que tejió con las Fuerzas Armadas y con los servicios de inteligencia, incluso antes de asumir la presidencia el 28 de julio de 1990, y que finalmente permitieron la imposición sin miramientos de dos proyectos políticos medulares para el país: el fin de la crisis económica y la pacificación.
- Según Schmitt, en la lucha contrasubversiva, un Estado mantiene su “unidad política” a través de la aplicación del criterio amigo-enemigo, actividad que constituye la esencia del “Estado fuerte”. Un “Estado fuerte” detecta al enemigo porque tiene el monopolio de la decisión, y la “unidad política” hace posible la movilización de sus capacidades bélicas y coercitivas para segregarlo, neutralizarlo o eliminarlo. Esto podría servir para interpretar el proceder antagónico que Fujimori desarrolló entre 1990 y el 2000, luego de haber conformado un “Estado fuerte” en alianza con los sectores castrenses y de inteligencia. En ese tiempo, los antagonistas no solamente eran los grupos terroristas, sino también todos aquellos grupos o instituciones que discrepaban con el proyecto político de la pacificación.
- En su mandato y durante la crisis de los rehenes del MRTA, Fujimori utilizó diversos instrumentos para efectivizar la distinción amigo-enemigo: discursos públicos, paquetes legales, declaraciones a la prensa y campañas desinformativas, así como operativos militares y de inteligencia. En todas esas posibilidades hubo sorpresa y contundencia,

y la intención de causar daños calculados al “oponente”. Esto fue evidente en los mensajes a la nación que Fujimori le dedicó al secuestro emerretista, con el uso de corrosivas y polarizadoras frases que apelaban a temas sensibles y de dramática recordación para la gente, como los asesinatos selectivos, las “cárceles del pueblo” y los coches bomba, lo que ayudó a plantear un “nosotros” y un “ellos” previo a la enemistad total. Un ejemplo fue el radical e inflexible discurso que Fujimori brindó el 21 de diciembre, cuatro días después de la embestida terrorista, relevante porque también confirmó la existencia de una lógica militar en el accionar presidencial.

- Desde el inicio del secuestro masivo, el proceder amigo-enemigo de Fujimori se hizo presente con sucesivos ataques, desafíos y desplantes contra el MRTA, y los vehículos o plataformas de ese enfrentamiento fueron tres: el silencio, el secreto y el manejo del tiempo. Fujimori castigó con el silencio al no pronunciarse sobre el alarmante y contundente aviso emerretista de fusilar al canciller Francisco Tudela. Confundió con el secreto cuando ordenó excavar los túneles para la operación militar Chavín de Huántar, casi paralelamente a la primera reunión del interlocutor del gobierno, Domingo Palermo, con el líder emerretista, Néstor Cerpa Cartolini, realizada pocos días después de la asonada, y supuestamente para buscar una salida pacífica. Y finalmente, Fujimori exasperó al MRTA con la manipulación del tiempo, dilatando las negociaciones con argucias y devaneos coordinados con la cúpula militar y de inteligencia.

Lo anterior es relevante porque confirma que Fujimori siempre prefirió la salida armada por encima de la negociada o pacífica, debido a que en todo momento consideró al MRTA como un enemigo al que había que combatir y eliminar, y no como un equivalente con el que se debía negociar y eventualmente transar. La comisión de garantes buscó el diálogo entre ambas partes, pero ciertamente el gobierno utilizó las gestiones de ese grupo de trabajo como maniobras distractivas para

ganar tiempo y planificar con eficacia el rescate violento. El vicealmirante AP (r) Luis Giampietri, uno de los últimos 72 rehenes del MRTA, sostuvo que para finales de enero, Fujimori estaba convencido de que la salida más realista era la castrense.

- El comportamiento amigo-enemigo de Fujimori sobrepasó los usuales mecanismos de presión que un Estado podría ejercer sobre un grupo secuestrador. Las provocaciones y los hostigamientos fueron constantes y sistemáticos, y utilizando abiertamente equipamiento y personal policial y militar. El 27 de enero, un emerretista hizo disparos de fusil contra una tanqueta de la PNP y casi mata a un efectivo que participaba en esas acciones. Debido a que la reacción del terrorista era previsible, es probable que el gobierno tuviese planificada una inmediata respuesta armada. Considerando la estricta cadena de mando impuesta por Fujimori, esas maniobras –las provocaciones y los hostigamientos– fueron autorizadas por él, con el consecuente entorpecimiento de las labores de la comisión de garantes. Del libro del monseñor Juan Luis Cipriani –*Doy fe: Testimonio sobre la crisis de los rehenes en la residencia del embajador de Japón*– se desprende que Fujimori tenía conocimiento y decisión final sobre todo lo que ocurría dentro y fuera de la residencia. En ese sentido, cuando el prelado y el primer ministro japonés Ryutaro Hashimoto mostraron su rechazo por lo ocurrido, fue revelador que Fujimori les asegurara que no habría más escaramuzas en el futuro, con lo que demostró su total dominio de la situación.
- Para Schmitt, la enemistad entre dos o más facciones no existe desde siempre y tampoco es eterna. Nace con el tiempo y es factible que las circunstancias la vuelvan progresivamente insostenible, generándose un combate. La enemistad del Estado contra el MRTA empezó en 1984, pero se agravó en 1996 con la toma de los rehenes. Este hecho vulneró la identificación colectiva del Perú contra el terrorismo, y puso en riesgo el proyecto político de la pacificación, muy relevante para el gobierno.

De acuerdo con Schmitt, la identificación colectiva configura un “nosotros” y un “ellos” que antecede a la distinción amigo-enemigo. La enemistad –y tal vez la guerra– empieza cuando el “ellos” le cuestiona la identidad y el proyecto político al “nosotros” y amenaza su existencia. Afirma que no puede haber un proyecto político sin enemigos u oponentes.

- La operación militar Chavín de Huántar representó el clímax de esa enemistad, debido a que el Estado desplegó todas sus fuerzas disponibles contra el rival. Siguiendo a Schmitt, el antagonismo se incrementó con el tiempo y culminó con un enfrentamiento. El ingreso de los comandos al recinto fue un ejemplo de sorpresa y contundencia, orientado a la eliminación de los emerretistas: 140 militares contra 14 terroristas, en una proporción de 10 a 1. Bajo el pensamiento schmittiano, la muerte de Cerpa y de todos sus secuaces era la consecuencia natural del conflicto, porque una de las características de “lo político” es la posible eliminación del enemigo.
- Para la distinción amigo-enemigo, la supresión del antagonista es totalizante y radical porque podría anteponerse al Estado de derecho, a la legalidad y al respeto de las garantías fundamentales. Según diversos académicos, Schmitt no necesariamente justifica la violación de los derechos humanos, pero tampoco la rechaza en combate. Es muy probable que al finalizar la operación militar Chavín de Huántar, tres elementos del MRTA hayan sido ejecutados extrajudicialmente pese a haber estado rendidos, rodeados por comandos y policías, y pidiendo compasión por sus vidas. Basado en el pensamiento schmittiano, el “razonamiento circunstancial de la necesidad” podría eximir al soldado de la responsabilidad de haber matado a esos terroristas, siempre y cuando su razonamiento sobre la circunstancia y la necesidad del momento –es decir, lo prioritario: eliminar cualquier amenaza, subsistir y continuar con la acción de rescate– arroje como certeza que esos

rendidos eran un riesgo para su vida, la de sus compañeros o la de los rehenes. Los rendidos tenían compartimentos y bultos entre sus ropajes, y es factible que los comandos supusieran la existencia de armas, cuchillos, granadas o artefactos explosivos que podían ser utilizados contra ellos. Además, documentos de las Fuerzas Armadas sobre el rescate confirman con claridad que los comandos debían resguardar, sin margen de dudas, la supervivencia de los involucrados, pero cumpliendo con el siguiente orden de relevancia: cautivos, militares y terroristas.

- Sin duda, una situación tan compleja genera diversos escenarios difíciles de manejar. En principio, podría entenderse que el “razonamiento circunstancial de la necesidad” solamente se aplica a rendidos que entrañen algún riesgo para el soldado, y no a aquellos que han sido completamente reducidos y objeto de un minucioso registro corporal. No obstante, posturas radicales provenientes del ámbito militar aseguran que incluso un rendido comprobadamente desarmado podría ser ejecutado extrajudicialmente, si es que su custodia o traslado pone en peligro a los soldados o a los rehenes que vienen siendo liberados, al generar distracciones, lentitud de acción y aglutinamiento de soldados. Eso sí, no sería aceptable ética ni legalmente el asesinato de un rendido, si la intervención militar ha culminado y si ha sido registrado a cabalidad por sus custodios, lo que hubiera confirmado que no representaba algún peligro. No existe ninguna justificación para matarlo, y hacer lo contrario constituye un acto criminal. El relevante y necesario ejercicio de intentar comprender el razonamiento de un soldado no implica librarlo de cualquier responsabilidad ante la justicia, si fuera el caso.
- Schmitt rechazaría que un soldado que haya aplicado el “razonamiento circunstancial de la necesidad” sea llevado a juicio por asesinar a un rendido, aun cuando en las cortes de justicia siempre se imponga el procedimiento por encima de la circunstancia. Según Schmitt, en una

circunstancia de necesidad no existe el Derecho, y por eso el juzgamiento al militar debe ser político y no judicial. El único inconveniente del proceso político al soldado es que posiblemente sea realizado por el bando hegemónico en el poder, y cuyos integrantes y magistrados podrían cuestionar la eliminación del rendido, sin razonar sobre la circunstancia y la urgencia –la amenaza de morir y la toma de una decisión para subsistir– que vivió el que apretó el gatillo. Ahora bien, si la orden de perpetrar la ejecución extrajudicial provino de un soberano o mandatario, Schmitt también se opondría a que fuese procesado judicialmente. ¿La razón? Lo que Schmitt valora es la decisión, y la decisión en el gobernante es infalible, debido a que la autoridad es inapelable. Para él, soberanía e infalibilidad son sinónimos.

- El “razonamiento circunstancial de la necesidad” que condujo a los comandos al probable asesinato de emerretistas rendidos habría sido condicionado por la capacidad o la intención de inmolación que el MRTA anunció repetidamente a los medios de comunicación. Es decir, que los terroristas podían convertirse en “hombres bomba” para causar la mayor cantidad de muertes en militares y en cautivos, algo muy verosímil a partir de las fotografías publicadas por la prensa y que los mostraban con chalecos que contenían granadas, artefactos explosivos y cuchillos. Debido a que la confrontación planteada por el MRTA era total, es posible que los militares que ejecutaron el ingreso armado decidieran no respetar la condición de rendidos de algunos subversivos, bajo la premisa de que podía tratarse de una trampa para luego ser atacados con alevosía. Y por eso, antes de que algo imprevisto e irreversible suceda, el soldado debía imperativamente tomar una decisión: la vida del rendido o la suya. De 1980 en adelante, durante la lucha contrasubversiva en el Perú, se conocieron diversos casos de terroristas rendidos –o doblegados– que traicionaron y asesinaron a sus celadores al aprovechar cualquier descuido o exceso de confianza, algo que también ocurrió en otras zonas de conflicto en el mundo.

Otro agravante fue la ausencia de protocolos de combate aceptados por los bandos enfrentados y que racionalicen la forma de morir. Al desarrollar el MRTA una “guerra asimétrica” o de “cuarta generación” contra el Estado, su modo de enfrentamiento era artero, engañoso y extremista, y posiblemente eso condicionó a que la operación militar Chavín de Huántar se planificara y se ejecutara lejos de las Convenciones de Ginebra, respecto a la inaplicabilidad de las ejecuciones extrajudiciales. Podría señalarse que al no haber protocolos de combate, la circunstancia primó sobre lo que “debía ser”. Esta tesis, además, confirma que en los ensayos para la acción militar nunca se practicaron procedimientos para la evacuación de rendidos, lo que deja en evidencia la determinación del gobierno –y de Fujimori, en particular– de ultimar a todos los elementos del MRTA.

- Fujimori asumió la enemistad contra el MRTA de manera personal, y eso parece confirmarse con la imagen de video captada por el SIN que lo mostró pasando al lado del cadáver de Cerpa, observándolo con particular detenimiento y encono, mientras subía por la escalera principal del recinto. Fujimori acudió a la zona de combate para ver al enemigo sin vida, y no dudó en permitir el registro de ese último encuentro para difundirlo después por medio de la prensa. Schmitt señala que la enemistad es burocrática y estatal, pero también corporizada en el gobernante. El gobernante se funde con el Estado y personifica al pueblo en la lucha contra el enemigo, cuya vida pasa a depender de la autoridad y del decisionismo que se aplique en la batalla. Por eso, el odio y la frialdad de Fujimori ante el cuerpo del líder del MRTA bien pudo representar el sentir de millones de peruanos identificados con el proyecto político de la pacificación.
- El Ministerio Público probó que la orden para eliminar extrajudicialmente a los terroristas Eduardo Cruz Sánchez (a) *Tito*, Herma Meléndez Cueva (a) *Cynthia* y Víctor Peceros Pedraza, sin alias conocido, provino

directamente de Fujimori. La acusación fiscal manejó dos hipótesis, y ambas responsabilizaban al ex jefe de Estado por su completo dominio de la cadena de mando y del aparato castrense que ejecutó el rescate.

La primera sostenía que la muerte de los 14 terroristas fue dispuesta desde el planeamiento de la operación militar, y cumplida como parte de la misión asignada. Ante las autoridades judiciales y fiscales, los casi 140 comandos admitieron que en los ensayos nunca se consideró la posibilidad de encontrar sobrevivientes. Y como complemento de lo anterior, también detallaron haber aplicado la técnica del Tiro Selectivo Instintivo (TSI) para asegurar la muerte de los subversivos, al ejecutar dos disparos al cuerpo y uno en el cráneo, llamado “tiro de seguridad”. Según el Ministerio Público, la política de “no prisioneros” y el uso del TSI tuvo que ser conocida y aprobada por Fujimori.

Entretanto, la segunda aseguraba que las ejecuciones extrajudiciales de *Tito*, *Cynthia* y *Peceros* fue consecuencia de una irrefutable decisión tomada después de sus capturas, y que solamente podía ser atribuida a Fujimori. Ciertamente, Fujimori confirmó en diversas entrevistas a medios de comunicación nacionales y extranjeros que participó en la concepción y en la planificación de la operación militar. Corroboró haber dado la orden para el ingreso de los comandos y que fue informado de todas las incidencias del rescate, tanto en su desarrollo y especialmente al concluir.

- Finalmente, es común que la opinión pública resalte y apruebe el proceder de Fujimori durante la crisis de los rehenes del MRTA, y en eso influye el resultado numéricamente positivo de la operación militar Chavín de Huántar. Es una aprobación condicionada por un final exitoso, y que no considera los daños que pudo haber ocasionado el manejo inflexible, dilatorio y desesperante que Fujimori desplegó durante los 126 días que duró el drama. Dentro de ese marco, las acciones de Fujimori no podrían ser consideradas como un modelo a seguir en un caso de

secuestro que afecte el orden público o estatal, pues las variables políticas y militares que determinan el triunfo o la derrota son distintas en cada país. Si se hubiera producido la muerte de decenas de cautivos o de militares, tal como suele ocurrir en la mayoría de rescates armados, el rechazo a Fujimori y al gobierno –y también a los que idearon y ejecutaron el plan– habría sido probablemente elocuente y radical.



BIBLIOGRAFÍA

1. DE Y SOBRE CARL SCHMITT:

GALLI, Carlo

2011 *La mirada de Jano: Ensayos sobre Carl Schmitt*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

HERNANDO, Eduardo

2002a *Deconstruyendo la legalidad. Ensayos de teoría legal y de teoría política*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

HERNANDO, Eduardo

2002b “¿Teología Política o Filosofía Política?. La amistosa conversación entre Carl Schmitt y Leo Strauss”. *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <https://goo.gl/TI2foz>

HIRST, Paul

1999 “Carl Schmitt’s Decisionism”. En MOUFFE, Chantal (Compiladora). *The Challenge of Carl Schmitt*. Londres: Verso.

KENNEDY, Ellen

2012 *Carl Schmitt en la República de Weimar*. Madrid: Editorial Tecnos.

LUNA, Erich (Blog Vacío)

2012 *Teología política (0)*
Disponible en: <https://goo.gl/4fJOMs>

2009a *La teología política de Carl Schmitt (1)*

Disponible en: <https://goo.gl/ebwpCY>

2009b *La teología política de Carl Schmitt (2)*

Disponible en: <https://goo.gl/VUyEqO>

Mc CORMICK, John

1997 *Carl Schmitt’s Critique of Liberalism: Against Politics as Technology*. Cambridge: Cambridge UP.

MOUFFE, Chantal
2011 *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SCHMITT, Carl
1998a *Teología política*. Argentina: Editorial Struhart & CIA.

1998b *Political Theology*. Massachusetts: The MIT Press.

2005 *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.

2010 *Ex captivitate salus. Experiencias de la época 1945-1947*. Madrid: Trotta.

2. SOBRE FUJIMORI Y EL FUJIMORISMO:

ANTONIOLI, Augusto
2003 *Algo para contar. Cinco años en el gabinete de Alberto Fujimori*. Lima: Taller Creativo Editores.

BOWEN, Sally
2000 *El expediente Fujimori. El Perú y su presidente: 1990-2000*. Lima: Perú Monitor.

DAESCHNER, Jeff
1993 *La guerra del fin de la democracia: Mario Vargas Llosa versus Alberto Fujimori*. Lima: Perú Reporting.

JOCHAMOWITZ, Luis
1997 *Ciudadano Fujimori. La construcción de un político*. Lima: Peisa.

MURAKAMI, Yusuke
2012 *El Perú en la era del Chino: La política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador*. Lima: CIAS & Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

SALCEDO, José María

1990 *Tsunami Fujimori. Los secretos de un fenómeno político.* Lima: Empresa Editora La República.

1995 *Terremoto: ¿Por qué ganó Fujimori?.* Lima: Editorial Brasa.

3. SOBRE LA CRISIS DE LOS REHENES DEL MRTA:

DIARIO EL COMERCIO

1997 *Base Tokio. La crisis de los rehenes en el Perú.* Lima: Empresa Editora El Comercio.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ (CPHEP)

2010 *Chavín de Huántar. Operación militar de rescate de rehenes.* Lima: Universidad Alas Peruanas.

CIPRIANI, Juan Luis

2012 *Doy fe: Testimonio sobre la crisis de los rehenes en la residencia del embajador de Japón.* Lima: Planeta.

GIAMPIETRI, Luis

2011 *Rehén por siempre. Operación Chavín de Huántar.* Lima: Fondo Editorial del Congreso.

HERMOZA RÍOS, Nicolás

1997 *Operación Chavín de Huántar. Rescate en la embajada de Japón.* Lima: Fimart.

HIDALGO, David

2007 *Sombras de un rescate. Tras las huellas ocultas en la residencia del embajador japonés.* Lima: Planeta.

JARA, Umberto

2007 *Secretos del túnel. Lima, Perú. 126 días de cautiverio en la residencia del embajador del Japón.* Lima: Grupo Editorial Norma.

MONTESINOS TORRES, Vladimiro

2016 *Con el terrorismo no se negocia. Operación militar Chavín de Huántar*. Tomo 1 y 2. Lima: Ezer Editores.

MURAKAMI, Yusuke

1999 *El espejo del otro. El Japón ante la crisis de los rehenes en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y The Japan Center for Area Studies (JCAS).

PRIETO, Federico

1997 *Rescate en Lima. Crónica sobre la crisis de los rehenes*. Lima: Realidades.

WICHT, Juan Julio y REY DE CASTRO, Luis

1998 *Rehén voluntario. 126 días en la residencia del embajador de Japón*. Lima: Extra Alfaguara.

4. SOBRE OTROS RESCATES DE REHENES:

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel

1978 "Así fue el asalto al Palacio Nacional de Managua". Madrid: Diario ABC.

MONTERO, Hugo

2013 *Rescate de rehenes*. Miami: Editorial LD Books.

5. LIBROS DE REFERENCIA GENERAL:

BIBLIA LATINOAMERICANA

2011 Madrid: Sociedad Bíblica Católica Internacional.

CONSEJO ESTRATÉGICO DEL ESTADO (CEE)

1989 *El Plan Verde*. Lima: (Editorial no precisada).

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN (CVR)

2003 *Informe Final*. Disponible en: <http://goo.gl/1vVID>

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN (CVR)

2008 *Hatun Willakuy: Versión abreviada del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. Lima: Comisión de Entrega de la CVR.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ (CPHEP)

2012 *En honor a la verdad. Versión del Ejército sobre su participación en la defensa del sistema democrático contra las organizaciones terroristas*. Lima: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (CPHEP).

HOBBS, Thomas

2011 *Leviatán o la materia, forma y poder de un Estado eclesiástico y civil*. Madrid: Alianza Editorial.

HUNTINGTON, Samuel

1990 *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

LUST VAN ZEELAND, Jan

2015 "Análisis de las causas de la derrota del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru: 1982-1987". En CAJÍAS DE LA VEGA, Magdalena y POZZI, Pablo. *Cultura de izquierda, violencia y política en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en: <http://goo.gl/RTLSG9>

ORTIZ SOTELO, Jorge

2010 *Acción y Valor: Historia de la Infantería de Marina del Perú*. Lima: Securitas, Forza y Asociación de Oficiales de Infantería de Marina.

SCHWAB, George

1989 *The Challenge of the Exception. An Introduction to the Political Ideas of Carl Schmitt between 1921 and 1936*. USA: Greenwood Press.

SERRANO, Enrique

2002 *Consenso y conflicto: Schmitt y Arendt: La definición de "lo político"*. Medellín: Universidad de Antioquia.

THATCHER, Margaret
2012 *Los años de Downing Street*. Madrid: Editorial Aguilar.

THOMAS, Gordon
2006 *Mossad: La historia secreta*. Barcelona: Editorial Vergara.

6. DIARIOS Y REVISTAS:

- El Comercio (Perú)
- La República (Perú)
- Correo (Perú)
- Caretas (Perú)
- ABC (España)
- El País (España)
- La Prensa (Nicaragua)
- The Wall Street Journal (Estados Unidos)

7. BLOGS Y PÁGINAS WEB:

ESPACIO LATINO

2006 “Nunca lamenté haber sido parte de eso, a pesar de haber quedado en silla de ruedas”. Fecha de publicación: 6 de julio. Fecha de consulta: 1 de junio del 2015. Disponible en: <http://goo.gl/ytoZs4>

LA ÚLTIMA BATALLA

2009 “La operación Nimrod”. Fecha de publicación: 3 de diciembre. Fecha de consulta: 6 de junio de 2015. Disponible en: <https://goo.gl/iO0nC1>

SOY ALBERTO FUJIMORI-BIOGRAFÍA

2013 Fecha de publicación: 4 de setiembre. Fecha de consulta: 1 de junio del 2015. Disponible en: <https://goo.gl/SX21ym>

8. TESIS:

DUQUE MUÑOZ, Juan Guillermo

2008 *El concepto de lo político de Carl Schmitt en movimiento: Amigo-enemigo y guerra*. Tesis de licenciatura en Filosofía. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (UR), Escuela de Ciencias Humanas. Disponible en: <http://goo.gl/NIAfri>

PÉREZ CRESPO, Carlos

2008 *El reto autoritario: Los límites de la democracia liberal y la legitimidad política del fujimorismo*. Tesis de licenciatura en Ciencia Política. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), Facultad de Ciencias Sociales.

9. ENTREVISTAS:

ALTUVE-FEBRES, Fernán

2015 Abogado y crítico del liberalismo político, y vinculado con el fujimorismo. Realizada el 14 de julio.

BERNALES BALLESTEROS, Enrique

2015 Jurista y docente universitario. Realizada el 13 de julio.

GARCÍA TOMA, Víctor

2015 Jurista y docente universitario. Realizada el 14 de julio.

HERNANDO NIETO, Eduardo

2015 Filósofo y crítico del liberalismo político, y estudioso de Carl Schmitt. Realizada el 17 de agosto.

2017 Realizada el 6 de febrero.

PÉREZ CRESPO, Carlos

2015 Polítólogo y estudioso de Carl Schmitt. Realizada el 7 de agosto.

2016 Realizada el 16 de agosto.

